

Liahona

Discursos de la conferencia general

**El número de miembros
llega a los 15 millones**

**La fuerza misional
de tiempo completo
creció a más de 80.000**





CORTESÍA DEL MUSEO DE HISTORIA DE LA IGLESIA

Bálsamo de Galaad, por Annie Henrie.

“¿No hay bálsamo en Galaad?... (Jeremías 8:22). El amor es el bálsamo que cura el alma... El amor de nuestro Señor Jesucristo por Su Padre y por nosotros fue tan grande que dio Su vida para que podamos tener la vida eterna” (Thomas S. Monson, “El portal del amor”, Liahona, enero de 1988, pág. 64).

SESIÓN DEL SÁBADO POR LA MAÑANA

- 4 Bienvenidos a la conferencia
Presidente Thomas S. Monson
- 6 La Conferencia General: Fortalece la fe y el testimonio
Élder Robert D. Hales
- 9 Sean mansos y humildes de corazón
Élder Ulisses Soares
- 12 ¿Sabemos lo que poseemos?
Carole M. Stephens
- 15 Miren hacia adelante y crean
Élder Edward Dube
- 17 Las ventanas de los cielos
Élder David A. Bednar
- 21 Vengan, únense a nosotros
Presidente Dieter F. Uchtdorf

SESIÓN DEL SÁBADO POR LA TARDE

- 25 El sostenimiento de los Oficiales de la Iglesia
Presidente Henry B. Eyring
- 26 La clave para la protección espiritual
Presidente Boyd K. Packer
- 29 La fuerza moral de la mujer
Élder D. Todd Christofferson
- 33 ¡Apresuremos el plan de juego del Señor!
Élder S. Gifford Nielsen
- 35 Cosas pequeñas y sencillas
Élder Arnulfo Valenzuela
- 37 ¿Quieres ser sano?
Élder Timothy J. Dyches
- 40 Como una vasija quebrada
Élder Jeffrey R. Holland
- 43 Confíen en el Señor
Élder M. Russell Ballard

SESIÓN DEL SACERDOCIO

- 46 Las doctrinas y los principios que se encuentran en los Artículos de Fe
Élder L. Tom Perry
- 49 Ya no sois extranjeros
Obispo Gérald Caussé
- 52 Llamado por Él para declarar Su palabra
Élder Randy D. Funk
- 55 ¡Pueden hacerlo ahora!
Presidente Dieter F. Uchtdorf
- 58 Vendar sus heridas
Presidente Henry B. Eyring

- 61 Verdaderos pastores
Presidente Thomas S. Monson

SESIÓN DEL DOMINGO POR LA MAÑANA

- 69 A mis nietos
Presidente Henry B. Eyring
- 72 No tendrás dioses ajenos
Élder Dallin H. Oaks
- 76 Convertíos
Bonnie L. Oscarson
- 79 Fortaleza para perseverar
Élder Richard J. Maynes
- 82 Fortaleza personal por medio de la expiación de Jesucristo
Élder Richard G. Scott
- 85 “No te dejaré, ni te desampararé”
Presidente Thomas S. Monson

SESIÓN DEL DOMINGO POR LA TARDE

- 88 Lamentaciones de Jeremías: Cuidaos del cautiverio
Élder Quentin L. Cook
- 92 Poder en el sacerdocio
Élder Neil L. Andersen
- 96 Enseñar con poder y autoridad de Dios
David M. McConkie
- 99 Asidos constantemente
Élder Kevin S. Hamilton
- 102 Miren hacia arriba
Élder Adrián Ochoa
- 104 Acercarse más a Dios
Élder Terence M. Vinson
- 106 Decisiones para la eternidad
Élder Russell M. Nelson
- 110 Hasta que nos volvamos a ver
Presidente Thomas S. Monson

REUNIÓN GENERAL DE LA SOCIEDAD DE SOCORRO

- 111 El poder, gozo y amor que provienen de guardar convenios
Linda K. Burton
- 115 Tenemos gran motivo para regocijarnos
Carole M. Stephens
- 118 Reclamen las bendiciones de sus convenios
Linda S. Reeves
- 121 Nunca caminamos solos
Presidente Thomas S. Monson
- 64 Autoridades Generales de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días
- 124 Presidencias Generales de las Organizaciones Auxiliares
- 125 Índice de relatos de la conferencia
- 126 Noticias de la Iglesia



Resumen de la Conferencia General Semestral número 183

DOMINGO POR LA MAÑANA, 5 DE OCTUBRE DE 2013, SESIÓN GENERAL

Preside: Presidente Thomas S. Monson.
Dirige: Presidente Henry B. Eyring.
Primera oración: Élder Kent F. Richards.
Última oración: Matthew O. Richardson.
Música por el Coro del Tabernáculo; Mack Wilberg y Ryan Murphy, directores; Andrew Unsworth y Clay Christiansen, organistas: “Qué maravillosas Tus obras”, *Himnos*, N° 174; “Ya regocijemos”, *Himnos*, N° 3; “Israel, Jesús os llama”, *Himnos*, N° 6, arr. por Wilberg, inédito; “Tengo gozo en mi alma hoy”, *Himnos*, N° 146; “Siempre obedece los mandamientos”, *Canciones para los niños*, pág. 69, arr. por Murphy, inédito; “Elevemos nuestros himnos”, *Himnos*, N° 46, arr. por Wilberg, publicado por Oxford.

SÁBADO POR LA TARDE, 5 DE OCTUBRE DE 2013, SESIÓN GENERAL

Preside: Presidente Thomas S. Monson.
Dirige: Presidente Dieter F. Uchtdorf.
Primera oración: Élder Paul V. Johnson.
Última oración: Carol F. McConkie.
Música por un coro de familias compuesto de miembros de las estacas ubicadas en Roy, Kaneshville, Hooper y West Haven, Utah, EE. UU.; Jane Fjeldsted, directora; Linda Margetts, organista: “En este día de gozo y alegría”, arr. por Fjeldsted/Margetts, inédito; “Yo sé que me ama el Salvador”, Programa de la Primaria para la reunión sacramental 2010, por Bell y Creamer, arr. por Fjeldsted/Margetts, inédito; “Santos, avanzad”, *Himnos*, N° 38; “Cuando hay amor”, *Himnos*, N° 194, arr. por Fjeldsted/Margetts, inédito.

SÁBADO POR LA NOCHE, 5 DE OCTUBRE DE 2013, SESIÓN DEL SACERDOCIO

Preside: Presidente Thomas S. Monson.
Dirige: Presidente Henry B. Eyring.
Primera oración: Élder Paul E. Koelliker.
Última oración: Walter F. González.
Música por un coro hombres jóvenes del Sacerdocio Aarónico de varias estacas del área Murray, Utah, EE. UU.; Kelly DeHaan, directora; Richard Elliott, organista: “Alabanzas a Él dad”, *Himnos*, N° 70, arr. por Kempton, inédito; “Cual diez mil legiones marchan”, arr. por Elliott, inédito; “Haz tú lo justo”, *Himnos*, N° 154; “Oh, Santo Dios, omnipotente ser”, *Himnos*, N° 34, arr. por Huff, inédito.

DOMINGO POR LA MAÑANA, 6 DE OCTUBRE DE 2013, SESIÓN GENERAL

Preside: Presidente Thomas S. Monson.
Dirige: Presidente Dieter F. Uchtdorf.
Primera oración: Cheryl A. Esplin.
Última oración: Francisco J. Viñas. Música por el Coro del Tabernáculo; Mack Wilberg, director; Clay Christiansen y Richard Elliott, organistas: “Dulce tu obra es”, *Himnos*, N° 84; “A Cristo Rey Jesús”, *Himnos*, N° 30; “Paz, cálmense”, *Himnos*, N° 54, arr. por Wilberg, inédito; “Pon tu hombro a la lid”, *Himnos*, N° 164; “Oh Divino Redentor”, por Gounod; “Te damos, Señor, nuestras gracias”, *Himnos*, N° 10, arr. por Wilberg, inédito.

DOMINGO POR LA TARDE, 6 DE OCTUBRE DE 2013, SESIÓN GENERAL

Preside: Presidente Thomas S. Monson.
Dirige: Presidente Henry B. Eyring.
Primera oración: David L. Beck.
Última oración: Élder Claudio R. M. Costa.
Música por el Coro del Tabernáculo; Mack Wilberg y Ryan Murphy, directores; Bonnie Goodliffe, organista: “Fundadores de Naciones”, arr. por Wilberg, publicado por Jackman; “Cuando venga Jesús”, *Canciones para los niños*, pág. 46, arr. por Murphy, inédito; “Llamados a servir”, *Himnos*, N° 161; “Conmigo quédate, Señor”, *Himnos*, N° 98, arr. por Wilberg, inédito.

SÁBADO POR LA NOCHE, 28 DE SEPTIEMBRE DE 2013, REUNIÓN GENERAL DE LA SOCIEDAD DE SOCORRO

Preside: Presidente Thomas S. Monson.
Dirige: Linda K. Burton.
Primera oración: Laraine Swenson.
Última oración: Ana De Agostini.
Música por el coro de hermanas misioneras del Centro de Capacitación Misional de Provo; Emily Wadley, directora; Bonnie Goodliffe, organista: “Oh Dios de Israel”, *Himnos*, N° 5; “Al mundo ve a predicar”, *Himnos*, N° 169, y “Sirvamos unidas”, *Himnos*, N° 205, arr. por Sally DeFord, inédito; “A donde me mandes iré”, *Himnos*, N° 175, arr. por Wadley, inédito; “Más santidad dame”, *Himnos*, N° 71, arr. por de Lyon, publicado por Jackman.

DISCURSOS DE LA CONFERENCIA A DISPOSICIÓN DEL PÚBLICO

Para tener acceso a los discursos de la conferencia en varios idiomas, visite conference.lds.org. Luego, seleccione un idioma. Por lo general, las grabaciones en audio también están disponibles en los centros de distribución dos meses después de la conferencia.

MENSAJES DE LOS MAESTROS ORIENTADORES Y DE LAS MAESTRAS VISITANTES

Para los mensajes de los maestros orientadores y de las maestras visitantes, tenga a bien seleccionar un discurso que sea de más beneficio para las personas que visite.

EN LA CUBIERTA

Adelante: Fotografía por Cody Bell.
Atrás: Fotografía por Cody Bell.

FOTOGRAFÍAS DE LA CONFERENCIA

Las fotografías de la conferencia general en Salt Lake City fueron tomadas por Welden C. Andersen, Cody Bell, Randy Collier, Weston Colton, Scott Davis, Craig Dimond, Lloyd Eldredge, Collin King, John Luke, Leslie Nilsson, Matthew Reier, Christina Smith, y Byron Warner; en Arraiján, Panamá, por Josué Peña; en Brasilia, Brasil, por Tomé Siqueira; en Cavite, Filipinas, por Danilo Solleta; en Colleyville, Texas, EE.UU., por Mark Mabry; en Foz do Iguaçu, Brasil, por Lincoln Parmezan de Melo; en Ciudad de Guatemala, Guatemala, por Don Searle; en Lima, Perú, por Stephanie Navarette; en Londres, Inglaterra, por Preston Judy; en Lyon, Francia, por Carolyn Carter; en Ciudad de Panamá, Panamá, por Josué Peña; en Roma, Italia, por Massimo Criscione; y en Santiago, Chile, por Cristian F. Castro Marín.



Publicación de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días en español.

La Primera Presidencia: Thomas S. Monson, Henry B. Eyring, Dieter F. Uchtdorf

El Quórum de los Doce Apóstoles: Boyd K. Packer, L. Tom Perry, Russell M. Nelson, Dallin H. Oaks, M. Russell Ballard, Richard G. Scott, Robert D. Hales, Jeffrey R. Holland, David A. Bednar, Quentin L. Cook, D. Todd Christofferson, Neil L. Andersen

Editor: Craig A. Cardon

Asesores: Mervyn B. Arnold, Shayne M. Bowen, Stanley G. Ellis, Christoffel Golden Jr.

Director administrativo: David T. Warner

Director de operaciones: Vincent A. Vaughn

Director de Revistas de la Iglesia: Allan R. Loyborg

Gerente administrativo: Garff Cannon

Editor administrativo: R. Val Johnson

Editores administrativos auxiliares: Ryan Carr, LaRene Porter Gaunt

Redacción y revisión: Susan Barrett, Brittany Beattie, David Dickson, David A. Edwards, Matthew D. Flitton, Mindy Raye Friedman, Lori Fuller, Garrett H. Garff, Jennifer Grace Jones, Michael R. Morris, Sally Johnson Odekirk, Joshua J. Perkey, Jan Pinborough, Richard M. Romney, Paul VanDenBerghe, Marissa Widdison

Director administrativo de arte: J. Scott Knudsen

Director de arte: Tadd R. Peterson

Diseño: Jeanette Andrews, Fay P. Andrus, C. Kimball Bott, Thomas Child, Nate Gines, Colleen Hinckley, Susan Lofgren, Eric P. Johnsen, Scott M. Mooy, Mark W. Robison, Brad Teare, K. Nicole Walkenhorst

Coordinadora de Propiedad Intelectual:

Collette Nebeker Aune

Gerente de producción: Jane Ann Peters

Producción: Kevin C. Banks, Connie Bowthorpe Bridge, Julie Burdett, Bryan W. Gygi, Denise Kirby, Ginny J. Nilson, Gayle Tate Rafferty

Preimpresión: Jeff L. Martin

Director de impresión: Craig K. Sedgwick

Director de distribución: Stephen R. Christiansen

Coordinación de Liahona: Francisco Pineda, Patsy Carroll-Carlini

Distribución:

Corporation of the Presiding Bishop of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints Steinmühlstrasse 16, 61352 Bad Homburg v.d.H., Germany

Información para la suscripción:

Para suscribirse o para cambios de dirección, tenga a bien contactar a servicios al cliente

Teléfono gratuito: 00800 2950 2950

Tel: +49 (0) 6172 4928 33/34

Correo-e: orderseu@ldschurch.org

En línea: store.lds.org

El precio para la suscripción de un año: EUR 5,25 para España; 2,25 para las Islas Canarias y 7,5 para Andorra.

Los manuscritos y las preguntas deben enviarse en línea a liahona.lds.org; por correo a *Liahona*, Room 2420, 50 E. North Temple Street, Salt Lake City, UT 84150-0024, USA; o por correo electrónico a: liahona@ldschurch.org.

Liahona (un término del Libro de Mormón que significa "brújula" o "director") se publica en albanés, alemán, armenio, bislama, búlgaro, camboyano, cebuano, coreano, croata, checo, chino, chino (simplificado), danés, esloveno, español, estonio, fijiano, finlandés, francés, griego, holandés, húngaro, indonesio, inglés, islandés, italiano, japonés, kiribati, letón, lituano, malgache, marshalés, mongol, noruego, polaco, portugués, rumano, ruso, samoano, suajili, sueco, tagalo, tailandés, tahitiano, tongano, ucraniano, urdu, y vietnamita. (La frecuencia de las publicaciones varía de acuerdo con el idioma.)

© 2013 por Intellectual Reserve, Inc. Todos los derechos reservados. Impreso en los Estados Unidos de América.

El material de texto y visual de la revista *Liahona* se puede copiar para utilizarse en la Iglesia o en el hogar, siempre que no sea con fines de lucro. El material visual no se puede copiar si aparecen restricciones en la línea de crédito del mismo. Las preguntas que tengan que ver con este asunto se deben dirigir a Intellectual Property Office, 50 East North Temple Street, Salt Lake City, UT 84150, USA; correo electrónico: cor-intellectualproperty@ldschurch.org.

Para los lectores de México: Certificado de Licitud de título número 6988 y Licitud de contenido número 5199, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y revistas ilustradas el 15 de septiembre de 1993. "Liahona" © es nombre registrado en la Dirección de Derechos de Autor con el número 252093. Publicación registrada en la Dirección General de Correos número 100. Registro del S.P.M. 0340294 características 218141210.

For Readers in the United States and Canada:

November 2013 Vol. 37 No. 11. LIAHONA (USPS 311-480) Spanish (ISSN 0885-3169) is published monthly by The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints, 50 East North Temple, Salt Lake City, UT 84150. USA subscription price is \$10.00 per year, Canada, \$12.00 plus applicable taxes. Periodicals Postage Paid at Salt Lake City, Utah. Sixty days' notice required for change of address. Include address label from a recent issue; old and new address must be included. Send USA and Canadian subscriptions to Salt Lake Distribution Center at the address below. Subscription help line: 1-800-537-5971. Credit card orders (Visa, MasterCard, American Express) may be taken by phone. (Canada Poste Information: Publication Agreement #40017431)

POSTMASTER: Send all UAA to CFS (see DMM 707.4.12.5).

NONPOSTAL AND MILITARY FACILITIES: Send address changes to Distribution Services, Church Magazines, P.O. Box 26368, Salt Lake City, UT 84126-0368, USA.



ÍNDICE DE DISCURSANTES

Andersen, Neil L., 92
Ballard, M. Russell, 43
Bednar, David A., 17
Burton, Linda K., 111
Caussé, Gérald, 49
Christofferson, D. Todd, 29
Cook, Quentin L., 88
Dube, Edward, 15
Dyches, Timothy J., 37
Eyring, Henry B., 25, 58, 69
Funk, Randy D., 52
Hales, Robert D., 6
Hamilton, Kevin S., 99
Holland, Jeffrey R., 40
Maynes, Richard J., 79
McConkie, David M., 96
Monson, Thomas S., 4, 61, 85, 110, 121
Nelson, Russell M., 106
Nielsen, S. Gifford, 33
Oaks, Dallin H., 72
Ochoa, Adrián, 102
Oscarson, Bonnie L., 76
Packer, Boyd K., 26
Perry, L. Tom, 46
Reeves, Linda S., 118
Scott, Richard G., 82
Soares, Ulisses, 9
Stephens, Carole M., 12, 115
Uchtdorf, Dieter F., 21, 55
Valenzuela, Arnulfo, 35
Vinson, Terence M., 104

ÍNDICE DE TEMAS

Activación, 12, 21, 35
Adversidad, 40, 55, 79, 85, 104, 118, 121
Albedrío, 106
Amor, 12, 35, 43, 49, 69, 104, 111, 121
Arrepentimiento, 26, 52, 55, 82, 118
Artículos de Fe, 46
Autodominio, 9
Bendiciones, 17
Caridad, 58
Casa de Israel, 88
Castidad, 29, 72
Compasión, 40
Conferencia general, 6, 110
Convenios, 12, 82, 99, 111, 115, 118
Conversión, 76
Crecimiento de la Iglesia, 4
Cuerpo mortal, 106
Depresión, 40
Día de reposo, 99
Diezmo, 17
Enseñanza, 96
Esclavitud, 88
Escrituras, 26
Espíritu Santo, 96
Estudio de las Escrituras, 46, 96, 121
Expiación de Jesucristo, 52, 55, 69, 82, 118
Familia, 29, 69, 72, 88, 106
Fe, 15, 21, 43, 104
Felicidad, 69, 85
Gratitud, 85
Hermanamiento, 21, 49
Inspiración, 6, 58
Jesucristo, 9, 15, 37, 82, 102, 111
José Smith, 96, 102

Libertad de culto, 88
Libro de Mormón, 82
Líderes de la Iglesia, 25
Llamamientos en la Iglesia, 15, 69
Mandamientos, 72
Mansedumbre, 9
Maternidad, 29, 72
Matrimonio, 69, 72, 106
Medios de comunicación, 102
Milagros, 43
Misioneros, 33
Mujeres, 29
Obra misional, 4, 33, 35, 43, 52
Oración, 121
Ordenanzas, 92, 115
Orientación familiar, 61
Padre Celestial, 69
Paz, 26
Perdón, 37
Perseverancia, 40, 79, 85, 99
Pertenencia, 21
Plan de Salvación, 72
Poder, 92, 96
Preparación, 102
Profetas, 6
Rectitud, 79
Reuniones de la Iglesia, 15, 99
Sacerdocio, 46, 58, 92, 115
Sacrificio, 76
Sanación, 37
Santa Cena, 99, 118
Servicio, 12, 58, 61, 82, 96, 111
Templos, 17, 115, 118
Testimonio, 76, 79, 102
Últimos días, 26
Unidad, 15, 49



Por el presidente Thomas S. Monson

Bienvenidos a la conferencia

*Ruego que seamos llenos del Espíritu del Señor
a medida que escuchemos y aprendamos.*

Qué bueno es, mis queridos hermanos y hermanas, encontrarnos una vez más. Han pasado un poco más de 183 años desde que la Iglesia fue organizada por el profeta José Smith, bajo la dirección del Señor. En la reunión del 6 de abril de 1830, había seis miembros de la Iglesia presentes¹.

Me complace anunciar que hace dos semanas, el número de miembros de la Iglesia llegó a los 15 millones. La Iglesia sigue creciendo ininterrumpidamente y cambiando la vida de más y más personas cada año. Se está expandiendo a lo largo de la tierra a medida que nuestra fuerza misional encuentra a quienes están buscando la verdad.

Hace apenas un año que anuncié la reducción en la edad para el servicio misional. Desde ese entonces, el número de misioneros de tiempo completo prestando servicio ha aumentado de 58.500 en octubre de 2012 a 80.333 hoy en día. ¡Qué respuesta extraordinaria e inspiradora hemos presenciado!

Las Santas Escrituras no contienen

proclamación más relevante, responsabilidad más vinculante ni instrucción más directa que el mandato dado por el Señor resucitado cuando apareció en Galilea a los once discípulos. Él dijo: “Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”². El profeta José Smith declaró: “Después de todo lo que se ha dicho, el mayor y más importante deber es predicar el Evangelio”³. Algunos de ustedes aquí hoy, todavía recordarán las palabras del presidente David O. McKay, quien expresó la conocida frase: “¡Todo miembro un misionero!”⁴.

A las palabras de ellos, agrego las mías. Ahora es el momento de que los miembros y los misioneros se unan y trabajen juntos, que trabajen en la viña del Señor para llevar almas a Él. Él ha preparado los medios para que compartamos el Evangelio de muchas maneras, y Él nos ayudará en nuestros esfuerzos si actuamos con fe para llevar a cabo Su obra.

Para ayudar a mantener el siempre creciente número de misioneros, he



pedido a los miembros en el pasado que contribuyan, si pueden, al fondo misional de barrio o al Fondo general misional de la Iglesia. La respuesta a ese pedido ha sido satisfactoria y ha ayudado a mantener a miles de misioneros cuyas circunstancias no les permiten hacerlo por sí mismos. Les agradezco sus generosas



contribuciones. La necesidad de ayuda es continua; ruego que continuemos ayudando a aquellos cuyo deseo de servir es grande pero que no tienen los medios de hacerlo por sí mismos.

Ahora, hermanos y hermanas, estamos aquí para ser instruidos e inspirados. Muchos mensajes que tratan varios

temas del Evangelio se darán en los próximos dos días. Los hombres y las mujeres que les hablarán han buscado la ayuda del cielo con respecto a los mensajes que darán.

Ruego que seamos llenos del Espíritu del Señor a medida que escuchemos y aprendamos. En el nombre de nuestro Salvador Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Si bien había algunas docenas de personas presentes el día en que se organizó la Iglesia, sólo seis se registraron oficialmente como miembros organizadores.
2. Mateo 28:19.
3. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: José Smith*, 2007, pág. 347.
4. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: David O. McKay*, pág. xxv.



Por el élder Robert D. Hales
Del Quórum de los Doce Apóstoles

La conferencia general: Fortalece la fe y el testimonio

¡Oh, cómo necesitamos la conferencia general! Por medio de las conferencias, nuestra fe se fortalece y nuestro testimonio se hace más profundo.

Gracias, presidente Monson, por su enseñanza y ejemplo de servicio cristiano y por su mandato de que todos seamos misioneros. Oramos hoy por usted.

En nuestra dispensación, el Salvador Jesucristo se refirió a la reunión de los santos como “*mi conferencia general*”¹.

Dondequiera que estemos en este mundo, sin importar cómo recibamos esta transmisión, les testifico que estamos congregados en *Su* conferencia. También testifico que oiremos Su palabra, pues Él ha dicho: “Sea por mi propia voz o por la voz de mis siervos, es lo mismo”².

Las conferencias siempre han formado parte de la verdadera Iglesia de Jesucristo. Adán congregó a su posteridad y profetizó de cosas venideras. Moisés congregó a los hijos de Israel y les enseñó los mandamientos que había recibido. El Salvador enseñó a las multitudes reunidas tanto en la Tierra Santa como en

el Continente Americano. Pedro congregó a los creyentes en Jerusalén. La primera conferencia general en estos últimos días tuvo lugar dos meses después de que se organizara la Iglesia, y así las conferencias han continuado hasta hoy.

Estas conferencias siempre se llevan a cabo bajo la dirección del Señor, con la guía de Su Espíritu³. A nosotros no se nos asignan temas específicos. Durante semanas y meses, a veces hasta con noches de insomnio, esperamos al Señor. Mediante el ayuno, la oración, el estudio y la meditación, sabemos el mensaje que *Él* desea que demos.

Tal vez alguien se pregunte: “¿Por qué la inspiración no viene más fácil y rápidamente?”. El Señor le enseñó a Oliver Cowdery: “Debes estudiarlo en tu mente; entonces has de preguntarme si está bien”⁴. Recibimos los mensajes de la conferencia luego de prepararnos en oración, por medio del Espíritu Santo.

Este principio se aplica a todos los miembros de la Iglesia cuando nos preparamos para participar en conferencias de barrio, estaca o generales. Estudiamos en nuestra mente lo que necesitamos y deseamos del Padre Celestial, y oramos para comprender y aplicar lo que se nos ha enseñado. Cuando llega el momento de la conferencia, sacrificamos otras actividades, “[desechando] las cosas de este mundo y [buscando] las de uno mejor”⁵. Entonces congregamos a nuestra familia para escuchar la palabra del Señor, como hizo el pueblo del rey Benjamín⁶.

A los niños y los jóvenes les encanta que se los incluya. Cometemos un grave error si suponemos que la conferencia está fuera de su comprensión y sensibilidad espiritual. A los jóvenes miembros de la Iglesia les prometo que, si prestan atención, sentirán crecer el Espíritu en su interior. El Señor les dirá lo que Él quiere que hagan con sus vidas.

En las conferencias podemos recibir la palabra del Señor para nosotros. Un miembro testificó: “Me quedé asombrado al escuchar su discurso... Sus palabras fueron revelación personal directamente del Señor para mi familia. Jamás había experimentado una manifestación tan fuerte del Espíritu en mi vida como en aquellos minutos cuando el Espíritu Santo me habló directamente a mí”.

Otro dijo: “Nunca antes había sentido tan profundamente que un discurso fuera dirigido a mí”.

Esto es posible porque el Espíritu Santo lleva la palabra del Señor a nuestro corazón en términos que podamos comprender⁷. Cuando tomo notas en la conferencia, no siempre escribo exactamente lo que dice el orador; anoto la instrucción personalizada que el Espíritu me está dando.

Lo que se *dice* no es tan importante como lo que *escuchamos* o lo que *sentimos*⁸. Es por eso que nos esforzamos para llevar a cabo la conferencia en un lugar donde se escuche, sienta y comprenda claramente la voz suave y apacible del Espíritu.

¡Oh, cómo necesitamos la conferencia general! Por medio de las conferencias, nuestra fe se fortalece y nuestro testimonio se hace más profundo. Y cuando estamos convertidos, nos fortalecemos unos a otros a fin de permanecer firmes ante los ardientes dardos de los últimos días⁹.

En décadas recientes, la Iglesia, en mayor parte, no ha tenido que afrontar los terribles malentendidos ni las persecuciones que vivieron los primeros santos; esto no siempre será así. El mundo se aleja del Señor más rápido y más lejos que nunca. El adversario ejerce su poder e influencia sobre la tierra. Vemos, oímos, leemos, estudiamos y compartimos las palabras de los profetas a fin de estar prevenidos y recibir protección. Por ejemplo, “La Familia: Una Proclamación para el Mundo” se recibió mucho antes de padecer las dificultades que ahora enfrenta la familia. “El Cristo Viviente: El testimonio de los Apóstoles” se preparó con antelación a cuando más la íbamos a necesitar.

Tal vez no sepamos todos los motivos por los que los profetas y los oradores tratan ciertos temas en la conferencia, pero el Señor sí los sabe. El presidente Harold B. Lee enseñó: “La única seguridad que tenemos los miembros de esta Iglesia es... prestar oídos y obedecer las palabras y los mandamientos que el Señor dará por conducto de Su profeta... Habrá algunas cosas que requieran paciencia y fe. Es posible que no les guste lo que dicen las Autoridades de la Iglesia. Puede que contradiga sus opiniones



[personales]. Tal vez interfiera con su vida social, pero si escuchan esas cosas como si viniesen de la propia boca del Señor, con paciencia y fe, la promesa es que ‘las puertas del infierno no prevalecerán contra vosotros... y Dios el Señor dispersará los poderes de las tinieblas de ante vosotros, y hará sacudir los cielos para vuestro bien y para la gloria de su nombre’ (D. y C. 21:6)¹⁰.

¿Cómo sabía el presidente Lee lo que enfrentaríamos en nuestros días? Lo sabía porque era profeta, vidente y revelador. Si escuchamos y obedecemos a los profetas ahora, incluso a los que hablarán en esta conferencia, seremos fortalecidos y protegidos.

Las mayores bendiciones de la conferencia general las recibimos después de que la misma ha concluido. Recuerden el patrón registrado con frecuencia en las Escrituras: nos congregamos para escuchar las palabras del Señor y volvemos a nuestros hogares para vivirlas.

Después de que el rey Benjamín enseñó a su pueblo, “despidió a la multitud; y se volvieron, cada cual, según sus familias, a sus propias casas”¹¹. En su época, el rey Limhi hizo lo mismo¹². Después de enseñar y ministrar a la gente en el Templo de Abundancia, el Salvador les encargó: “Id a vuestras casas, y medita las cosas que os he dicho, y pedid al Padre en mi nombre que podáis entender; y preparad vuestras mentes para mañana, y vendré a vosotros otra vez”¹³.

Aceptamos la invitación del Salvador cuando meditamos y oramos para

entender lo que se nos ha enseñado, y luego vamos adelante y hacemos Su voluntad. Recuerden las palabras del presidente Spencer W. Kimball: “He tomado la decisión de que cuando vuelva a casa al término de esta conferencia [general]... hay muchos, muchísimos aspectos de mi vida que puedo perfeccionar. He hecho una lista mental de ellos y espero ponerme a trabajar en cuanto terminen”¹⁴. El presidente Monson dijo recientemente: “Los insto a leer los discursos... y a meditar en los mensajes que... contienen. He descubierto en mi propia vida que obtengo aún más de estos sermones inspirados cuando los estudio en mayor profundidad”¹⁵.

Además de invitarnos a tener un estudio personal y familiar de las Escrituras, nuestro Padre Celestial quiere que estudiemos con regularidad y apliquemos lo que hemos aprendido en la conferencia. Testifico que quienes pongan su confianza en el Señor y den oído a este consejo con fe, recibirán mayor fortaleza para ser bendecidos tanto ellos como sus familias por generaciones futuras.

Nuestro Padre Celestial ha proporcionado el camino. En esta conferencia, el 97 por ciento de los miembros de la Iglesia pueden escuchar estos mensajes en su propio idioma. Más de dos millones y medio de familias en 194 países verán esta conferencia en 94 idiomas. En apenas tres días, los mensajes comenzarán a aparecer en LDS.org, y en dos semanas estarán disponibles en 52 idiomas. Ahora recibimos las revistas impresas de la Iglesia tres semanas después de la conferencia general. Ya no tenemos que esperar meses a que los discursos nos lleguen por correo. Podemos leer, escuchar, ver y compartir las enseñanzas de los profetas en una computadora, un teléfono u otro dispositivo



electrónico. A cualquier hora, en cualquier lugar, podemos ampliar nuestro conocimiento, fortalecer nuestra fe y testimonio, proteger a nuestra familia y guiarlos de forma segura al hogar.

Los mensajes de esta conferencia se incluirán también en el curso de estudio para los jóvenes, en línea. Padres, ustedes pueden acceder a esas lecciones de los jóvenes en LDS.org. Descubran lo que sus hijos están aprendiendo y hagan de ello el tema de su propio estudio, de los análisis familiares, las noches de hogar, los consejos familiares y las entrevistas personales con cada uno de sus hijos concerniente a lo que se les debe enseñar individualmente.

Insto a todos los miembros a utilizar los recursos de la Iglesia que se encuentran en los sitios web y en las aplicaciones para dispositivos móviles. Las mismas se están mejorando continuamente para que sean más fáciles de usar y más relevantes para nuestra vida. En LDS.org encontrarán recursos para ayudarlos a estudiar el Evangelio, fortalecer su hogar y a su familia, y servir en sus llamamientos. También pueden encontrar a sus antepasados que necesitan las ordenanzas del templo y recursos para apoyarlos a ustedes en la obra de salvación, incluso para compartir el Evangelio. Los padres pueden tomar la iniciativa a fin de preparar a sus hijos para el

bautismo, el sacerdocio y las misiones de tiempo completo y el templo. Pueden ayudarnos a caminar por el sendero estrecho y angosto de las ordenanzas y los convenios del templo, y ayudarnos a lograr la bendición de la vida eterna.

En la pasada conferencia de abril, en la reunión general del sacerdocio, les hablé del dibujo que hizo mi padre de un caballero con armadura para enseñarme acerca de ponerse la armadura de Dios y la protección espiritual que nos brinda.

Después que terminó la sesión, un padre le dijo a su familia lo que había aprendido. Inspirado, su hijo Jason, buscó en LDS.org para oír el mensaje por sí mismo. Pocos días más tarde se presentó en la noche de hogar para compartir la lección con sus hermanos y hermanas. Aquí está.

Un sencillo mensaje de la conferencia, inspirado por el Señor y aceptado



Jason en "toda la armadura de Dios".

por un niño, se enseñó a una familia de una manera personal y poderosa. Me encanta su coraza de justicia y su escudo de fe para impedir los dardos de fuego del adversario. Éstas son las bendiciones de la conferencia.

Mis hermanos y hermanas, comparto mi testimonio especial de que el Señor Jesucristo vive y está a la cabeza de esta Iglesia. Ésta es Su conferencia general. Les prometo, en Su nombre, que si oran con verdadero deseo de escuchar la voz del Padre Celestial en los mensajes de esta conferencia, descubrirán que Él ha hablado para ayudarlos, fortalecerlos y guiarlos al hogar ante Su presencia. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Doctrina y Convenios 124:88; cursiva agregada.
2. Doctrina y Convenios 1:38.
3. Véase Doctrina y Convenios 46:2.
4. Doctrina y Convenios 9:8.
5. Doctrina y Convenios 25:10.
6. Véase Mosíah 2:5.
7. Véase 2 Nefi 33:1.
8. Véase Spencer W. Kimball, en Conference Report, Conferencia del Área Nuku'alofa Tonga, 1976.
9. Véase Lucas 22:31-32.
10. Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Harold B. Lee, pág. 92.
11. Mosíah 6:3.
12. Véase Mosíah 8:4.
13. 3 Nefi 17:3.
14. Spencer W. Kimball, "Las palabras de los líderes", *Liahona*, febrero de 1976, pág. 95.
15. Thomas S. Monson, "Para siempre Dios esté con vos", *Liahona*, noviembre de 2012, pág. 110.



Por el élder Ulisses Soares
De la Presidencia de los Setenta

Sean mansos y humildes de corazón

Ser manso no significa ser débil, sino que significa comportarse con bondad y gentileza.

Mormón enseñó que “el hombre no puede tener fe ni esperanza, a menos que sea manso y humilde de corazón”¹. Él agregó que sin tales atributos, “su fe y su esperanza son vanas, porque nadie es aceptable a Dios sino los mansos y humildes de corazón”².

La humildad es la cualidad de quienes son “temerosos de Dios, rectos, humildes, prestos para aprender y pacientes al sufrir”³. Los que poseen este atributo están dispuestos a seguir a Jesucristo y su temperamento es calmado, dócil, tolerante y sumiso.

El apóstol Pablo enseñó que la mansedumbre es uno de los frutos del Espíritu⁴; por consiguiente, puede lograrse más fácilmente si “vivimos por el Espíritu”⁵. Para vivir por el Espíritu, nuestro estilo de vida debe reflejar rectitud ante el Señor.

Al tomar sobre nosotros el nombre de Cristo, se espera que nos esforcemos por emular Sus atributos y que cambiemos nuestro carácter para llegar a ser más como Él cada día. El Salvador, al exhortar a Sus discípulos, dijo: “Sed, pues, vosotros perfectos, así como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto”⁶. Si “[venimos]

a Cristo... [nos abstenemos] de toda impiedad, y [amamos] a Dios”, entonces, por medio de la gracia de Cristo, llegará el día en que seamos perfectos en Él⁷.

“Los atributos semejantes a los de Cristo son dones de Dios que [recibimos] a medida que [empleamos nuestro] albedrío con rectitud... Con el deseo de complacer a Dios, [debemos reconocer nuestras] debilidades y [tener] la disposición y el anhelo de mejorar”⁸.

La mansedumbre es vital para que lleguemos a ser más como Cristo. Sin ella no seremos capaces de desarrollar otras virtudes importantes. Ser manso no significa ser débil, sino que significa comportarse con bondad y gentileza, mostrando fortaleza, serenidad, sana autoestima y autocontrol.

La mansedumbre fue uno de los atributos más abundantes en la vida del Salvador. Él mismo enseñó a Sus discípulos: “Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón”⁹.

Somos bendecidos de nacer con la semilla de la mansedumbre en nuestro corazón. Necesitamos entender que no es posible hacer crecer y desarrollar esa semilla en un abrir y cerrar de

ojos, sino a lo largo del tiempo. Cristo nos pide que tomemos nuestra “cruz cada día”¹⁰, lo que significa que debe ser una meta y deseo constante.

El presidente Lorenzo Snow, el quinto profeta de nuestra dispensación, enseñó: “Es nuestro deber tratar de ser perfectos... de mejorar cada día y considerar lo que hicimos la semana anterior y hacer las cosas mejor esta semana; hacer hoy las cosas mejor de lo que las hicimos ayer”¹¹. Entonces, el primer paso para llegar a ser mansos es mejorar día a día. Cada día debemos tratar de ser mejores que el anterior, conforme avanzamos en este proceso.

El presidente Snow añadió:

“Tenemos nuestras pequeñas insensateces y nuestras debilidades; debemos tratar de vencerlas tan rápidamente como sea posible, y debemos inculcar este sentimiento en el corazón de nuestros hijos... para que aprendan a comportarse apropiadamente ante Él en toda circunstancia.

“Si el esposo puede vivir con la esposa durante un día sin contender, sin tratar mal a nadie ni ofender el Espíritu de Dios... es perfecto hasta ese punto. Después, debe tratar de ser igual al día siguiente; mas suponiendo que fracasara en su intento al día siguiente, no habría razón por la cual no podría tener éxito al hacerlo el tercer día”¹².

Al reconocer nuestra dedicación y perseverancia, el Señor nos dará lo que no somos capaces de alcanzar debido a nuestras imperfecciones y debilidades humanas.

Otro paso importante para llegar a ser mansos es aprender a controlar nuestro temperamento. Debido a que el hombre natural mora dentro de cada uno de nosotros y debido a que vivimos en un mundo lleno de presión, el control de nuestro



temperamento podría llegar a ser uno de los desafíos de nuestra vida. Piensen por un momento cómo reaccionan cuando alguien no cumple con sus deseos en el momento en que quieren que lo haga. ¿Qué sucede cuando la gente no está de acuerdo con sus ideas, aun cuando están absolutamente seguros de que son la solución apropiada a un problema? ¿Cómo responden cuando alguien los ofende, critica sus esfuerzos o es descortés simplemente porque está de mal humor? En esos momentos y en otras situaciones difíciles, debemos aprender a controlar nuestro temperamento y expresar nuestros sentimientos con paciencia y amable persuasión. Esto es de suma importancia en nuestro hogar y en la relación con nuestros compañeros eternos. En los 31 años que he estado casado con mi esposa, ella a menudo me ha dado tiernos recordatorios de esto al enfrentar los inquietantes desafíos de la vida.

Entre las instrucciones que se encuentran en su Segunda Epístola a Timoteo, el apóstol Pablo dijo:

“Porque el siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido;

“que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad, y se zafen”¹³.

Al controlar nuestras reacciones, mantenernos calmados, actuar con templanza y evitar la contención, comenzaremos a ser dignos del don de la mansedumbre. El presidente Henry B. Eyring dijo una vez: “Cuando controlamos nuestro carácter y dominamos nuestro orgullo con fe, el Espíritu Santo da Su aprobación, haciendo que las promesas y convenios sagrados sean seguros”¹⁴.

Otro paso para lograr la mansedumbre es llegar a ser humildes. El Señor instruyó a Thomas B. Marsh, por medio del profeta José Smith, diciendo: “Sé humilde; y el Señor tu Dios te llevará de la mano y dará respuesta a tus oraciones”¹⁵.

Creo que sólo aquellos que son humildes son capaces de reconocer y entender las respuestas del Señor a sus oraciones. Los humildes son

enseñables, reconocen cuánto dependen de Dios y están deseosos de someterse a Su voluntad. Los humildes son mansos y tienen la capacidad de influenciar a los demás a ser lo mismo. La promesa de Dios a los humildes es que Él los guiará de la mano. Creo firmemente que evitaremos desvíos y tristezas en nuestra vida siempre y cuando andemos de la mano con el Señor.

Uno de los ejemplos de mansedumbre más hermosos de hoy en día que conozco es el del hermano Moses Mahlangu. Su conversión comenzó en 1964, cuando recibió un ejemplar del Libro de Mormón. Quedó fascinado al leer el libro, pero no fue sino hasta principios de los años 70 que vio un letrero de la Iglesia SUD en un edificio al caminar por la calle en Johannesburgo, Sudáfrica. El hermano Mahlangu quedó intrigado y entró en el edificio para saber más de la Iglesia. Le dijeron amablemente que no podía asistir a las reuniones ni ser bautizado debido a que las leyes del país, en aquel entonces, no lo permitían.

El hermano Mahlangu aceptó esa decisión con mansedumbre, humildad y sin resentimiento, pero siguió teniendo un fuerte deseo de aprender más acerca de la Iglesia. Preguntó a los líderes de la Iglesia si podrían dejar abierta una de las ventanas de la capilla durante las reuniones dominicales para que él pudiera sentarse afuera y escuchar. Durante varios años, la familia del hermano Mahlangu y sus amigos asistieron a la Iglesia con regularidad “a través de la ventana”. Un día en 1980, les dijeron que podían asistir a la Iglesia y también ser bautizados. ¡Qué día tan glorioso para el hermano Mahlangu!

Posteriormente, la Iglesia organizó una rama en su vecindario de Soweto. Eso sólo fue posible gracias a la determinación, el valor y la fidelidad de personas como el hermano Mahlangu, quienes permanecieron fieles durante muchos años bajo difíciles circunstancias.

Uno de los amigos del hermano Mahlangu, que se había unido a la Iglesia al mismo tiempo, me relató esa historia cuando visité la Estaca Soweto. Al final de nuestra conversación, me dio un abrazo. En ese momento sentí como si me rodearan los brazos amorosos del Salvador. La mansedumbre emanaba de los ojos de este buen hermano. Con un corazón lleno de bondad y de profunda gratitud, me preguntó si yo podía decirle al presidente Thomas S. Monson lo agradecidos y bendecidos que él y muchas otras personas estaban por tener el Evangelio verdadero en su vida. El ejemplo de mansedumbre del hermano Mahlangu y su amigo verdaderamente influyó en muchas vidas para bien, especialmente en la mía.

Hermanos y hermanas, creo que el Salvador Jesucristo es el ejemplo supremo de mansedumbre, incluso

durante los últimos momentos de Su vida mortal cuando fue injustamente acusado y condenado, llevó Su cruz con dolor hasta el Gólgota, Sus enemigos se burlaron y Lo maldijeron, muchos que Lo conocían y habían presenciado Sus milagros Lo abandonaron, y fue clavado en la cruz.

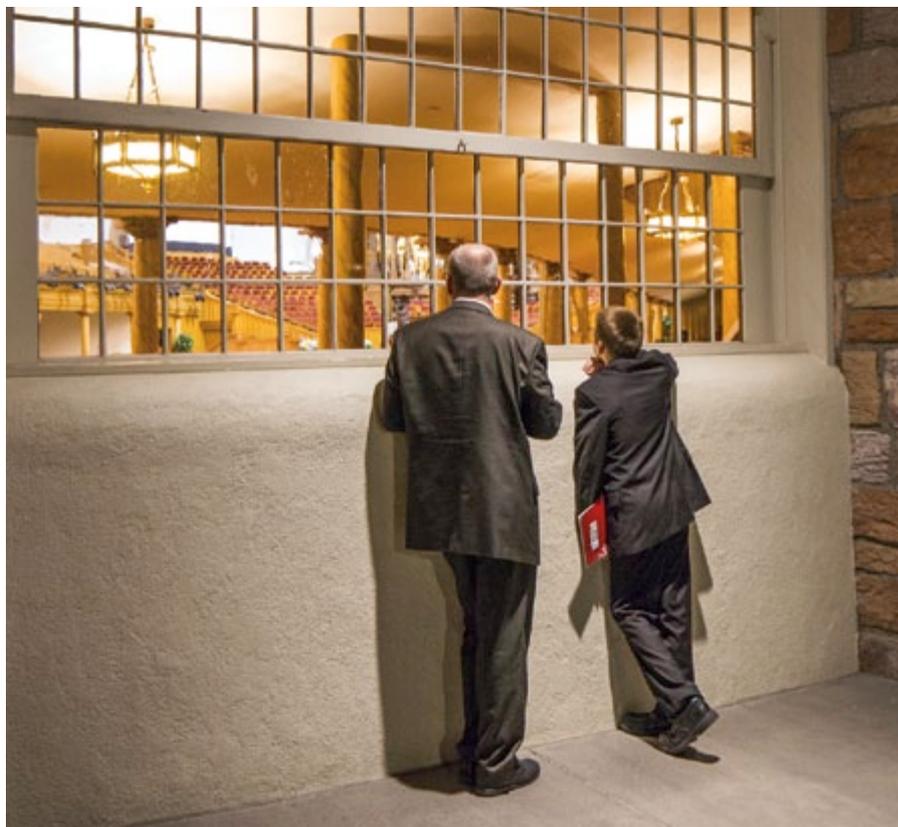
Aun después del más intenso sufrimiento físico, el Señor se volvió a Su Padre y habló desde lo más profundo de Su manso y humilde corazón: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”¹⁶. Cristo experimentó un extremo sufrimiento físico y espiritual, dándonos la oportunidad de cambiar nuestro carácter espiritual y llegar a ser mansos como Él.

Les doy mi testimonio de que Jesucristo es nuestro Salvador. Les testifico que, gracias a Su amor, es posible cambiar; es posible dejar atrás nuestras debilidades; es posible rechazar las malas influencias en nuestra vida, controlar nuestra ira, llegar a ser mansos y desarrollar

los atributos de nuestro Salvador. Él nos mostró el camino. Él nos dio el ejemplo perfecto y nos mandó a cada uno de nosotros que seamos como Él. Su invitación a nosotros es la de seguirlo, seguir Su ejemplo y llegar a ser como Él. De estas verdades doy testimonio en Su sagrado nombre, sí, Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Moroni 7:43.
2. Moroni 7:44.
3. Guía para el Estudio de las Escrituras, “Mansedumbre, Manso”, scriptures.lds.org.
4. Véase Gálatas 5:22–23.
5. Gálatas 5:25.
6. Mateo 5:48.
7. Moroni 10:32.
8. *Predicad Mi Evangelio: Una guía para el servicio misional*, 2004, pág. 122.
9. Mateo 11:29.
10. Lucas 9:23.
11. Lorenzo Snow, en Conference Report, 13 de abril de 1898.
12. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Lorenzo Snow*, 2012, pág. 107.
13. 2 Timoteo 2:24–26.
14. Henry B. Eyring, “Familias bajo el convenio”, *Liahona*, mayo de 2012, pág. 65.
15. Doctrina y Convenios 112:10.
16. Lucas 23:34.





Por Carole M. Stephens

Primera Consejera de la Presidencia General de la Sociedad de Socorro

¿Sabemos lo que poseemos?

Las ordenanzas y convenios del sacerdocio proporcionan acceso a la plenitud de las bendiciones que Dios nos ha prometido, las cuales son posibles gracias a la expiación del Salvador.

En “La Familia: Una Proclamación para el Mundo”, la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce Apóstoles, declaran: “Todos los seres humanos, hombres y mujeres, son creados a la imagen de Dios. Cada uno es un amado hijo o hija procreado como espíritu por padres celestiales y, como tal, cada uno tiene una naturaleza y un destino divinos”¹. Con el fin de alcanzar ese destino divino, todos los hijos de Dios necesitan las ordenanzas y los convenios del sacerdocio.

Necesitamos el bautismo. Cuando se nos sumerge en las aguas del bautismo, hacemos convenio de tomar sobre nosotros el nombre de Cristo, recordarlo siempre, guardar Sus mandamientos y servirlo hasta el fin para tener siempre Su Espíritu con nosotros².

Necesitamos el don del Espíritu Santo. Por medio de esta ordenanza, podemos tener acceso a la compañía constante del Espíritu. El presidente Wilford Woodruff enseñó: “Todo hombre y toda mujer que haya

entrado alguna vez en la Iglesia de Dios y haya sido bautizado para la remisión de los pecados tiene derecho a la revelación, derecho a tener el Espíritu de Dios para asistirlos en sus labores, en el cuidado de los hijos, en los consejos que den a sus hijos y a aquellos a quienes hayan sido llamados a presidir. El Espíritu Santo no es exclusivamente para los hombres, ni para los apóstoles ni los profetas, sino que le corresponde a todo hombre y a toda mujer fiel, y a cada niño que tenga la edad apropiada para recibir el Evangelio de Cristo”³.

Necesitamos recibir la investidura del templo. El élder M. Russell Ballard dijo: “Cuando los hombres y las mujeres van al templo, los dos son investidos con el mismo poder, que, por definición, es el poder del sacerdocio... La investidura es literalmente un don de poder”⁴.

Necesitamos la ordenanza del sellamiento que nos lleva a la vida eterna, “el mayor de todos los dones de Dios”⁵. Esa ordenanza del sacerdocio la reciben sólo un hombre y una mujer

juntos. El élder Russell M. Nelson enseñó: “La autoridad del sacerdocio se ha restaurado con el fin de sellar a las familias por la eternidad”⁶.

Debemos tener la oportunidad de renovar nuestros convenios cada semana al participar de la Santa Cena. “Los profetas y apóstoles de los últimos días nos han enseñado que cuando participamos dignamente de la Santa Cena, no sólo podemos renovar nuestro convenio bautismal, sino también ‘todos los convenios concertados con el Señor’”⁷.

Estas ordenanzas y convenios del sacerdocio proporcionan acceso a la plenitud de las bendiciones que Dios nos ha prometido, las cuales son posibles gracias a la expiación del Salvador. Esas ordenanzas invisten a los hijos e hijas de Dios con poder, el poder de Dios⁸, y nos brindan la oportunidad de obtener la vida eterna: regresar a la presencia de Dios y vivir con Él como parte de Su familia eterna.

Hace poco, fui con los líderes del sacerdocio a visitar las casas de cuatro mujeres en Honduras. Esas hermanas y sus respectivas familias necesitaban las llaves y la autoridad del sacerdocio, las ordenanzas y convenios del sacerdocio y el poder y las bendiciones del mismo.

Visitamos a una querida hermana que está casada y tiene dos hermosos niños. Ella es fiel y activa en la Iglesia y está enseñando a sus hijos a hacer lo justo. Su esposo apoya sus actividades en la Iglesia, pero no es miembro. La familia es fuerte, pero para tener más fortaleza, necesitan bendiciones adicionales del sacerdocio; necesitan que el padre reciba las ordenanzas del bautismo y del don del Espíritu Santo, y que se le confiera el sacerdocio; necesitan el poder del sacerdocio que proviene de la investidura y del sellamiento.



Después visitamos a dos hermanas solas; mujeres de gran fe. Una de ellas tiene un hijo que se está preparando para la misión; la otra está recibiendo tratamiento para el cáncer. En momentos de desaliento y desesperación, ellas recuerdan la expiación del Salvador y eso las colma de fe y esperanza. Ambas necesitaban las bendiciones y el poder adicionales que se reciben por medio de las ordenanzas del templo. Las alentamos a que se unieran al futuro misionero de la casa en su preparación para recibir esas ordenanzas.

Por último, fuimos a ver a una hermana cuyo esposo había fallecido recientemente en un trágico accidente. Debido a su reciente conversión, no había comprendido que podía recibir su investidura personal y ser sellada a su esposo. Cuando le enseñamos que esas bendiciones estaban al alcance de ella y de su esposo fallecido, se sintió llena de esperanza. Al saber que mediante las ordenanzas y los convenios del templo su familia puede

estar unida para siempre, tiene la fe y la determinación para afrontar las pruebas futuras.

El hijo de esa hermana viuda se está preparando para recibir el Sacerdocio Aarónico. Su ordenación será una gran bendición para ella y para su familia; tendrán un poseedor del sacerdocio en su hogar.

Cuando conocí a esas fieles mujeres en Honduras, pude darme cuenta que ellas se esforzaban por mantener a sus familias activas en el Evangelio. Ellas expresaron gratitud por miembros del barrio que guardaban sus convenios y que cariñosamente las cuidaban y las ayudaban en sus necesidades, tanto temporales como espirituales. Sin embargo, cada una de esas hermanas tenía necesidades que todavía no se habían cubierto plenamente.

En cada una de las tres casas que visitamos, un sabio líder del sacerdocio preguntó a cada una de ellas si habían recibido una bendición del

sacerdocio, y todas le contestaron que no. Ese día, cada una de las hermanas pidió y recibió una bendición del sacerdocio. Todas lloraron al expresar gratitud por el consuelo, la dirección, el aliento y la inspiración que recibieron del Padre Celestial por medio de un digno poseedor del Sacerdocio.

Esas hermanas fueron una inspiración para mí. Ellas mostraron reverencia por Dios y por Su poder y autoridad. También me sentí agradecida por los líderes del sacerdocio que me acompañaron a visitar esos hogares. Al retirarnos de cada uno de ellos, analizamos juntos cómo podíamos ayudar a que esas familias recibieran las ordenanzas que necesitaban para progresar en el sendero del convenio y fortalecer sus hogares.

En la actualidad, hay una gran necesidad de que los hombres y las mujeres cultiven el respeto mutuo como hijos e hijas de Dios, y la reverencia por nuestro Padre Celestial y Su sacerdocio —Su poder y autoridad.

Él tiene un plan para nosotros y cuando ejercemos nuestra fe y confianza en Su plan, nuestra reverencia hacia Él y hacia el poder y la autoridad de Su sacerdocio se fortalecerá.

En la reunión mundial de capacitación de líderes *Cómo fortalecer a la familia y a la Iglesia por medio del sacerdocio*, se nos enseñó que las hermanas que no tienen poseedores del sacerdocio en sus hogares nunca deben sentirse solas; son bendecidas y fortalecidas por medio de las ordenanzas que reciben y los convenios que guardan. No deben dudar en pedir ayuda cuando sea necesario. El élder M. Russell Ballard enseñó que toda mujer en la Iglesia necesita saber que tiene un obispo, un presidente de quórum de élderes, un maestro orientador y otros dignos poseedores del sacerdocio en los que



pueda confiar para que vayan a su hogar y la ayuden y, como la hermana Rosemary M. Wixom añadió, “darle una bendición”⁹.

El élder Ballard también enseñó: “Nuestro Padre Celestial es generoso con Su poder. Todo hombre y mujer tiene acceso a ese poder para recibir ayuda en su vida personal. Todos los que han hecho convenios sagrados con el Señor y los honran, tienen derecho a recibir revelación personal, ser bendecidos mediante el ministerio de ángeles [y] gozar de la comunión con Dios”¹⁰.

Todos nos necesitamos los unos a los otros. Los hijos de Dios necesitan a las hijas de Dios, y las hijas de Dios necesitan a los hijos de Dios.

Tenemos diferentes dones y diferentes fortalezas. En el capítulo 12 de 1 Corintios, se hace hincapié en la necesidad de que los hijos y las hijas de Dios, cada uno de nosotros, cumplan con las funciones y responsabilidades individuales de acuerdo con el plan del Señor, a fin de que todos nos beneficiemos¹¹.

Hijos de Dios, ¿saben quiénes son? ¿Saben lo que poseen? ¿Son dignos de ejercer el sacerdocio y de recibir el poder y las bendiciones del mismo? ¿Aceptan sus funciones y responsabilidades de fortalecer los hogares como padres, abuelos, hijos, hermanos y tíos? ¿Demuestran respeto por la mujer, la femineidad y la maternidad?

Hijas de Dios, ¿sabemos quiénes somos? ¿Sabemos lo que poseemos? ¿Somos dignas de recibir el poder y las bendiciones del sacerdocio? ¿Recibimos los dones que se nos han conferido con gratitud, gracia y dignidad? ¿Aceptamos nuestras funciones y responsabilidades de fortalecer los hogares como madres, abuelas, hijas, hermanas y tías? ¿Demostramos respeto por los hombres, la masculinidad y la paternidad?

Como hijos e hijas del convenio, ¿tenemos fe en nuestro Padre Celestial y en Su plan eterno para nosotros? ¿Tenemos fe en Jesucristo y en Su expiación? ¿Creemos que tenemos una naturaleza y un destino divinos? Y en nuestro empeño por alcanzar ese destino y recibir todo lo que el Padre tiene¹², ¿comprendemos la importancia de recibir las ordenanzas del sacerdocio y de efectuar, guardar y renovar nuestros convenios con el Señor?

Somos amados hijos e hijas en espíritu de padres celestiales, con una naturaleza y destino divinos. Nuestro Salvador Jesucristo nos amó tanto que dio Su vida por nosotros, y Su expiación proporciona el medio para que progreseemos en el sendero y regresemos a nuestro hogar celestial por medio de los sagrados convenios y ordenanzas del sacerdocio.

Estas ordenanzas y convenios se restauraron a la tierra por medio del

profeta José Smith y, hoy en día, el presidente Thomas S. Monson tiene todas las llaves del sacerdocio sobre la tierra.

El élder D. Todd Christofferson enseñó: “...en La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días se encuentra la autoridad del sacerdocio para administrar las ordenanzas mediante las cuales podemos concertar convenios obligatorios con nuestro Padre Celestial, en el nombre de Su Santo Hijo... Dios cumplirá las promesas que te ha hecho si honras los convenios que has hecho con Él”¹³.

De estas cosas testifico; en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. “La Familia: Una Proclamación para el Mundo”, *Liahona*, noviembre de 2010, pág. 129.
2. Véase Moroni 4:3; 6:3.
3. Véase *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Wilford Woodruff*, 2004, págs. 50–51.
4. M. Russell Ballard, “Let Us Think Straight”, Brigham Young University Education Week devotional, 20 de agosto de 2013; speeches.byu.edu.
5. Doctrina y Convenios 14:7; véase también Doctrina y Convenios 131: 1–4.
6. Russell M. Nelson, en “Nutrir el matrimonio”, *Liahona*, mayo de 2006, pág. 37; o en *Hijas en Mi Reino: La historia y la obra de la Sociedad de Socorro*, 2011, pág. 148.
7. Delbert L. Stapley, en Conference Report, octubre de 1965, pág. 14; citado por el élder L. Tom Perry en “Al tomar la Santa Cena”, *Liahona*, mayo de 2006, págs. 39–42; véase también *Teachings of Gordon B. Hinckley*, 1997, pág. 561; *The Teachings of Spencer W. Kimball*, ed. Edward L. Kimball, 1982, pág. 220.
8. Véase Doctrina y Convenios 109:22.
9. Véase M. Russell Ballard y Rosemary M. Wixom, “Las bendiciones del sacerdocio en todo hogar” en *Cómo fortalecer a la familia y a la Iglesia por medio del sacerdocio*, capacitación mundial de líderes, marzo de 2013, lds.org/broadcasts.
10. M. Russell Ballard, “Let Us Think Straight”, speeches.byu.edu.
11. Véase también Doctrina y Convenios 46:9, 12.
12. Véase Doctrina y Convenios 84:38.
13. D. Todd Christofferson, “El poder de los convenios”, *Liahona*, mayo de 2009, pág. 22.



Por el élder Edward Dube
De los Setenta

Miren hacia adelante y crean

A la vista del Señor, no es tanto lo que hayamos hecho o dónde hemos estado, sino mucho más a dónde estamos dispuestos a ir.

Cuando era niño y trabajaba en los campos con mi madre, ella me enseñó una de las lecciones más importantes de la vida. Era ya avanzada la mañana, el sol estaba bien alto y habíamos estado usando la azada por lo que yo pensaba había sido mucho tiempo. Me detuve a mirar hacia atrás para ver lo que habíamos logrado y le dije a mi madre: “¡Mira todo lo que hemos hecho!”. Mi madre no respondió. Pensando que no me había escuchado, repetí lo que había dicho un poco más fuerte. Tampoco respondió. Alzando más la voz, se lo volví a decir. Finalmente, ella se volvió hacia mí y dijo: “Edward, nunca mires hacia atrás, mira hacia adelante, lo que todavía tenemos por hacer”.

Mis queridos hermanos y hermanas, el convenio que hicimos con el Señor cuando nos bautizamos, de “ser testigos de Dios en todo tiempo, y en todas las cosas y en todo lugar en que [estemos]” (Mosíah 18:9), es un compromiso para toda la vida. El presidente Dieter F. Uchtdorf aconsejó: “Las personas que han entrado en las aguas del bautismo y recibido el don del Espíritu Santo han iniciado el sendero del discipulado y

han recibido el mandato de seguir de manera firme y fiel los pasos de nuestro Salvador” (“Santos en todas las épocas”, *Liahona*, septiembre de 2013, pág. 5). El Señor, por medio de Sus siervos, nos llama a prestar servicio en diversos llamamientos, los cuales aceptamos con un compromiso total. Cuando se extiende el relevo y se nos llama a una asignación diferente, lo aceptamos gozosos sabiendo, como lo hicieron nuestros antepasados, que “en el servicio al Señor, no interesa dónde sirvamos sino cómo lo hacemos” (J. Reuben Clark Jr., en *Conference Report*, abril de 1951, pág. 154).

Por lo tanto, cuando se releva a un presidente de estaca o a un obispo, él acepta con gozo su relevo, y cuando se le extiende un llamamiento para servir en cualquier forma que el Señor, por medio de Sus siervos, “juzgue conveniente” (Mosíah 3:19), no se siente disminuido por causa de su experiencia previa, ni mira hacia atrás y piensa que ha prestado suficiente servicio. Él “no [se cansa] de hacer lo bueno” porque sabe que está “poniendo los cimientos de una gran obra” con una clara visión de que tales esfuerzos bendicen las vidas por la eternidad.

Por lo tanto, “de las cosas pequeñas proceden las grandes” (D. y C. 64: 33).

Todos deberíamos “estar anhelosamente consagrados a una causa buena, y hacer muchas cosas de [nuestra] propia voluntad y efectuar mucha justicia” (D. y C. 58:27).

El élder Jeffrey R. Holland, del Quórum de los Doce Apóstoles, aconsejó: “El pasado es para aprender pero no para vivir en él. Miramos hacia atrás con el deseo de reclamar las brasas de las experiencias radiantes pero no las cenizas. Y una vez que hayamos aprendido lo que tengamos que aprender y que guardemos con nosotros lo mejor de lo que hayamos experimentado, entonces miremos adelante y recordemos que *la fe siempre señala hacia el futuro*” (“Lo mejor aún está por venir”, *Liahona*, enero de 2010, pág. 18).

Aunque la lección de mi madre de mirar hacia adelante se refería a las visibles malas hierbas del campo, era mucho menos en comparación a lo que pasaron los primeros santos. El élder Joseph B. Wirthlin describe muy bien esta experiencia: “En 1846, más de diez mil miembros dejaron la próspera ciudad [de Nauvoo] que habían edificado a orillas del río Misisipí. Con fe en sus proféticos líderes, esos primeros miembros de la Iglesia abandonaron su ‘bella ciudad’ y se aventuraron a la desértica frontera americana. No sabían exactamente hacia dónde iban, ni cuántas millas tenían que recorrer, ni cuán largo sería el viaje, ni siquiera lo que les deparaba el destino. Pero sí *sabían* que los guiaban el Señor y Sus siervos” (“La fe de nuestros padres”, *Liahona*, julio de 1996, pág. 34).

Ellos sabían lo que era mirar hacia adelante y creer. Una década y media antes, algunos de esos miembros estuvieron presentes cuando se recibió una revelación:



“Porque de cierto os digo, bienaventurado es el que guarda mis mandamientos, sea en vida o muerte; y el que es fiel en la tribulación tendrá mayor galardón en el reino de los cielos.

“Por lo pronto no podéis ver con vuestros ojos naturales el diseño de vuestro Dios concerniente a las cosas que vendrán más adelante, ni la gloria que seguirá después de mucha tribulación” (D. y C. 58:2-3).

Nosotros también podemos mirar hacia adelante y creer. Podemos aceptar la invitación de nuestro Señor, que con los brazos abiertos nos invita:

“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.

“Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas.

“Porque mi yugo es fácil y ligera mi carga” (Mateo 11:28-30).

Nuestro querido profeta, el presidente Thomas S. Monson; sus consejeros; y el Quórum de los Doce Apóstoles han extendido una

invitación a todos nosotros de que participemos en la obra de salvación. Los nuevos conversos, jóvenes, jóvenes adultos, quienes se han jubilado de sus profesiones y los misioneros de tiempo completo deben compartir el yugo en forma equilibrada para apresurar la obra de salvación.

El presidente Boyd K. Packer, Presidente del Quórum de los Doce Apóstoles, una vez asistió a una competencia de yuntas de bueyes, de la que extrajo una analogía. Refiriéndose a la experiencia dijo: “Un trineo de madera se cargaba con bloques de cemento: cuatro mil quinientos kilogramos, cinco toneladas... El propósito era que los bueyes movieran el trineo unos 90 centímetros... Me llamó la atención una yunta de animales pintos muy grandes, de color gris azulado... los grandes bueyes azules de tiempos pasados”.

Hablando de los resultados de la competencia, él dijo: “Las yuntas fueron eliminadas una por una... ¡Los grandes bueyes azules ni siquiera clasificaron! Una yunta de bueyes pequeños y de diferentes razas y

tamaño, lograron mover el trineo las tres veces”.

Entonces me dieron una explicación sorprendente del resultado: “Los bueyes azules eran más grandes, más fuertes y más semejantes en tamaño en comparación con la otra yunta; pero los bueyes pequeños efectuaron un mejor trabajo de equipo y coordinación. Tiraron del yugo al mismo tiempo. Ambos animales tiraron hacia adelante exactamente al mismo tiempo y la fuerza movió la carga” (“No os unáis en yugo desigual”, *La enseñanza en Seminario, manual para el maestro*, 2004, pág. 31).

Al mirar hacia adelante y creer, necesitamos ese mismo trabajo en equipo para apresurar la obra de salvación al invitar a los demás a venir a Cristo. En nuestra capacidad individual, debemos seguir el consejo del presidente Dieter F. Uchtdorf: “... permanezcan juntos, levanten e impulsen desde donde estén” (“Impulsen desde donde estén”, *Liahona*, noviembre de 2008, pág. 53). Podemos hacer uso de nuestro pleno potencial, tal como lo observó el élder L. Tom Perry, del

Quórum de los Doce Apóstoles: “Al viajar por toda la Iglesia me maravilla todo lo positivo que está ocurriendo. No obstante, todavía pienso que nos falta mucho para alcanzar nuestro potencial. Percibo que no siempre trabajamos juntos, que todavía nos interesa demasiado alcanzar nuestro propio éxito y honores personales, y demostramos muy poco interés en la meta común de edificar el reino de Dios” (“Edifiquemos el reino de Dios”, *Liahona*, julio de 1987, pág. 34).

Que podamos todos estar unidos en un objetivo común de “llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre” (Moisés 1:39).

Nuestro Salvador Jesucristo, que ve desde el principio hasta el fin, sabía muy bien el camino que lo llevaría a Getsemaní y al Gólgota cuando proclamó: “Ninguno que pone su mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el reino de Dios” (Lucas 9:62). A la vista del Señor, no es tanto lo que hayamos hecho o dónde hemos estado, sino mucho más a dónde estamos dispuestos a ir.

El profeta José Smith nos enseñó los principios rectores: “Los principios fundamentales de nuestra religión son el testimonio de los apóstoles y de los profetas concernientes a Jesucristo: que murió, fue sepultado, se levantó al tercer día y ascendió a los cielos; y todas las otras cosas que pertenecen a nuestra religión son únicamente apéndices de eso” (*Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: José Smith*, 2007, pág. 51).

Les testifico que al seguir el ejemplo de nuestro Salvador Jesucristo y levantar la mano para sostener a nuestro amado profeta, el presidente Thomas S. Monson, encontraremos paz, consuelo, gozo y “[comeremos] de la abundancia de la tierra... en estos postreros días” (D. y C. 64: 34). En el nombre de Jesucristo. Amén. ■



Por el élder David A. Bednar
Del Quórum de los Doce Apóstoles

Las ventanas de los cielos

Recibimos bendiciones espirituales y temporales cuando vivimos la ley del diezmo.

Deseo describir dos lecciones importantes que he aprendido acerca de la ley del diezmo. La primera lección se centra en las bendiciones que reciben las personas y las familias cuando obedecen fielmente este mandamiento. La segunda, hace hincapié en la importancia del diezmo para el crecimiento de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días en todo el mundo. Ruego que el Espíritu Santo confirme a cada uno de nosotros la veracidad de los principios que analizaré.

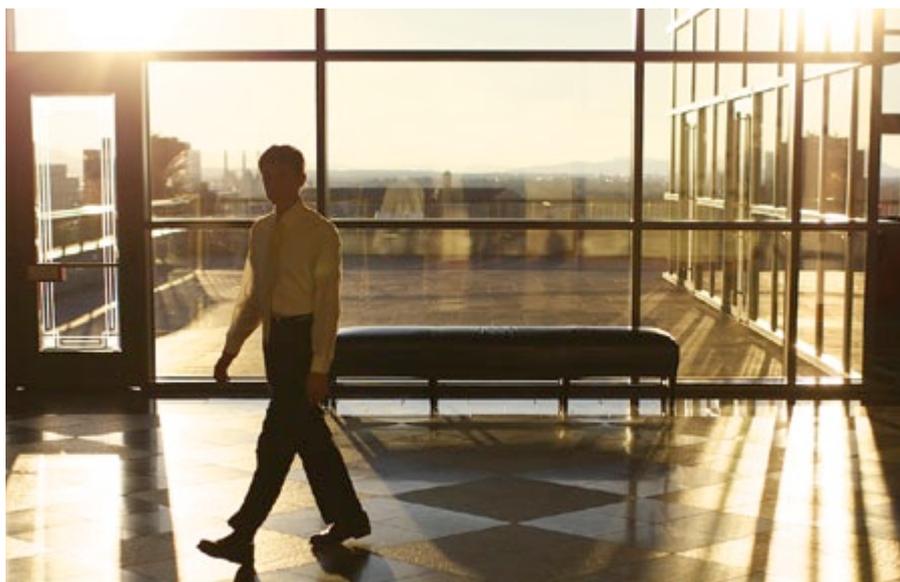
Lección Nº 1 — Bendiciones significativas pero sutiles

La madre de la hermana Bednar es una mujer fiel y un ama de casa inspirada. Desde los primeros días de su matrimonio, mantuvo registros de las finanzas de la familia con gran cuidado. Durante décadas ha llevado control de los ingresos y los gastos de la familia usando libros de contabilidad muy sencillos. La información que ha reunido a través de los años es amplia e informativa.

Cuando la hermana Bednar era jovencita, su madre usó los datos de esos libros para enfatizar los

principios básicos de la vida providente y la administración prudente del hogar. Un día, mientras repasaban juntas varias categorías de gastos, su madre notó un patrón interesante. Los gastos de las visitas médicas y de los medicamentos de la familia eran mucho menos de lo esperado. Entonces, ella lo acreditó al evangelio de Jesucristo y le explicó a su hija una poderosa verdad: cuando vivimos la ley del diezmo, a menudo recibimos bendiciones significativas pero sutiles que no siempre son lo que esperamos, y que fácilmente se pueden pasar por alto. La familia no había recibido ningún aumento repentino ni obvio en el ingreso familiar; en cambio, un amoroso Padre Celestial les había concedido bendiciones sencillas de maneras que parecían comunes y corrientes. La hermana Bednar siempre ha recordado esa importante lección de su madre acerca de la ayuda que nos llega por medio de las ventanas de los cielos, como lo promete Malaquías en el Antiguo Testamento (véase Malaquías 3:10).

Con frecuencia, al enseñar y testificar acerca de la ley del diezmo, hacemos hincapié en las bendiciones



temporales inmediatas, dramáticas y fácilmente reconocibles que recibimos; y con seguridad se reciben esas bendiciones. Sin embargo, algunas de las muchas bendiciones que recibimos al obedecer este mandamiento son significativas, pero sutiles. Esas bendiciones se pueden discernir sólo si estamos espiritualmente atentos y somos perceptivos (véase 1 Corintios 2:14).

La imagen de las “ventanas” de los cielos que usó Malaquías es instructiva. Las ventanas permiten que la luz natural entre en un edificio. Del mismo modo, la perspectiva y la iluminación espiritual se derraman a través de las ventanas de los cielos a nuestra vida cuando honramos la ley del diezmo.

Por ejemplo, una sutil pero significativa bendición que recibimos es el don espiritual de la gratitud que permite que el aprecio por lo que tenemos reprima nuestros deseos de lo que queremos. Una persona agradecida está llena de alegría; una persona desagradecida sufre en la pobreza del descontento sin fin (véase Lucas 12:15).

Quizás necesitemos un empleo adecuado y oremos por ello. Sin embargo, se necesitan los ojos y los oídos de la fe (véase Éter 12:19) para reconocer el don espiritual de mayor discernimiento que nos ayudará a identificar oportunidades de trabajo que otras personas podrían pasar por alto, o la bendición de una mayor

resolución personal para buscar un puesto con mayor intensidad y por más tiempo de lo que otras personas serían capaces o estarían dispuestas a hacerlo. Quizás queramos y espereemos una oferta de trabajo, pero tal vez la bendición que recibamos a través de las ventanas celestiales sea una mayor capacidad para actuar y cambiar nuestras circunstancias en lugar de esperar que alguien o algo las cambie.

Tal vez, y con razón, deseemos y trabajemos para recibir un aumento de sueldo a fin de proveer mejor para las necesidades de la vida. Sin embargo, se necesitan los ojos y los oídos de la fe para reconocer en nosotros mismos una mayor capacidad espiritual y temporal (véase Lucas 2:52) para hacer más con menos, una mayor habilidad para establecer prioridades y simplificar, y una mayor capacidad de cuidar las posesiones materiales que ya hemos adquirido. Tal vez queramos y esperemos un cheque más grande, pero puede que la bendición que recibamos a través de las ventanas celestiales sea una mayor capacidad de cambiar nuestras circunstancias en lugar de esperar que alguien o algo las cambie.

Los jóvenes guerreros del Libro de Mormón (véase Alma 53; 56–58) oraron fervientemente para que Dios los fortaleciera y los librara de las manos de sus enemigos. Curiosamente, la respuesta a esas oraciones no produjo

más armas ni tropas más numerosas. En su lugar, Dios concedió a esos fieles guerreros la certeza de que Él los libraría, paz a sus almas, y una gran fe y esperanza en Él para su liberación (véase Alma 58:11). Por lo tanto, los hijos de Helamán cobraron ánimo, tuvieron la determinación fija de vencer y avanzaron con todas sus fuerzas contra los lamanitas (véase Alma 58:12–13). En un principio, la seguridad, paz, fe y esperanza parecían no ser las bendiciones que los guerreros en la batalla querían, pero esas eran precisamente las bendiciones que esos valientes jóvenes necesitaban para seguir adelante y prevalecer, tanto física como espiritualmente.

A veces, es posible que le pidamos a Dios tener éxito y Él nos dé fortaleza física y mental. Quizás supliquemos por prosperidad y recibamos una perspectiva más amplia y más paciencia; o pidamos ser mejores y se nos bendiga con el don de la gracia. Él puede concedernos convicción y confianza al esforzarnos por alcanzar metas dignas; y cuando suplicamos alivio por las dificultades físicas, mentales y espirituales, quizás Él aumente nuestra resolución y capacidad de recuperación.

Les prometo que, a medida que ustedes y yo observemos y guardemos la ley del diezmo, en verdad se abrirán las ventanas de los cielos y se derramarán bendiciones espirituales y temporales hasta que sobreabunden (véase Malaquías 3:10). También recordaremos la declaración del Señor:

“Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dice Jehová.

“Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos” (Isaías 55:8–9).

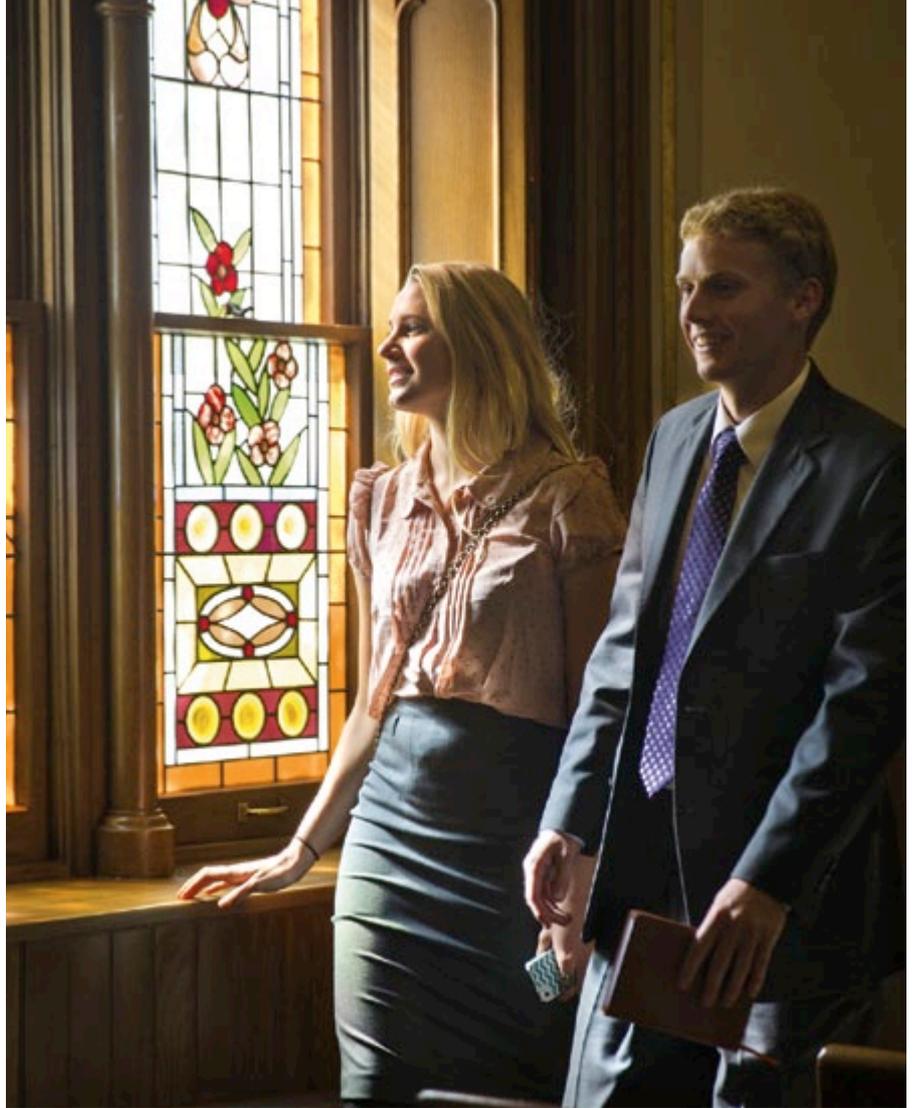
Les testifico que a medida que estamos espiritualmente atentos y seamos perceptivos, seremos bendecidos con ojos que vean más claramente, oídos que escuchen más consistentemente y corazones que comprendan más plenamente el significado y la sutileza de Sus caminos, Sus pensamientos y Sus bendiciones en nuestra vida.

Lección Nº 2 — La sencillez de la manera del Señor

Antes de mi llamamiento para servir como miembro del Quórum de los Doce Apóstoles, leí muchas veces en Doctrina y Convenios acerca del consejo designado a supervisar y desembolsar fondos sagrados. El Consejo encargado de la Disposición de Diezmos fue establecido por revelación y está compuesto por la Primera Presidencia, el Quórum de los Doce Apóstoles y el Obispado Presidente (véase D. y C. 120). Al prepararme para asistir a mi primera reunión de este consejo, en diciembre de 2004, preveía una extraordinaria oportunidad de aprendizaje.

Todavía recuerdo las cosas que aprendí y sentí en ese consejo. Obtuve un mayor aprecio y respeto por las leyes financieras del Señor en cuanto a las personas, las familias y Su iglesia. El programa financiero básico de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días —tanto para ingresos como para desembolsos— se define en las secciones 119 y 120 de Doctrina y Convenios. Dos declaraciones que se encuentran en estas revelaciones constituyen la base de los asuntos financieros de la Iglesia.

La sección 119 simplemente dice que todos los miembros “pagarán la décima parte de todo su interés anualmente; y esto les será por ley fija perpetuamente... dice el Señor” (versículo 4).



Luego, en cuanto al desembolso autorizado de los diezmos, el Señor dijo: “[dispondrá] de ellos un consejo integrado por la Primera Presidencia de mi iglesia, por el obispo y su consejo, y por mi sumo consejo, así como por mi propia voz dirigida a ellos, dice el Señor” (D. y C. 120:1). El “obispo y su consejo” y “mi sumo consejo” a los que se hace referencia en esta revelación se conocen hoy como el Obispado Presidente y el Quórum de los Doce Apóstoles, respectivamente. Estos fondos sagrados se utilizan en una Iglesia de rápido crecimiento para bendecir espiritualmente a las personas y a las familias al construir y mantener templos y casas de adoración, apoyar la obra misional, traducir y publicar las Escrituras, fomentar la investigación de Historia Familiar, financiar escuelas y educación religiosa, y lograr muchos otros propósitos de la Iglesia, según lo

indiquen los siervos que hayan sido ordenados por el Señor.

Me maravilla la claridad y la brevedad de estas dos revelaciones en comparación con las complicadas pautas financieras y procedimientos administrativos utilizados en muchas organizaciones y gobiernos del mundo. ¿Cómo es posible que los asuntos temporales de una organización tan grande como la Iglesia restaurada de Jesucristo a lo largo de todo el mundo se rija mediante instrucciones tan concisas? Para mí, la respuesta es bastante clara: Ésta es la obra del Señor, Él puede efectuar Su propia obra (véase 2 Nefi 27: 20) y el Salvador inspira y dirige a Sus siervos a medida que ponen en práctica Sus indicaciones y trabajan en Su causa.

En esa primera reunión de consejo quedé impresionado por la sencillez de los principios que guiaron nuestras deliberaciones y decisiones. En las

operaciones financieras de la Iglesia, se observan dos principios básicos y fijos. Primero: La Iglesia vive dentro de sus propios medios y no gasta más de lo que recibe. Segundo: Una porción de los ingresos anuales se aparta como reserva para contingencias y necesidades imprevistas. Por décadas, la Iglesia ha enseñado a los miembros el principio de guardar alimentos, combustible y dinero para afrontar emergencias que podrían surgir. La Iglesia, como institución, simplemente sigue los mismos principios que se enseñan repetidamente a los miembros.

A medida que avanzaba la reunión, nació en mí el deseo de que todos los miembros de la Iglesia pudiesen observar la simplicidad, la claridad, el orden, la caridad y el poder de la manera del Señor (véase D. y C. 104:16) para llevar a cabo los asuntos temporales de Su Iglesia. Ya he participado en el Consejo encargado de la Disposición de Diezmos por muchos años. Mi gratitud y reverencia por el modelo del Señor ha crecido cada año, y las lecciones aprendidas han llegado a ser aún más profundas.

Mi corazón se llena de amor y admiración por los fieles y obedientes

miembros de esta Iglesia de cada nación, tribu, lengua y pueblo. Al viajar por el mundo, llego a conocer sus esperanzas y sueños, sus diferentes condiciones de vida y circunstancias, y sus dificultades. He asistido a reuniones de la Iglesia con ustedes y visitado algunos de sus hogares. Su fe fortalece la mía; su devoción me hace más devoto; y su bondad y obediencia voluntaria a la ley del diezmo me inspira a ser mejor hombre, esposo, padre y líder de la Iglesia. Los recuerdo y pienso en ustedes cada vez que participo en el Consejo encargado de la Disposición de Diezmos. Gracias por su bondad y fidelidad al honrar sus convenios.

Los líderes de la Iglesia restaurada del Señor sienten la tremenda responsabilidad de cuidar apropiadamente de las ofrendas consagradas de los miembros de la Iglesia. Somos muy conscientes de la naturaleza sagrada de la ofrenda de la viuda.

“Y estando Jesús sentado delante del arca de la ofrenda, miraba cómo el pueblo echaba dinero en el arca; y muchos ricos echaban mucho.

“Y vino una viuda pobre y echó dos blancas, que son un cuadrante.

“Entonces, llamando a sus discípulos, les dijo: De cierto os digo que esta viuda pobre echó más que todos los que han echado al arca,

“porque todos han echado de lo que les sobra; pero ésta, de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento” (Marcos 12:41–44).

Sé por experiencia personal que el Consejo encargado de la Disposición de Diezmos tiene mucho cuidado al administrar la ofrenda de la viuda. Expreso agradecimiento al presidente Thomas S. Monson y a sus consejeros por su liderazgo eficaz en el cumplimiento de esta mayordomía sagrada; y reconozco la voz (véase D. y C. 120:1) y la mano del Señor que sostienen a Sus siervos ordenados al cumplir con el deber de representarlo.

Una invitación y un testimonio

El pago íntegro del diezmo es mucho más que un deber; es un paso importante en el proceso de santificación personal. A quienes pagan el diezmo, los felicito.

A aquellos que actualmente no obedecen la ley del diezmo, los invito a meditar sobre sus caminos y a arrepentirse. Les testifico que al obedecer esta ley del Señor, se abrirán las ventanas de los cielos para ustedes. No demoren el día de su arrepentimiento.

Doy testimonio de que recibimos bendiciones espirituales y temporales cuando vivimos la ley del diezmo. Testifico que esas bendiciones a menudo son significativas pero sutiles. También declaro que la sencillez de la manera del Señor, que es tan evidente en los asuntos temporales de Su Iglesia, proporciona modelos que nos pueden guiar de manera individual y como familia. Ruego que cada uno de nosotros aprenda y se beneficie de estas lecciones importantes; en el sagrado nombre de Jesucristo. Amén. ■





Por el presidente Dieter F. Uchtdorf
Segundo Consejero de la Primera Presidencia

Vengan, únense a nosotros

Sin importar sus circunstancias, ni su historia personal ni la fortaleza de su testimonio, hay lugar para ustedes en esta Iglesia.

Hubo una vez un hombre que soñó que se encontraba en un gran salón donde todas las religiones del mundo estaban reunidas. Él se dio cuenta de que cada religión tenía mucho que parecía ser bueno y valioso.

Conoció a una agradable pareja que representaba a La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días y preguntó: “¿Qué requieren *ustedes* de sus miembros?”.

“*Nosotros* no les requerimos nada”, respondieron. “Pero el *Señor* pide que consagremos todo”.

La pareja continuó explicándole sobre los llamamientos de la Iglesia, los maestros orientadores y las maestras visitantes, las misiones de tiempo completo, las noches de hogar semanales, la obra del templo, el servicio de bienestar y humanitario, y las asignaciones para enseñar.

“¿Le pagan a la gente por todo el trabajo que hacen?”, preguntó el hombre.

“Oh, no”, explicó la pareja. “Ellos dan de su tiempo gratuitamente”.

“Además”, continuó la pareja, “cada seis meses, los miembros de nuestra Iglesia dedican un fin de semana para asistir a una conferencia general de

10 horas de duración o para ver la transmisión”.

“¿Diez horas escuchando a los oradores?”, se preguntó el hombre.

“Y sus servicios semanales en la Iglesia, ¿qué tan largos son?”.

“¡Tres horas cada domingo!”.

“¡Vaya!”, dijo el hombre. “¿Los miembros de su Iglesia realmente hacen lo que ustedes han dicho?”.

“Eso y más. Todavía no hemos mencionado la historia familiar, los campamentos de los jóvenes, los devocionales, el estudio de las Escrituras, la capacitación de líderes, las actividades de los jóvenes, seminario matutino, el mantenimiento de los edificios de la Iglesia y, por supuesto, está la ley de salud del Señor, el ayuno mensual para ayudar a los pobres y las ofrendas”.

El hombre dijo: “Ahora estoy confundido. ¿Por qué querría alguien unirse a una Iglesia así?”.

La pareja sonrió y dijo: “¡Pensamos que nunca nos lo preguntaría!”.

¿Por qué alguien se uniría a una Iglesia así?

En una época en que muchas iglesias alrededor del mundo ven una

importante disminución en el número de concurrentes, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días —aunque pequeña en comparación con muchas otras— es una de las iglesias de crecimiento más rápido en todo el mundo.

Existen muchas razones para ello, pero permítanme mencionarle sólo algunas.

La Iglesia del Salvador

Primero, esta Iglesia fue restaurada en nuestros días por Jesucristo mismo. Aquí encontrará la autoridad para actuar en Su nombre, para bautizar para la remisión de pecados, para conferir el don del Espíritu Santo y para sellar tanto en la tierra como en el cielo¹.

Quienes se unen a esta Iglesia aman al Salvador Jesucristo y desean seguirlo. Se regocijan en el conocimiento de que Dios habla a la humanidad otra vez. Cuando reciben las ordenanzas sagradas del sacerdocio y hacen convenios con Dios, sienten Su poder en la vida². Cuando entran en el santo templo, sienten que están en Su presencia. Cuando leen las Santas Escrituras³ y viven las enseñanzas de Sus profetas, se acercan más al Salvador que tanto aman.

Una fe activa

Otra razón es debido a que la Iglesia proporciona oportunidades para hacer lo bueno.

El creer en Dios es admirable, pero la mayoría de las personas quiere hacer más que escuchar sermones inspirados o “soñar de [celestes mansiones]”⁴. Desean poner su fe en práctica; desean arremangarse y participar en esta gran causa.

Y eso es lo que ocurre cuando se unen a nosotros; tienen muchas oportunidades de transformar sus talentos, compasión y tiempo en buenas obras.



Debido a que no tenemos un clero local remunerado en nuestras congregaciones alrededor del mundo, los mismos miembros son los que realizan la obra de ministrar. Son llamados por inspiración. A veces nos ofrecemos como voluntarios; otras, “*nos ofrecen* como voluntarios”. No vemos las asignaciones como cargas, sino como oportunidades para cumplir los convenios que con gusto hacemos de servir a Dios y a Sus hijos.

Bendiciones inestimables

Una tercera razón por la que la gente se une a la Iglesia es debido a que caminar el sendero del discipulado trae bendiciones inestimables.

Vemos el bautismo como el punto de inicio de nuestro camino al discipulado. Nuestro diario caminar con Jesucristo proporciona paz y propósito en esta vida, y un profundo gozo y salvación eternos en el mundo venidero.

Quienes siguen fielmente este sendero evitan muchas de las dificultades, penas y remordimientos de la vida.

Los pobres en espíritu y de corazón sincero encuentran grandes tesoros de conocimiento aquí.

Quienes sufren o están afligidos encuentran sanación.

Quienes llevan el peso del pecado encuentran perdón, libertad y descanso.

A quienes se van

La búsqueda de la verdad ha traído a millones de personas a La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Sin embargo, hay quienes dejan la Iglesia que una vez amaron.

Uno podría preguntarse: “Si el Evangelio es tan maravilloso, ¿por qué alguien se alejaría?”.

A veces suponemos que es debido a que han sido ofendidos, que son perezosos o pecadores. En realidad, no es tan simple; de hecho, no hay una sola razón que se aplique a una variedad de situaciones.

Algunos de nuestros queridos miembros luchan por años con la pregunta de si deberían alejarse de la Iglesia.

En esta Iglesia, que honra el albedrío personal con tanta firmeza y la cual fue restaurada por un joven que hizo preguntas y buscó respuestas, respetamos a quienes honradamente buscan la verdad. Puede que se nos parta el corazón cuando su camino los aleje de la Iglesia que amamos y de la verdad que hemos encontrado, pero honramos el derecho que tienen de adorar al Dios Todopoderoso de acuerdo al dictado de su propia conciencia, así como reclamamos ese privilegio para nosotros mismos⁵.

Preguntas sin respuestas

Algunos luchan con preguntas sin respuestas sobre cosas que se hicieron

o se dijeron en el pasado. Abiertamente reconocemos que en casi 200 años de historia de la Iglesia —junto con una línea ininterrumpida de acontecimientos inspirados, honorables y divinos— se han dicho y hecho algunas cosas que pueden causar que las personas se hagan preguntas.

Algunas veces las preguntas surgen debido a que simplemente no tenemos toda la información y sólo necesitamos un poco más de paciencia. Cuando finalmente se conozca toda la verdad, las cosas que no tenían sentido para nosotros antes, se resolverán a nuestra satisfacción.

Algunas veces hay una diferencia de opinión con respecto a lo que realmente significan los “hechos”. Una pregunta que crea duda en algunos puede, después de una investigación cuidadosa, edificar la fe en otros.

Errores de personas imperfectas

Y, para ser completamente franco, ha habido veces en que los miembros o líderes de la Iglesia simplemente cometieron errores. Puede que se hayan dicho o hecho cosas que no estaban en armonía con nuestros valores, principios o doctrina.

Supongo que la Iglesia sólo sería perfecta si la administraran seres perfectos. Dios es perfecto y Su doctrina es pura; pero Él obra por medio de nosotros, Sus hijos imperfectos; y la

gente imperfecta comete errores.

En la portada del Libro de Mormón leemos: “Y ahora bien, si hay faltas, éstas son equivocaciones de los hombres; por tanto, no condenéis las cosas de Dios, para que aparezcáis sin mancha ante el tribunal de Cristo”⁶.

Ésta es la manera como ha sido siempre y como será hasta el día perfecto cuando Cristo mismo reine personalmente sobre la tierra.

Es triste que algunos hayan tropezado debido a los errores cometidos por los hombres; pero, a pesar de ello, la verdad eterna del Evangelio restaurado que se encuentra en La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días no ha sido manchada, menoscabada ni destruida.

Como apóstol del Señor Jesucristo y como alguien que ha participado directamente en los concilios y las obras de esta Iglesia, testifico solemnemente que no se toma ninguna decisión importante que afecte a esta Iglesia o a sus miembros sin buscar fervientemente la inspiración, la guía y la aprobación de nuestro Padre Eterno. Ésta es la Iglesia de Jesucristo. Dios no permitirá que Su Iglesia se salga de su curso señalado ni que fracase en cumplir con su destino divino.

Hay lugar para ustedes

Para quienes se han separado de la Iglesia, les digo, mis queridos amigos, que aún hay lugar para ustedes aquí.

Vengan y sumen sus talentos, dones y energía a los nuestros; como resultado, todos seremos mejores.

Algunos podrían preguntar: “Pero, ¿qué pasa con mis dudas?”.

Es natural tener preguntas, la semilla de la duda honesta por lo general germina y madura hasta convertirse en un gran roble de entendimiento. Hay pocos miembros de la Iglesia que, en algún momento u otro, no



Ciudad de Guatemala, Guatemala

hayamos luchado con preguntas serias o delicadas. Uno de los propósitos del Evangelio es nutrir y cultivar la semilla de la fe, incluso algunas veces en el arenoso suelo de la duda y la incertidumbre. La fe es la esperanza de cosas que no se ven pero que son verdaderas⁷.

Por lo tanto, mis queridos hermanos y hermanas, mis queridos amigos, les pido, primero duden de sus dudas antes que dudar de su fe⁸. Nunca debemos permitir que la duda nos mantenga prisioneros y nos prive del amor, la paz y los dones divinos que vienen mediante la fe en el Señor Jesucristo.

Algunos podrían decir: “Es que me siento fuera de lugar entre ustedes, la gente de la Iglesia”.

Si pudieran ver nuestro corazón, probablemente encontrarían que se parecen a nosotros más de lo que se imaginan. Se sorprenderían de ver que tenemos anhelos, luchas y esperanzas parecidos a los de ustedes. Su pasado y crianza pueden parecer diferentes a lo que perciben que es el de muchos Santos de los Últimos Días; pero eso podría ser una bendición. Hermanos y hermanas, queridos amigos, necesitamos sus habilidades y perspectivas

únicas. La diversidad de personas y pueblos alrededor del mundo es la fortaleza de esta Iglesia.

Algunos podrían decir: “No creo que pueda vivir a la altura de sus normas”.

¡Mayor razón para que vengan! La Iglesia tiene como fin nutrir al imperfecto, al que tiene dificultades y al exhausto. Está llena de personas que *desean* con todo su corazón seguir los mandamientos, aun cuando todavía no los hayan *dominado*.

Algunos podrían decir: “Conozco a un miembro de la Iglesia que es hipócrita. Nunca podría unirme a una Iglesia que tiene a alguien así como miembro”.

Si definen como *hipócrita* a alguien que no vive perfectamente lo que él o ella cree, entonces todos somos hipócritas. Ninguno de nosotros es tan cristiano como sabemos que deberíamos serlo; pero, sinceramente deseamos superar nuestras faltas y la tendencia a pecar. Con todo el corazón y el alma anhelamos ser mejores mediante la ayuda de la expiación de Jesucristo.

Si éstos son sus deseos, entonces, sin importar sus circunstancias, ni su historia personal ni la fortaleza de su testimonio, hay lugar para ustedes

en esta Iglesia. ¡Vengan, únanse a nosotros!

¡Vengan, únanse a nosotros!

A pesar de nuestras imperfecciones humanas, tengo confianza de que encontrarán entre los miembros de esta Iglesia a muchas de las almas más puras que este mundo ofrece. Al parecer, la Iglesia de Jesucristo atrae al bondadoso y al solidario, al honesto y al industrioso.

Si esperan encontrar gente perfecta aquí, se desilusionarán; pero si buscan la doctrina pura de Cristo, la palabra de Dios “que sana el alma herida”⁹ y la santificadora influencia del Espíritu

Santo, entonces aquí las encontrarán. En esta época en que ha disminuido la fe, en esta época en que muchos se sienten distanciados del amor de Dios, aquí encontrarán un pueblo que anhela conocer y acercarse a su Salvador por medio del servicio a Dios y al prójimo, al igual que ustedes. ¡Vengan, únanse a nosotros!

¿También ustedes quieren irse?

Recuerdo una época en la vida del Salvador cuando muchos no andaban con Él¹⁰. Jesús preguntó a Sus doce discípulos:

“¿También vosotros queréis irnos?”
“Y le respondió Simón Pedro:

Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna”¹¹.

Hay veces que tenemos que responder a la misma pregunta. ¿También nosotros queremos irnos? O, como Pedro, ¿nos aferraremos a las palabras de vida eterna?

Si buscan la verdad, significado y una forma de transformar la fe en acción; si están buscando un lugar al cual pertenecer: ¡Vengan, únanse a nosotros!

Si abandonaron la fe que alguna vez aceptaron: Regresen otra vez, ¡únanse a nosotros!

Si están tentados a irse: Quédense un poco más; hay lugar para ustedes aquí.

Suplico a todos los que escuchen o lean estas palabras: Vengan, únanse a nosotros. Vengan, escuchen el llamado del Cristo bondadoso; tomen su cruz y síganlo¹².

¡Vengan, únanse a nosotros! Porque aquí encontrarán lo que es valioso y no tiene precio.

Testifico que aquí encontrarán las palabras de vida eterna, la promesa de la bendita redención, y el camino a la paz y a la felicidad.

Ruego sinceramente que su búsqueda de la verdad despierte en su corazón el deseo de venir y unirse a nosotros. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Véanse Mateo 16:18–19; Helamán 10:7.
2. Véase Doctrina y Convenios 84:20.
3. Véase 2 Nefi 33:10.
4. Véase “¿En el mundo he hecho bien?”, *Himnos*, N° 141.
5. Véase Artículos de Fe 1:11.
6. Portada del Libro de Mormón; véase Mormón 8:17.
7. Véase Hebreos 11:1; Alma 32:21.
8. Véase F. F. Bosworth, *Christ the Healer*, 1924, pág. 23.
9. Jacob 2:8.
10. Véase Juan 6:66.
11. Juan 6:67–68.
12. Véase Mateo 16:24.





Presentado por el presidente Henry B. Eyring
Primer Consejero de la Primera Presidencia

El sostenimiento de los Oficiales de la Iglesia

Se propone que sostengamos a Thomas Spencer Monson como profeta, vidente y revelador y presidente de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días; a Henry Bennion Eyring como Primer Consejero de la Primera Presidencia; y a Dieter Friedrich Uchtdorf como Segundo Consejero de la Primera Presidencia.

Los que estén a favor, pueden manifestarlo.

Los que estén en contra, si los hay, pueden manifestarlo.

Se propone que sostengamos a Boyd Kenneth Packer como Presidente del Quórum de los Doce Apóstoles y a los siguientes como miembros de ese quórum: Boyd K. Packer, L. Tom Perry, Russell M. Nelson, Dallin H. Oaks, M. Russell Ballard, Richard G. Scott, Robert D. Hales, Jeffrey R. Holland, David A. Bednar, Quentin L. Cook, D. Todd Christofferson y Neil L. Andersen.

Los que estén a favor, sírvanse manifestarlo.

Si hay opuestos, pueden indicarlo.

Se propone que sostengamos a los consejeros de la Primera Presidencia y a los Doce Apóstoles como profetas, videntes y reveladores.

Todos los que estén a favor, sírvanse manifestarlo.

Contrarios, si los hay, con la misma señal.

Se propone que relevemos a los élderes John B. Dickson, Paul E. Koelliker y F. Michael Watson como miembros del Primer Quórum de los Setenta y que se les designe como Autoridades Generales eméritas.

También se propone que relevemos al élder Kent D. Watson como miembro del Segundo Quórum de los Setenta.

Igualmente reconocemos y expresamos nuestro aprecio a los élderes César H. Hooker y Craig T. Wright, que han sido relevados de su servicio

como Setentas de Área.

Los que deseen unirse a nosotros para expresar gratitud a estos hermanos por su excelente servicio, tengan a bien manifestarlo.

Se propone que sostengamos a los siguientes hermanos como nuevos Setentas de Área: Julio A. Angulo, Peter F. Evans y Gennady N. Podvodov.

Todos a favor, sírvanse manifestarlo.

Contrarios, si los hay.

Se propone que sostengamos a Randall L. Ridd como Segundo Consejero de la Presidencia General de los Hombres Jóvenes.

Los que estén a favor, pueden manifestarlo.

Algún contrario, puede indicarlo.

Se propone que sostengamos a las demás Autoridades Generales, Setentas de Área y Presidencias Generales de las organizaciones auxiliares tal como están constituidas actualmente.

Los que estén a favor, sírvanse manifestarlo.

Cualquier contrario puede manifestarlo.

Gracias hermanos y hermanas, por su voto de sostenimiento, su fe y sus oraciones constantes a nuestro favor. ■





Por el presidente **Boyd K. Packer**
Presidente del Quórum de los Doce Apóstoles

La clave para la protección espiritual

La paz puede anidar en el corazón de cada uno que se vuelva a las Escrituras y descubra las promesas de protección y redención.

Hace poco sellé a una joven pareja en el templo. Esta pareja se había mantenido digna para llegar al maravilloso día cuando un hijo y una hija dejan el hogar de su juventud y se convierten en marido y mujer. En esta sagrada ocasión, ambos eran puros y estaban limpios. A su debido tiempo, comenzarán a criar a sus propios hijos, de acuerdo con el modelo que estableció nuestro Padre Celestial. La felicidad de ellos y de las generaciones futuras depende de vivir las normas que estableció el Salvador y que se hallan en Sus Escrituras.

Los padres de hoy en día se preguntan si existe un lugar seguro para criar a los hijos. Sí lo *hay*, se encuentra en un hogar centrado en el Evangelio. En la Iglesia, nos centramos en la familia y aconsejamos a los padres, donde quiera que vivan, que críen a sus hijos en rectitud.

El apóstol Pablo profetizó y advirtió que “en los postreros días vendrán tiempos peligrosos.

“Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a sus padres, ingratos, impíos,

“sin afecto natural, implacables, calumniadores, sin dominio propio, crueles, aborrecedores de lo bueno, “traidores, impetuosos, envanecidos, amadores de los deleites más que de Dios,

“teniendo apariencia de piedad, pero negando la eficacia de ella; a éstos evita”¹.

Pablo también profetizó: “Pero los malos hombres y los engañadores irán de mal en peor, engañando y siendo engañados”².

Estos versículos sirven de advertencia y nos muestran los modelos de conducta que debemos evitar. Debemos estar siempre alertas y ser diligentes. Podemos repasar cada una de estas profecías y verificar que son actuales y que son motivo de preocupación en el mundo en que vivimos:

Tiempos peligrosos. Vivimos en tiempos muy peligrosos.

Avaros, vanagloriosos, soberbios. Todos existen entre nosotros.

Blasfemos, desobedientes a sus padres, ingratos, impíos, sin afecto natural. También tenemos todos éstos.

Implacables, calumniadores, etcétera. En el mundo hay constancia

suficiente de su existencia.

También Moroni habló de la iniquidad de nuestra época cuando advirtió:

“Cuando veáis surgir estas cosas entre vosotros... [despertad] a un conocimiento de vuestra terrible situación...

“Por lo tanto, se me manda a mí, Moroni, escribir estas cosas, para que sea destruido el mal, y llegue el tiempo en que Satanás no tenga más poder en el corazón de los hijos de los hombres, sino que sean persuadidos a hacer el bien constantemente, a fin de que vengan a la fuente de toda rectitud y sean salvos”³.

Las descripciones que Pablo y Moroni hacen de nuestra época son tan precisas que no se pueden ignorar. Para muchos, tal vez resulten perturbadoras y hasta desalentadoras. Sin embargo, cuando pienso en el futuro, me invaden sentimientos de un optimismo positivo.

En la revelación de Pablo, además de la lista de dificultades y problemas, él nos dice también lo que podemos hacer para protegernos:

“Pero persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido;

“y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús”⁴.

Las Escrituras poseen la clave para la protección espiritual. Ellas contienen la doctrina, las leyes y las ordenanzas que llevarán a cada hijo de Dios a obtener un testimonio de Jesucristo como su Salvador y Redentor.

A través de años de preparación, se ha realizado un enorme esfuerzo para tener las Escrituras en cada idioma con notas al pie de página y referencias correlacionadas. Procuramos que estén disponibles para todos los que deseen aprender. Ellas nos enseñan a



dónde ir y qué hacer, ofrecen esperanza y conocimiento.

Hace años, el élder S. Dilworth Young, de los Setenta, me enseñó una lección sobre la lectura de las Escrituras. En una estaca había grandes tensiones entre los miembros y era necesario brindar consejo.

Le pregunté al presidente Young: “¿Qué debo hacer?”.

Él se limitó a responder: “Dícales que lean las Escrituras”.

Le pregunté: “¿Qué Escrituras?”.

Él dijo: “Eso no importa. Dícales que abran el Libro de Mormón, por ejemplo, y que comiencen a leer. Pronto el sentimiento de paz e inspiración llegará, y la solución aparecerá por sí sola”.

Hagan de la lectura de las Escrituras una parte de su rutina habitual y las bendiciones vendrán. En las Escrituras hay una voz de advertencia, pero también mucho sustento.

Si el lenguaje de las Escrituras al principio les resulta extraño, sigan leyendo. No tardarán en reconocer la belleza y el poder que hay en esas páginas.

Pablo dijo: “Toda Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para

reprender, para corregir, para instruir en justicia”⁵.

Pueden poner a prueba esta promesa por ustedes mismos.

Vivimos en tiempos peligrosos; sin embargo, podemos hallar esperanza y paz para nosotros y para nuestras familias. Quienes vivan con pesar, desesperados por rescatar a un hijo de donde lo haya llevado el mundo, jamás deben rendirse. “No temas, cree solamente”⁶. La rectitud es más poderosa que la iniquidad.

Los hijos a los que se les enseña desde muy pequeños a entender las Escrituras llegarán a conocer el sendero que deben recorrer y serán más propensos a permanecer en él. Los que se alejan tendrán la capacidad de volver y, con ayuda, encontrarán el camino de regreso.

Los hijos de Mosíah lucharon contra la Iglesia durante un tiempo, pero luego se arrepintieron y sufrieron un cambio dramático. En Alma leemos: “Estos hijos de Mosíah... se habían fortalecido en el conocimiento de la verdad; porque eran hombres de sano entendimiento, y habían escudriñado diligentemente las Escrituras para

conocer la palabra de Dios”⁷.

El presidente Joseph F. Smith tenía cinco años cuando su padre, Hyrum, fue asesinado en la cárcel de Carthage. Tiempo después, Joseph cruzó las llanuras con su madre viuda.

A la edad de 15 años fue llamado a una misión en Hawái. Se sentía perdido y solo, y dijo: “Me sentía tan rebajado en mi condición de pobreza, falta de inteligencia y de conocimiento, ya que era tan jovencito, que difícilmente me atrevía a mirar a [las personas] a la cara...”.

Mientras meditaba en su súplica cierta noche, el joven Joseph soñó que estaba de viaje, apresurándose todo lo que le era posible y llevando consigo un pequeño atado. Finalmente llegó a una mansión maravillosa, que era su destino. Al acercarse, vio un letrado que decía: “Baño”. Entró rápidamente y se aseó. Abrió el atado y encontró ropa blanca y limpia. “Cosa”, señaló él, “que no había visto por mucho tiempo”. Se la puso y se apresuró a la puerta de la mansión.

“Toqué”, dijo, “se abrió la puerta, y el hombre que se presentó ante mí era el profeta José Smith. Me dirigió



Ciudad de Panamá, Panamá

una mirada un poco recriminatoria y las primeras palabras que dijo fueron: 'Joseph, llegas tarde'. No obstante, sentí confianza y le contesté:

“¡Sí, pero estoy limpio; me encuentro limpio!”⁸.

Así puede ser con cada uno de nosotros.

Si se encuentran en el curso de la fe y la actividad en la Iglesia, mantengan ese curso y guarden sus convenios. Sigán adelante hasta el momento en que lleguen las bendiciones del Señor, y el Espíritu Santo se revele como una fuerza impulsora en su vida.

Si actualmente se hallan en un curso alejado de lo que indican las Escrituras, déjenme asegurarles que hay un camino de vuelta.

Jesucristo ha establecido un método muy claro para que nos arrepintamos y hallemos curación en nuestra vida. La cura para la mayoría de los errores se encuentra al procurar el perdón por medio de la oración personal. No obstante, hay ciertas enfermedades espirituales, en particular las relacionadas con las violaciones a la ley moral, que obligatoriamente requieren la ayuda y el tratamiento de un médico espiritual calificado.

Hace años, vino a mi despacho una jovencita con su padre ya anciano. Lo había hecho recorrer varios cientos de

kilómetros para encontrar un remedio al remordimiento que él sentía. De joven había cometido un error grave y, en su vejez, aquel recuerdo había vuelto a él. No podía desprenderse de ese sentimiento de culpa. Tampoco podía volver atrás y deshacer el problema de su juventud por sí mismo, pero sí podía empezar donde estaba y, con ayuda, borrar la culpa que lo había perseguido todos esos años.

Me sentí agradecido de que al enseñarle principios del Libro de Mormón fue como si se le hubiera quitado un gran peso de encima. Cuando él y su hija regresaron a su casa, aquel anciano había dejado atrás el remordimiento de las transgresiones pasadas.

Si “[despiertan] a un conocimiento de [su] terrible situación”⁹ y desean volver a la plena salud espiritual, acudan a su obispo. Él posee las llaves y puede ayudarlos a lo largo del camino del arrepentimiento.

El arrepentimiento es individual, al igual que el perdón. El Señor requiere solamente que se alejen del pecado y “[Él perdonará] la iniquidad de ellos y no [se acordará] más de su pecado”¹⁰.

Cuando se complete el proceso de arrepentimiento, llegarán a entender el significado de la promesa de Isaías sobre la Expiación: “Venid ahora, dice Jehová, y razonemos juntos: aunque

vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque sean rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana”¹¹.

Así como es posible borrar la tiza de la pizarra, la expiación de Jesucristo puede borrar los efectos de nuestra transgresión mediante el arrepentimiento sincero. Esta promesa se aplica en todos los casos.

El Evangelio nos enseña a ser felices, a tener fe en vez de temor, a hallar paz y superar la desesperación, a abandonar las tinieblas y volvernos hacia la luz del Evangelio sempiterno.

Pablo y otros nos advirtieron de las pruebas de nuestra época y de los días futuros, pero la paz puede anidar en el corazón de cada uno que se vuelva a las Escrituras y descubra las promesas de protección y redención que se enseñan en ellas. Invitamos a todos a volverse al Salvador Jesucristo, a Sus enseñanzas como se encuentran en el Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento, el Libro de Mormón, Doctrina y Convenios y la Perla de Gran Precio.

Testifico que las Escrituras son la clave para nuestra protección espiritual. También testifico del poder sanador de la expiación de Jesucristo, “para que por medio de él fuesen salvos todos”¹². La Iglesia del Señor ha sido nuevamente establecida en la tierra. Doy testimonio de la veracidad del Evangelio. Soy un testigo de Él. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. 2 Timoteo 3:1-5.
2. 2 Timoteo 3:13.
3. Éter 8:24, 26.
4. 2 Timoteo 3:14-15.
5. 2 Timoteo 3:16.
6. Marcos 5:36.
7. Alma 17:2.
8. “Estoy limpio”, *Liahona*, abril de 2007, pág. 61.
9. Éter 8:24.
10. Jeremías 31:34.
11. Isaías 1:18.
12. Doctrina y Convenios 76:42.



Por el élder D. Todd Christofferson
Del Quórum de los Doce Apóstoles

La fuerza moral de la mujer

Su instinto es hacer lo bueno y ser buenas, y al seguir al Santo Espíritu, su autoridad moral y su influencia aumentarán.

Desde tiempo inmemorial, las sociedades se han valido de la fuerza moral de la mujer. Aunque ciertamente no es la única influencia positiva que contribuye a la sociedad, el fundamento moral que proporcionan las mujeres ha sido singularmente favorecedor para el bien común. Tal vez porque es generalizada, la contribución de las mujeres con frecuencia se subestima. Deseo expresar gratitud por la influencia de las mujeres buenas, destacar algunas de las filosofías y tendencias que amenazan la fortaleza y la posición de las mujeres, y expresar una súplica a las mujeres para que cultiven el poder moral innato en ellas.

Las mujeres traen consigo al mundo una cierta virtud, un don divino que las hace expertas en inspirar cualidades tales como la fe, el valor, la comprensión y el refinamiento en las relaciones y en las culturas. Cuando Pablo alabó la “fe no fingida” de Timoteo, señaló que esa fe “habitó primero en tu abuela Loida y en tu madre Eunice”¹.

Hace años, cuando vivía en México, observé de primera mano lo que Pablo quiso decir. Recuerdo en

particular a una madre joven, una de las muchas mujeres de la Iglesia en México cuya fe en Dios enriquece sus vidas de manera tan natural que casi no parecen darse cuenta de ello. Esta hermosa mujer irradiaba una autoridad moral, nacida de su bondad, que influía para bien en todas las personas que la rodeaban. Junto con su esposo, sacrificaba un sinnúmero de placeres y posesiones por cosas de mayor prioridad aparentemente sin siquiera pensarlo dos veces. La habilidad que tenía para realizar las tareas de alzar a sus hijos, agacharse y mantener el equilibrio con ellos era casi sobrehumana. Las responsabilidades que tenía eran muchas y las tareas a veces eran repetitivas y mundanas; sin embargo, detrás de todo ello había una hermosa serenidad, el sentimiento de estar realizando la obra de Dios. Al igual que el Salvador, el bendecir a los demás mediante el servicio y el sacrificio la había ennoblecido; ella era la personificación del amor.

He sido extraordinariamente bendecido por la influencia moral de las mujeres, en particular de mi madre y de mi esposa. Entre otras mujeres a quienes veo con gratitud está Anna

Daines. Ana, su esposo Henry y sus cuatro hijos, se encontraban entre los pioneros de la Iglesia en Nueva Jersey, Estados Unidos. Comenzando en la década de 1930, cuando Henry era estudiante de posgrado en la Universidad Rutgers, él y Anna trabajaron incansablemente en las organizaciones educativas y cívicas de Metuchen, donde vivían, para superar el profundamente arraigado prejuicio contra los mormones, y para hacer de la comunidad un lugar mejor donde los padres pudieran criar a sus hijos.

Anna, por ejemplo, prestaba servicio voluntario en la Asociación Cristiana de Jóvenes de Metuchen y llegó a ser indispensable para ellos. Después de un año, se la nombró presidenta de la organización auxiliar de las madres y entonces le pidieron que se postulara para uno de los tres puestos de mujeres en la Mesa directiva de la Asociación Cristiana de Jóvenes. Ganó sin ninguna oposición, ¡y se unió al mismo consejo que sólo unos años antes se había negado a que los santos se reunieran en ese edificio!”².

Mi familia se mudó al Barrio New Brunswick cuando yo era adolescente. La hermana Daines se interesó en mí y con frecuencia expresó su confianza en mis habilidades y potencial, lo cual me inspiró a tratar de alcanzar un nivel más alto, más alto del que hubiera alcanzado sin su impulso. En una ocasión, gracias a una atenta y oportuna advertencia de parte de ella, evité una situación que con toda seguridad hubiese lamentado. Aunque ella ya no está entre nosotros, la influencia de Anna Daines se sigue sintiendo y se refleja en la vida de sus descendientes y muchas otras personas, incluso en la mía.

Mi abuela, Adena Warrnick Swenson, me enseñó a ser meticuloso al prestar servicio en el sacerdocio. Me



alentó a memorizar las bendiciones sacramentales del pan y del agua, explicándome que de esa manera podría expresarlas con mayor entendimiento y sentimiento. El observar la forma en que apoyaba a mi abuelo, un patriarca de estaca, hizo nacer en mí una reverencia por las cosas sagradas. La abuela Swenson nunca aprendió a manejar un auto, pero sabía cómo enseñar a los niños a ser hombres en el sacerdocio.

En ningún lugar se siente la influencia moral de la mujer de manera más poderosa, ni se aplica de manera más provechosa, que en el hogar. No hay mejor entorno para criar a la nueva generación que la familia tradicional donde el padre y la madre trabajan en armonía para sustentar, enseñar y cuidar a sus hijos. Cuando ese ideal no existe, la gente se esfuerza por reproducir sus beneficios lo mejor posible en sus circunstancias particulares.

En todo caso, la madre ejerce una influencia que ninguna otra persona ni relación puede igualar. Mediante el poder de su ejemplo y sus enseñanzas, sus hijos aprenden a respetar a las mujeres y a incorporar en su vida disciplina y elevadas normas morales.

Las hijas aprenden a cultivar su propia virtud y a defender lo que es correcto una y otra vez, sin importar lo poco popular que sea. El amor y las altas expectativas de una madre llevan a sus hijos a actuar de forma responsable sin pretextos, a tomar seriamente la educación y el desarrollo personal, y a contribuir constantemente al bienestar de todos los que los rodean. El élder Neal A. Maxwell preguntó una vez: “Cuando la verdadera historia de la humanidad se revele, ¿se destacará el tronar del cañón o el eco de una canción de cuna?, ¿los grandes armisticios hechos por los militares, o la acción pacificadora de la mujer en el hogar? Lo que ocurre en las cunas y en los hogares, ¿tendrá mayor efecto que las grandes resoluciones tomadas en los congresos?”³.

La función de la mujer en la creación de vida es de lo más sagrado. Sabemos que nuestros cuerpos físicos tienen un origen divino⁴ y que debemos pasar por un renacimiento tanto físico como espiritual a fin de alcanzar los grados más altos en el reino celestial de Dios⁵. Por tanto, las mujeres tienen una parte esencial, a veces a riesgo de su propia vida, en la obra y la gloria de Dios de “llevar a cabo la

inmortalidad y la vida eterna del hombre”⁶. En calidad de abuelas, madres y modelos a seguir, las mujeres han sido las protectoras de la fuente de vida al enseñar a cada generación la importancia de la pureza sexual, la castidad antes del matrimonio y la fidelidad dentro de él. De ese modo, han sido una influencia de refinamiento en la sociedad, han sacado a relucir las mejores cualidades de los hombres y han perpetuado ambientes sanos en los cuales criar a hijos saludables y protegidos.

Hermanas, no quiero elogiarlas demasiado como a veces lo hacemos en los discursos del Día de la Madre que las hacen sentir incómodas. No tienen que ser perfectas⁷, y no afirmo que lo sean (con la posible excepción de alguien que está sentada aquí cerca en este momento). Lo que quiero decir es que ya sean solteras o casadas, hayan tenido hijos o no, sean mayores, jóvenes o de mediana edad, su autoridad moral es fundamental; y que tal vez hayamos empezado a subestimarlas. Sin lugar a dudas hay tendencias y fuerzas que están tratando de debilitar, e incluso eliminar, la influencia que ustedes ejercen, para gran detrimento de las personas, las familias y

la sociedad en general. Permítanme mencionar tres como precaución y advertencia.

Una filosofía peligrosa que desacredita la influencia moral de la mujer es la degradación del matrimonio y de la maternidad, y del ser ama de casa como ocupación. Algunos intelectuales feministas ven la ciencia del hogar con rotundo desprecio, argumentando que degrada a la mujer y que las implacables exigencias de criar a los hijos son una forma de explotación⁸. Ridiculizan a las mujeres que optan por quedarse en casa a criar a sus hijos; eso no es justo ni es correcto. Nosotros no disminuimos el valor de lo que los hombres y las mujeres logran en cualquier empresa o carrera digna —todos nos beneficiamos de esos logros— pero aún reconocemos que no hay nada que sea de más beneficio que la maternidad y la paternidad en el matrimonio. No hay oficio superior, y ninguna cantidad de dinero, autoridad o alabanza pública excede las definitivas recompensas de la familia. Sea lo que sea que una mujer logre, su influencia moral no se utilizará mejor en ningún otro lugar que allí.

Las actitudes hacia la sexualidad humana amenazan la autoridad moral de las mujeres en varios aspectos. El aborto por conveniencia personal o social ataca el núcleo de los poderes más sagrados de la mujer y destruye su autoridad moral. Lo mismo ocurre con la inmoralidad sexual y con la ropa sugestiva que no sólo degrada a la mujer, sino que reafirma la mentira de que la sexualidad de la mujer es lo que define su valía.

Por mucho tiempo ha habido una doble moralidad cultural por la cual se suponía que las mujeres debían ser sexualmente circunspectas mientras que se justificaba la inmoralidad por parte de los hombres. La injusticia

de esa doble moralidad es evidente, y con razón se ha criticado y rechazado. En ese rechazo, se esperaba que los hombres se elevaran a una única norma más alta, pero ha ocurrido lo contrario: ahora se anima a las mujeres y a las jovencitas a que sean tan promiscuas como la doble moralidad esperaba que fueran los hombres. Mientras que antes las normas más elevadas de la mujer exigían compromiso y responsabilidad por parte de los hombres, ahora se tienen relaciones sexuales sin remordimiento, familias sin padre y pobreza en aumento. La igualdad en cuanto a la promiscuidad simplemente despoja a las mujeres de su influencia moral y degrada a toda la sociedad⁹. En este arreglo vano, los hombres son los que quedan “liberados”, y las mujeres y los niños son los que más sufren.

El tercer aspecto de preocupación proviene de aquellos que, en nombre de la igualdad, quieren eliminar todas las diferencias entre lo masculino y lo femenino. Muchas veces, eso impulsa a las mujeres a que adopten características más masculinas: ser más agresivas, duras y beligerantes. Ahora ya es común ver en las películas y los videojuegos a mujeres en papeles terriblemente violentos, dejando a personas muertas y destrucción a su paso. Es destructivo para el alma ver a hombres en ese tipo de papeles y sin duda no menos doloroso cuando las mujeres son las que cometen y sufren esa violencia.

Una ex Presidenta General de las Mujeres Jóvenes, Margaret D. Nadauld, enseñó: “El mundo tiene suficientes mujeres duras; necesitamos mujeres delicadas. Hay suficientes mujeres groseras; necesitamos mujeres amables. Hay suficientes mujeres rudas; necesitamos mujeres refinadas. Hay suficientes mujeres que tienen fama

y dinero; necesitamos más mujeres que tengan fe. Hay suficiente codicia; necesitamos más abnegación. Hay suficiente vanidad; necesitamos más virtud. Hay suficiente popularidad; necesitamos más pureza”¹⁰. Al desmerecer las diferencias femeninas y masculinas perdemos los dones singulares y complementarios del hombre y de la mujer que, juntos, producen un todo aún mayor.

La súplica que les hago hoy a las mujeres y a las jovencitas es que protejan y cultiven la fuerza moral que llevan en su interior; preserven esa virtud innata y dones únicos que traen a este mundo. Su instinto es hacer lo bueno y ser buenas, y al seguir al Santo Espíritu, su autoridad moral y su influencia aumentarán. A las jovencitas les digo: no pierdan esa fuerza moral, incluso antes de tenerla en toda su medida. Asegúrense, en particular, de que su lenguaje sea limpio, no soez; que su modo de vestir refleje





8. Es cierto que durante muchas generaciones las mujeres han sido objeto de explotación y se les han impuesto cargas injustas tanto en la familia como en su empleo; pero la abnegación y el sacrificio no deben ni tienen por qué ser abusivos ni explotadores. El élder Bruce C. Hafen observó: “Si el ser ‘abnegada’ significa que la mujer deba abdicar a su propia identidad innata y crecimiento personal, ese entendimiento de la abnegación es incorrecto... No obstante, el modelo liberal de la actualidad se va demasiado hacia el otro lado, haciendo un estereotipo general de las mujeres como excesivamente *independientes* de sus familias. Un punto de vista más sensible es aquel en el que los maridos y las esposas sean *interdependientes* los unos de los otros... Los críticos que cambiaron a las madres del plano de la dependencia al de la independencia pasaron por alto la fértil posición intermedia de la interdependencia. Aquellos que cambiaron a las madres del plano de la abnegación al egoísmo pasaron por alto la fértil posición intermedia del servicio escogido por ellas mismas, el cual contribuye al crecimiento personal de la mujer. Debido a estos excesos, los debates en cuanto al valor de la maternidad irónicamente han causado que la sociedad en general descarte no sólo a las madres sino a las mujeres en general” (“Motherhood and the Moral Influence of Women”, [palabras dadas en el Segundo Congreso mundial sobre las Familias, Ginebra, Sesión Plenaria IV, 16 de noviembre de 1999] http://worldcongress.org/wcf2_spkrs/wcf2_hafen.htm).

9. En un editorial del diario *Wall Street Journal*, una madre hizo la siguiente observación: “Con excepción de algunas mormonas, evangelistas y judías ortodoxas, muchas de nosotras no sabemos cómo enseñar a nuestros propios hijos e hijas a no entregar sus cuerpos tan fácilmente... Sin embargo, en mi propio círculo de amistades, el deseo de que conserven la castidad es muy fuerte. Todas tienen sentimientos de inquietud constante en cuanto a su vida sexual pasada, y ninguna de las mujeres con las que he hablado sobre ese tema ha dicho que hubiera deseado ‘experimentar’ más con respecto al sexo” (Jennifer Moses, “Why Do We Let Them Dress Like That?”, *Wall Street Journal*, 19 de marzo de 2011, C3).

10. Margaret D. Nadauld, “El regocijo del ser mujer”, *Liahona*, enero de 2001, pág. 18.

11. Véase Juan 8:29.

12. 1 Pedro 3:15.

13. 2 Timoteo 4:2.

14. Doctrina y Convenios 93:40.

15. Doctrina y Convenios 68:28.

la modestia, no la vanidad; que su conducta manifieste la pureza, no la promiscuidad. No pueden elevar a los demás a la virtud por un lado si por el otro viven de forma inmoral.

Hermanas, de todas las relaciones, es la que tengan con Dios, la fuente de su poder moral, la que siempre deben colocar en primer lugar en la vida. Recuerden que el poder de Jesús provino de su resuelta devoción a la voluntad del Padre. Él nunca se desvió de lo que le agradaba a Su Padre¹¹. Esfuércense por ser esa clase de discípulo del Padre y del Hijo, y su influencia nunca se disipará.

Y no tengan miedo de aplicar esa influencia sin temor ni pretexto. “...estad siempre preparados para responder... a cada hombre [mujer y niño] que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros”¹². “...que prediques la palabra, que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina”¹³. “...[críen] a [sus] hijos en la luz y la verdad”¹⁴. “...[enséñenles] a orar y a andar rectamente delante del Señor”¹⁵.

Que nadie malinterprete de manera deliberada estas exhortaciones que hago a las mujeres. Al elogiar y fomentar la fuerza moral de las mujeres, no quiero decir que a los hombres y a los jóvenes se les exima de alguna manera de su propio deber de defender la verdad y la rectitud, de

que su responsabilidad de servir, sacrificarse y ministrar sea de algún modo menor que la de las mujeres ni que se puedan dejar en manos de ellas. Hermanos, apoyemos a las mujeres, compartamos sus cargas y cultivemos nuestra propia autoridad moral complementaria.

Queridas hermanas, confiamos en la fuerza moral que ustedes aportan al mundo, al matrimonio, a la familia y a la Iglesia. Confiamos en las bendiciones que traen de los cielos mediante sus oraciones y su fe. Oramos por su seguridad, bienestar y felicidad y para que su influencia sea constante. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. 2 Timoteo 1:5.
2. Orson Scott Card, “Neighborliness: Daines Style”, *Ensign*, abril de 1977, pág. 19.
3. Neal A. Maxwell, “Mujeres de Dios”, *Liahona*, agosto de 1978, págs. 14–15.
4. Véase Moisés 2:27.
5. Véase Moisés 6:57–60.
6. Moisés 1:39.
7. “Hace un siglo, el erudito en relaciones de apego, Johan Bowlby, descubrió que el vínculo que se establecía por medio de innumerables interacciones afectuosas entre una madre y su hijo es el fundamento crítico para el desarrollo socio-emocional... y la erudita feminista, Sara Ruddick, identificó al ‘atento amor’ de una madre como el meollo de la crianza eficaz. A través del ‘paciente ojo del amor’ las madres llegan a conocer de forma especial a sus hijos— conocimiento que les da una perspectiva única en cuanto a cuáles son las ‘mejores prácticas’ para educar a cada hijo (Jenet Jacob Erickson, “Love, Not Perfection, Root of Good Mothering,” *Deseret News*, 12 de mayo de 2013, G3).



Por el élder S. Gifford Nielsen

De los Setenta

¡Apresuremos el plan de juego del Señor!

Cada uno de nosotros debe desarrollar y llevar a cabo nuestro propio plan de juego personal para servir con entusiasmo junto a los misioneros de tiempo completo.

Hace varios años, tenía que hablar con la esposa de uno de los obispos de nuestra estaca, así que la llamé por teléfono a su casa. Su hijito contestó el teléfono y le dije: “Hola, ¿está tu mamá?”.

Él respondió: “Sí; voy por ella. ¿Quién habla?”.

Mi respuesta fue: “Dile que es el presidente Nielsen”.

Hubo una breve pausa y luego escuché una voz muy animada decir: “Mamá, ¡el presidente *Hinckley* está en el teléfono!”.

No me imagino lo que ella habrá pensado; seguramente habrá pensado mil cosas hasta llegar al teléfono. Me vino a la mente: “¿Le hago la broma?”. No lo hice, pero nos reímos bastante. Ahora que lo pienso, ella se debe haber decepcionado por hablar sólo conmigo.

¿Qué harían ustedes si el profeta del Señor los llamara? Bueno, ¡lo ha hecho! El presidente Thomas S. Monson, una vez más ha llamado a cada uno de nosotros esta mañana a una labor muy importante. Él dijo: “...Ahora es el momento en que los miembros y los misioneros se unan,

que trabajen juntos, que trabajen en la viña del Señor para traer almas a Él” (“Fe en la obra de salvación”, transmisión de la reunión mundial de capacitación de líderes, junio de 2013, lds.org/broadcasts).

¿Hemos estado escuchando?

Por todo el mundo, las estacas, los distritos y las misiones adquieren un nuevo nivel de energía a medida que se cumple la declaración del Salvador a José Smith en 1832: “He aquí, apresuraré mi obra en su tiempo” (D. y C. 88:73).

Hermanos y hermanas, ¡ese tiempo es *ahora!* Lo siento y sé que ustedes también.

Quería poner mi entusiasmo y mi fe en Jesucristo en acción. Cuando jugaba fútbol americano, organizaba mis pensamientos en planes de juego. Al empezar un partido, si nuestro equipo se había preparado con las jugadas correctas, no cabía duda que tendríamos éxito. Sin embargo, hace poco hablé con el legendario entrenador de BYU, LaVell Edwards, sobre nuestros planes de juego, y él dijo: “No me importaba qué jugada pusieras en acción, ¡siempre y cuando

anotáramos!”. Como uno de sus mariscales de campo, pensé que era mucho más complejo que eso; pero tal vez su filosofía sencilla es la razón por la que un estadio lleva su nombre.

Ya que todos estamos en el equipo del Señor, ¿tenemos cada uno nuestro propio plan de juego ganador? ¿Estamos listos para jugar? Si nosotros, como miembros, realmente amáramos a nuestra familia, amigos y colegas, ¿no desearíamos compartir con ellos nuestro testimonio del evangelio restaurado?

En el seminario para nuevos presidentes de misión llevado a cabo en junio, un número récord de 173 presidentes y sus esposas recibieron instrucciones antes de iniciar su servicio. Los 15 miembros de la Primera Presidencia y del Quórum de los Doce Apóstoles dirigieron la palabra a ese grupo especial.

El élder L. Tom Perry presentó los comentarios finales: “Ésta es la era más notable de la historia de la Iglesia. Esto es algo que puede considerarse en la jerarquía de los grandes acontecimientos que han ocurrido en el pasado, como la Primera Visión, el don del Libro de Mormón, la restauración del Evangelio, y todas las cosas que edifican ese cimiento para que sigamos adelante y enseñemos en el reino de nuestro Padre en los Cielos” (Discurso dado en un seminario para nuevos presidentes de misión el 26 de junio de 2013).

Nosotros tenemos que participar como nunca antes para estar a la altura del entusiasmo de nuestros líderes y de la dedicación de nuestros misioneros de tiempo completo. ¡Esta obra no va a seguir adelante como el Señor lo desea sin nosotros! Como dijo el presidente Henry B. Eyring: “Sea cual sea nuestra edad, capacidad, llamamiento eclesiástico o lugar donde nos encontremos, se nos llama



a trabajar unidos para ayudarlo a Él en Su cosecha de almas” (“Somos uno”, *Liahona*, mayo de 2013, pág. 62).

Permítanme compartir con ustedes un plan de juego que tuve la impresión de implementar después de orar, de leer el capítulo 13 de *Predicad Mi Evangelio*, y de meditar en experiencias pasadas. Los invito a considerar estos puntos al pensar en su propio plan.

Primero: Oren pidiendo específicamente que cada día puedan hacer que alguien se acerque más al Salvador y a Su evangelio. Podrían hacerlo si consideran a todas las personas como hijos e hijas de Dios ayudándose mutuamente en su camino de regreso a casa. Piensen en cuántos amigos nuevos tendrían.

Segundo: Todos los días oren, por nombre, por los misioneros que prestan servicio en su área y por los investigadores que ellos tengan. La única manera de hacerlo es saludarlos, mirar su placa, llamarlos por su nombre y preguntarles a quiénes están enseñando. El élder Russell M. Nelson recientemente expresó: “Hasta que no se conoce el nombre y el rostro de una persona, el Señor no puede

ayudarlos a conocer su corazón”.

En una ocasión asistí al bautismo de una hermana maravillosa que compartió su testimonio. Siempre recordaré lo que dijo: “Nunca ha habido tantas personas orando por mí ni he sentido tanto amor. Sé que esta obra es verdadera”.

Tercero: Inviten a un amigo a una actividad dentro o fuera de su hogar. Dondequiera que vayan y hagan lo que hagan, mediten en quién disfrutaría de la ocasión y escuchen la guía del Espíritu.

El Salvador me ha enseñado una lección sutil en mi aprendizaje personal del Evangelio que, creo yo, se aplica muy bien al “apresuramiento”. Cuando yo siento emociones intensas por algo, se muestra en mi forma de escribir, y a menudo encierro frases entre signos de admiración, los cuales, por definición, expresan “admiración... o... [denotan] énfasis” (*Diccionario de la Real Academia Española*, 22a. edición, “admiración”).

Me sentí intrigado cuando empecé a notar pasajes de las Escrituras sobre “el recogimiento” que estaban entre signos de admiración, como la súplica sincera de Alma: “¡Oh, si fuera yo un

ángel y se me concediera el deseo de mi corazón, para salir y hablar con la trompeta de Dios, con una voz que estremeciera la tierra, y proclamar el arrepentimiento a todo pueblo!” (Alma 29:1).

El estudio indica que hay 65 pasajes que muestran una fuerte emoción sobre la obra misional, incluso estos pasajes:

“¡Cuán grande es su gozo por el alma que se arrepiente!...

“Y si acontece que trabajáis todos vuestros días proclamando el arrepentimiento a este pueblo y me traéis aun cuando fuere una sola alma, ¡cuán grande será vuestro gozo con ella en el reino de mi Padre!

“Y ahora, si vuestro gozo será grande con un alma que hayáis traído al reino de mi Padre, ¡cuán grande no será vuestro gozo si me trajerais muchas almas!” (D. y C. 18:13, 15–16).

Mi nuevo entendimiento de esos pasajes singulares desempeñó un papel importante en mi primera asignación como Setenta de Área. Estaba un poco nervioso por ser el compañero de un apóstol, el élder Quentin L. Cook, en una conferencia de estaca. Cuando entré a la oficina del presidente de estaca para la reunión inicial de ese fin de semana, vi un par de zapatos gastados, recubiertos en bronce, en un gabinete detrás del escritorio, junto con un pasaje de las Escrituras entre signos de admiración. Cuando lo leí, sentí que el Señor estaba al tanto de mi estudio, había contestado mis oraciones y sabía exactamente lo que necesitaba para calmar mi corazón ansioso.

Le pedí al presidente de estaca que me contara la historia de los zapatos.

Él dijo:

“Éstos son los zapatos de un joven converso a la Iglesia. Su situación familiar era difícil, pero él estaba

decidido a servir en una misión exitosa; y lo hizo en Guatemala. A su regreso, me reuní con él para extenderle un relevo honorable y vi que sus zapatos estaban gastados. Ese joven había dado todo al Señor, sin contar con el apoyo de su familia.

“Él se percató de que yo miraba fijamente sus zapatos y me preguntó: ‘Presidente, ¿hay algún problema?’

“Respondí: ‘No, élder, ¡todo está muy bien! Pero, ¿me regalaría esos zapatos?’”.

El presidente de estaca continuó: “¡Mi respeto y amor por ese ex misionero era abismal! Yo quería preservar la memoria de esa experiencia, así que hice bañar los zapatos en bronce. Es un recordatorio para mí cada vez que entro a esta oficina del empeño que todos debemos poner independientemente de nuestras circunstancias. El versículo que los acompañaba era de Isaías: ‘Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae buenas nuevas, del que publica la paz; del que trae nuevas del bien, del que publica salvación; del que dice a Sión: Tu Dios reina!’ (Isaías 52:7)”.

Mis queridos hermanos y hermanas, la esposa del obispo tal vez se haya preguntado por qué la llamaba el profeta. Testifico que ella y nosotros no tenemos por qué preguntarnos más. ¡SIGNO DE ADMIRACIÓN!

Sé que cada uno de nosotros debe desarrollar y llevar a cabo nuestro propio plan de juego personal para servir con entusiasmo junto a los misioneros de tiempo completo. ¡SIGNO DE ADMIRACIÓN!

Sumo mi testimonio al del profeta Joseph Smith: “Y ahora, después de los muchos testimonios que se han dado de él, éste es el testimonio, el último de todos, que nosotros damos de él: ¡Que vive!” (D. y C. 76:22). En el sagrado nombre de Jesucristo. Amén. ■



Por el élder Arnulfo Valenzuela

De los Setenta

Cosas pequeñas y sencillas

Tendamos una mano a los demás con fe y amor

Hace solamente unas semanas, estuve en el Centro de Capacitación Misional de la Ciudad de México para compartir un mensaje con los misioneros. Mi esposa y yo llegamos algunas horas antes de comenzar la reunión que tendríamos esa tarde. Al recorrer las calles y jardines del CCM pudimos observar a cientos de misioneros y ver en sus rostros la felicidad que irradiaban por estar allí, preparándose para aprender el idioma y su objetivo como misioneros.

Al ver esta escena tan maravillosa comprendí las palabras de Alma cuando le mandó a su hijo Helamán que tomara los anales que le habían sido confiados y llevara una historia de ese pueblo, y que conservara todas esas cosas sagradas, porque irían a toda nación, tribu, lengua y pueblo.

Entonces Alma le dijo:

“Ahora bien, tal vez pienses que esto es locura de mi parte; mas he aquí, te digo que por medio de cosas pequeñas y sencillas se realizan grandes cosas; y en muchos casos, los pequeños medios confunden a los sabios.

“Y el Señor se vale de medios para realizar sus grandes y eternos desig- nios; y por medios muy pequeños el

Señor confunde a los sabios y realiza la salvación de muchas almas” (Alma 37: 6–7).

La candidez y sencillez de nuestros amados misioneros son un testimonio de los medios que el Señor utiliza para testificar al mundo que Jesús es el Cristo, para invitar a las personas a venir a Cristo al ayudarlas a que reciban el Evangelio restaurando mediante la fe en Jesucristo y Su expiación, el arrepentimiento, el bautismo, la recepción del don del Espíritu Santo y el perseverar hasta el fin (*Predicad Mi Evangelio: Una guía para el servicio misional*, 2004, pág. 1).

Como miembros de la Iglesia, nosotros también podemos, por medio de cosas sencillas, convencer a muchos del error de sus caminos y traerlos al conocimiento de su Dios para la salvación de sus almas (Alma 37:8).

En una ocasión, acompañé a un presidente de estaca y a un obispo cuando fueron a visitar a un miembro de su estaca que se encontraba menos activo. Al llegar a su casa y enseñarle de una manera muy sencilla acerca del día de reposo, y expresarle nuestro amor, el hermano dijo: sólo necesitaba que alguien viniera y me diera un abrazo. Me levanté y le dije: aquí estoy



para darle un *abrazo*. Al día siguiente, que era domingo, él y su familia estaban en la reunión sacramental.

Durante una visita como maestras visitantes que hicieron mi esposa y su compañera a Martha, ella les dijo que ya no quería que regresaran a visitarla ya que había tomado la decisión de no volver a la Iglesia. Una de las maestras visitantes le pidió que le permitiera cantar un himno por última vez, a lo que ella asintió. Al cantar, poco a poco se fue inundando el cuarto con el Espíritu y todas comenzaron a llorar; a Martha se le enterneció el corazón y tuvo la certeza que la Iglesia era verdadera. Martha agradeció la visita de las maestras visitantes, les pidió que regresaran y a partir de

ese día las recibía con mucho gozo.

Ella comenzó a ir a la Iglesia con su hijita. Por años su esposo no fue a la Iglesia, pero ella siguió teniendo esperanza hasta que un día el Señor tocó el corazón de su esposo y regresó a la Iglesia. Años más tarde, su otra hija también regresó. Un tiempo después, esta familia empezó a gozar de las bendiciones del Evangelio; asistieron al templo y aceptaron llamamientos en la Iglesia. Ella sirvió fielmente como presidenta de la Sociedad de Socorro de nuestro barrio y su esposo también prestó servicio en llamamientos de la estaca. Un himno, algo tan sencillo, tocó el corazón de Martha.

Naamán, era general del ejército del rey de Siria, un hombre valiente

en extremo, pero leproso (véase 2 Reyes 5:1). Al no encontrar alivio con el rey de Israel, se fue a ver a Eliseo, el profeta de Israel, quien envió a su mensajero para que le dijera:

“Ve y lávate siete veces en el Jordán, y tu carne se te restaurará y serás limpio.

“Y Naamán se fue enojado, diciendo: He aquí yo decía para mí: Ciertamente él saldrá y, estando de pie, invocará el nombre de Jehová su Dios, y alzará su mano y, moviéndola sobre la parte enferma, sanará la lepra.

“Pero sus criados se acercaron a él, y le hablaron, diciendo: Padre mío, si el profeta te mandara alguna cosa, ¿no la harías? ¡Cuánto más si sólo te ha dicho: Lávate, y serás limpio!

“Él entonces descendió y se sumergió siete veces en el Jordán, conforme a la palabra del hombre de Dios; y su carne se volvió como la carne de un niño, y quedó limpio” (2 Reyes 5:10–11, 13–14).

Nuestro profeta, el presidente Thomas S. Monson, nos ha invitado a todos a ir y rescatar a nuestros hermanos. Él dijo: “...el mundo tiene necesidad de su ayuda. Hay pies que estabilizar, manos que aferrar, mentes que animar, corazones que inspirar y almas que salvar. Las bendiciones de la eternidad les aguardan” (“Al rescate”, *Liahona*, julio de 2001, pág. 57).

Testifico que muchos de ellos están allí esperando, listos para que hombres y mujeres valientes les extendamos la mano y los ayudemos a ser rescatados por medio de una acción sencilla. Personalmente, he pasado muchas horas con miembros menos activos y he confirmado que hay personas a las cuales el Señor les ha ablandado el corazón de modo que, al recibir nuevamente el testimonio de nosotros y una muestra de amor, regresan a la Iglesia sin vacilar.

Tendamos una mano a los demás con fe y amor. Recordemos la promesa del Señor:

“Y si acontece que trabajáis todos vuestros días proclamando el arrepentimiento a este pueblo y me traéis aun cuando fuere una sola alma, ¡cuán grande será vuestro gozo con ella en el reino de mi padre!

“Y ahora, si vuestro gozo será grande con una alma que me hayáis traído al reino de mi Padre, ¡cuán grande no será vuestro gozo si me trajerais muchas almas!” (D. y C. 18: 15–16).

Les doy mi testimonio del amor que el Señor tiene por todos Sus hijos. Yo sé que Él vive, y que Él es nuestro Redentor. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■



Por el élder Timothy J. Dyches
De los Setenta

¿Quieres ser sano?

Al arrepentirnos y convertirnos al Señor, somos sanados, y nuestra culpa se borra por completo.

Durante una época de alegres festejos en Jerusalén, el Salvador dejó a las multitudes para buscar a los más necesitados. Los encontró en Betesda, en el estanque de cinco pórticos junto a la puerta de las ovejas que era conocido por atraer a los afligidos.

El Evangelio de Juan nos dice que cerca del estanque “yacía una multitud de enfermos, ciegos, cojos y paráliticos que esperaban el movimiento del agua.

“Porque un ángel descendía de tiempo en tiempo al estanque y agitaba el agua; y el que primero descendía al estanque después del movimiento del agua quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviese” (Juan 5:3–4).

La visita del Salvador se representa en una hermosa pintura de Carl Bloch titulada *Cristo sana a los enfermos en el estanque de Betesda*. Bloch capta a Jesús levantando un manto provisorio y descubriendo a un “enfermo” (Juan 5:7) que yace cerca del estanque, esperando. Aquí la palabra *enfermo* se refiere a alguien que está incapacitado, y hace hincapié en la misericordia y gracia del Salvador, que vino reservadamente a ministrar a aquellos que no podían ayudarse a sí mismos.

En la pintura, el hombre afligido se acurruca en el piso entre las sombras, agotado y desmoralizado, después de sufrir con su enfermedad durante 38 años.

Mientras el Salvador levanta el borde de la tela con una mano, extiende la otra y hace una pregunta penetrante: “¿Quieres ser sano?”.

El hombre responde: “Señor... no tengo a nadie que me meta en el estanque cuando se agita el agua, porque entre tanto que yo voy, otro descende antes que yo” (Juan 5:6–7).

Al reto aparentemente imposible del hombre, Jesús ofrece una respuesta profunda e inesperada:

“Levántate, toma tu lecho y anda.

“Y al instante aquel hombre quedó sano, y tomó su lecho y se fue caminando” (Juan 5:8–9).

En otra tierna escena, Lucas nos dice que al Salvador, cuando viajaba a Jerusalén, le salieron al encuentro diez leprosos. Debido a su enfermedad, “se pararon de lejos” (Lucas 17:12). Eran marginados, impuros e indeseados.

“Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros!”, clamaron (Lucas 17:13). En otras palabras, rogaron: “¿No hay *algo* que puedas hacer por nosotros?”

El Gran Médico, aunque lleno de compasión, aún sabía que la fe debe preceder al milagro, y por lo tanto les



dijo: “Id, mostraos a los sacerdotes” (Lucas 17:14).

Al ir con fe, el milagro ocurrió. ¿Pueden imaginarse la inmensa alegría con cada paso a medida que vieron, en tiempo real, sus cuerpos ser purificados, sanados y restaurados ante sus propios ojos?

“...uno de ellos, cuando vio que había sido sanado, volvió glorificando a Dios a gran voz,

“y se postró sobre su rostro a los pies [del Maestro], dándole gracias...

“Y [Jesús] le dijo: Levántate, vete; tu fe te ha sanado” (Lucas 17:15–16, 19).

Como médico y cirujano, en mi práctica me concentraba en sanar y corregir el aspecto físico. Jesucristo sana el cuerpo, la mente y el espíritu; y Su curación comienza con la fe.

¿Recuerdan cuando su gozo y su fe rebosaban? ¿Recuerdan el momento en que recibieron un testimonio; o cuando Dios les confirmó que eran Sus hijos y que los amaba mucho, y se sintieron completos? Si ese tiempo parece perdido, se puede reencontrar.

El Salvador nos aconseja sobre la forma en que podemos ser sanos, completos y curados:

“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.

“Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas.

“Porque mi yugo es fácil y ligera mi carga” (Mateo 11:28–30).

“Ven, sígueme” (Lucas 18:22) nos invita a dejar atrás la vida anterior y los deseos mundanos y llegar a ser criaturas nuevas para quienes “las cosas viejas pasaron; [y] he aquí todas son hechas nuevas” (2 Corintios 5:17), con un corazón nuevo y fiel, y ser sanados nuevamente.

“Allegaos a mí, y yo me allegaré a vosotros; buscadme diligentemente, y me hallaréis; pedid, y recibiréis; llamaad, y se os abrirá” (D. y C. 88: 63).

Al acercarnos a Él, nos damos cuenta de que se pretendía que la vida terrenal fuese difícil y que la “oposición en todas las cosas” (2 Nefi 2:11) no es una falla en el Plan de Salvación. La oposición, más bien, es el elemento indispensable de la vida mortal que fortalece nuestro deseo y refina nuestras decisiones. Las vicisitudes de la vida nos ayudan a crear una relación eterna con Dios, y a grabar Su imagen en nuestro semblante al tornar nuestro corazón a Él (véase Alma 5:19).

“Haced esto en memoria de mí” (Lucas 22:19) es lo que el Salvador

pidió cuando instituyó lo que llamamos la Santa Cena. Esta ordenanza, con el agua y el pan, renueva los convenios sagrados que hemos hecho con Dios e invita el poder de la Expiación a nuestra vida. Somos sanados al abandonar los hábitos y estilos de vida que obstinan el corazón y endurecen la cerviz. Cuando abandonamos “las armas de [nuestra] rebelión” (Alma 23:7) llegamos a ser “[nuestros] propios agentes” (D. y C. 58:28), sin ser cegados por la sofistería de Satanás ni ensordecidos por el ruido discordante del mundo secular.

Al arrepentirnos y convertirnos al Señor, somos sanados, y nuestra culpa se borra por completo. Quizás nos preguntemos, como lo hizo Enós: “¿Cómo se lleva esto a efecto?”. El Señor responde: “Por tu fe en Cristo... por tanto, ve, tu fe te ha salvado” (Enós 1:7, 8).

Corrie ten Boom, una devota cristiana holandesa, encontró ese alivio a pesar de haber estado cautiva en los campos de concentración durante la Segunda Guerra Mundial. Ella sufrió mucho, pero a diferencia de su amada hermana Betsie, que pereció en uno de los campos, Corrie sobrevivió.

Después de la guerra, a menudo hablaba en público de sus

experiencias, de la sanación y del perdón. En una ocasión, un hombre que había sido un guardia Nazi y que había sido parte del doloroso confinamiento de Corrie en Ravensbrück, Alemania, se acercó a ella, regocijándose en el mensaje sobre el perdón y el amor de Cristo.

“Cuán agradecido estoy por su mensaje, *Fraulein*”, dijo. ‘Pensar que, como usted dice, ¡Él ha lavado mis pecados!’

“Extendió su mano para estrechar la mía”, recordó Corrie. “Y yo, que había predicado tan a menudo... la necesidad de perdonar, mantuve mi mano pegada a mi cuerpo.

“Aun mientras los pensamientos de venganza e ira crecían dentro de mí, reconocí que eran un pecado... Señor Jesús, oré, perdóname y ayúdame a perdonarlo.

“Traté de sonreír, [y] me esforcé por levantar la mano. No podía. No sentía nada, ni la más mínima chispa de calidez ni caridad. Una vez más ofrecí una oración en silencio: Jesús, no puedo perdonarlo. Dame Tu perdón.

“Cuando tomé su mano, sucedió algo increíble. Desde mi hombro por mi brazo y a través de mi mano, una corriente parecía pasar de mí a él, mientras que en mi corazón surgió un amor por ese extraño que casi me abrumó.

“Así descubrí que la sanación del mundo no depende de nuestro perdón ni tampoco de nuestra bondad, sino de los de Él. Cuando Él nos dice que amemos a nuestros enemigos, Él nos da, junto con el mandato, el amor mismo”¹.

Corrie ten Boom fue sanada.

El presidente Thomas S. Monson ha dicho: “Hay una vida que da apoyo a los acongojados o a los que se sienten acosados por el dolor y la aflicción: la de nuestro Señor Jesucristo”².

Si se sienten impuros, no amados, desdichados, indignos, o aquejados, recuerden que “todo lo que es injusto en la vida se puede remediar por medio de la expiación de Cristo”³. Tengan fe y paciencia en el tiempo y en los propósitos del Salvador para ustedes. “No temas, cree solamente” (Marcos 5:36).

Tengan la seguridad de que el Salvador todavía procura reparar nuestra alma y curar nuestro corazón. Él espera a la puerta y llama. Respondámosle al comenzar nuevamente a orar, arrepentirnos, perdonar y olvidar. Amemos a Dios, sirvamos a nuestro prójimo y mantengámonos en lugares santos con una vida hecha limpia. El hombre enfermo en el estanque de Betesda, el leproso en el camino a Jerusalén y Corrie ten Boom fueron sanados. “¿Quieren ser sanos?”; levántense y anden. “Basta

[Su] gracia” (2 Corintios 12:9); y no caminarán solos.

He llegado a saber que Dios vive. Sé que todos somos Sus hijos y que Él nos ama por lo que somos y por lo que podemos llegar a ser. Sé que Él envió a Su Hijo al mundo para que fuese el sacrificio expiatorio por toda la humanidad; y que los que acepten Su evangelio y Lo sigan serán sanados y completos “en su propio tiempo y a su propia manera, y de acuerdo con su propia voluntad” (D. y C. 88:68) por medio de Sus tiernas misericordias. Éste es mi testimonio a ustedes. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Corrie ten Boom, *The Hiding Place*, 1971, pág. 215.
2. Thomas S. Monson, “Hagamos frente a los retos de la vida”, *Liahona*, enero de 1994, pág. 83.
3. *Predicad Mi Evangelio: Una guía para el servicio misional*, 2004, pág. 52.





Por el élder Jeffrey R. Holland
Del Quórum de los Doce Apóstoles

Como una vasija quebrada

¿Cuál es la mejor manera de actuar cuando ustedes o sus seres amados afronten dificultades mentales o emocionales?

El apóstol Pedro escribió que los discípulos de Jesucristo deben ser “compasivos”¹. En ese espíritu deseo dirigir mis palabras a los que sufren alguna forma de trastorno mental o emocional, sean esas aflicciones leves o severas, de breve duración o persistentes a lo largo de la vida. Llegamos a comprender un poco la complejidad de estos asuntos cuando escuchamos a profesionales hablar de neurosis y psicosis, de predisposiciones genéticas y defectos en los cromosomas, de bipolaridad, paranoia y esquizofrenia. Sin embargo, por más desconcertante que todo esto pueda ser, estas aflicciones son algunas de las realidades de la vida mortal y el reconocerlas no debería avergonzarnos sino que tendría que ser como cuando reconocemos que tenemos que lidiar con presión arterial alta o con la repentina aparición de un tumor maligno.

Al esforzarnos en busca de paz y comprensión en cuanto a estos asuntos difíciles, es crucial recordar que vivimos —y elegimos vivir— en un mundo caído, en el que, por designio divino, nuestro esfuerzo por lograr la divinidad será puesto a prueba una y

otra vez. La gran seguridad en el plan de Dios, es que se nos prometió un Salvador, un Redentor que, mediante nuestra fe en Él, nos levantaría triunfantes por encima de esas pruebas y dificultades, aunque el precio para lograrlo fuera inmensurable, tanto para el Padre que Lo mandó, como para el Hijo que aceptó venir. Sólo el agradecimiento a ese amor divino es lo que hará que nuestro propio sufrimiento, en menor escala, sea, en primer lugar soportable, luego comprensible, y finalmente redentor.

Permítanme dejar las enfermedades extraordinarias que he mencionado para concentrarme en el “Trastorno Depresivo mayor” (MDD por sus siglas en inglés) o más comúnmente “depresión”. Cuando hablo de esto, no estoy hablando de tener un mal día, ni de vencimientos tributarios u otros momentos de desaliento que todos tenemos. Todos sentiremos ansiedad o desánimo en alguna ocasión. En el Libro de Mormón dice que Ammón y sus hermanos se sintieron desanimados en un momento muy difícil² y, por lo tanto, nosotros también podemos estarlo. Pero hoy hablo de algo más serio, de una aflicción tan severa que

restringe de modo significativo la capacidad de la persona para funcionar plenamente; un abismo tan profundo en la mente que nadie, de manera responsable, podría sugerir que el mismo desaparecería si las víctimas simplemente levantaran los hombros y pensarán de manera más positiva, ¡pese a que soy un ávido defensor de que levantemos los hombros y pensemos en forma positiva!

No, esta noche oscura en la mente y el espíritu es más que un simple desánimo. He visto cómo le afectó a un hombre absolutamente angelical cuando murió su amada esposa después de cincuenta años de casados. La he visto en mujeres después de tener un bebé, lo que con eufemismo llaman “depresión posparto”. La he visto atacar a estudiantes ansiosos, militares veteranos, y a abuelas preocupadas por el bienestar de sus hijos adultos.

Y la he visto en padres jóvenes que tratan de proveer para su familia. De esa manera aterradora una vez la vi en mí mismo. En un momento de nuestra vida de casados, cuando los temores financieros se sumaron a una intensa fatiga, sufrí un golpe emocional que fue inesperado y muy real. Con la ayuda de Dios y el amor de mi familia, seguí funcionando y trabajando, pero incluso después de todos estos años sigo sintiendo una profunda compasión por aquellos que se encuentran crónica y profundamente afectados con el mismo desánimo que tuve yo. En cualquier situación, todos podemos sentirnos inspirados por aquellos que, en las palabras del profeta José, “[escudriñaron] y [contemplaron] el abismo más oscuro”³ y perseveraron a través de él; entre ellos grandes personas como Abraham Lincoln, Winston Churchill y el élder George Albert Smith, siendo el último uno de los hombres más generosos



y cristianos de nuestra dispensación que luchó con depresión recurrente por varios años antes de llegar a ser el universalmente amado octavo profeta y Presidente de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.

Entonces, ¿cuál es la mejor manera de actuar cuando ustedes o sus seres amados afronten dificultades mentales o emocionales? Ante todo, nunca pierdan la fe en el Padre Celestial, quien los ama más de lo que pueden comprender. Como dijo el presidente Monson a las hermanas de la Sociedad de Socorro, de manera tan conmovedora, el pasado sábado por la noche; “Ese amor nunca cambia... Está allí para cuando se sientan tristes o felices, desanimadas o esperanzadas. El amor de Dios está allí ya sea que sientan que merezcan amor o no; simplemente siempre está allí”⁴. Nunca jamás duden eso ni nunca endurezcan sus corazones. Fielmente sigan las buenas prácticas de devoción que invitan al

Espíritu del Señor a sus vidas. Busquen el consejo de los que poseen las llaves de su bienestar espiritual. Pidan y atesoren las bendiciones del sacerdocio. Participen de la Santa Cena cada semana y aférranse a las promesas de perfección en la expiación de Jesucristo. Crean en los milagros. He visto suceder muchos de ellos cuando todo otro indicio decía que ya no había esperanza. La esperanza *nunca* se pierde. Si esos milagros no llegan enseguida, plenamente o nunca llegan, recuerden el angustiado ejemplo del Salvador: Si la amarga copa no pasa de nosotros, bebámosla y seamos fuertes, confiando en días más felices por delante⁵.

Al prevenir cualquier enfermedad cuando sea posible, estén pendientes de los indicadores de estrés en ustedes mismos y en otras personas a las que puedan ayudar. Al igual que con su automóvil, estén alertas a las temperaturas elevadas, a la velocidad

excesiva o al bajo nivel de combustible. Cuando afronten una “depresión por agotamiento”, hagan los ajustes necesarios. La fatiga es un enemigo común para todos nosotros, así que disminuyan el ritmo, descansen, repongan energías y recobren fuerzas. Los médicos nos aconsejan que si no nos tomamos el tiempo para cuidarnos, lo más seguro es que después lo tomaremos cuando estemos enfermos.

Si las cosas continúan debilitándonos, busquen el consejo de personas certificadas y con buena reputación, aptitud profesional y buenos valores. Sean sinceros con ellos acerca de su historial y sus dificultades. Consideren con espíritu de oración y de manera responsable el consejo que les brinden y las soluciones que les prescriban. Si tuvieran apendicitis, Dios esperaría que pidieran una bendición del sacerdocio y que obtuvieran la mejor atención médica disponible; lo mismo se aplica a los

trastornos emocionales. Nuestro Padre en los Cielos espera que usemos *todos* los maravillosos dones que Él nos ha proporcionado en esta gloriosa dispensación.

Si ustedes son la persona afligida o quienes cuidan a una persona afligida, traten de no abrumarse con esa gran tarea. No asuman que pueden arreglar todo, traten de arreglar lo que puedan. Si resultan ser pequeños triunfos, siéntanse agradecidos por ellos y sean pacientes. En las Escrituras, docenas de veces el Señor manda a alguien: “callad” o “quedaos tranquilos” y esperad⁶. El sobrellevar pacientemente algunas cosas es parte de nuestro aprendizaje en la vida mortal.

Para quienes cuidan de una persona afligida: En su esfuerzo devoto por cuidar de la salud de otra persona, no destruyan la suya. En todas esas cosas, sean prudentes; no corran más aprisa de lo que sus fuerzas les permitan⁷. Sin importar lo que sean o no sean capaces de proporcionar, pueden ofrecer sus oraciones y pueden brindar un “amor sincero”⁸. “La caridad es sufrida, es benigna... no se irrita... sino que todo lo sufre... todo lo espera, todo lo soporta. La caridad *nunca* deja de ser”⁹.

Recordemos también que con cualquier enfermedad o desafío difícil, aún hay mucho en la vida por lo cual debemos tener esperanza y gratitud. ¡Somos infinitamente más que nuestras limitaciones o aflicciones! Stephanie Clark Nielson y su familia han sido nuestros amigos por más de 30 años. El 16 de agosto de 2008, Stephanie y su esposo, Christian, sufrieron un accidente de avión; el fuego que produjo el impacto la dañó tan horriblemente que los familiares sólo reconocieron sus uñas pintadas de los pies cuando fueron a identificar a las víctimas. No había casi ninguna posibilidad de que Stephanie viviera. Después



de cinco meses en coma inducido, ella se despertó y se vio a sí misma. Eso causó daños psicológicos y una terrible depresión. Tenía cuatro hijos menores de siete años, y Stephanie no quería que la vieran así nunca más. Sintió que sería mejor no estar viva. “Pensé que sería más fácil”, me contó Stephanie una vez en mi oficina, “si se olvidaban de mí y yo me iba de sus vidas silenciosamente”.

Pero para su beneficio eterno, y con las oraciones de su esposo, su familia, sus amigos, sus cuatro hermosos hijos y la quinta que nació hace sólo 18 meses, Stephanie se abrió paso en el abismo de la destrucción para ser una de las más populares “mamá blogger” del país, declarando abiertamente a los cuatro millones de personas que siguen su blog que su “propósito divino” en la vida es ser madre y apreciar *cada día* que se le ha dado en esta hermosa tierra.

Mis hermanos y hermanas, sea cual fuere su lucha, mental, emocional, física o de otro tipo, ¡no nieguen el preciado valor de la vida acabando con ella! Confíen en Dios. Aférense a Su amor. Sepan que un día el alba brillará intensamente y todas las sombras de la mortalidad huirán. Aunque sintamos que somos “como una vasija quebrada”, como dijo el salmista¹⁰, debemos recordar que esa vasija está en las manos del

Alfarero Divino. Las mentes quebradas se pueden curar de la misma manera que se curan los huesos y los corazones rotos. Mientras Dios trabaja haciendo esas reparaciones, el resto de nosotros puede ayudar siendo misericordiosos, imparciales y amables.

Testifico de la Santa Resurrección, jese don inefable que es la piedra clave de la expiación del Señor Jesucristo! Junto con el apóstol Pablo, testifico que aquello que se sembró en corrupción algún día resucitará en incorrupción y que lo que se sembró en debilidad al final resucitará en poder¹¹. Testifico del día en que nuestros seres queridos que sufrían discapacidades en la vida terrenal se presentarán ante nosotros glorificados y grandiosos, asombrosamente perfectos en cuerpo y mente. ¡Qué momento maravilloso será! No sé si sentiremos mayor felicidad por ser testigos de tal milagro o porque ellos serán totalmente perfectos y “libres al fin”¹². Hasta que llegue aquella hora en que el consumado don de Cristo sea evidente para todos nosotros, ruego que vivamos por fe, nos aferremos a la esperanza y seamos “compasivos”¹³ el uno con el otro. Lo ruego en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. 1 Pedro 3:8.
2. Véase Alma 26:27; véase también Alma 56:16.
3. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: José Smith*, 2007, pág. 281.
4. Thomas S. Monson, “Nunca caminamos solos”, *Liahona*, noviembre de 2013, págs. 123-124.
5. Véase Mateo 26:39.
6. Véase Salmos 4:4; Doctrina y Convenios 101:16.
7. Véase Mosiah 4:27.
8. Doctrina y Convenios 121:41.
9. 1 Corintios 13:4-8; cursiva agregada; véase también Moroni 7:45-46.
10. Salmos 31:12.
11. Véase 1 Corintios 15:42-43.
12. “Free at Last,” en John W. Work, comp., *American Negro Songs: 230 Folk Songs and Spirituals, Religious and Secular*, 1998, pág. 197.
13. 1 Pedro 3:8.



Por el élder M. Russell Ballard
Del Quórum de los Doce Apóstoles

Confíen en el Señor

Participen haciendo lo que puedan para compartir el gran mensaje de la restauración del evangelio de Jesucristo.

Hace poco mi esposa y yo regresamos de una asignación en cinco países de Europa. Allí tuvimos el privilegio de reunirnos con muchos de nuestros misioneros, quizá sus hijos e hijas. Desde que el presidente Thomas S. Monson anunció la reducción en la edad de servicio para nuestros hombres y mujeres jóvenes, he tenido el privilegio de conocer a unos 3.000 de ellos. Sus rostros irradian la Luz de Cristo y están ansiosos por hacer avanzar la obra: por encontrar y enseñar, bautizar y activar, fortalecer y edificar el reino de Dios. Sin embargo, cuando uno se reúne con ellos, rápidamente se da cuenta de que ellos no pueden realizar esta obra solos. Hoy quiero hablarles a todos los miembros de la Iglesia, porque existe la urgencia de que cada uno de nosotros contribuya a compartir el Evangelio.

Como se ha mencionado muchas veces, el profeta José Smith declaró que “después de todo lo que se ha dicho, el mayor y más importante deber es predicar el Evangelio” (*Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: José Smith*, 2007, pág. 350).

En 1974, el presidente Spencer W. Kimball dijo: “Pero tal vez el mayor de los motivos para la obra misional es el de darle al mundo su oportunidad de oír y aceptar el Evangelio. Las Escrituras

se encuentran repletas de mandatos y promesas, llamados y recompensas por enseñar el Evangelio. Uso deliberadamente la palabra *mandato*, porque parecería ser una directiva que se repite a menudo y de la cual nosotros, tanto en forma individual como colectiva, no podemos escapar” (véase “Cuando el mundo sea convertido”, *Liahona*, septiembre de 1984, pág. 6).

En julio de ese mismo año, mi esposa y yo partimos con nuestros hijos para presidir la Misión Canadá Toronto. Las palabras del presidente Kimball resonaban en mis oídos, especialmente cuando dijo: “Hermanos míos, me pregunto si realmente estamos haciendo todo el esfuerzo que se encuentra a nuestro alcance. ¿Estamos satisfechos con nosotros mismos con respecto a nuestra asignación de enseñar a todo el mundo? Hemos estado haciendo proselitismo durante 144 años. ¿Estamos preparados para alargar nuestro paso, para ampliar nuestra visión?” (véase “Cuando el mundo sea convertido”, *Liahona*, septiembre de 1984, pág. 3).

También nos pidió que apresuráramos el paso, trabajando juntos para edificar la Iglesia y el reino de Dios.

En junio de este año, el presidente Thomas S. Monson repitió el mismo mensaje a los miembros de la Iglesia.

Él dijo: “...ahora es el momento de que los miembros y misioneros se unan... [y] trabajen en la viña del Señor para traer almas a Él. Él ha preparado los medios para que nosotros compartamos el Evangelio en una variedad de formas, y Él nos ayudará en nuestros esfuerzos si actuamos con fe para cumplir con Su obra” (“Fe en la obra de salvación”, discurso pronunciado en una transmisión especial el 23 de junio de 2013; lds.org/broadcasts).

Hermanos y hermanas, conviene reflexionar en las enseñanzas de los profetas desde la época de José Smith hasta ahora. Ellos han animado y pedido a los líderes y a los miembros de la Iglesia que estén ansiosamente consagrados a llevar el mensaje de la restauración del Evangelio a todos los hijos de nuestro Padre Celestial en todo el mundo.

Esta tarde mi mensaje es que el Señor *está* apresurando Su obra. En nuestros días eso sólo se puede lograr cuando todo miembro de la Iglesia comparta con amor las verdades del evangelio restaurado de Jesucristo. Debemos trabajar juntos en colaboración con los casi 80.000 misioneros que están prestando servicio ahora. La información tocante a esta gran obra, en especial las asignaciones para los líderes del consejo de estaca y de barrio, está claramente definida en el sitio web de LDS.org titulado “Apresurar la obra de salvación”.

Como resultado de preguntar a los miembros, sabemos que la mayoría de los miembros activos de la Iglesia desean que las bendiciones del Evangelio formen parte de la vida de sus seres queridos, incluso aquellos que nunca han conocido. También sabemos que muchos miembros titubean en hacer la obra misional y en compartir el Evangelio por dos razones básicas.



- La primera es el temor. Muchos miembros ni siquiera oran pidiendo oportunidades para compartir el Evangelio, por el temor a recibir inspiración divina de hacer algo que no sienten que son capaces de hacer.
- La segunda razón es un malentendido de lo que es la obra misional.

Sabemos que cuando alguien se levanta a dar un discurso en la reunión sacramental y dice: “Hoy hablaré acerca de la obra misional”, o quizás incluso cuando el élder Ballard se levanta en la conferencia general y dice lo mismo, algunos de los que escuchan tal vez piensen: “No, ¿otra vez?, esto ya lo hemos oído”.

Ahora bien, sabemos que a nadie le agrada sentirse culpable. Tal vez piensen que quizás les pidan hacer cosas poco realistas en su asociación con amigos o vecinos. Con la ayuda del Señor, permítanme eliminar cualquier temor que ustedes o cualquiera de nuestros misioneros de tiempo completo tengan de compartir el Evangelio con los demás.

Tomen la decisión de hacer lo que Jesucristo nos ha pedido. El Salvador dijo:

“Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá.

“Porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá.

“¿Qué hombre hay de vosotros, que si su hijo le pide pan, le dará una piedra?

“¿Y si le pide un pez, le dará una serpiente?

“Pues si vosotros... sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le piden?” (Mateo 7:7-11).

Hermanos y hermanas, la confianza y la fe remplazarán el temor cuando los miembros y los misioneros de tiempo completo se arrodillen en oración y pidan al Señor que los bendiga con oportunidades misionales. Entonces, debemos demostrar nuestra fe y estar pendientes de oportunidades de presentar el evangelio de Jesucristo a los hijos de nuestro Padre Celestial, y con toda seguridad las oportunidades llegarán. Esas oportunidades nunca requerirán que respondamos de manera forzada ni artificiosa, sino que nuestros actos fluirán como resultado natural de nuestro amor por nuestros hermanos y hermanas. Simplemente sean positivos, y las personas con las que hablen sentirán su amor; y nunca olvidarán ese sentimiento aun cuando el momento no sea el indicado para que acepten el Evangelio. Eso también puede cambiar en el futuro cuando cambien las circunstancias de las personas.

Es imposible fracasar cuando nos esforzamos al máximo y estamos en la obra del Señor. Si bien el desenlace será

el resultado de ejercer el albedrío, nuestra responsabilidad es la de compartir.

Confíen en el Señor. Él es el Buen Pastor. Él conoce a Sus ovejas y Sus ovejas conocen la voz de Él; y hoy, la voz del Buen Pastor es la de ustedes y la mía. Y si no nos esforzamos, se pasará por alto a muchos de los que escucharían el mensaje de la Restauración. En términos sencillos, es un asunto de fe y acción de nuestra parte. Los principios son bastante sencillos: oren, tanto individualmente como en familia, pidiendo oportunidades misionales. El Señor ha dicho en Doctrina y Convenios que muchas personas no han encontrado la verdad sólo “porque no saben dónde hallarla” (D. y C. 123:12).

No es necesario ser una persona extrovertida ni un maestro elocuente ni persuasivo. Si tienen amor y esperanza perdurables, el Señor ha prometido: “...alza vuestra voz a este pueblo; expresad los pensamientos que pondré en vuestro corazón... [y] no seréis confundidos delante de los hombres:

“[Y] os será dado en la hora... lo que habéis de decir” (D. y C. 100:5-6).

En *Predicad Mi Evangelio* se nos recuerda a todos que “no ocurre nada en la obra misional sino hasta que se encuentre a una persona para enseñar. Cada día hable con cuantas personas le sea posible. Es natural ser un poco temeroso de hablar con la gente, pero puede pedir en oración la fe y las fuerzas para ser más valiente a la hora de abrir la boca para proclamar el Evangelio restaurado” (*Predicad Mi Evangelio*, 2004, pág. 169). Ustedes que son misioneros de tiempo completo, si quieren enseñar más, deben hablar con más personas cada día. Es lo que el Señor siempre ha enviado a los misioneros a hacer.

El Señor nos conoce y sabe que tenemos desafíos. Soy consciente de que algunos en la Iglesia quizás se sientan

muy cargados, pero ruego que ninguno sienta jamás que es una carga el tratar a otros en forma normal y amable para compartir el Evangelio. Al contrario, ¡es un privilegio! No hay mayor gozo en la vida que estar anhelosamente consagrados al servicio del Señor.

La clave es que sean inspirados por Dios, que le pidan dirección, y después vayan y hagan lo que el Espíritu les indique. Cuando los miembros consideran que la obra de salvación es sólo responsabilidad de ellos, los puede abrumar; pero cuando la ven como una invitación a seguir al Señor y llevarle almas para que los misioneros y misioneras de tiempo completo les enseñen, eso los inspira, los estimula y los edifica.

No les pedimos a todos que hagan todo. Simplemente pedimos que todos los miembros oren, sabiendo que si todo miembro, sea joven o anciano, contacta a “una” sola persona antes de la Navidad, millones sentirían el amor

del Señor Jesucristo. Qué regalo tan maravilloso para el Salvador.

Hace dos semanas recibí una carta de una familia de miembros misioneros de mucho éxito, la familia Munn, de Florida. Ellos escribieron:

“Estimado élder Ballard: Treinta minutos después de la transmisión mundial sobre apresurar la obra de salvación, tuvimos nuestro propio consejo misional familiar. Nos entusiasmó saber que nuestros nietos adolescentes querían participar. Nos da gusto informarle que desde esa reunión de consejo, hemos expandido nuestro grupo de enseñanza en un 200 por ciento.

“Nuestros nietos han llevado amigos a la Iglesia, hemos disfrutado de reuniones sacramentales con algunos de nuestros amigos menos activos y algunos de los nuevos contactos se han comprometido a recibir las lecciones misionales. Una de nuestras hermanas menos activas no sólo regresó a la Iglesia, sino que ha traído

consigo a nuevos investigadores.

“Nadie ha rechazado la invitación de recibir las lecciones misionales. ¡Es una época tan emocionante para ser miembro de esta Iglesia!” (carta personal, 15 de agosto de 2013).

Hagan caso a los susurros del Espíritu. Supliquen al Señor en potente oración. Participen haciendo lo que puedan para compartir el gran mensaje de la restauración del evangelio de Jesucristo.

Cito a otro miembro misionero de éxito, a Clayton Christensen: “Cada vez que, en sentido figurado, toman a alguien de la mano y le presentan a Jesucristo, sentirán la profundidad del amor del Salvador por ustedes y por la persona cuya mano tomaron” (*The Power of Everyday Missionaries: The What and How of Sharing the Gospel*, 2013, pág. 1).

Que Dios los bendiga, hermanos y hermanas, para que encuentren el gran gozo de recibir milagros por medio de la fe. Tal como se nos enseña en Moroni, capítulo 7:

“Y Cristo ha dicho: Si tenéis fe en mí, tendréis poder para hacer cualquier cosa que me sea conveniente...

“...porque es por la fe que se obran milagros; y es por la fe que aparecen ángeles y ejercen su ministerio a favor de los hombres; por tanto, si han cesado estas cosas, ¡ay de los hijos de los hombres, porque es a causa de la incredulidad, y todo es inútil!” (Moroni 7:33, 37).

Por experiencia personal, puedo testificarles que el Señor escuchará sus oraciones y tendrán muchas oportunidades ahora y en los años por venir para presentar el evangelio de Jesucristo a los preciados hijos de nuestro Padre Celestial. Ruego que todos experimentemos el gran gozo que proviene del servicio misional. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■





Por el élder L. Tom Perry
Del Quórum de los Doce Apóstoles

Las doctrinas y los principios que se encuentran en los Artículos de Fe

Cada Artículo de Fe agrega un valor único a nuestro entendimiento del evangelio de Jesucristo.

Cuando se me dio la asignación de hablar en la sesión del sacerdocio de la conferencia general, inmediatamente pensé en una maravillosa maestra de la Primaria. Su gran deseo era prepararnos para ser dignos de recibir el sacerdocio. Ella nos evaluaba extensamente sobre los requisitos para la graduación de la Primaria: memorizar los nombres de los miembros del Quórum de los Doce Apóstoles y los Artículos de Fe. También nos hizo una promesa: si todos podíamos recitar los trece Artículos de Fe de memoria, podíamos elegir un lugar y tener una actividad durante la última clase.

Elegimos un lugar especial donde nos gustaba escalar en las rocas laderas, justo arriba de la primera represa en la entrada del cañón de Logan. Había un lugar pequeño y

llano en esos peñascos para hacer una fogata, en donde podíamos cocinar salchichas y tostar malvaviscos. Sin embargo, cuando elegimos el lugar, no consideramos a nuestra maestra, que era mayor y ciertamente no era del tipo atlético. Si lo hubiéramos pensado mejor, tal vez habríamos pensado que para ella sería difícil de escalar. Sin embargo, estaba determinada a cumplir su promesa y con valentía nos siguió.

Primero, escalamos la colina pequeña. En mi época no había líneas eléctricas que impedían el paso. Con un poco de ayuda, nuestra maestra logró subir la colina. Cuando llegamos a la cima, descendimos hasta una cresta rocosa llamada “Turtle Back”.

Cuando llegamos, a nuestra maestra le tomó unos cuantos minutos recuperar el aliento. Para cuando preparamos la comida y nos sentamos a comer,

ella se había recuperado lo suficiente como para enseñarnos nuestra última lección. Nos dijo cuánto había disfrutado de enseñarnos en la Primaria los últimos dos años. Nos felicitó por la manera en que dominábamos los Artículos de Fe; ella podía nombrar el número de cualquiera de ellos, y nosotros lo recitábamos. Después dijo que memorizar los Artículos de Fe no significaría más que saber muchas palabras de memoria, a menos que entendiéramos las doctrinas y los principios que contenían. Nos alentó a estudiar la doctrina del Evangelio que se enseña en cada uno de los Artículos de Fe. Explicó que la doctrina que se encuentra en los Artículos de Fe fue dividida en secciones.

La Trinidad y la doctrina básica de Cristo

Aprendemos del primer Artículo de Fe que la Trinidad tiene tres personajes: Dios el Padre, Jesús el Cristo y el Espíritu Santo.

El segundo artículo enseña que somos responsables de nuestras acciones en la tierra.

El tercero da una visión de la misión del Salvador para la salvación de los hijos del Padre Celestial.

El cuarto enseña la importancia de los principios y ordenanzas básicos.

El poder de las palabras de nuestra maestra ha sido una fuente de inspiración para mí, debido al énfasis que puso en el valor del estudio del Evangelio. Las Escrituras nos guían a un estándar de verdad por el cual podemos juzgar el conocimiento que estamos recibiendo, ya sea verdadero o falso. La verdadera doctrina proviene de Dios, la fuente y fundamento de todas las verdades. Las enseñanzas y los conceptos de la doctrina verdadera se encuentran en el evangelio de nuestro Señor y Salvador. Las enseñanzas falsas provienen de Satanás, el



padre de todas las mentiras. Su deseo es pervertir, cambiar y alterar las verdades reveladas. Quiere engañarnos para que algunos de nosotros nos desviemos del camino de regreso al hogar celestial.

Las Escrituras nos enseñan cómo evitar falsas enseñanzas. Por ejemplo, en la epístola de Pablo a Timoteo, leemos:

“Toda Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir, para instruir en justicia,

“a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente instruido para toda buena obra” (2 Timoteo 3:16–17).

Esta doctrina es para la Iglesia lo que una batería es para un teléfono celular. Cuando quitan la batería del teléfono celular, ya no sirve. Una iglesia donde la verdadera doctrina ya no se enseña, también es ineficaz. No puede guiarnos de regreso a nuestro Padre Celestial y a nuestro hogar eterno.

II. La organización y el orden del sacerdocio

Después de que empezamos a entender la doctrina básica de Cristo,

el quinto y sexto Artículo de Fe nos enseñan la organización y el orden del sacerdocio. Bajo la dirección del Señor, José Smith organizó la Iglesia del Salvador usando la autoridad del sacerdocio, el poder de Dios. La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días es la misma organización que Cristo organizó y dirigió mientras Él estuvo en la tierra.

Qué glorioso fue para José Smith y Oliver Cowdery, en mayo de 1829, cuando fueron a la arboleda a orar sobre la doctrina del bautismo para la remisión de los pecados, de la que habían leído mientras traducían el Libro de Mormón. Había muchas enseñanzas sobre el bautismo en las diferentes iglesias a comienzos del siglo diecinueve, y José y Oliver sabían que no todas podían ser verdaderas. Querían saber sobre la manera correcta del bautismo y también quién tenía la autoridad para bautizar.

En respuesta a sus peticiones al Señor, un mensajero del cielo, Juan el Bautista, se les apareció. Colocó las manos sobre sus cabezas y les confirió la autoridad de bautizar con estas palabras: “Sobre vosotros, mis consierros, en el nombre del Mesías, confiero el Sacerdocio de Aarón” (D. y C. 13:1).

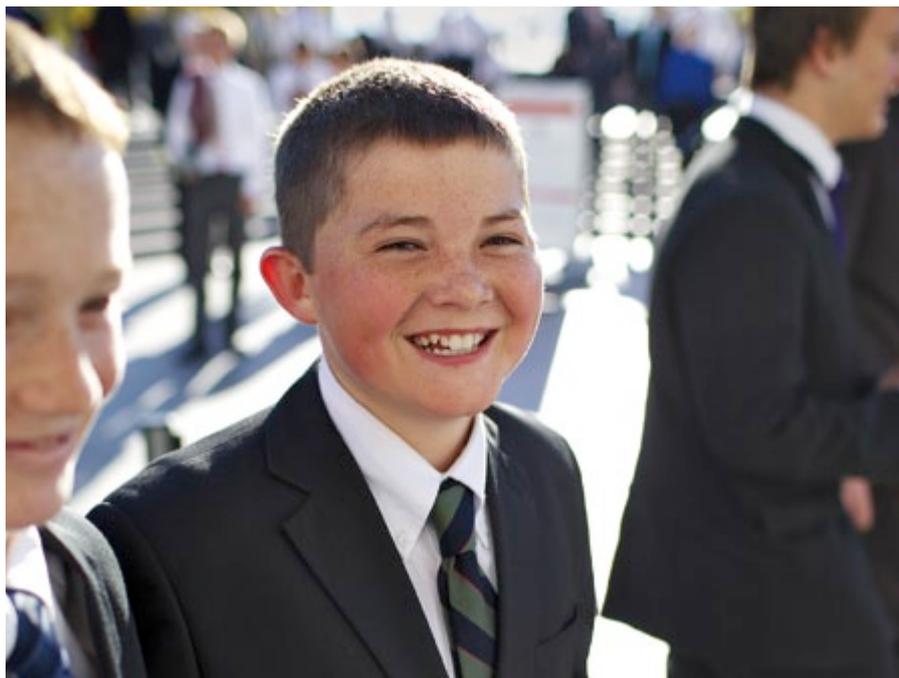
¡Qué día más maravilloso en la historia del mundo! El sacerdocio fue restaurado sobre la tierra.

Cuando recibimos el sacerdocio, recibimos la autoridad de actuar en el nombre de Dios y dirigir para andar por las vías de la verdad y justicia. Esta autoridad es una fuente vital de justo poder e influencia para el beneficio de los hijos de Dios sobre la tierra y que durará más allá del velo. Era necesario que el sacerdocio se restaurara antes de que la Iglesia verdadera de Jesucristo se pudiera organizar. Ésta es la lección fundamental que aprendemos del quinto y sexto Artículo de Fe.

III. Recursos eternos en un viaje terrenal

Los siguientes tres Artículos de Fe —séptimo, octavo y noveno— describen los recursos disponibles para instruirnos en nuestro viaje terrenal. Se nos dan dones espirituales para guiarnos cuando seguimos las enseñanzas del Señor y para protegernos de la maldad. Las Escrituras son otra guía; si leemos atentamente la palabra de Dios, Él nos revelará nuestro camino de regreso a la vida eterna.

El noveno Artículo de Fe nos enseña que Dios ha revelado, revela y revelará en el futuro muchas verdades



grandes e importantes a Sus profetas, videntes y reveladores. Aprendemos que además de escuchar la voz apacible y delicada del Espíritu y de leer las Escrituras, otra fuente de guía son nuestros líderes de la Iglesia, quienes son escogidos, llamados y apartados para bendecir nuestra vida mediante las lecciones que ellos enseñan.

IV. Miembros misioneros

Los Artículo de Fe décimo, undécimo y duodécimo nos instruyen sobre cómo dirigir la obra misional y compartir el Evangelio en un mundo con muchas naciones y diversas leyes. Aprendemos sobre el recogimiento de Israel en preparación para la Segunda Venida del Salvador. Se nos instruye que los hombres y las mujeres son sus propios agentes, y que pueden aceptar o rechazar la palabra de Dios según su propia conciencia. Finalmente, aprendemos que al difundir el evangelio de Jesucristo a los cuatro extremos de la tierra, debemos respetar los gobiernos de cada nación a la que entramos. Verdaderamente, creemos en obedecer, honrar y sostener la ley de cada nación.

V. Atributos a los que aspiramos

El décimo tercer Artículo de Fe proporciona un entendimiento especial

sobre cómo debemos manejar nuestra vida y presentarnos ante los demás.

Dice: “Creemos en ser honrados, verídicos, castos, benevolentes, virtuosos y en hacer el bien a todos los hombres; en verdad, podemos decir que seguimos la admonición de Pablo: Todo lo creemos, todo lo esperamos; hemos sufrido muchas cosas, y esperamos poder sufrir todas las cosas. Si hay algo virtuoso, o bello, o de buena reputación, o digno de alabanza, a esto aspiramos”.

Todos debemos aspirar a obtener estos atributos y vivir de tal manera que nuestra vida sea un ejemplo de ellos. Las verdades que se enseñan en los Artículos de Fe se edifican una sobre la otra, como los componentes de un teléfono celular que se apoyan mutuamente. Así como la elaborada cadena de fabricación que agrega componentes a un teléfono celular, los Artículos de Fe nos proporcionan las doctrinas clave de la Restauración. Cada Artículo de Fe agrega un valor único a nuestro entendimiento del evangelio de Jesucristo.

Mi maestra de la Primaria inculcó en mí la determinación de estudiar las doctrinas del reino. Me enseñó a buscar el significado profundo que se encuentra en estos simples Artículos de Fe. Ella me prometió que si me

esforzaba por aprender estas verdades sagradas, el conocimiento que adquiriría cambiaría mi vida para mejor, y les testifico que así ha sido.

Después de la maravillosa lección de mi maestra en esa montaña en el cañón de Logan, notamos que nos habíamos quedado más de lo planeado. El día se estaba acabando y nos dimos cuenta de que teníamos un problema.

A mi maestra le costó llegar a nuestro lugar especial, pero regresar representaba un desafío aún mayor. Eso reafirmó nuestra mala elección del lugar para la caminata. Descender fue difícil para nosotros, pero fue aún más difícil para una persona de su edad.

Mientras nos esforzábamos por ayudarla en la colina, aparecieron dos policías. La presidenta de la Primaria los había mandado a buscarnos porque temía que nos hubiéramos perdido. El dramático acontecimiento y las lecciones enseñadas hicieron que ésa fuese una experiencia inolvidable en mi vida.

Jovencitos, los aliento a usar sus mentes brillantes para estudiar y aprender los Artículos de Fe y las doctrinas que ellos enseñan. Están entre las más importantes y, sin duda, es la más concisa declaración de doctrina en la Iglesia. Si los usan como guía para dirigir sus estudios del evangelio de Jesucristo, estarán preparados para declarar su testimonio de la verdad restaurada al mundo. Podrán declarar de una manera simple, directa y profunda las creencias fundamentales que ustedes valoran como miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.

Sumo mi testimonio a la veracidad de los trece Artículos de Fe; en el nombre de nuestro Señor y Salvador, sí, Jesucristo. Amén. ■



Por el obispo **Gérald Caussé**
Primer Consejero del Obispado Presidente

Ya no sois extranjeros

En esta Iglesia no existen extranjeros ni marginados, sólo hay hermanos y hermanas.

En alguna que otra ocasión, la mayoría de nosotros se ha encontrado en una situación nueva en la que se sentía extraño e inseguro. Algo así le sucedió a nuestra familia hace unos cinco años, después de que el presidente Thomas S. Monson me extendiera el llamamiento para servir como Autoridad General de la Iglesia. Ese llamamiento nos obligó a irnos del hermoso lugar del que tanto habíamos disfrutado durante dos décadas. Mi esposa y yo aún recordamos la reacción inmediata de nuestros hijos cuando se enteraron del cambio. Nuestro hijo de 16 años exclamó: “No hay ningún problema; ¡ustedes vayan, yo me quedo!”.

No tardó en decidir acompañarnos y aceptó fielmente esta nueva oportunidad que se presentaba en su vida. Vivir en lugares nuevos durante los últimos años se ha convertido en una experiencia placentera y de aprendizaje para nuestra familia, en especial gracias a la cálida acogida y la bondad de los Santos de los Últimos Días. Al haber vivido en diversos países, hemos llegado a apreciar que la unidad del pueblo de Dios en toda la tierra es algo real y tangible.

Mi llamamiento me ha llevado a viajar por muchos países y me ha concedido el gran privilegio de presidir muchas reuniones. Al observar las

diversas congregaciones, a menudo veo a miembros que representan a distintos países, lenguas y culturas. Un aspecto maravilloso de nuestra dispensación del Evangelio es que no se limita a un área geográfica, ni a un grupo de naciones; es mundial y universal, y nos prepara para el retorno glorioso del Hijo de Dios al congregar “a sus hijos de las cuatro partes de la tierra”¹.

Aunque el número de miembros de la Iglesia aumenta en su diversidad, nuestra herencia sagrada trasciende nuestras diferencias. Por ser miembros de la Iglesia se nos admite en la casa de Israel; nos convertimos en hermanos y hermanas, herederos igualitarios del mismo linaje espiritual. Dios prometió a Abraham que “cuantos reciban este evangelio serán llamados por [su] nombre; y serán considerados [su] descendencia, y se levantarán y [lo] bendecirán como padre *de ellos*”².

Todo el que llega a ser miembro de la Iglesia recibe una promesa: “Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos con los santos, y miembros de la familia de Dios”³.

La palabra *extranjero* procede de la palabra latina *extraneus*, que significa “exterior” o “de afuera”. Por lo general, designa a alguien que es “forastero” por varias razones, ya sea

por su origen, su cultura, sus opiniones o su religión. Como discípulos de Jesucristo que se esfuerzan por estar en el mundo pero no ser del mundo, a veces nos sentimos como forasteros. Nosotros, mejor que muchos otros, sabemos que ciertas puertas pueden llegar a cerrarse para aquellos a los que se considera diferentes.

A lo largo de la historia, el pueblo de Dios ha recibido el mandamiento de cuidar de los extranjeros o de aquellos vistos como diferentes. En la antigüedad, existía la misma obligación de hospitalidad para un extranjero como para una viuda o un huérfano. Al igual que ellos, el extranjero se hallaba en una situación de gran vulnerabilidad, y su supervivencia dependía de la protección que recibiera de la población local. El pueblo de Israel recibió instrucciones precisas a este respecto: “Como a un natural de vosotros tendréis al extranjero que peregrine entre vosotros; y lo amarás como a ti mismo, porque

Ciudad de Panamá, Panamá





Santiago, Chile

extranjeros fuisteis en la tierra de Egipto”⁴.

Durante Su ministerio terrenal, Jesús fue un ejemplo de alguien que fue más allá de la simple obligación de hospitalidad y tolerancia. Los excluidos sociales, los que eran rechazados y considerados impuros por los que se creían superiores, recibieron Su compasión y respeto; recibieron una parte igual de Sus enseñanzas y Su ministerio.

Por ejemplo, el Salvador rompió con las costumbres de Su época al dirigirse a una mujer samaritana y pedirle un poco de agua; se sentó a comer con publicanos y recaudadores de impuestos; no vaciló en acercarse al leproso, tocarlo y sanarlo. Admirado por la fe del centurión romano, dijo a la multitud: “De cierto os digo que ni aun en Israel he hallado tanta fe”⁵.

Jesús nos ha pedido que observemos la ley del amor perfecto, el cual es un don universal e incondicional, y dijo:

“Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos?”

“Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también así los gentiles?”

“Sed, pues, vosotros perfectos, así

como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto”⁶.

En esta Iglesia no hay extranjeros ni marginados, sólo hay hermanos y hermanas. El conocimiento que tenemos de un Padre Eterno nos ayuda a ser más sensibles a la hermandad que debiera existir entre todos los hombres y mujeres de la tierra.

Un pasaje de la novela *Los miserables* ilustra la manera en que los poseedores del sacerdocio pueden tratar a las personas consideradas extranjeras. Jean Valjean acaba de salir de la prisión. Cansado por un largo viaje y muerto de hambre y de sed, llega a un pueblo pequeño en busca de un sitio donde comer y pasar la noche. En cuanto se corre la noticia de su llegada, todos los lugareños le cierran la puerta. No es bienvenido en el hotel ni en el mesón, ni siquiera en la cárcel. Es rechazado, expulsado y desterrado. Finalmente, sin fuerzas, se desmaya ante la puerta del obispo de la ciudad.

El buen clérigo está completamente al tanto de los antecedentes de Valjean, pero invita al vagabundo a pasar a su casa con estas palabras caritativas:

“Ésta no es mi casa; es la casa de Jesucristo. Esta puerta no demanda

que el que entre tenga un nombre, sino dolor. Tú sufres, tienes hambre y sed; sé, pues, bienvenido... ¿Qué necesidad tengo de saber tu nombre? Además, antes de que me [lo] digas, sé que tuviste otro nombre’.

“[Valjean] abrió los ojos atónito.

“¿De verdad? ¿Sabe cómo me llamaban?”

“Sí, le responde el obispo, ‘te llamas mi hermano’”⁷.

En esta Iglesia, nuestros barrios y quórums no nos pertenecen; son de Jesucristo. Cualquiera que venga a nuestras reuniones debe sentirse como en casa. La responsabilidad de darle la bienvenida a todos tiene cada vez más importancia. El mundo en el que vivimos pasa por una época de gran convulsión. Gracias a la mayor disponibilidad de transporte, la velocidad de las comunicaciones y la globalización de las economías, la tierra se está convirtiendo en una gran aldea donde pueblos y naciones coinciden, se conectan y se interrelacionan como nunca.

Estos vastos cambios mundiales sirven a los propósitos de Dios. El recogimiento de Sus escogidos de los cuatro extremos de la tierra no sólo tiene lugar cuando enviamos a los misioneros a países lejanos, sino también con la llegada de gente de otras partes a nuestras ciudades y vecindarios. Muchos, sin saberlo, están siendo guiados por el Señor a lugares donde pueden recibir el Evangelio y formar parte de Su rebaño.

Es muy probable que el próximo converso al Evangelio en su barrio sea alguien que no proceda del círculo habitual de amigos y conocidos, lo cual podrán apreciar por su apariencia, idioma, manera de vestir o color de piel. Dicha persona puede haberse criado en otra religión, con un pasado o un estilo de vida diferentes.



Hermanar es una responsabilidad importante del sacerdocio. Los quórumes del Sacerdocio Aarónico y del Sacerdocio de Melquisedec deben cooperar con las hermanas, bajo la dirección del obispo, para asegurarse de que toda persona sea recibida con amor y bondad. Los maestros orientadores y las maestras visitantes velarán para asegurarse de que nadie se sienta olvidado ni ignorado.

Todos tenemos que trabajar juntos para edificar la unidad espiritual en nuestros barrios y ramas. Un ejemplo de unidad perfecta existió entre el pueblo de Dios tras la visita de Cristo a las Américas. Los anales indican que no había “lamanitas, ni ninguna especie de -itas, sino que eran uno, hijos de Cristo y herederos del reino de Dios”⁸.

La unidad no se alcanza ignorando y aislando a miembros que parecen diferentes o débiles, y relacionándose únicamente con personas como nosotros. Al contrario, la unidad se logra acogiendo y sirviendo a los que son nuevos y tienen necesidades particulares. Estos miembros son una

bendición para la Iglesia y nos brindan oportunidades de servir al prójimo y así purificar nuestro corazón.

De modo que, hermanos míos, es su deber llegar hasta cualquiera que se presente ante las puertas de sus centros de reuniones. Denles la bienvenida con gratitud y sin prejuicio. Si llegan a sus reuniones personas a las que no conocen, salúdenlas con calidez e invítenlas a sentarse con ustedes. Por favor, den el primer paso para ayudarlas a sentirse bienvenidas y amadas en vez de aguardar a que sean ellas las que acudan a ustedes.

Después de la bienvenida inicial, piensen en cómo pueden seguir ministrándoles. Una vez oí de un barrio que, después del bautismo de dos hermanas sordas, otras dos hermanas maravillosas de la Sociedad de Socorro decidieron aprender el lenguaje de señas a fin de comunicarse mejor con las nuevas conversas. ¡Qué ejemplo tan maravilloso de amor por sus hermanos y hermanas en el Evangelio!

Testifico que nadie es extranjero para nuestro Padre Celestial. No hay

nadie cuya alma no sea valiosa para Él. Junto con Pedro, testifico que “Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace lo justo”⁹.

Ruego que cuando el Señor reúna a Sus ovejas en el último día, pueda decirnos a cada uno de nosotros: “Fui forastero, y me recogisteis”.

Entonces nosotros le preguntaremos: “¿Cuándo te vimos forastero y te recogimos?”.

Y Él nos responderá: “De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de éstos, mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis”¹⁰.

En el nombre de Jesucristo.
Amén. ■

NOTAS

- 1 Nefi 22:25.
- 2 Abraham 2:10; cursiva agregada.
- 3 Efesios 2:19.
- 4 Levítico 19:34.
- 5 Mateo 8:10; veáanse también Mateo 8:2–3; Marcos 1:40–42; 2:15; Juan 4:7–9.
- 6 Mateo 5:46–48.
- 7 Véase Víctor Hugo, *Les misérables*, trad. Isabel F. Hapgood, 5 tomos. 1887, tomo 1, pág. 73.
- 8 4 Nefi 1:17.
- 9 Hechos 10:34–35.
- 10 Mateo 25:35, 38, 40.



Por el élder Randy D. Funk
De los Setenta

Llamado por Él para declarar Su palabra

Las puertas y los corazones se abren todos los días al mensaje del Evangelio; un mensaje que brinda esperanza, paz y gozo a los hijos de Dios.

Cuando fui sostenido como Autoridad General el pasado mes de abril, prestaba servicio como presidente de misión en la India. Durante mi servicio, vi personalmente lo que otro ex presidente de misión me había dicho: “Los misioneros de esta Iglesia son simplemente asombrosos”¹.

El élder Pokhrel, de Nepal, con quien la hermana Funk y yo servimos, era uno de los muchos misioneros excepcionales. Después de haber sido miembro de la Iglesia por sólo dos años, fue llamado a servir en la Misión India Bangalore, de habla inglesa. Él les diría que no estaba bien preparado; eso era comprensible, nunca vio un misionero hasta que fue uno. No sabía leer el inglés lo suficientemente bien como para entender las instrucciones que se incluían en su llamamiento. Cuando él ingresó al centro de capacitación misional, en vez de traer pantalones de vestir, camisas blancas y corbatas, había empacado, en sus propias palabras: “Cinco pares de pantalones vaqueros, un par de camisetitas y mucho fijador para el cabello”².

Incluso después de conseguir la ropa adecuada, dijo que todos los días se sintió incompetente en el campo misional durante las primeras semanas. Él describió esa época de su misión: “No sólo era difícil el inglés, sino también la obra misional... Además de todo eso, tenía hambre, estaba cansado y extrañaba mi casa... A pesar de que las circunstancias eran difíciles, no me di por vencido. Me sentía débil e inadecuado; en esos momentos oraba para que nuestro Padre Celestial me ayudara. Sin fallar, cada vez que oraba, me sentía consolado”³.

Aunque la obra misional era algo nuevo y desafiante para el élder Pokhrel, sirvió con gran fe y fidelidad, tratando de entender y seguir lo que estaba aprendiendo de las Escrituras, de *Predicad Mi Evangelio* y de sus líderes de la misión. Llegó a ser un maestro poderoso del Evangelio en inglés y un excelente líder. Después de su misión y de pasar un tiempo en Nepal, regresó a la India para continuar con su educación. Desde enero, ha servido como presidente de rama en Nueva Delhi. Debido al verdadero crecimiento que logró como

misionero, él continúa contribuyendo al verdadero crecimiento de la Iglesia en India.

¿Cómo un joven que nunca había visto un misionero llegó a ser uno de tanta fortaleza espiritual? ¿De qué manera recibirán el poder espiritual como misioneros para abrir las puertas, las bandejas de entrada de correos electrónicos y los corazones de las personas en la misión donde vayan a servir? Como de costumbre, las respuestas se encuentran en las Escrituras, y en las palabras de los profetas y apóstoles vivientes.

Cuando se predicó por primera vez el Evangelio en Inglaterra, en julio de 1837, el Señor reveló: “...a quienesquiera que envíes en mi nombre, por la voz de tus hermanos los Doce, debidamente recomendados y autorizados por ti, tendrán el poder para abrir la puerta de mi reino en cualquier nación a donde los mandes”⁴.

Dondequiera que se los envíe, a cualquier misión que se los haya asignado, sepan que un miembro de los Doce Apóstoles debidamente recomendó la asignación y han sido llamados por el profeta del Señor. Son llamados “por profecía y la imposición de manos”⁵.

El Señor entonces dio las condiciones para que esta promesa se cumpla. Él dijo: “...si [que significa que la promesa se cumplirá] (ellos) [es decir, los misioneros enviados] [1] se humillan delante de mí, [2] permanecen en mi palabra y [3] dan oído a la voz de mi Espíritu”⁶.

Las promesas del Señor son claras. A fin de tener el poder espiritual necesario para abrir la puerta del reino de Dios en la nación a la que se los envíe, deben ser humildes y obedientes, y tener la capacidad de escuchar y seguir al Espíritu.

Estos tres atributos están estrechamente relacionados. Si son humildes, desearán ser obedientes. Si son obedientes, sentirán el Espíritu. El Espíritu es esencial; pues, como el presidente Ezra Taft Benson enseñó: "...si no cuenta con el Espíritu, nunca tendrá éxito, *no importa cuánto* talento y habilidad tenga"⁷.

Como presidente de misión, de vez en cuando entrevisté a misioneros que tenían problemas porque aún no eran completamente dignos. Vivían por debajo de su potencial espiritual. No importaba lo mucho que se esforzaran ni todo el bien que hicieran, no podían sentir paz y disfrutar plenamente de la compañía del Espíritu Santo hasta que se hubieran humillado, arrepentido sinceramente y participado de la misericordia y gracia del Salvador.

El Señor instruye a Sus siervos a ser humildes, porque el proceso de ser sanado de manera espiritual comienza con un corazón quebrantado. Piensen en lo bueno que proviene de las cosas quebrantadas: El suelo es abierto (quebrantado) para plantar el trigo; el trigo es partido (quebrantado) para hacer el pan; el pan se despedaza para llegar a ser los emblemas de la Santa Cena. Cuando una persona arrepentida participa de la Santa Cena con un corazón quebrantado y un espíritu contrito, él o ella llega a ser completa⁸. Al arrepentirnos y llegar a ser completos por medio de la expiación de Jesucristo, tenemos mucho más que ofrecer al Salvador cuando lo servimos. "Sí, venid a él y ofrecedle vuestras almas enteras como ofrenda"⁹.

Si están agobiados por el pecado y tienen necesidad de arrepentirse, por favor, háganlo de inmediato. Cuando el Salvador sanó a los que estaban afligidos, con frecuencia los invitaba a levantarse. Las Escrituras señalan



que ellos lo hacían al instante o de manera inmediata¹⁰. Para ser sanados de sus aflicciones espirituales, acepten la invitación del Señor de levantarse. Hablen sin demora con su obispo, presidente de rama o presidente de misión y comiencen ahora el proceso de arrepentimiento.

El poder sanador de la Expiación traerá paz a su alma y les permitirá sentir el Espíritu Santo. El sacrificio del Salvador es sin medida, pero nuestros pecados, aunque sean numerosos y graves, se pueden numerar y confesar, olvidar y perdonar. "¡Y cuán grande es su gozo por el alma que se arrepiente!"¹¹.

Esta promesa en Doctrina y Convenios es poderosa: "...deja que la virtud engalane tus pensamientos incesantemente; entonces tu confianza se fortalecerá en la presencia de Dios"¹². Al vivir una vida virtuosa, sentirán una seguridad serena en cuanto a su posición ante Dios y tendrán el poder del Espíritu con ustedes¹³.

Algunas personas que sean miembros nuevos de la Iglesia, o que hayan regresado recientemente, podrían decir: "Ahora soy digno y tengo el deseo de servir, pero no sé si sé lo suficiente". En abril, el presidente

Thomas S. Monson nos enseñó: "Recibimos un conocimiento de la verdad y la respuesta a nuestros más grandes interrogantes cuando somos obedientes a los mandamientos de Dios"¹⁴. Qué reconfortante es saber que por medio de nuestra obediencia, obtenemos conocimiento.

Otras personas pueden sentir que tienen limitados talentos, habilidades o experiencia para ofrecer. Si es eso lo que los preocupa, recuerden la experiencia del élder Pokhrel. Prepárense lo mejor que puedan y sepan que nuestro Padre Celestial magnificará sus esfuerzos humildes y obedientes. El élder Richard G. Scott ofreció este consejo alentador: "Cuando uno obedece los mandamientos del Señor y presta servicio a Sus hijos desinteresadamente, la consecuencia natural es el poder de Dios, el poder para hacer más de lo que podemos por nosotros mismos. Nuestras perspectivas, nuestros talentos y nuestras habilidades se amplían porque recibimos la fortaleza y el poder del Señor"¹⁵.

Si confías en el Señor y en Su bondad, el Dios Todopoderoso bendecirá a Sus hijos por medio de ti¹⁶. El élder Hollings, de Nevada, aprendió esto temprano en su misión.

Un día después de que él llegó a la India, viajó con la hermana Funk y conmigo a Rajahmundry, su primera área. Aquella tarde el élder Hollings y el élder Ganaparam fueron a visitar a una miembro de la Iglesia y a su madre. La madre quería saber acerca de la Iglesia porque había visto cómo el Evangelio había bendecido la vida de su hija. La hermana Funk los acompañó para brindar hermanamiento. Debido a que la lección sería en inglés y la madre sólo hablaba Telugu, un hermano de la rama estaba allí para interpretar lo que se enseñaría.

La asignación del élder Hollings en su primera cita era enseñar la Primera Visión, utilizando las palabras del profeta José Smith. En ese momento de la lección, se volvió hacia la hermana Funk y le preguntó: “¿La digo palabra por palabra?”, sabiendo que eso sería interpretado.

Ella le contestó: “Dígalo palabra por palabra para que el Espíritu pueda

testificar de lo que dice”.

Cuando este nuevo misionero enseñó con sinceridad la Primera Visión, utilizando las palabras del Profeta, el semblante de esa querida hermana cambió y le empezaron a brotar las lágrimas. Cuando el élder Hollings terminó ese glorioso mensaje, y antes de que se interpretara lo que había dicho, ella pidió con lágrimas en su lengua materna: “¿Puedo ser bautizada? ¿Y pueden enseñarle a mi hijo?”.

Mis jóvenes consiervos, las puertas y los corazones se abren todos los días al mensaje del Evangelio, un mensaje que brinda esperanza, paz y gozo a los hijos de Dios en todo el mundo. Si ustedes son humildes, obedientes y escuchan la voz del Espíritu, encontrarán gran felicidad en su servicio como misioneros¹⁷. ¡Qué época maravillosa es ésta para ser misionero, un período en que el Señor está apresurando Su obra!

Doy testimonio de nuestro Salvador

y de Su “mandato divino”¹⁸ de “id y haced discípulos a todas las naciones”¹⁹. Ésta es Su Iglesia, Él la dirige a través de profetas y apóstoles vivientes. Durante la siguiente hora, la Primera Presidencia nos enseñará. Seamos “presto para observar”²⁰, como lo hizo Mormón, a fin de que cuando el llamado llegue, seamos dignos y capaces de declarar con el poder del Espíritu: “He aquí, soy discípulo de Jesucristo, el Hijo de Dios. He sido llamado por él para declarar su palabra entre los de su pueblo, a fin de que alcancen la vida eterna”²¹. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Conversaciones personales con Dennis C. Brimhall, Presidente de la Misión Kentucky Louisville, 2005.
2. Ashish Pokhrel, “Me llamo Ashish Pokhrel y ésta es mi historia” (historia personal que no ha sido publicada, septiembre de 2011).
3. Pokhrel, “Me llamo Ashish Pokhrel”.
4. Doctrina y Convenios 112:21.
5. Artículos de Fe 1:5.
6. Doctrina y Convenios 112:22.
7. Ezra Taft Benson, en *Predicad Mi Evangelio. Una guía para el servicio misionero*, 2004, pág. 190.
8. Ideas tomadas de un discurso dado por el élder Jeffrey R. Holland durante la conferencia de la Estaca Bountiful Norte, Bountiful, Utah, el 8 y 9 de junio de 2013.
9. Omni 1:26.
10. Véanse Marcos 5:41–42; Juan 5:8–9.
11. Doctrina y Convenios 18:13.
12. Doctrina y Convenios 121:45.
13. Véase Doctrina y Convenios 121:46.
14. Thomas S. Monson, “La obediencia trae bendiciones”, *Liahona*, mayo de 2013, pág. 89.
15. Richard G. Scott, “La paz en el hogar”, *Liahona*, mayo de 2013, pág. 30.
16. Al describir lo que muchos misioneros nuevos van a realizar, el élder Russell M. Nelson dijo: “Ellos harán lo que los misioneros siempre han hecho. ¡Predicarán el Evangelio! ¡Bendecirán a los hijos del Dios Todopoderoso!” (“Súbanse a la ola”, *Liahona*, mayo de 2013, pág. 45).
17. Véase *Predicad Mi Evangelio*, pág. v.
18. Thomas S. Monson, “Venid, los que tenéis de Dios el sacerdocio”, *Liahona*, mayo de 2013, pág. 66.
19. Mateo 28:19.
20. Mormón 1:2.
21. 3 Nefi 5:13.





Por el presidente Dieter F. Uchtdorf
Segundo Consejero de la Primera Presidencia

¡Pueden hacerlo ahora!

Siempre y cuando estemos dispuestos a volver a levantarnos y seguir por la senda... podremos aprender algo del fracaso y llegar a ser mejores y más felices.

Cuando era joven, si me caía, levantarme era instantáneo. Sin embargo, a lo largo de los años he llegado a la inquietante conclusión de que las leyes de la física han cambiado— y no a mi favor.

No hace mucho, estaba esquiando con mi nieto de 12 años. Estábamos disfrutando juntos cuando pasé por una zona congelada y acabé haciendo un espectacular aterrizaje forzoso en una pendiente pronunciada.

Intenté por todos los medios levantarme, pero no podía; me había caído, y no podía levantarme.

Me sentía bien físicamente, pero mi ego estaba un poco dolido. Así que me aseguré de tener bien colocados el casco y las gafas, ya que prefería que los demás esquiadores no me reconocieran. Podía imaginarme a mí mismo, ahí sentado y desvalido, mientras ellos pasaban esquiando con elegancia y gritándome un alegre, “¡Hola, hermano Uchtdorf!”.

Empecé a preguntarme qué haría falta para que me rescatasen. Entonces llegó mi nieto. Le dije lo que había sucedido, pero no parecía muy interesado en mis explicaciones de por qué no podía levantarme. Me miró a los ojos, extendió la mano, tomó la mía y con un tono firme

dijo: “Opa, ¡puedes hacerlo ahora!”.

Al instante me levanté.

Sigo sin entenderlo. Lo que parecía imposible sólo un momento antes, de inmediato se hizo realidad, gracias a que un niño de 12 años me extendió la mano y me dijo: “¡Puedes hacerlo ahora!”. Para mí, fue una inyección de confianza, entusiasmo y fortaleza.

Hermanos, habrá ocasiones en nuestra vida cuando el levantarnos y seguir adelante parezca ser algo que supera nuestra propia capacidad. Ese día, en una ladera cubierta de nieve, aprendí algo. Aunque pensemos que no podemos levantarnos, todavía hay esperanza; y a veces, sólo necesitamos a alguien que nos mire a los ojos, nos tome de la mano y diga: “¡Puedes hacerlo ahora!”

La ilusión de ser fuertes

Quizás pensemos que es más probable que las mujeres tengan sentimientos de ineptitud o desilusión que los hombres; que a ellas les afecta más que a nosotros. No estoy seguro de que eso sea verdad. Los hombres experimentan sentimientos de culpa, depresión y fracaso. Tal vez finjamos que esos sentimientos no nos molestan, pero sí lo hacen. Podemos sentirnos tan agobiados por nuestros

fracasos y defectos que comenzamos a pensar que nunca podremos tener éxito; incluso podríamos suponer que debido a que nos hemos caído antes, el caer es nuestro destino. Como dijo un escritor: “Seguimos avanzando con laboriosidad, barcos contra la corriente, en regresión sin pausa hacia el pasado”¹.

He observado a hombres llenos de potencial y gracia desconectarse de la desafiante labor de edificar el reino de Dios porque habían fallado una o dos veces. Eran hombres de gran potencial que podrían haber sido excepcionales poseedores del sacerdocio y siervos de Dios. Pero, debido a que tropezaron y se desanimaron, se apartaron de sus responsabilidades del sacerdocio y se dedicaron a actividades más fáciles pero menos meritorias.

Por lo tanto, continúan viviendo tan sólo una sombra de la vida que podrían haber vivido, nunca elevándose al potencial que les corresponde por derecho natural. Como se lamentó el poeta, ellos se encuentran entre las desafortunadas almas que “mueren con [la mayor parte] de su música [todavía] en ellos”².

A nadie le gusta fracasar. En particular, no nos gusta cuando los demás, especialmente aquellos que amamos, nos ven fracasar. Todos queremos que nos respeten y aprecien; queremos ser campeones. Pero los mortales no llegamos a ser campeones sin esfuerzo y disciplina, o sin cometer errores.

Hermanos, nuestro destino no está determinado por el número de veces que tropezamos, sino por el número de veces que nos levantamos, nos quitamos el polvo y seguimos adelante.

La tristeza según Dios

Sabemos que esta vida terrenal es una prueba, pero debido a que nuestro Padre Celestial nos ama con un



amor perfecto, Él nos muestra dónde encontrar las respuestas. Él nos ha dado el mapa que nos permite navegar por el terreno incierto y las inesperadas pruebas a las que cada uno de nosotros se enfrenta. Las palabras de los profetas son parte del mapa.

Cuando nos desviamos; cuando caemos o nos apartamos de la vía de nuestro Padre Celestial, las palabras de los profetas nos indican cómo volver a levantarnos y regresar a la senda.

De todos los principios que enseñaron los profetas durante siglos, uno que se ha recalcado, una y otra vez, es el esperanzador y reconfortante mensaje de que la humanidad puede arrepentirse, cambiar de rumbo y regresar al verdadero camino del discipulado.

Eso no significa que debamos contentarnos con nuestros errores, debilidades o pecados; y hay una diferencia importante entre la tristeza o el pesar por el pecado que conduce al arrepentimiento y el pesar que conduce a la desesperación.

El apóstol Pablo enseñó que “*la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación... pero la tristeza del mundo produce muerte*”³. *La tristeza según Dios* inspira al cambio y a la esperanza por medio de la Expiación. *La tristeza del mundo* nos desanima, apaga la esperanza y nos persuade a ceder a más tentación.

La tristeza según Dios conduce a la conversión⁴ y a un cambio de

corazón⁵. Nos hace odiar el pecado y amar lo bueno⁶. Nos anima a levantarnos y andar en la luz del amor de Cristo. El verdadero arrepentimiento tiene que ver con la transformación, no con la tortura o el tormento. Sí, la lamentación sincera y el verdadero remordimiento por la desobediencia son pasos a menudo dolorosos; pero son pasos importantes en el sagrado proceso del arrepentimiento. Pero cuando la culpa conduce al auto-desprecio o no permite que nos volvamos a levantar, impide nuestro arrepentimiento en lugar de promoverlo.

Hermanos, hay una manera mejor. Levantémonos y seamos hombres de Dios. Tenemos un campeón, un Salvador, que anduvo en el valle de sombra de muerte a favor nuestro. Él se entregó a Sí mismo en rescate por nuestros pecados; nadie ha tenido mayor amor que éste, Jesucristo, el Cordero sin mancha, que de forma voluntaria se puso sobre el altar del sacrificio y pagó el precio por nuestros pecados hasta “el último cuadrante”⁷. Tomó sobre Sí nuestro sufrimiento; llevó nuestras cargas, nuestra culpa sobre Sus hombros. Mis queridos amigos, cuando decidimos venir a Él, cuando tomamos sobre nosotros Su nombre y andamos valientemente por la senda del discipulado, entonces, por medio de la Expiación, se nos promete no sólo la felicidad y la “paz en este mundo” sino también “vida eterna en el mundo venidero”⁸.

Cuando cometamos errores, cuando pequemos y caigamos, pensemos en lo que significa arrepentirse de verdad. Significa volver el corazón y la voluntad hacia Dios y abandonar el pecado. El arrepentimiento verdadero y sincero trae consigo la certeza celestial de que podemos “hacerlo ahora”.

¿Quiénes son ustedes?

Uno de los métodos del adversario para evitar que progreseemos es confundirnos acerca de quiénes somos en realidad y lo que realmente deseamos.

Queremos pasar tiempo con nuestros hijos, pero también queremos participar en nuestros pasatiempos varoniles favoritos. Queremos bajar de peso, pero también queremos disfrutar de la comida que nos gusta. Queremos ser semejantes a Cristo, pero también queremos decirle lo que pensamos que se merece al que nos impidió el paso en la calle.

El propósito de Satanás es tentarnos para que cambiemos las invaluable perlas de verdadera felicidad, y los valores eternos, por una falsa bisutería barata de plástico que sólo es una ilusión y falsificación de la felicidad y del gozo.

Otro método que usa el adversario para disuadirnos de levantarnos es que veamos los mandamientos como cosas que se nos han impuesto. Supongo que es parte de la naturaleza humana resistirnos a cualquier cosa

que, en un principio, no sea nuestra propia idea.

Si vemos el comer de manera sana y el ejercicio sólo como algo que el médico espera de nosotros, seguramente fracasaremos. Si vemos esas decisiones como quiénes somos y quiénes queremos llegar a ser, tendremos mayor probabilidad de mantenernos en el rumbo [correcto] y de tener éxito.

Si pensamos en la orientación familiar sólo como la meta del presidente de estaca, tal vez demos menos valor a hacerla. Si la vemos como nuestra meta, algo que deseamos hacer con el fin de ser más como Cristo y ministrar a los demás, no sólo cumpliremos con nuestro compromiso, sino que lo haremos de tal manera que realmente bendecirá a las familias que visitamos, y a la nuestra también.

A menudo, somos nosotros los que recibimos ayuda de nuestros amigos o familia para levantarnos; pero si miramos a nuestro alrededor, con ojos observadores y con el corazón deseoso de ayudar, reconoceremos las oportunidades que nos ofrece el Señor para ayudar a los demás a levantarse y avanzar hacia su verdadero potencial. Las Escrituras sugieren: “Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor, y no para los hombres”⁹.

Es una gran fuente de poder espiritual el vivir una vida de integridad y rectitud, y el mantener nuestra vista en donde queremos estar en las eternidades. Aunque veamos ese destino divino sólo con el ojo de la fe, nos ayudará a mantenernos en el rumbo [correcto].

Cuando nuestra atención se centra principalmente en nuestros éxitos o fracasos diarios, tal vez perdamos nuestro rumbo, nos extraviemos y caigamos. El mantener nuestra mira



puesta en metas mayores nos ayudará a ser mejores hijos y hermanos, padres más amables y esposos más amorosos.

Incluso aquellos que ponen su corazón en metas divinas, tal vez tropiecen de vez en cuando, pero no serán derrotados. Ellos confían en las promesas de Dios y cuentan con ellas. Se volverán a levantar con una radiante esperanza en un Dios justo y la visión inspirada de un gran futuro. Saben que pueden hacerlo ahora.

Ustedes pueden hacerlo ahora

Toda persona, joven o mayor, ha tenido su propia experiencia personal con las caídas. Caernos es lo que hacemos los mortales; pero siempre y cuando estemos dispuestos a volver a levantarnos y seguir por la senda de las metas espirituales que Dios nos ha dado, podremos aprender algo del fracaso y llegar a ser mejores y más felices como resultado de ello.

Mis queridos hermanos, habrá momentos en que *piensen* que no pueden levantarse ni continuar. Por favor, confíen en el Salvador y en Su amor. Con fe en el Señor Jesucristo y el poder y la esperanza del Evangelio restaurado, *podrán* levantarse y continuar.

Hermanos, los amamos; oramos por ustedes. Ya sean un padre joven,

un poseedor mayor del sacerdocio o un diácono recién ordenado, estamos pendientes de ustedes. ¡El Señor está pendiente de ustedes!

Reconocemos que su senda a veces será difícil, pero les hago esta promesa en el nombre del Señor: levántense y sigan los pasos de nuestro Redentor y Salvador, y un día mirarán hacia atrás y se sentirán llenos de gratitud eterna por haber decidido confiar en la Expiación y en su poder para levantarlos y darles fuerza.

Mis queridos amigos y hermanos, no importa cuántas veces hayan tropezado o caído, ¡levántense! ¡Su destino es glorioso! ¡Permanezcan firmes y anden en la luz del evangelio restaurado de Jesucristo! Son más fuertes de lo que piensan. Son más fuertes de lo que se imaginan. ¡Pueden hacerlo ahora! De ello testifico, en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. F. Scott Fitzgerald, *El Gran Gatsby*, 1925, pág. 180.
2. Oliver Wendell Holmes, “The Voiceless”, en *The Complete Poetical Works of Oliver Wendell Holmes*, 1908, pág. 99.
3. 2 Corintios 7:10; énfasis agregado.
4. Véase Hechos 3:19.
5. Véanse Ezequiel 36:26; 2 Corintios 5:17; Mosíah 3:19.
6. Véase Mosíah 5:2.
7. Mateo 5:26.
8. Doctrina y Convenios 59:23.
9. Colosenses 3:23.



Por el presidente Henry B. Eyring
Primer Consejero de la Primera Presidencia

Vendar sus heridas

Ruego que podamos prepararnos para prestar cualquier servicio del sacerdocio que el Señor ponga ante nosotros en nuestra trayectoria terrenal.

Todos somos bendecidos con la responsabilidad de cuidar a los demás. Poseer el sacerdocio de Dios es ser considerado responsable ante Dios de la vida eterna de Sus hijos. Eso es real, es maravilloso y, en ocasiones, puede resultar abrumador.

Hay presidentes de quórum de élderes escuchando esta noche que saben lo que quiero decir. Esto es lo que le sucedió a uno de ustedes. Probablemente le haya sucedido a muchos de ustedes, y más de una vez; puede que los detalles varíen, pero la situación es la misma.

Un élder que ustedes no conocen bien les pide ayuda. Acababa de enterarse de que tenía que mudarse ese día, con su esposa y su bebé, del apartamento donde viven a otro cercano.

Él y su esposa pidieron a un amigo si les podría prestar una camioneta para trasladar sus cosas, y el amigo se la prestó. El joven padre comenzó a cargar en la camioneta todo lo que poseían, pero en los primeros minutos, se lesionó la espalda. El amigo que le prestó la camioneta estaba ocupado y no los podía ayudar. El joven padre se sintió desesperado; pensó en usted, su presidente de quórum de élderes.

Cuando le pidió ayuda, ya eran las

primeras horas de la tarde. Esa tarde había una reunión en la capilla; usted le había prometido a su esposa que la ayudaría con unos proyectos de familia ese día; y sus hijos le habían pedido que hiciera algo con ellos, pero no había tenido tiempo.

También sabía que los miembros de su quórum, en particular los más fieles, a los que por lo general recurría para pedir ayuda, probablemente estaban en la misma situación que usted.

El Señor sabía que tendría días como esos cuando lo llamó a este llamamiento; así que le dio a conocer una historia para darle ánimo. Es una parábola para poseedores del sacerdocio sobrecargados; a veces la llamamos la historia del buen samaritano, pero en realidad es la historia de un gran poseedor del sacerdocio en estos tan agitados últimos días.

La historia es perfectamente apropiada para un siervo del sacerdocio al que se le exige demasiado. Recuerde que usted es el samaritano y no el sacerdote ni el levita que pasaron al lado del hombre herido.

Quizás no haya pensado en esa historia cuando enfrentó desafíos de ese tipo, pero es mi oración que lo haga cuando vengan tales días, pues de seguro vendrán.

No se nos dice en las Escrituras la razón por la cual el samaritano viajaba por el camino de Jerusalén a Jericó. Seguramente no estaba de paseo a solas, pues debe haber sabido que había ladrones esperando a los incautos. Era un viaje importante, y como era costumbre, llevaba con él una bestia de carga, así como aceite y vino.

En palabras del Señor, el samaritano, cuando vio al hombre herido, se detuvo porque “fue movido a misericordia”.

Más que tan sólo ser movido a misericordia, él actuó. Recuerden siempre los detalles de la historia:

“...y acercándose, vendó sus heridas, echándoles aceite y vino; y poniéndole sobre su propia cabalgadura, le llevó al mesón y cuidó de él.

“Y otro día, al partir, sacó dos denarios y los dio al mesonero, y le dijo: Cuídamelo; y todo lo que gastes de más, yo te lo pagaré cuando vuelva”¹.

Usted, y los poseedores del sacerdocio a los que ha sido llamado a dirigir, pueden tener la seguridad de por lo menos tres cosas: En primer lugar, el Señor les dará, si lo piden, los sentimientos de compasión que Él siente por los que tienen necesidades. En segundo lugar, Él pondrá en su camino a otras personas, como el mesonero, para unirse a ustedes en su servicio. Y en tercer lugar, el Señor, al igual que el buen samaritano, recompensará con creces a todos los que se unan para dar ayuda a los necesitados.

Ustedes, los presidentes de quórum, probablemente hayan actuado en base a esas promesas más de una vez. Han pedido a los miembros del sacerdocio del Señor que ayudaran, con la confianza de que responderían con compasión; no tuvieron miedo de pedir a los que habían respondido más a menudo en el pasado, porque sabían que sienten compasión con facilidad. Les han pedido, sabiendo

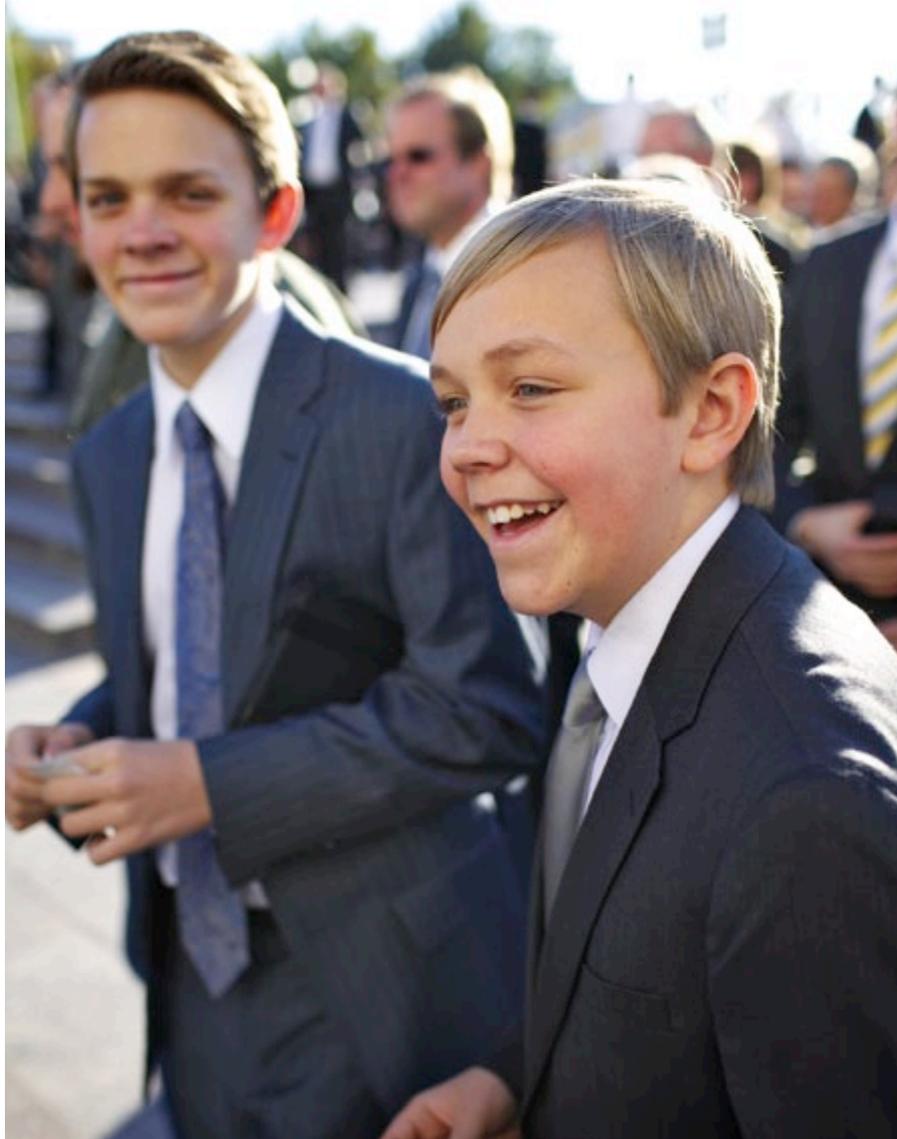
que en el pasado ellos han sentido la generosidad del Señor cuando decidieron ayudar. Les han pedido a algunos que ya están bastante cargados, pues saben que cuanto mayor sea el sacrificio, mayor será el galardón que recibirán del Señor. Aquellos que han ayudado en el pasado han sentido la rebotante gratitud del Salvador.

Tal vez hayan sentido la inspiración de no pedirle a alguien que ayude a cargar y descargar la camioneta. Como líderes, conocen bien a los miembros del quórum y a sus familias; y El Señor los conoce perfectamente.

Él sabe cuál es la esposa que estaba casi al punto de la desesperación debido a que su esposo no podía encontrar tiempo para hacer lo que ella necesitaba a fin de atender a sus necesidades. Él sabe cuáles son los hijos que serían bendecidos al ver a su padre ir una vez más a ayudar a otros; o si los hijos necesitan sentir que son lo suficientemente importantes para su padre como para que él pase tiempo con ellos ese día. Pero también sabe quién necesita la invitación de prestar servicio aunque tal vez no parezca un candidato probable ni dispuesto.

Ustedes no pueden conocer perfectamente a todos los miembros de su quórum, pero Dios sí los conoce. De modo que, como lo han hecho en muchas ocasiones, oraron para saber a quién llamar para pedir que ayude a servir a los demás. El Señor sabe quién será bendecido al pedirle que ayude y qué familia será bendecida si no se le pide. Ésa es la revelación que pueden esperar recibir como líderes del sacerdocio.

Fui testigo de ello cuando era jovencito. Era el primer asistente de un quórum de presbíteros. El obispo me llamó un día a mi casa; me dijo que quería que fuera con él a visitar a una viuda muy necesitada.



Mientras lo esperaba para que me recogiera en casa, me sentí preocupado. Yo sabía que el obispo tenía consejeros fuertes y sabios. Uno era un juez famoso; el otro tenía una gran empresa y más tarde llegó a ser Autoridad General. El obispo también llegó a prestar servicio como Autoridad General. ¿Por qué estaba el obispo diciéndole a un presbítero sin experiencia: “Necesito tu ayuda”?

Bueno, ahora sé lo que podría haberme respondido: “El Señor necesita bendecirte”. En casa de la viuda, lo vi decirle a la mujer que no recibiría ayuda de la Iglesia hasta que no llenara el formulario de presupuesto que él le había dejado antes. De camino a casa se rió de mi sorpresa y me dijo: “Hal, cuando ella tome control de sus gastos, podrá ayudar a los demás”.

En otra ocasión, mi obispo me llevó a la casa de unos padres alcohólicos

que enviaron a dos asustadas niñas a recibirnos a la puerta. Después de que él conversara con las dos niñas pequeñas, nos marchamos y él me dijo: “No podemos cambiar la tragedia en su vida aún, pero pueden sentir que el Señor las ama”.

Otra tarde me llevó a la casa de un hombre que no había ido a la Iglesia por años. El obispo le dijo lo mucho que lo amaba y cuánto lo necesitaba el barrio. No pareció tener mucho efecto en el hombre; pero esa vez, y cada vez que el obispo me llevó con él, tuvo un gran efecto en mí.

No hay forma de que yo pueda averiguar si el obispo oró para saber qué presbítero sería bendecido por esas visitas. Él podría haber llevado a otros presbíteros muchas veces, pero el Señor sabía que algún día yo sería un obispo invitando a las personas, cuya fe se había enfriado, a que

volvieron a la calidez del Evangelio. El Señor sabía que algún día yo tendría la responsabilidad del sacerdocio de velar por cientos, e incluso miles, de los hijos de nuestro Padre Celestial que se hallaban en necesidades temporales desesperadas.

Ustedes, jóvenes, no pueden saber los actos de servicio del sacerdocio que el Señor está preparando para ustedes, pero el mayor desafío para todo poseedor del sacerdocio es dar ayuda espiritual. Todos tenemos esa responsabilidad; viene al ser miembro de un quórum; viene al ser miembro de una familia. Si la fe de algún miembro de su quórum o de su familia es desafiada por Satanás, sentirán compasión. Al igual que el servicio y la misericordia que dio el samaritano, ustedes también los ministrarán con el bálsamo sanador para sus heridas en los momentos que ellos lo necesiten.

Al servir como misioneros de tiempo completo, irán a miles de

personas con grandes necesidades espirituales. Muchos, hasta que les enseñen, ni siquiera sabrán que tienen heridas espirituales que, si no se tratan, traerán consigo la miseria sin fin. Irán en la obra del Señor a rescatarlos. Sólo el Señor puede sanar las heridas espirituales de ellos al aceptar las ordenanzas que conducen a la vida eterna.

Como miembros de un quórum, como maestros orientadores y como misioneros, no pueden ayudar a las personas a reparar daños espirituales, a menos que la fe de ustedes sea firme. Eso significa mucho más que leer las Escrituras con regularidad y orar en cuanto a ellas. La oración del momento y las rápidas lecturas de las Escrituras no son suficiente preparación. La confirmación de lo que necesitan está en este consejo de la sección 84 de Doctrina y Convenios: “Ni os preocupéis de antemano por lo que habéis de decir; mas atesorad constantemente en vuestras mentes

las palabras de vida, y os será dado en la hora precisa la porción que le será medida a cada hombre”².

Esa promesa sólo se puede reclamar si “atesoramos” las palabras de vida y lo hacemos continuamente. El “atesorar” ese pasaje de las Escrituras ha significado para mí una cuestión de sentir algo acerca de las palabras. Por ejemplo, cuando he ido a tratar de ayudar a alguien que flaqueaba en su fe sobre el divino llamamiento del profeta José Smith, he revivido ciertos sentimientos.

No son sólo las palabras del Libro de Mormón, es el sentimiento de confirmación de la verdad que recibo cada vez que leo aunque sea unas pocas líneas del Libro de Mormón. No puedo prometer que ese sentimiento vendrá a toda persona que tenga dudas sobre el profeta José Smith o el Libro de Mormón. Yo sé que José Smith es el Profeta de la Restauración; sé que el Libro de Mormón es la palabra de Dios, porque lo he atesorado.

Sé por experiencia propia que se puede obtener la certeza de la verdad mediante el Espíritu, porque yo la he recibido. Ustedes y yo debemos tener esa seguridad antes de que el Señor nos ponga en el camino de un viajero que amamos y que ha sido herido por los enemigos de la verdad.

Existe otra preparación que debemos hacer. Es una característica humana el que nos hagamos insensibles ante los dolores de los demás. Ésa es una de las razones por la que el Salvador habló tanto de Su expiación; y de tomar sobre Sí los dolores y los sufrimientos de todos los hijos de nuestro Padre Celestial con el fin de saber cómo socorrerlos.

Incluso los mejores poseedores terrenales del sacerdocio de nuestro Padre Celestial no alcanzan ese nivel de compasión fácilmente. Nuestra



tendencia humana es ser impacientes con la persona que no puede ver la verdad que es tan clara para nosotros. Debemos tener cuidado de que nuestra impaciencia no se interprete como condenación o rechazo.

Al prepararnos para dar socorro en nombre del Señor en calidad de Sus siervos en el sacerdocio, hay un pasaje de las Escrituras que nos guía. Contiene un don que necesitaremos para nuestra trayectoria, dondequiera que el Señor nos envíe. El buen samaritano tenía ese don. Nosotros lo necesitaremos y el Señor nos ha dicho cómo lo podemos adquirir:

“Por tanto, amados hermanos míos, si no tenéis caridad, no sois nada, porque la caridad nunca deja de ser. Allegaos, pues, a la caridad, que es mayor que todo, porque todas las cosas han de perecer;

“pero la caridad es el amor puro de Cristo, y permanece para siempre; y a quien la posea en el postrer día, le irá bien.

“Por consiguiente, amados hermanos míos, pedid al Padre con toda la energía de vuestros corazones, que seáis llenos de este amor que él ha otorgado a todos los que son discípulos verdaderos de su Hijo Jesucristo; para que lleguéis a ser hijos de Dios; para que cuando él aparezca, seamos semejantes a él, porque lo veremos tal como es; para que tengamos esta esperanza; para que seamos purificados así como él es puro”³.

Ruego que podamos prepararnos para prestar cualquier servicio del sacerdocio que el Señor ponga ante nosotros en nuestra trayectoria terrenal. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Lucas 10:33-35
2. Doctrina y Convenios 84:85
3. Moroni 7:46-48



Por el presidente Thomas S. Monson

Verdaderos pastores

La orientación familiar contesta muchas oraciones y nos permite ver la transformación que puede ocurrir en la vida de las personas.

Esta tarde se encuentran reunidos en el Centro de Conferencias de Salt Lake City y en lugares lejanos y cercanos aquellos que poseen el sacerdocio de Dios. Ustedes son en verdad “real sacerdocio”, incluso “linaje escogido”, tal como lo declaró el apóstol Pedro¹. Es un honor tener el privilegio de dirigirme a ustedes.

Cuando era joven, todos los veranos nuestra familia solía ir al cañón de Provo, a unos 72 km al sur y un poco al este de Salt Lake City, donde pasábamos varias semanas en la cabaña. Nosotros, los muchachos, siempre estábamos ansiosos por llegar para ir a pescar al río o ir a nadar, y siempre queríamos apresurar el automóvil un poco más. En aquellos días, el coche que papá tenía era un Oldsmobile del año 1928; si él excedía los 56 km por hora, mamá decía: “¡Espacio! ¡Espacio!”. Yo decía: “¡Acelera, papá! ¡Acelera!”.

Papá manejaba más o menos a 55 km por hora todo el camino hasta el cañón de Provo, o hasta que llegábamos a una curva por la que atravesara una manada de ovejas. Observábamos a medida que cientos de ovejas pasaban a nuestro lado, aparentemente sin un pastor, y algunos perros que ladraban detrás de ellas. En la distancia,

divisábamos al pastor montado en su caballo, que no llevaba brida, sino un cabestro. De vez en cuando, el hombre se encorvaba adormilado en la montura, ya que el caballo sabía por dónde ir, y los perros que ladraban hacían el trabajo.

Comparen eso a la escena que presencié en Munich, Alemania, hace muchos años. Era un domingo por la mañana, y nos encontrábamos en camino a una conferencia misional. Mientras miraba por la ventana del automóvil del presidente de misión, vi a un pastor que llevaba su bastón en la mano *dirigiendo* las ovejas, quienes lo seguían a dondequiera que iba. Si se dirigía hacia la izquierda, lo seguían a la izquierda; si se iba a la derecha, lo seguían en esa dirección. Hice la comparación entre el verdadero pastor que dirigía sus ovejas y el pastor que cabalgaba casualmente detrás de ellas.

Jesús dijo: “Yo soy el buen pastor y conozco mis ovejas”². Él nos proporciona el ejemplo perfecto de lo que debe ser un verdadero pastor.

Hermanos, como sacerdocio de Dios, tenemos la responsabilidad de ser pastores. La sabiduría del Señor ha proporcionado pautas mediante las cuales podemos ser pastores para las familias de la Iglesia, donde podemos



prestarles servicio, enseñarles y testificarles. A eso se le llama orientación familiar, y es en cuanto a ello que deseo hablarles esta tarde.

El obispo de cada barrio de la Iglesia supervisa la asignación de los poseedores del sacerdocio como maestros orientadores con objeto de visitar cada mes las casas de los miembros. Van en parejas; donde es posible, un joven que sea presbítero o maestro en el Sacerdocio Aarónico acompaña a un adulto que posea el Sacerdocio de Melquisedec. Al ir a las casas de las personas por las que son responsables, el poseedor del Sacerdocio Aarónico debe tomar parte en la enseñanza que se lleve a cabo. Ese tipo de asignación ayudará a preparar a esos jóvenes para ir en misiones, al

igual que para una vida de servicio en el sacerdocio.

El programa de orientación familiar viene como resultado de la revelación moderna, y comisiona a los que son ordenados al sacerdocio a “enseñar, exponer, exhortar, bautizar... y visitar la casa de todos los miembros, y exhortarlos a orar vocalmente, así como en secreto, y a cumplir con todos los deberes familiares... velar siempre por los miembros de la iglesia, y estar con ellos y fortalecerlos; y cuidar de que no haya iniquidad en la iglesia, ni aspereza entre uno y otro, ni mentiras, ni difamaciones, ni calumnias”³.

El presidente David O. McKay amonestó: “La orientación familiar es una de las oportunidades más urgentes y compensadoras que tenemos para criar, inspirar, aconsejar y dirigir a los hijos de nuestro Padre... Es un servicio divino, un llamamiento divino. Es nuestro deber como maestros orientadores, llevar el... Espíritu a todo hogar y corazón. El amor por la obra y el esfuerzo por llevarla a cabo le brindará paz, gozo y satisfacción ilimitados al [maestro noble] y dedicado de los hijos de Dios”⁴.

En el Libro de Mormón leemos que Alma “consagraba a todos los sacerdotes y a todos los maestros de ellos; y nadie era consagrado a menos que fuera hombre justo.

“Por tanto, velaban por su pueblo, y lo sustentaban con cosas pertenecientes a la rectitud”⁵.

Al llevar a cabo nuestras responsabilidades de orientación familiar, seremos sabios si aprendemos y comprendemos los desafíos de los miembros de cada familia, a fin de ser eficaces al enseñar y proporcionar la ayuda necesaria.

Una visita de orientación familiar tendrá más probabilidad de éxito si se realiza una cita de antemano. A fin

de ilustrar este punto, permítanme compartir una experiencia que tuve hace algunos años. En aquel tiempo, el Comité Ejecutivo Misional estaba constituido por Spencer W. Kimball, Gordon B. Hinckley y Thomas S. Monson. Una noche, el hermano Hinckley y su esposa auspiciaron una cena en su casa para los miembros del comité y sus respectivas esposas. Apenas habíamos terminado una deliciosa cena cuando alguien llamó a la puerta. El presidente Hinckley la abrió y encontró allí a uno de sus maestros orientadores, quien expresó: “Sé que no hice cita para venir, y mi compañero no está conmigo, pero pensé que debía venir a verlos esta noche. No sabía que tendría invitados”.

El presidente Hinckley amablemente invitó al maestro orientador a pasar y sentarse e instruir a tres apóstoles y a sus esposas con respecto a nuestros deberes como miembros. Con un poco de temor, el maestro orientador hizo lo mejor que pudo. El presidente Hinckley le agradeció el haber venido, después de lo cual el maestro orientador, con mucha rapidez, se retiró.

Mencionaré un ejemplo más de la manera incorrecta de llevar a cabo la orientación familiar. El presidente Marion G. Romney, que hace algunos años era consejero de la Primera Presidencia, solía contar en cuanto a su maestro orientador que una vez fue a su casa en una fría noche de invierno. Con el sombrero todavía en la mano, y meciéndose un tanto nervioso, cuando lo invitaron a tomar asiento y a dar el mensaje, respondió: “Verá usted, hermano Romney, afuera hace frío y dejé el motor en marcha para que no se detenga; sólo vine para poder decirle al obispo que hice mis visitas”⁶.

El presidente Ezra Taft Benson, luego de relatar la experiencia del



Autoridades Generales de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días

LA PRIMERA PRESIDENCIA



Henry B. Eyring
Primer Consejero



Thomas S. Monson
Presidente



Dieter F. Uchtdorf
Segundo Consejero

EL QUÓRUM DE LOS DOCE APÓSTOLES



Boyd K. Packer



L. Tom Perry



Russell M. Nelson



Dallin H. Oaks



M. Russell Ballard



Richard G. Scott



Robert D. Hales



Jeffrey R. Holland



David A. Bednar



Quentin L. Cook



D. Todd Christofferson



Neil L. Andersen

LA PRESIDENCIA DE LOS SETENTA



Ronald A. Rasband



L. Whitney Clayton



Donald L. Hallstrom



Tod R. Callister



Richard J. Maynes



Craig C. Christensen



Ulisses Soares

EL PRIMER QUÓRUM DE LOS SETENTA

(en orden alfabético)



Marcos A. Adjakonits



José L. Alonso



Carlos H. Amador



Ion S. Ardem



Mervyn B. Arnold



David S. Baxter



Shyne M. Bowen



Craig A. Cardon



Yoon Hwan Choi



Don R. Clarke



Carl B. Cook



Lawrence E. Condrige



Claudio R. M. Costa



LeGrand R. Curtis Jr.



Benjamín De Hoyos



Edoar Dubé



Kevin R. Durcan



Larry J. Echo Hawk



Stanley G. Ellis



David L. Evans



Enrique R. Faballo



Eduardo Gavarret



Robert C. Gny



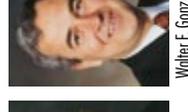
Carlos A. Gobby



Christoffel Golden



Gerrit W. Gong



Walter F. González



C. Scott Grow



James J. Hamula



Daniel L. Johnson



Paul V. Johnson



Patrick Keenan



Erich W. Kopischke



Marcus B. Nash



S. Gifford Nielsen



Brent H. Nielson



Allan F. Packer



Kevin W. Pearson



Anthony D. Perkins



Paul B. Peeper



Rafael E. Pino



Bruce D. Poner



Dale G. Reilund



Michael T. Ringwood



Lynn G. Robbins



Joseph W. Sitrati



Steven E. Snow



Michael John U. Teh



Jose A. Teixeira



Juan A. Uceda



Wilford W. Andersen



Koichi Aoyagi



Randall K. Bennett



Bruce A. Carlson



J. Devin Cornish



Timothy J. Dyches



Bradley D. Foster



Randy D. Funk



O. Vincent Haleck



Kevin S. Hamilton



Larry R. Lawrence



Per G. Malm



James B. Martino



Jaro Mazzaguardi



Adrián Ochoa



Kent F. Richards



Gregory A. Schwitzer



Terence M. Vinson



Larry Y. Wilson

EL OBISPO PRESIDENTE



Gérard Causse
Primer Consejero



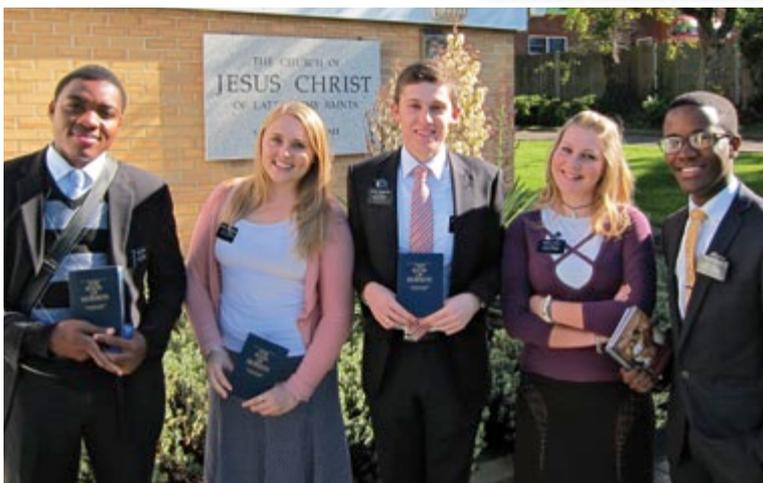
Gary E. Stevenson
Obispo Presidente



Dean M. Davies
Segundo Consejero



La cobertura de la conferencia general, en las palabras del presidente Thomas S. Monson, ha “[cruzado] continentes para llegar a toda persona en todo lugar”. En la parte superior izquierda, en sentido de las manecillas del reloj, fotografías de miembros y misioneros en Roma, Italia; Cavite, Filipinas; Lima, Perú; Colleyville, Texas; Foz de Iguazú, Brasil; Londres, Inglaterra; Arraiján, Panamá y Lyon, Francia.



presidente Romney en una reunión de poseedores del sacerdocio, dijo: “¡Podemos hacerlo mejor que eso, hermanos, mucho mejor que eso!”⁷. Yo estoy de acuerdo.

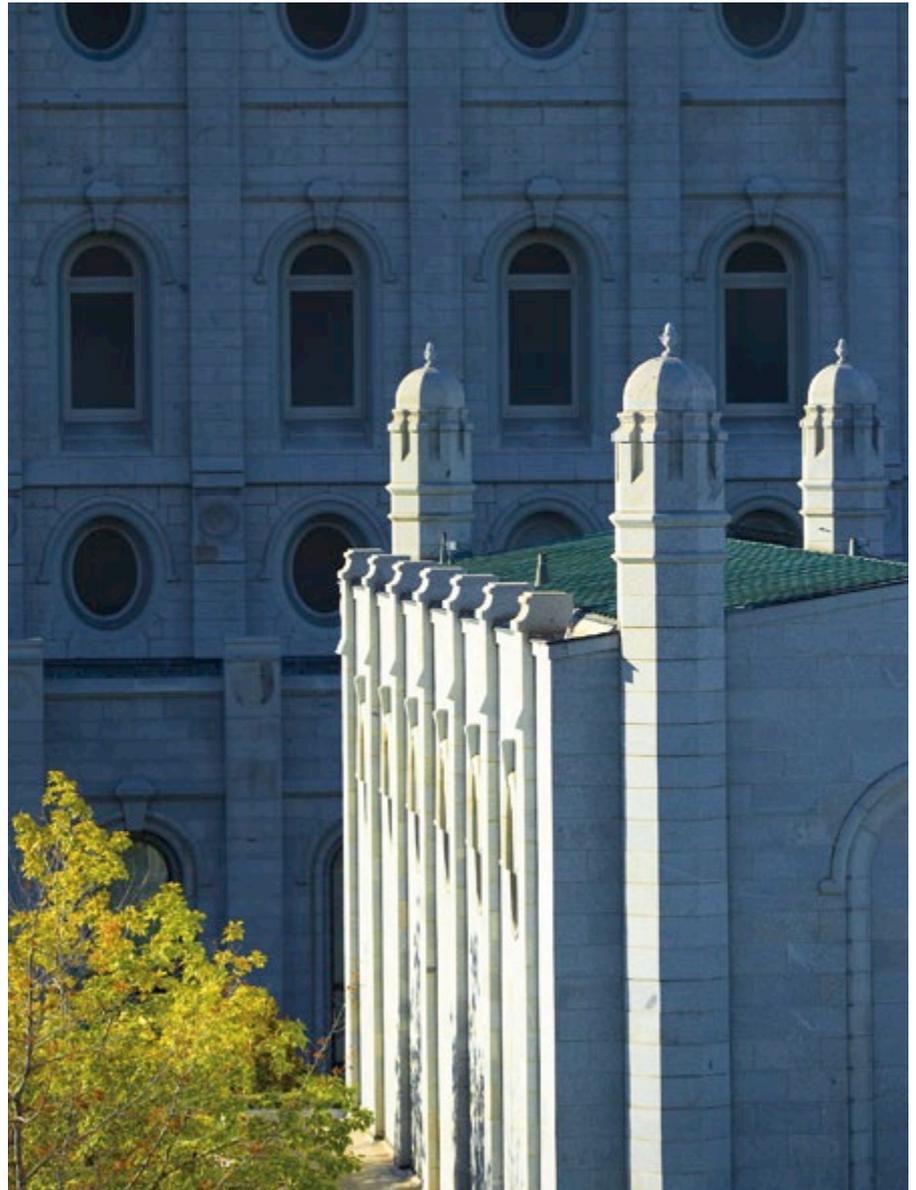
La orientación familiar es más que una visita mecánica una vez al mes. Tenemos la responsabilidad de enseñar, inspirar, motivar y, si visitamos a personas que no son activas, traer a la actividad y a la exaltación final a los hijos y las hijas de Dios.

Con el fin de ayudar en nuestros esfuerzos, comparto este sabio consejo, el cual sin duda se aplica a los maestros orientadores. Proviene de Abraham Lincoln, quien dijo: “Si deseas que un hombre esté a tu favor, primero convéncelo de que eres su amigo sincero”⁸. El presidente Ezra Taft Benson exhortó: “Más que todo, sean un verdadero amigo de esas personas o familias a quienes visitan... Un amigo hace más que una visita por compromiso cada mes; un amigo se preocupa más acerca de la gente que de recibir méritos; un amigo demuestra interés, un amigo ama, un amigo escucha y un amigo hace lo posible por ayudar”⁹.

La orientación familiar contesta muchas oraciones, y nos permite ver la transformación que puede ocurrir en la vida de las personas.

Un ejemplo de ello sería Dick Hammer, quien vino a Utah con el Cuerpo Civil de Conservación durante la Gran Depresión. Mientras estuvo aquí, conoció a una joven Santo de los Últimos Días y se casó con ella; abrió el café Dick en Saint George, Utah, que se convirtió en un popular lugar de reuniones.

El maestro orientador que se asignó a la familia Hammer fue Willard Milne, un amigo mío. Como yo también conocía a Dick Hammer, ya que había impreso sus menús, cuando visitaba



Saint George le preguntaba a mi amigo Milne: “¿Cómo va progresando nuestro amigo Dick Hammer?”.

Por lo general la respuesta era: “Está progresando, pero lentamente”.

Cuando Willard Milne y su compañero visitaban la casa de los Hammer cada mes, siempre hacían lo posible por presentar un mensaje del Evangelio y compartir su testimonio con Dick y la familia.

Pasaron los años, y entonces un día, Willard me llamó por teléfono para darme la buena noticia. “Hermano Monson”, empezó, “Dick Hammer se convirtió y se va a bautizar. Tiene 90 años, y hemos sido amigos toda nuestra vida adulta. Su decisión

me hace sentir tan bien; he sido su maestro orientador por muchos años”. La voz de Willard denotaba emoción al transmitir el mensaje que me dio mucho gusto recibir.

El hermano Hammer se bautizó y un año más tarde entró en el bello Templo de Saint George para recibir las bendiciones de la investidura y del sellamiento.

Le pregunté a Willard: “¿Alguna vez se desalentó por haber sido su maestro orientador por tanto tiempo?”.

Él dijo: “No, el esfuerzo valió la pena. Al ver el gozo que han recibido los miembros de la familia Hammer, el corazón se me llena de gratitud por las bendiciones que les ha traído el



Evangelio y por el privilegio que he tenido de contribuir de alguna manera. Me siento feliz”.

Hermanos, a través de los años tendremos el privilegio de visitar y enseñar a muchas personas, a los que son menos activos así como aquellos que son totalmente dedicados. Si nos esmeramos en nuestro llamamiento, tendremos muchas oportunidades de bendecir a los demás. Las visitas que hagamos a los que se hayan alejado de la actividad en la Iglesia pueden ser la llave que, con el tiempo, abrirá las puertas de su regreso.

Con esto en mente, lleguemos hasta aquellos de los que somos responsables y traigámoslos a la mesa del Señor para deleitarse en Su palabra así como para gozar de la compañía de Su Espíritu, y así no ser “extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos con los santos, y miembros de la familia de Dios”¹⁰.

Si cualquiera de ustedes ha adoptado una actitud despreocupada en lo que respecta a las visitas de orientación familiar, quisiera decir que no hay mejor momento que el presente para volver a dedicarse a llevar a cabo sus deberes de orientación familiar. Decidan ahora hacer el esfuerzo que sea necesario para llegar a aquellos

por quienes se les ha dado la responsabilidad de velar. Habrá ocasiones en que también se necesite un poco más de empuje a fin de que su compañero de orientación familiar se dé tiempo para acompañarlos, pero si perseveran, triunfarán.

Hermanos, nuestros esfuerzos en la orientación familiar son constantes. La obra nunca se terminará hasta que nuestro Señor y Maestro diga: “Es suficiente”. Hay vidas que iluminar; corazones que tocar; almas que salvar. Nosotros tenemos el sagrado privilegio de iluminar, de conmover y de salvar esas valiosas almas que se nos han confiado. Debemos hacerlo con fidelidad y con corazones llenos de alegría.

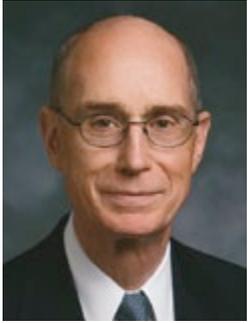
Para concluir, cito un ejemplo a fin de describir qué tipo de maestros orientadores debemos ser. Hay un Maestro, cuya vida sobrepasa a todas las demás. Él enseñó sobre la vida y la muerte, sobre el deber y el destino; vivió para servir y no para ser servido; no para recibir, sino para dar; no para salvar Su vida, sino para sacrificarla por los demás. Describió un amor más hermoso que la lujuria, una pobreza más rica que el tesoro. Se dijo de este Maestro que Él enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas¹¹. Sus leyes no

se inscribieron sobre la roca, sino en el corazón de los hombres.

Hablo del Maestro de maestros, sí, Jesucristo, el Hijo de Dios, el Salvador y Redentor de toda la humanidad. El relato bíblico dice de Él: “...anduvo haciendo bienes”¹². Con Él como nuestro Guía y Ejemplo infalible, estaremos capacitados para recibir Su ayuda divina en nuestra orientación familiar. Se bendecirán vidas; se consolarán corazones; se salvarán almas. Llegaremos a ser verdaderos pastores. Que así sea; lo ruego en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. 1 Pedro 2:9.
2. Juan 10:14.
3. Doctrina y Convenios 20:42, 47, 53–54.
4. David O. McKay, *Priesthood Home Teaching Handbook*, edición revisada, 1967, págs. ii–iii.
5. Mosíah 23:17–18.
6. Véase Thomas S. Monson, “La orientación familiar: un servicio divino”, *Liahona*, enero de 1998, pág. 55.
7. Ezra Taft Benson, “Para los maestros orientadores de la Iglesia”, *Liahona*, julio de 1987, pág. 50.
8. Abraham Lincoln, en David Decamp Thompson, *Abraham Lincoln, the First American*, 1895, pág. 226.
9. Thomas S. Monson, *Liahona*, julio de 2001, pág. 57.
10. Efesios 2:19.
11. Véase Mateo 7:28–29.
12. Hechos 10:38.



Por el presidente Henry B. Eyring
Primer Consejero de la Primera Presidencia

A mis nietos

Hay un mandamiento fundamental que nos ayudará a afrontar los desafíos y conducirá al núcleo de una vida familiar feliz.

Este año se casarán nuestros dos primeros nietos. Dentro de unos pocos años, es probable que unos diez de sus primos lleguen al punto en su vida en el que entren al maravilloso mundo de establecer una familia.

Esa feliz posibilidad me ha hecho pensar mucho a medida que ellos han pedido mi consejo; básicamente han preguntado: “¿Qué decisiones podría tomar que me conducirán a la felicidad?”. Y, por otro lado: “¿Qué decisiones son las que probablemente me conduzcan a la infelicidad?”.

Nuestro Padre Celestial nos ha hecho únicos; nadie tiene exactamente las mismas experiencias. No hay dos familias que sean iguales, de modo que no debe sorprendernos que sea difícil dar consejo sobre cómo elegir la felicidad en la vida familiar. No obstante, un amoroso Padre Celestial ha establecido el mismo sendero hacia la felicidad para todos Sus hijos. Cualesquiera sean nuestras características personales y nuestras experiencias, hay tan sólo un plan de felicidad. Ese plan es seguir todos los mandamientos de Dios.

Para todos nosotros, incluso para mis nietos que piensan casarse, hay

un mandamiento fundamental que nos ayudará a afrontar los desafíos y conducirá al núcleo de una vida familiar feliz. Se aplica a todas las relaciones, sin importar las circunstancias; se repite en las Escrituras y en las enseñanzas de los profetas de nuestros días. Éstas son las palabras de la Biblia en cuanto al consejo que el Señor da a todos los que desean vivir juntos para siempre en gran felicidad:

“Y uno de ellos, intérprete de la ley, preguntó para tentarle, diciendo:

“Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento de la ley?

“Y Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma y con toda tu mente.

“Éste es el primero y grande mandamiento.

“Y el segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.

“De estos dos mandamientos dependen toda la ley y los profetas”¹.

De esa simple declaración no es difícil resumir todo lo que he aprendido en cuanto a cuáles son las decisiones que conducen a la felicidad de la familia. Para empezar, hago la pregunta: “¿Qué decisiones me han llevado a mí a amar al Señor con todo mi corazón,

con toda mi alma y con toda mi mente?”. Para mí, ha sido decidir colocarme en una posición donde pude sentir el gozo del perdón por medio de la expiación del Señor.

Hace años bauticé a un joven en Albuquerque, Nuevo México, a quien mi compañero de misión y yo habíamos enseñado. Lo sumergí en el agua y lo levanté; debió haber tenido casi la misma estatura que yo porque me habló directamente al oído. Con agua de la pila bautismal y lágrimas que le corrían por la cara, y con gozo en la voz, dijo: “Estoy limpio; estoy limpio”.

He visto esas mismas lágrimas de felicidad en los ojos de alguien que relató las palabras de un apóstol de Dios. Tras una minuciosa y tierna entrevista, él le había dicho: “La perdono en el nombre del Señor. Él le dará la seguridad de que la perdonó en Su propio tiempo y a Su propia manera”. Y lo hizo.

Me he dado cuenta de por qué el Señor puede decir que cuando los pecados son perdonados, Él no los recuerda más. Por medio del poder de la Expiación, personas a quienes amo y conozco bien llegaron a ser personas renovadas, y los efectos del pecado se disiparon. El corazón se me ha llenado de amor por el Salvador y por el amoroso Padre que Lo envió.

Recibieron esa gran bendición debido a que animé a las personas a quienes amo a que acudan al Salvador para recibir el alivio del dolor que sólo Él puede brindar. Es por eso que insto a las personas a quienes amo a que acepten y magnifiquen cada llamamiento que se les dé en la Iglesia. Esa decisión es una clave para la felicidad familiar.

Las presiones de cada etapa de la vida nos pueden tentar a rechazar o descuidar los llamamientos para servir al Salvador, lo que nos puede

poner en peligro espiritual a nosotros mismos, a nuestro cónyuge y a nuestras familias. Tal vez algunos de esos llamamientos parezcan insignificantes, pero *mi* vida y la de mi familia cambiaron para mejor cuando acepté un llamamiento para enseñar a un quórum de diáconos. Sentí el amor que esos diáconos tenían por el Salvador y el amor de Él por ellos.

Lo vi suceder en la vida de un ex presidente de estaca y de misión en su llamamiento para asesorar a un quórum de maestros. Sé de otro hermano que ha sido obispo y Setenta de Área y de quien el Señor se valió para ayudar a un muchacho de un quórum de maestros que resultó herido en un accidente. Los milagros de ese servicio conmovieron a muchos, incluyéndome a mí, y aumentaron su amor por el Salvador.

Cuando prestamos servicio a los demás es más probable que supliquemos tener la compañía del Espíritu Santo. El éxito en el servicio al Señor siempre produce milagros que superan nuestros propios poderes. El padre que enfrenta

al hijo sumamente rebelde sabe que así es, al igual que la maestra visitante a quien acudió una hermana en busca de consuelo cuando su esposo le dijo que la iba a dejar. Ambos siervos están agradecidos que esa mañana oraron para que el Señor les enviara el Espíritu Santo como compañero.

Únicamente con la compañía del Espíritu Santo podemos tener la esperanza de estar unidos como iguales en un matrimonio en el que no haya discordia. He visto cómo esa compañía es de suma importancia para la felicidad en el matrimonio. El milagro de llegar a ser uno requiere la ayuda de los cielos, y toma tiempo. Nuestra meta es vivir juntos para siempre en la presencia de nuestro Padre Celestial y nuestro Salvador.

Mi padre y mi madre eran muy diferentes; mi madre era cantante y artista; a mi padre le encantaba la química. Una vez, estando en un concierto, mi madre se sorprendió cuando vio que mi padre se puso de pie y se dispuso a salir antes de que

empezaran a aplaudir. Ella le preguntó a dónde iba, él respondió con toda inocencia: “Ya se acabó, ¿no?”. Fue sólo la dulce influencia del Espíritu Santo que hizo que él quisiera ir con ella y que después la acompañara a conciertos una y otra vez.

Mi madre vivió en Nueva Jersey durante dieciséis años para que mi padre pudiera sostener a la familia haciendo investigación y enseñando química. Para ella fue un sacrificio estar separada de su madre viuda y de su hermana soltera que la había cuidado en la vieja casa de la granja familiar. Ambas fallecieron mientras mi madre se encontraba en Nueva Jersey. Ésas fueron las únicas veces que vi a mamá llorar.

Años más tarde, a mi padre le ofrecieron un trabajo en Utah; le preguntó a mi madre: “Mildred, ¿qué piensas que deba hacer?”.

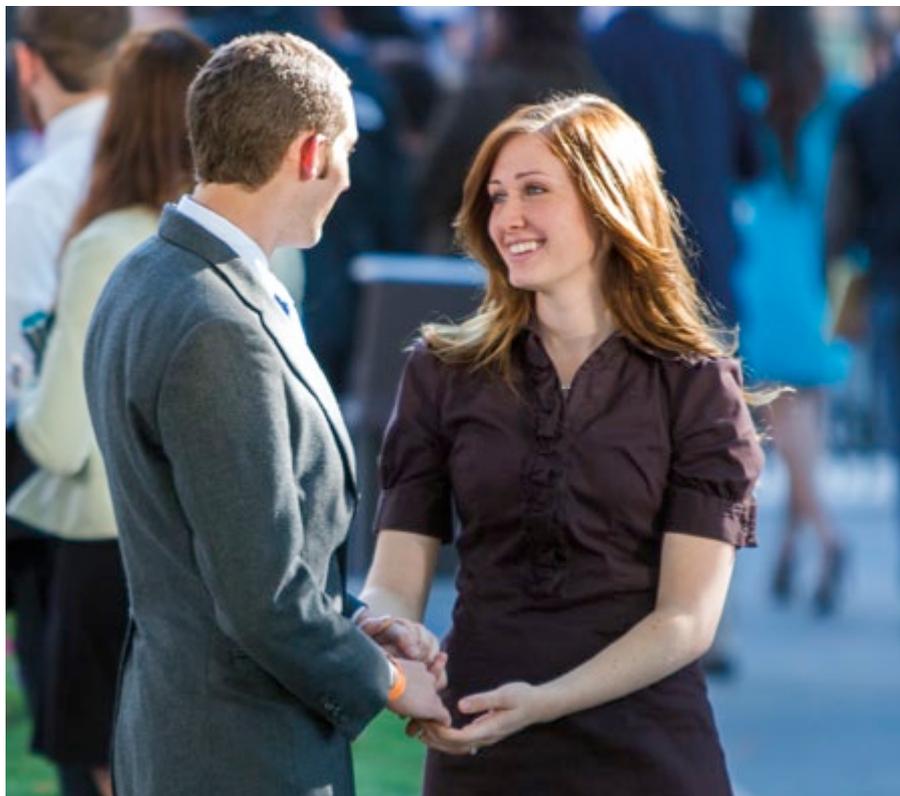
Ella dijo: “Henry, haz lo que consideres mejor”.

Él rechazó la oferta. A la mañana siguiente ella le escribió una carta que quisiera tener todavía en mi poder. Recuerdo que ella le dijo: “No la abras aquí. Ve a la oficina y ábrela allí”. Empezaba con una reprimenda. Años antes, él le había prometido que si alguna vez le fuera posible, la llevaría para que estuviera cerca de su familia. A él le sorprendió la expresión de enfado; no había recordado el deseo que ella tenía en el corazón. Inmediatamente envió un mensaje para aceptar la oferta de trabajo.

Le dijo: “Mildred, ¿por qué no me lo dijiste?”.

Ella contestó: “Se supone que debiste recordarlo”.

Él siempre dijo que la decisión de trasladarse a Utah fue de él, nunca que fuese un sacrificio de su carrera profesional. Habían recibido el milagro de llegar a ser uno. Habría sido





mejor que el Espíritu Santo le hubiese recordado a mi padre la promesa que había hecho años antes; sin embargo, él sí permitió que el Espíritu Santo le ablandara el corazón para que la decisión de ella se convirtiera en la de él.

El Padre Celestial tiene perfecto discernimiento, conoce a cada uno de nosotros y conoce nuestro futuro. Él conoce las dificultades por las que pasaremos, y envió a Su Hijo a sufrir para que Él supiera cómo socorrernos en todas nuestras tribulaciones.

Sabemos que en este mundo el Padre Celestial tiene hijos en espíritu que a veces eligen el pecado y gran infelicidad. Es por eso que Él envió a Su Primogénito para que fuese nuestro Redentor, el acto de amor supremo en toda la creación. Es por eso que debemos suponer que se necesitará la ayuda de Dios y del tiempo para purificarlos, para prepararnos para la vida eterna, para vivir con nuestro Padre.

La vida en familia nos probará; ése es uno de los propósitos de Dios al darnos el don de la mortalidad, el fortalecernos por medio de las pruebas. Eso será verdad especialmente en la vida familiar, donde encontraremos gran gozo y grandes pesares y desafíos, los cuales a veces parecerán que están más allá de nuestro poder para soportarlos.

El presidente George Q. Cannon dijo lo siguiente sobre cómo Dios

los ha preparado a ustedes, a mí y a nuestros hijos para las pruebas que enfrentaremos: “No hay ni uno solo de nosotros que no sea receptor del amor de Dios. No hay nadie entre nosotros hacia quien Él no haya demostrado interés y tratado con afecto. No hay nadie a quien Él no tenga el deseo de salvar y para quien no haya preparado una forma de lograrlo. No hay ni una sola persona a la cual Dios no haya enviado ángeles para que la cuiden. Tal vez seamos insignificantes e indignos ante nuestros propios ojos y ante los ojos de los demás, pero la verdad es que somos hijos de Dios y que Él nos ha puesto bajo el cuidado de sus ángeles —seres invisibles de fuerza y poderío— y ellos nos protegen y velan por nosotros”².

Lo que el presidente Cannon enseñó es verdad; ustedes necesitarán esa seguridad tal como yo la he necesitado y he dependido de ella.

He orado con fe para que alguien a quien yo amaba buscara y sintiera el poder de la Expiación. He orado con fe para que ángeles humanos acudieran a prestarles ayuda y lo hicieron.

Dios ha dispuesto de medios para salvar a cada uno de Sus hijos. Para muchos, eso implica que se los coloque con un hermano, una hermana, un abuelo o abuela que los ame sin importar lo que hagan.

Hace años, un amigo habló acerca de su abuela, quien había vivido una vida plena, siempre fiel al Señor y a Su iglesia. No obstante, uno de sus nietos escogió una vida de delito, hasta que finalmente fue sentenciado a ir a la cárcel. Mi amigo recordaba que su abuela, al ir por la carretera para visitar a su nieto en prisión, derramaba lágrimas y oraba angustiada: “He tratado de vivir una vida buena; ¿por qué llevo esta tragedia de un nieto que parece haber destrozado su vida?”.

A su mente acudió la respuesta con estas palabras: “Te lo di a ti porque sabía que podrías amarlo y lo amarías sin importar lo que hiciera”.

Ésta es una maravillosa lección para todos nosotros. El camino para los padres y abuelos amorosos y para todos los siervos de Dios no será fácil en un mundo decadente. No podemos obligar a los hijos de Dios a elegir el camino a la felicidad. Dios no puede hacer eso a causa del albedrío que Él nos ha dado.

El Padre Celestial y Su amado Hijo aman a todos los hijos de Dios sin importar lo que decidan hacer o lo que lleguen a ser. El Salvador pagó el precio de todos los pecados, no importa cuán atroces sean. A pesar de que debe haber justicia, se extiende la oportunidad de la misericordia, la cual no robará a la justicia.

Alma expresó esa esperanza a su

hijo Coriantón con estas palabras: "...por tanto, según la justicia, el plan de redención no podía realizarse sino de acuerdo con las condiciones del arrepentimiento del hombre en este estado probatorio, sí, este estado preparatorio; porque a menos que fuera por estas condiciones, la misericordia no podría surtir efecto, salvo que destruyese la obra de la justicia. Pero la obra de la justicia no podía ser destruida; de ser así, Dios dejaría de ser Dios"³.

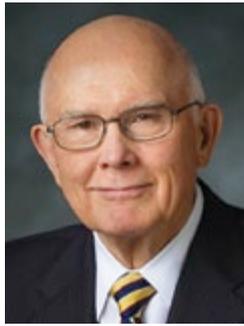
Por tanto, mi mensaje a mis nietos, y a todos los que estamos tratando de forjar familias eternas, es que a los fieles se les garantiza el gozo. Desde antes que el mundo fuese, un amoroso Padre Celestial y Su amado Hijo amaron y trabajaron con aquellos que Ellos sabían que se desviarían. Dios los amará para siempre.

Ustedes tienen la ventaja de saber que ellos aprendieron el Plan de Salvación de las enseñanzas que recibieron en el mundo de los espíritus. Ellos y ustedes fueron lo suficientemente fieles para que se les permitiera venir al mundo cuando a muchos no se les permitió hacerlo.

Con la ayuda del Espíritu Santo, se nos recordarán todas las verdades. No podemos imponer eso en los demás, pero podemos permitirles verlo en nuestra vida. Siempre podemos obtener ánimo de la seguridad de que todos sentimos una vez el gozo de estar juntos como miembros de la amada familia de nuestro Padre Celestial. Con la ayuda de Dios, todos podemos volver a sentir esa esperanza y ese gozo. Ruego que así sea para todos nosotros; en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Mateo 22:35–40.
2. George Q. Cannon, "Our Pre-existence and Present Probation," *Contributor*, octubre de 1890, pág. 476.
3. Alma 42:13.



Por el élder Dallin H. Oaks
Del Quórum de los Doce Apóstoles

No tendrás dioses ajenos

¿Nos inclinamos ante dioses u honramos otras prioridades antes que a Dios, a quien profesamos adorar?

Los Diez Mandamientos son fundamentales para las religiones cristiana y judía. Fueron dados por Dios a los hijos de Israel por medio del profeta Moisés. Los primeros dos de estos mandamientos guían nuestra adoración y nuestras prioridades. En el primero, el Señor mandó: "No tendrás dioses ajenos delante de mí" (Éxodo 20:3). Siglos más tarde, cuando a Jesús se le preguntó: "¿Cuál es el gran mandamiento de la ley?". Él contestó: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma y con toda tu mente" (Mateo 22:36–37).

El segundo de los Diez Mandamientos profundiza la instrucción de no tener dioses ajenos e identifica lo que debe ser la prioridad suprema en nuestra vida como Sus hijos: "No te harás imagen, ni ninguna semejanza de cosa alguna" en el cielo o en la tierra (Éxodo 20:4). El mandamiento luego agrega: "No te inclinarás a ellas, ni las honrarás" (Éxodo 20:5). Más que simplemente prohibir los ídolos físicos, establece una prioridad fundamental permanente. Jehová explica: "porque yo soy Jehová tu Dios... celoso... y que hago misericordia a... los que me aman y guardan mis

mandamientos" (Éxodo 20:5–6). El significado de *celoso* es revelador. Su origen hebreo significa "poseer sentimientos sensibles y profundos" (Éxodo 20:5; nota *b* al pie de página en la Biblia SUD en inglés). Por tanto, ofendemos a Dios cuando "[honramos]" a otros dioses, cuando tenemos otras prioridades más importantes¹.

I.

¿Ante qué "otras prioridades" dan su "honra" antes que a Dios las personas, incluso las personas religiosas, de nuestros días? Consideren estas posibilidades, todas muy comunes en nuestro mundo:

- Tradiciones culturales y familiares
- Lo políticamente correcto
- Aspiraciones profesionales
- Posesiones materiales
- Actividades recreativas
- Poder, prominencia y prestigio

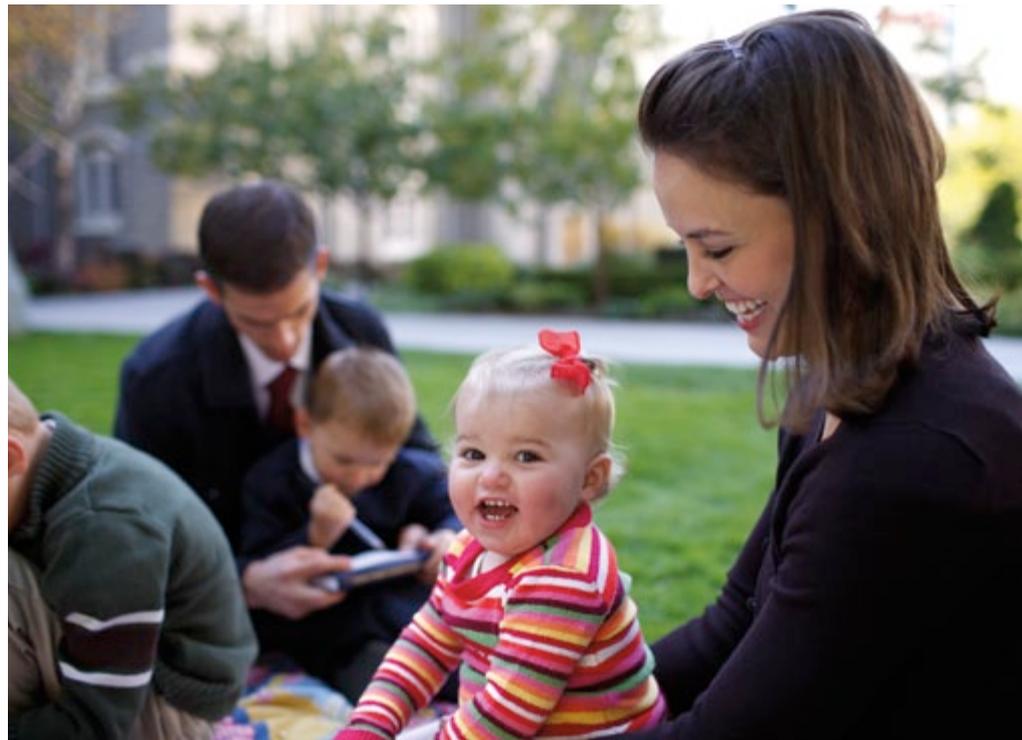
Si ninguno de estos ejemplos parece aplicarse a ninguno de nosotros, probablemente podemos sugerir otros que sí lo harán. El principio es más importante que los ejemplos individuales. El principio no es si tenemos

otras prioridades; la pregunta que plantea el segundo mandamiento es “¿Cuál es nuestra prioridad *suprema*?”; ¿nos inclinamos ante dioses u honramos otras prioridades antes que a Dios, a quien profesamos adorar?; ¿nos hemos olvidado de seguir al Salvador, quien enseñó que si Lo amamos, guardaremos Sus mandamientos? (véase Juan 14:15). Si es así, nuestras prioridades están invertidas debido a la apatía espiritual y a los apetitos indisciplinaos tan comunes en nuestros días.

II.

Para los Santos de los Últimos Días, los mandamientos de Dios se basan, en forma inseparable, en el plan de Dios para Sus hijos, el gran Plan de Salvación. Este plan, a veces llamado el “gran plan de felicidad” (Alma 42: 8), explica nuestro origen y destino como hijos de Dios: de dónde vinimos, por qué estamos aquí y hacia dónde vamos. El plan de salvación explica el propósito de la Creación y las condiciones de la vida terrenal, que incluye los mandamientos de Dios, la necesidad de un Salvador y la función vital de la familia terrenal y eterna. Si nosotros, los Santos de los Últimos Días, que hemos recibido este conocimiento, no establecemos nuestras prioridades conforme a este plan, corremos el peligro de estar sirviendo a otros dioses.

El conocimiento del plan de Dios para Sus hijos da a los Santos de los Últimos Días una perspectiva única sobre el matrimonio y la familia. Correctamente se nos conoce como una iglesia centrada en la familia. Nuestra teología empieza con Padres Celestiales, y nuestra aspiración más elevada es lograr la plenitud de la exaltación eterna. Sabemos que esto es posible sólo en una relación familiar. Sabemos que el matrimonio de un hombre y



una mujer es necesario para el cumplimiento del plan de Dios. Sólo este matrimonio proporcionará el entorno aprobado para el nacimiento terrenal y para preparar a los miembros de la familia para la vida eterna. Consideramos el matrimonio y el dar a luz y cuidar a los hijos como parte del plan de Dios y como un deber sagrado de las personas a quienes se otorga la oportunidad de hacerlo. Creemos que los máximos tesoros en la tierra y en el cielo son nuestros hijos y nuestra posteridad.

III.

Debido a lo que entendemos acerca de la función potencialmente eterna de la familia, sentimos pesar por el pronunciado descenso en el número de nacimientos y casamientos en muchos países occidentales, de culturas históricamente cristiana y judía. Fuentes responsables informan lo siguiente:

- Estados Unidos ahora tiene la tasa de natalidad más baja en su historia², y en muchas naciones de la Unión Europea y en otros países desarrollados, los índices de natalidad están por debajo del nivel necesario para mantener sus

poblaciones³. Esto amenaza la supervivencia de culturas e incluso de naciones.

- En Estados Unidos, el porcentaje de jóvenes adultos de 18 a 29 años que están casados descendió del 59 por ciento en 1960 al 20 por ciento para el año 2010⁴. La edad promedio para el primer matrimonio está ahora en el nivel más alto en la historia: 26 para las mujeres y casi 29 para los hombres⁵.
- En muchos países y culturas (1) la familia tradicional de un padre y una madre casados, y sus hijos, está llegando a ser la excepción en lugar de la regla, (2) la búsqueda de una profesión en vez del matrimonio y de tener hijos es una decisión de muchas mujeres jóvenes y (3) la función de los padres y la percepción de que son necesarios tienden a disminuir.

En medio de esas tendencias preocupantes, también somos conscientes de que el plan de Dios es para todos Sus hijos y que Dios ama a todos Sus hijos en todas partes⁶. En el primer capítulo del Libro de Mormón se declara sobre Dios: “...tu poder, y tu bondad y misericordia se extienden sobre todos

los habitantes de la tierra” (1 Nefi 1:14). Un capítulo, más adelante, dice: “ha dado gratuitamente [Su salvación] para todos los hombres” y “todo hombre tiene tanto privilegio como cualquier otro, y nadie es excluido” (2 Nefi 26:27–28). En consecuencia, las Escrituras enseñan que somos responsables de ser compasivos y caritativos (amorosos) hacia todas las personas (véase 1 Tesalonicenses 3:12; 1 Juan 3:17; D.y C. 121:45).

IV.

También somos respetuosos con las creencias religiosas de todas las personas, incluso del número creciente de quienes profesan no creer en Dios. Sabemos que por medio del poder de elección que Dios nos ha dado, muchos albergarán creencias opuestas a las nuestras, pero esperamos que los demás sean igualmente respetuosos hacia nuestras creencias religiosas y comprendan que nuestras creencias nos obligan a decisiones y conductas diferentes a las de ellos. Por ejemplo, creemos que, como parte esencial de Su plan de salvación, Dios ha establecido como norma eterna que las relaciones sexuales deben

ocurrir únicamente entre un hombre y una mujer que estén casados.

El poder de crear vida terrenal es el poder más exaltado que Dios ha dado a Sus hijos. Su uso fue ordenado mediante el primer mandamiento de Dios a Adán y Eva (véase Génesis 1:28), pero se dieron otros importantes mandamientos para prohibir su mal uso (véase Éxodo 20:14; 1 Tesalonicenses 4:3). El énfasis que damos a la ley de castidad se debe a nuestra comprensión del propósito de nuestros poderes de procreación en el cumplimiento del plan de Dios. Fuera de los vínculos del matrimonio entre un hombre y una mujer, todos los usos de nuestros poderes de procreación son, en uno u otro grado, pecaminosos, y están en contra del plan de Dios para la exaltación de Sus hijos.

La importancia que atribuimos a la ley de castidad explica nuestro compromiso con el modelo de matrimonio que se originó con Adán y Eva y que ha continuado a través de las épocas como el modelo de Dios para la relación procreadora entre Sus hijos e hijas y para la crianza de Sus hijos. Felizmente, muchas personas afiliadas a otras denominaciones

u organizaciones están de acuerdo con nosotros en la naturaleza y la importancia del matrimonio, algunos sobre la base de la doctrina religiosa, y otros, por lo que ellos consideran mejor para la sociedad.

Nuestro conocimiento del plan de Dios para Sus hijos⁷ explica por qué nos aflige que más y más niños nazcan fuera del matrimonio — actualmente el 41 por ciento de todos los nacimientos en los Estados Unidos⁸— y que el número de matrimonios que viven juntos, sin casarse, haya aumentado considerablemente en los últimos 50 años. Hace cinco décadas, sólo un pequeño porcentaje de los primeros matrimonios fueron precedidos por la cohabitación. Ahora, la cohabitación precede al 60 por ciento de los matrimonios⁹; y esto es cada vez más aceptado, especialmente entre los adolescentes. Datos recientes de una encuesta revelan que el 50 por ciento de los adolescentes manifestaba que el tener hijos fuera del matrimonio era un “estilo de vida de mérito”¹⁰.

V.

Hay muchas presiones políticas y sociales para hacer cambios políticos y jurídicos con el fin de establecer conductas opuestas a los decretos de Dios sobre la moralidad sexual y contrarias a la naturaleza y los propósitos eternos del matrimonio y de tener hijos. Estas presiones ya han autorizado los matrimonios de personas del mismo sexo en varios estados [de EE. UU.] y naciones. Otras presiones buscan confundir la identidad sexual u homogeneizar esas diferencias entre hombres y mujeres que son esenciales para lograr el gran plan de felicidad de Dios.

Nuestra comprensión del plan de Dios y Su doctrina nos da una perspectiva eterna que no nos permite respaldar esa clase de comportamientos



ni encontrar justificación en las leyes que los permiten; y, a diferencia de otras organizaciones que pueden cambiar sus normas e incluso sus doctrinas, nuestras normas se rigen por las verdades que Dios ha identificado como inmutables.

Nuestro duodécimo artículo de fe declara nuestra creencia en estar sujetos a la autoridad civil y en “obedecer, honrar y sostener la ley”. Pero las leyes del hombre no pueden convertir en moral lo que Dios ha declarado inmoral. El compromiso hacia nuestra mayor prioridad, la de amar y servir a Dios, exige que consideremos Su ley como nuestra norma de conducta. Por ejemplo, nos mantenemos bajo el mandato divino de no cometer adulterio ni fornicación, aun cuando esos actos no sean un crimen bajo las leyes de los estados o países en los que vivamos. De manera similar, las leyes que legalizan el llamado “matrimonio entre personas del mismo sexo” no cambian la ley de Dios en cuanto al matrimonio ni Sus mandamientos ni nuestras normas en cuanto al mismo. Permanecemos bajo convenio de amar a Dios y guardar Sus mandamientos y de abstenernos de honrar a otros dioses y prioridades, incluso aquellos que llegan a ser populares en nuestro tiempo y lugar particulares.

Con esta determinación, puede que se nos malinterprete, se nos acuse de intolerancia, suframos discriminación o tengamos que soportar la invasión de nuestro libre ejercicio de la religión. Si así fuere, creo que debemos recordar nuestra primera prioridad, la de servir a Dios y, al igual que nuestros antecesores pioneros, empujar nuestros carros de mano personales hacia adelante con la misma fortaleza que ellos manifestaron.

Una enseñanza del presidente Thomas S. Monson se aplica a esta



circunstancia. En una conferencia hace 27 años, él osadamente declaró: “Tengamos el valor de desafiar la opinión popular, el valor de defender lo que sea justo. Tener valor y no transigir es lo que complace a Dios. La valentía es una virtud positiva cuando no sólo significa morir con hombría sino también vivir con dignidad. Un cobarde moral es el que tiene miedo de hacer lo que sabe que es correcto porque otros puedan burlarse de él o condenarlo. Recordemos que todas las personas tienen sus temores, pero los que enfrentan lo que temen con dignidad, son los valientes”¹¹.

Ruego que no permitamos que los desafíos temporales de la vida terrenal nos hagan olvidar los grandes mandamientos y las prioridades que han sido establecidos por nuestro Creador y nuestro Salvador. No debemos poner nuestro corazón a tal grado en las cosas del mundo y aspirar tanto a los honores de los hombres (véase D. y C. 121:35) que dejemos de esforzarnos por lograr nuestro destino eterno. Nosotros, que conocemos el plan de

Dios para Sus hijos, que hemos hecho convenios de participar en él, tenemos una responsabilidad clara. Nunca debemos desviarnos de nuestro deseo de primordial importancia, que es alcanzar la vida eterna¹². Nunca debemos atenuar nuestra primera prioridad, de no tener dioses ajenos ni honrar otras prioridades por delante de Dios el Padre y Su Hijo, nuestro Salvador Jesucristo.

Que Dios nos ayude a entender esta prioridad y a que los demás nos comprendan, al esforzarnos por seguir adelante con ello de una manera sabia y amorosa, lo ruego en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Véase, por ejemplo, Doctrina y Convenios 124:84.
2. Véase Joyce A. Martin y otros, “Births: Final Data for 2011”, *National Vital Statistics Reports*, Vol. 62, N° 1, 28 de junio de 2013, pág. 4; Gloria Goodale, “Behind a Looming Baby Bust”, *Christian Science Monitor Weekly*, 4 de febrero de 2013, págs. 21, 23.
3. Véase Population Reference Bureau, “2012 World Population Data Sheet”, www.prb.org/Publications/Datasheets/2012/world-population-data-sheet/data-sheet.aspx.
4. Véase D’Vera Cohn y otros, “Barely Half of U.S. Adults Are Married—a Record Low”, Pew Research Center, Social and Demographic Trends, 14 de diciembre de 2011, disponible en www.pewsocialtrends.org/2011/12/14/barely-half-of-u-s-adults-are-married-a-record-low/; “Rash Retreat from Marriage”, *Christian Science Monitor*, 2 y 9 de enero de 2012, pág. 34.
5. U.S. Census Bureau, “Estimated Median Age at First Marriage, by Sex: 1890 to the Present”, disponible en www.census.gov/population/socdemo/hh-fam/ms2.xls.
6. Véase Dallin H. Oaks, “Para todos los hombres, de todas partes”, *Liahona*, mayo de 2006, págs. 77–80.
7. Véase Dallin H. Oaks, “El gran plan de salvación”, *Liahona*, enero de 1994, págs. 84–87.
8. Véase Martin, “Births: Final Data for 2011”, pág. 4.
9. Véase *The State of Our Unions: Marriage in America, 2012*, pág. 76.
10. Véase *The State of Our Unions*, págs. 101, 102.
11. Thomas S. Monson, “El valor es importante”, *Liahona*, enero de 1987, pág. 41.
12. Véase Dallin H. Oaks, “El deseo”, *Liahona*, mayo de 2011, págs. 42–45.



Por Bonnie L. Oscarson
Presidenta General de las Mujeres Jóvenes

Convertíos

La verdadera conversión se logra al continuar actuando de acuerdo con las doctrinas que uno sabe que son verdaderas y al guardar los mandamientos, día a día, mes tras mes.

Hermanos y hermanas, cuánto me llena de humildad encontrarme ante este púlpito que han ocupado tantos héroes de mi vida. Quisiera compartir con ustedes algunos de los sentimientos de mi corazón y dirigirlos especialmente a la juventud.

Uno de los grandes héroes del Antiguo Testamento es el profeta y guerrero Josué, quien extendió esta invitación a los hijos de Israel, a quienes dirigía: "...escoged hoy a quién sirváis... pero yo y mi casa serviremos a Jehová"¹. La declaración de Josué demuestra la verdadera conversión al Evangelio. Tanto para Josué como para todos nosotros, la conversión a los principios del Evangelio se logra al vivir esos principios en rectitud y al ser fieles a nuestros convenios con el Señor.

Quisiera compartir el relato de mi historia familiar en cuanto a la conversión de otra de mis heroínas; se llama Agnes Hoggan. Ella y su esposo se unieron a la Iglesia en Escocia, en 1861. Al padecer enorme persecución en su país, emigraron a América con sus hijos. Varios años después, Agnes enviudó, quedando con ocho hijos a quienes mantener; trabajó arduamente para darles de comer y vestirlos. Su hija Isabelle, que tenía doce años, tuvo

la suerte de encontrar empleo como criada de una familia acomodada que no era miembro de la Iglesia.

Isabelle vivía en la enorme casa de sus empleadores y ayudaba a cuidar a los niños pequeños. A cambio de sus servicios, cada semana le pagaban a su madre un pequeño salario. Al poco tiempo, la aceptaron como miembro de la familia y empezó a disfrutar muchos de los mismos privilegios que ellos, como lecciones de baile, vestir ropa elegante e ir al teatro. Ese arreglo continuó por cuatro años, hasta que trasladaron a la familia a otro Estado. Se habían encariñado tanto con Isabelle que le pidieron permiso a su madre, Agnes, para adoptarla legalmente. Prometieron darle una buena educación, se asegurarían de que se casara bien, y la harían heredera de sus posesiones como los demás hijos. Además, continuarían haciéndole pagos a Agnes.

Esa pobre madre viuda tuvo que tomar una decisión difícil, pero no vaciló ni un momento. Éstas son las palabras de su nieta, escritas muchos años más tarde: "Si su amor no [la] había impulsado a negarse, hubo una razón aún mejor: Había venido desde Escocia y pasado por tantas tribulaciones y pruebas por el Evangelio, que

no tenía intención, si fuese humanamente posible, de permitir que una de sus hijas perdiera lo que ella había venido a adquirir desde tan lejos"². La familia acomodada se valió de todo argumento posible, e Isabelle lloró y suplicó que le permitieran ir, pero Agnes permaneció firme. Como se podrán imaginar, Isabelle, a los 16 años, pensó que su vida estaba arruinada.

Isabelle Hoggan es mi bisabuela, y estoy sumamente agradecida por el testimonio y la convicción que ardían con tanto fervor en el corazón de su madre, lo que hizo que ella no cambiara la afiliación de su hija a la Iglesia por promesas mundanas. Hoy día, cientos de los descendientes de Agnes que disfrutaban las bendiciones de ser miembros de la Iglesia, son los beneficiarios de su profunda fe y conversión al Evangelio.

Jóvenes amigos, vivimos en tiempos peligrosos, y las decisiones que tienen que tomar cada día, incluso cada hora, tienen consecuencias eternas. Las decisiones que tomen en el diario vivir determinarán lo que les suceda más adelante. Si no tienen un testimonio y una convicción firmemente arraigados de que La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días es el reino de Dios en la tierra, ahora es el momento para hacer lo que sea necesario a fin de adquirir esa convicción. Postergar el hacer el esfuerzo necesario para lograr esa clase de convicción puede ser peligroso para sus almas.

La verdadera conversión es más que simplemente tener un conocimiento de los principios del Evangelio, e implica incluso más que sólo tener un testimonio de esos principios. Es posible tener un testimonio del Evangelio sin vivirlo. Estar verdaderamente convertido significa que actuamos de acuerdo con lo que

creemos y permitimos que eso genere “un potente cambio en nosotros, o sea, en nuestros corazones”³. En el folleto *Leales a la Fe*, aprendemos que la “conversión no es un evento, sino un proceso. Llegas a convertirte como consecuencia de... esfuerzos rectos por seguir al Señor”⁴. Requiere tiempo, esfuerzo y trabajo. Mi tatarabuela tuvo una firme convicción de que el Evangelio era más importante para sus hijos que todo lo que el mundo podía ofrecer en lo que respecta a riqueza y comodidad, porque ella se había sacrificado, había permanecido fiel y vivido el Evangelio. Ella logró su conversión al vivir los principios del Evangelio y al sacrificarse por ellos.

Nosotros tenemos que pasar por esa misma clase de proceso si deseamos lograr esa misma clase de dedicación. El Salvador enseñó: “El que quiera hacer la voluntad de él conocerá si la doctrina es de Dios o si yo hablo por mí mismo”⁵. A veces tratamos de hacerlo al revés. Por ejemplo, quizás lo hagamos de esta manera: Estoy dispuesto a vivir la ley del diezmo, pero primero necesito saber que es verdadera. Tal vez incluso oramos para obtener un testimonio de la ley del diezmo y esperamos que el Señor nos bendiga con ese testimonio antes de llenar una boleta para pagarlo. Simplemente no funciona así. El Señor espera que ejercitemos la fe; para obtener un testimonio del diezmo tenemos que pagar de manera regular un diezmo íntegro y honrado. Este mismo modelo se aplica a todos los principios del Evangelio, ya sea la ley de castidad, el principio de la modestia, la Palabra de Sabiduría o la ley del ayuno.

Me gustaría compartir un ejemplo de cómo el vivir un principio nos sirve para convertirnos a ese



principio. En la década de los 60 yo era la única jovencita miembro de la Iglesia en mi escuela secundaria. Fue un período revolucionario caracterizado por el rechazo de los valores morales tradicionales, el uso de las drogas y la mentalidad de que todo era aceptable. Muchos de mis compañeros eran buenas personas, pero les era fácil verse atrapados en la emoción de esa nueva moralidad, que en realidad era la vieja inmoralidad. Mis padres y maestros de la Iglesia me habían inculcado el valor de tratar mi cuerpo con respeto, de mantener una mente limpia y, sobre todo, de aprender a confiar en los mandamientos del Señor. Tomé la decisión de que evitaría situaciones donde sabía que beberían alcohol y de mantenerme alejada del tabaco y de las drogas, por lo cual a veces no se me incluía en fiestas, y muy rara vez salía con jóvenes del sexo opuesto. El uso de las drogas era cada vez más común entre los jóvenes, pero los peligros no se conocían tan bien como ahora. Muchos de mis amigos sufrieron más tarde daños permanentes por usar drogas que afectaban el cerebro, o adquirieron graves adicciones. Yo

estaba agradecida de que se me enseñó a vivir la Palabra de Sabiduría en mi casa, y obtuve un profundo testimonio de ese principio del Evangelio cuando ejercité fe en él y lo viví. El buen sentimiento que tuve por vivir un principio verdadero del Evangelio fue el Santo Espíritu que me confirmó que el principio era verdadero. Es entonces que comienza la verdadera conversión.

En el Libro de Mormón, el profeta Moroni enseñó: “Quisiera mostrar al mundo que la fe es las cosas que se esperan y no se ven; por tanto, no contendáis porque no veis, porque no recibís ningún testimonio sino hasta después de la prueba de vuestra fe”⁶. En nuestro mundo, donde se espera la satisfacción instantánea, muchas veces somos culpables de esperar la recompensa sin tener que hacer nada para merecerla. Creo que lo que Moroni nos está diciendo es que primeramente debemos hacer el trabajo y ejercitar la fe viviendo el Evangelio, y entonces recibiremos la confirmación de que es verdadero. La verdadera conversión se logra al continuar actuando de acuerdo con las doctrinas que uno sabe que son verdaderas y al



guardar los mandamientos, día a día, mes tras mes.

Éste es un tiempo glorioso para ser joven en la Iglesia. Ustedes son los primeros en participar en el curso de estudio para los jóvenes *Ven, sígueme*, el cual tiene como uno de sus propósitos principales su conversión al evangelio de Jesucristo. Es bueno recordar que no importa lo inspirado que puedan estar los padres y líderes de los jóvenes, “tú tienes la responsabilidad principal en lo que respecta a tu propia conversión; nadie puede convertirse por ti, ni nadie puede forzarte a que te conviertas”⁷. La conversión se lleva a cabo si somos diligentes al decir nuestras oraciones, al estudiar las Escrituras, al asistir a la Iglesia y al ser dignos de participar en las ordenanzas del templo. La conversión se logra al actuar según los principios rectos que aprendemos en nuestros hogares y en las clases. La conversión ocurre al vivir vidas puras y virtuosas y al disfrutar de la compañía del Espíritu Santo.

La conversión ocurre al entender la expiación de Jesucristo y reconocerlo como nuestro Salvador y Redentor, y al permitir que la Expiación surta efecto en nuestras vidas.

Su conversión personal los ayudará al prepararse para hacer convenios en el templo, al servir en misiones y al establecer sus futuros hogares. Al estar convertidos, tendrán el deseo de compartir con los demás lo que hayan aprendido, y aumentará la confianza y la habilidad que tengan para testificar a los demás con convicción y poder. Este deseo de compartir el Evangelio con los demás, y la confianza para testificar con valentía son los resultados naturales de la verdadera conversión. El Salvador enseñó a Pedro: “...y tú, una vez vuelto [o convertido], fortalece a tus hermanos”⁸.

¿Recuerdan a Josué, el profeta guerrero? Él no sólo estaba convertido, sino que se esforzó tenazmente, hasta el final de su vida, por llevar a los hijos de Israel a Dios. En el Antiguo

Testamento leemos: “Y sirvió Israel a Jehová todo el tiempo de Josué”⁹. Una persona que ha experimentado la verdadera conversión hace uso del poder de la Expiación y recibe la salvación de su propia alma; luego tiende una mano para ejercer una influencia poderosa sobre aquellos que lo conocen.

El vivir el Evangelio y permanecer en lugares santos no siempre es cómodo ni fácil, pero ¡testifico que vale la pena! El Señor le aconsejó a Emma Smith: “...desecharás las cosas de este mundo y buscarás las de uno mejor”¹⁰. ¡Supongo que ni siquiera podemos imaginarnos cuán maravillosas son las cosas de un mundo mejor!

Testifico que tenemos un Padre Celestial amoroso cuyo deseo más grande es ayudarnos y bendecirnos en nuestros esfuerzos por vivir el Evangelio y ser convertidos. Él ha declarado de manera clara que Su propósito y Su obra principales son nuestra “inmortalidad y... vida eterna”¹¹. Él desea llevarnos a casa a Su presencia. Testifico que al actuar de acuerdo con las doctrinas del Evangelio y al llevarlas diariamente a la práctica llegaremos a convertirnos y seremos el medio para lograr mucho bien en nuestra familia y en el mundo. Ruego que seamos bendecidos en nuestras labores cotidianas para lograr esa meta; es mi oración. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Josué 24:15.
2. “Bosquejo inédito de la vida de Isabelle Hunter Hoggan Stringham”, escrito por su hija Fuschia Stringham, 1934, pág. 4.
3. Mosíah 5:2.
4. *Leales a la Fe: Una referencia del Evangelio*, 2004, pág. 52.
5. Juan 7:17.
6. Éter 12:6.
7. *Leales a la Fe*, pág. 53.
8. Lucas 22:32.
9. Josué 24:31.
10. Doctrina y Convenios 25:10.
11. Moisés 1:39.



Por el élder Richard J. Maynes
De la Presidencia de los Setenta

Fortaleza para perseverar

Nuestra capacidad de perseverar hasta el fin en rectitud estará en relación directa con la fortaleza de nuestro testimonio y la profundidad de nuestra conversión.

Al despertarnos cada mañana, nos enfrentamos a un nuevo día lleno de desafíos. Esos desafíos se presentan en muchas formas: retos físicos, problemas financieros, dificultades en las relaciones, altibajos emocionales e incluso luchas con la fe.

Muchos de los desafíos que enfrentamos en la vida se pueden resolver y superar; sin embargo, otros tal vez sean difíciles de entender e imposibles de superar, y nos acompañarán hasta la muerte. A medida que soportamos por un tiempo los desafíos que podemos solucionar, y continuamos sobrellevando los que no podemos solucionar, es importante recordar que la fortaleza espiritual que desarrollamos nos ayudará a superar con éxito todos los desafíos que enfrentemos.

Hermanos y hermanas, tenemos un Padre Celestial amoroso que ha diseñado nuestra existencia terrenal para que aprendamos, de forma individual, las lecciones que necesitamos aprender para ser dignos de la vida eterna en Su presencia.

Un acontecimiento de la vida del profeta José Smith ilustra este principio. El profeta y algunos de sus

compañeros estuvieron encarcelados varios meses en Liberty, Misuri. Mientras padecía en la cárcel, el profeta José suplicó al Señor en humilde oración que los Santos pudieran tener alivio de su actual sufrimiento. El Señor contestó enseñando al profeta José y a todos nosotros, que los desafíos que enfrentemos, si los sobrellevamos bien, serán para nuestro bien. Ésta fue la respuesta del Señor a la petición de José:

“Hijo mío, paz a tu alma: tu adversidad y tus aflicciones no serán más que por un breve momento;

“y entonces, si lo sobrellevas bien, Dios te exaltará”¹.

El Padre Celestial ha organizado nuestro viaje en la vida para que sea una prueba de nuestro carácter. Estamos expuestos tanto a las buenas como a las malas influencias y se nos da el albedrío moral de elegir por nosotros mismos qué camino tomaremos. Como enseñó Samuel, el profeta de la antigüedad del Libro de Mormón: “...sois libres; se os permite obrar por vosotros mismos; pues he aquí, Dios os ha dado el conocimiento y os ha hecho libres”².

Nuestro Padre Celestial también comprendía que, debido a que éramos mortales, no siempre tomaríamos las decisiones correctas o justas. Puesto que no somos perfectos y debido a que nos equivocamos, necesitamos ayuda para regresar a Su presencia. La ayuda necesaria se provee mediante las enseñanzas, el ejemplo y el sacrificio expiatorio de Jesucristo. La expiación del Salvador hace posible nuestra futura salvación y exaltación mediante el principio del arrepentimiento. Si nos arrepentimos honrada y sinceramente, la Expiación nos ayuda a ser limpios, cambia nuestra naturaleza y nos permite sobrellevar las dificultades.

La perseverancia es un principio importante dentro de la doctrina de Jesucristo. Es importante porque la calidad de nuestro futuro eterno es proporcional a nuestra habilidad de perseverar en rectitud.

En 2 Nefi 31, el profeta Nefi nos enseña que después de recibir la misma ordenanza salvadora del bautismo que Jesucristo recibió y el don del Espíritu Santo, debemos “...[marchar hacia] adelante, deleitándoos en la palabra de Cristo, y [perseverar] hasta el fin, [entonces] he aquí, así dice el Padre: Tendréis la vida eterna”³.

Por lo tanto, a fin de recibir la mayor de todas las bendiciones de nuestro Padre Celestial, que es la vida eterna, debemos completar la debida obra de las ordenanzas y luego seguir guardando los convenios asociados a ellas. En otras palabras, debemos perseverar.

Nuestra capacidad de perseverar hasta el fin en rectitud estará en relación directa con la fortaleza de nuestro testimonio y la profundidad de nuestra conversión. Cuando nuestros testimonios son firmes y estamos convertidos verdaderamente al evangelio

de Jesucristo, el Espíritu Santo inspirará nuestras decisiones, las cuales estarán centradas en Cristo y sustentarán nuestro deseo de perseverar en rectitud. Si nuestro testimonio es débil y nuestra conversión superficial, habrá mayor riesgo de que las falsas tradiciones del mundo nos persuadan a tomar decisiones equivocadas.

Me gustaría compartir una experiencia que ilustra el esfuerzo que se requiere para resistir físicamente, y luego compararlo al que se requiere para perseverar de manera espiritual. Al regresar de la misión, tuve la oportunidad de jugar baloncesto en el equipo de un entrenador y autor bien conocido y respetado en una universidad de California. Ese entrenador tomaba muy en serio que los jugadores estuvieran en forma antes del inicio de la temporada. Uno de los requisitos previos al entrenamiento, antes de que cualquiera de nosotros pudiera tomar la pelota de baloncesto en la cancha de práctica, era correr un tramo a campo traviesa en las montañas cerca de la escuela, en un tiempo específico y muy competitivo. Recuerdo mi primer intento de correr a campo traviesa inmediatamente después de mi regreso del campo misional; pensé que iba a morir.

Me tomó semanas de arduo entrenamiento lograr superar el tiempo que el entrenador estableció como meta. Fue extraordinario no sólo poder terminar el recorrido, sino también poder acelerar al acercarme a la meta.

Para jugar baloncesto bien, se necesita estar en buena forma; y el estar en buena condición física tiene un precio, que es la dedicación, la perseverancia y la autodisciplina. La perseverancia espiritual también tiene un precio y es el mismo: dedicación, perseverancia y autodisciplina.

Un testimonio, al igual que el cuerpo, tiene que estar en forma si



quieren que perdure. Entonces, ¿cómo mantenemos nuestro testimonio en forma? No podemos conseguir que nuestro cuerpo esté en forma para el baloncesto con sólo ver los juegos por televisión. Del mismo modo, no lograremos tener nuestro testimonio en forma, con sólo ver la conferencia general por televisión. Tenemos que estudiar y aprender los principios básicos del evangelio de Jesucristo y después hacer todo lo posible por vivirlos. Así es como llegamos a ser discípulos de Jesucristo y ésa es la manera de edificar un testimonio impecadero.

Cuando nos enfrentamos a la adversidad y deseamos emular los atributos de Jesucristo, es esencial estar preparados espiritualmente. Estarlo significa que hemos desarrollado resistencia o fortaleza espiritual; estaremos en buena forma espiritualmente; estaremos en tan buena forma,

que elegiremos lo correcto de forma consistente; seremos inamovibles en nuestro deseo y habilidad para vivir el Evangelio. Como dijo una vez un autor anónimo: “Debes llegar a ser la piedra que el río no puede arrastrar”.

Debido a que enfrentamos desafíos todos los días, es importante que vigoricemos nuestra fortaleza espiritual cada día. Cuando desarrollamos fortaleza espiritual, las falsas tradiciones del mundo, al igual que nuestras dificultades personales diarias, tendrán un efecto negativo mínimo en nuestra habilidad de perseverar en rectitud.

Grandes ejemplos de fortaleza espiritual provienen de nuestras propias historias familiares. Entre las muchas historias de nuestros antepasados, podemos encontrar ejemplos que muestran las características positivas de la perseverancia.

Un relato de mi familia ilustra este principio. Mi bisabuelo, Joseph Watson Maynes, nació en 1856 en Hull, Yorkshire, Inglaterra; su familia se unió a la Iglesia en Inglaterra y luego se trasladaron a Salt Lake City. Él se casó con Emily Keep en 1883 y tuvieron ocho hijos. A Joseph se lo llamó a servir en una misión de tiempo completo en junio de 1910, a la edad de cincuenta y



Joseph Watson Maynes (derecha) con su compañero, Gilpin S. Woolley.

tres años. Con el apoyo de su esposa y sus ocho hijos, regresó a su Inglaterra natal para servir su misión.

Después de haber prestado servicio fielmente por unos dos años, iba en bicicleta junto con su compañero a la reunión de la Escuela Dominical en Gloucester, Inglaterra, cuando el neumático se reventó. Se bajó de la bicicleta para determinar el daño y cuando vio que era grave, y que tomaría tiempo arreglarlo, le dijo a su compañero que siguiera adelante, comenzara el servicio del domingo y que él estaría allí en breve. Justo cuando terminó de decir esto, se desplomó al suelo. Murió instantáneamente de un ataque al corazón.

Joseph Watson Maynes nunca volvió a ver a su esposa y a sus ocho hijos en esta vida. Lograron trasladar su cuerpo a Salt Lake City y tener su funeral en el antiguo Waterloo Assembly Hall. Una frase pronunciada en el funeral por el élder Anthony W. Ivins, del Quórum de los Doce Apóstoles, nos enseña una importante lección acerca de la vida, la muerte y la perseverancia: “Esto es lo que el Evangelio nos brinda: no la inmunidad a la muerte, sino la victoria sobre ella mediante la esperanza que tenemos en la gloriosa resurrección... Esto se aplica a [Joseph Maynes]... Nos da placer, satisfacción y gozo saber que los hombres entregan sus vidas en justicia, en la fe y leales a la fe”⁴.

Este relato de mi familia me inspira a poner mi mayor empeño en seguir el ejemplo de perseverancia y fortaleza espiritual que mi bisabuelo demostró. De la misma manera me inspiró la fe de su esposa Emily, cuya vida después de la muerte de Joseph fue sin duda una carga difícil de llevar. Su testimonio era firme y su conversión completa, y pasó el resto de su vida leal a la fe mientras mantenía sola a sus ocho hijos.



El apóstol Pablo dijo: “...dejemos a un lado todo peso y pecado que nos rodea, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante”⁵. La carrera que enfrentamos en esta tierra es una carrera de resistencia, llena de obstáculos. Los obstáculos en esta carrera son los desafíos que encontramos cada mañana al levantarnos. Estamos en la tierra para correr la carrera, para ejercer nuestro albedrío moral y para escoger entre el bien y el mal. A fin de terminar con honor y con éxito la carrera y regresar a nuestro Padre Celestial, tendremos que pagar el precio de la dedicación, la perseverancia y la autodisciplina. Tenemos que ponernos en forma espiritualmente y debemos desarrollar fortaleza espiritual. Necesitamos testimonios fuertes que lleven a la conversión verdadera y, como resultado, encontraremos la paz y la fortaleza interior necesaria para soportar cualquier desafío que tengamos que enfrentar.

De modo que cualquiera sea el desafío que afrontemos al despertar cada mañana, recuerden: con la

fortaleza espiritual que desarrollen y con la ayuda del Señor, al final de la carrera serán capaces de disfrutar de la confianza que expresó el apóstol Pablo cuando dijo:

“Porque yo ya estoy a punto de ser ofrecido como sacrificio, y el tiempo de mi partida está cercano.

“He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe.

“Por lo demás, me está reservada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día”⁶.

Les testifico de la realidad de un Padre Celestial amoroso y de Su gran y eterno plan de felicidad, el cual nos trajo a esta tierra en este tiempo. Que el Espíritu del Señor nos inspire a todos a cultivar dentro de nosotros la fortaleza para perseverar. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Doctrina y Covenios 121:7–8.
2. Helamán 14:30.
3. 2 Nefi 31:20.
4. Palabras de Anthony W. Ivins, en el funeral de Joseph Watson Maynes (registros personales de la familia Maynes).
5. Hebreos 12:1.
6. 2 Timoteo 4:6–8.



Por el élder Richard G. Scott
Del Quórum de los Doce Apóstoles

La fortaleza personal mediante la expiación de Jesucristo

Mediante la expiación de Jesucristo, cada uno de nosotros puede ser purificado y aligerado del peso de nuestra rebelión.

Recientemente, tuve la bendición de reunirme con un grupo extraordinario de jóvenes de Idaho. Una jovencita ejemplar me preguntó qué pensaba yo que fuese lo más importante que ellos debían hacer en este momento de su vida. Yo les sugerí que aprendieran a reconocer el poder de la expiación de Jesucristo en la vida. Hoy hablaré de uno de los aspectos de ese poder: la fortaleza personal que podemos recibir mediante la expiación de Jesucristo.

En el Libro de Mormón leemos que Ammón y sus hermanos enseñaron el evangelio de Jesucristo a “un pueblo salvaje, empedernido y feroz”¹. Muchos de ellos se convirtieron y escogieron dejar atrás su comportamiento pecaminoso; tan completa fue su conversión, que enterraron sus armas e hicieron convenio con el Señor de que no las volverían a usar².

Tiempo después, muchos de sus hermanos que no se había convertido los atacaron y empezaron a matarlos. El pueblo, que ahora era fiel, prefirió

morir por la espada que poner en peligro su vida espiritual tomando las armas para defenderse. Su buen ejemplo ayudó a que más gente se convirtiera y abandonara las armas de su rebelión³.

Por medio de Ammón el Señor los guió a refugiarse entre los nefitas y se los conoció como el pueblo de Ammón⁴. Los nefitas los protegieron por muchos años pero, con el tiempo, el ejército nefita comenzó a debilitarse y necesitó urgentemente de refuerzos⁵.

El pueblo de Ammón se encontraba en un momento crítico de su vida espiritual. Habían sido fieles a su convenio de no tomar las armas nuevamente; pero también comprendían que los padres son responsables de proporcionar protección a su familia⁶. Esa necesidad parecía ser lo bastante importante como para tomar en consideración el quebrantar su convenio⁷.

Helamán, su prudente líder del sacerdocio, sabía que no hay justificación para quebrantar un convenio con el Señor, por lo que les ofreció una

alternativa inspirada. Les recordó que sus hijos nunca habían sido culpables del mismo pecado y por consiguiente no había sido necesario que hicieran el mismo convenio⁸. Aunque los hijos eran muy jóvenes, eran físicamente fuertes y, más importante aún, eran íntegros y puros; también fueron fortalecidos por la fe de sus madres⁹. Bajo la dirección de su líder y profeta, aquellos jóvenes tomaron el lugar de sus padres en defensa de sus familias y hogares¹⁰.

Los acontecimientos que rodearon esa importante decisión demuestran cómo la expiación de Jesucristo brinda fortaleza personal a los hijos de Dios. Piensen en los tiernos sentimientos de esos padres. ¿Cómo se habrán sentido al saber que sus acciones rebeldes del pasado les impedían proteger a sus esposas e hijos en ese momento de necesidad? Al conocer personalmente las atrocidades que sus hijos afrontaban, deben de haber llorado en secreto. ¿Se supone que son los padres, no los hijos, quienes deben proteger a su familia¹¹. Su dolor debió ser muy grande.

¿Por qué ese líder inspirado temió que al considerar tomar las armas “perderían sus almas”?¹² El Señor declaró: “He aquí, quien se ha arrepentido de sus pecados es perdonado; y yo, el Señor, no los recuerdo más”¹³. Esos padres fieles hacía mucho que se habían arrepentido de sus pecados y habían sido purificados mediante la expiación de Jesucristo; ¿por qué entonces se les aconsejó no defender a sus familias?

Una verdad fundamental es que somos limpiados mediante la expiación de Jesucristo; podemos llegar a ser íntegros y puros. Sin embargo, en ocasiones, nuestras malas decisiones traen consecuencias a largo plazo. Uno de los pasos esenciales para completar

el arrepentimiento es enfrentar las consecuencias a corto y a largo plazo de nuestros pecados del pasado. Las decisiones pasadas de esos padres ammonitas los habían expuesto a los apetitos de la carne, los cuales podían volver a ser un punto vulnerable que Satanás trataría de aprovechar.

Satanás procurará utilizar nuestro recuerdo de cualquier culpa pasada para atraparnos. Debemos estar siempre vigilantes para evitar sus engaños. Ése fue el caso de los fieles padres ammonitas. Aun después de años de vivir fieles, era imprescindible que se protegieran espiritualmente de cualquier atracción que pudiese causar el recuerdo de sus pecados anteriores.

Entre una batalla y otra, el capitán Moroni dirigió la fortificación de las ciudades menos protegidas.

“E hizo que levantaran un parapeto de maderos sobre el borde interior del foso; y echaron la tierra del foso contra el parapeto de vigas... hasta que hubieron cercado la ciudad... con una fuerte muralla de vigas y tierra de una altura extraordinaria”¹⁴. El capitán Moroni comprendía la importancia de fortificar esos puntos débiles para que fuesen fuertes¹⁵.

Aquellos padres eran iguales: necesitaban fortificaciones más amplias y más altas entre sus vidas fieles y su comportamiento pecaminoso del pasado. Sus hijos, que habían sido bendecidos con tradiciones rectas, no eran tan vulnerables a las mismas tentaciones. Ellos pudieron defender a sus familias fielmente, sin comprometer su bienestar espiritual.

Las buenas nuevas para todo aquel

que desee librarse de las consecuencias de las malas decisiones del pasado es que el Señor ve las debilidades en forma diferente a como ve la rebelión. Si bien el Señor advierte que las rebeliones de las que no se arrepientan recibirán un castigo¹⁶, cuando habla de debilidades, siempre lo hace con misericordia¹⁷.

Sin duda, se puede tener cierta consideración hacia los padres ammonitas, pues sus padres les habían enseñado falsas tradiciones; sin embargo, todos los hijos del Padre Celestial vienen a la tierra con la Luz de Cristo. Independientemente de la causa de sus hechos pecaminosos, la consecuencia fue que adquirieron una vulnerabilidad espiritual que Satanás trataría de explotar.

Afortunadamente, se les enseñó el Evangelio, se arrepintieron y, mediante la expiación de Jesucristo, llegaron a ser espiritualmente más fuertes que las tentaciones de Satanás. Es probable que no hayan sentido la tentación de regresar a su cruel pasado, pero, al seguir a su líder y profeta, no le dieron a Satanás la oportunidad de “[engañar] sus almas, y [conducirlos] astutamente al infierno”¹⁸. La expiación del Salvador no sólo los limpió del pecado, sino que, en virtud de su obediencia al consejo de su líder del sacerdocio, Él pudo protegerlos de su debilidad y fortalecerlos. Su humilde e imperecedero compromiso de abandonar sus pecados protegió más a sus familias que cualquier otra cosa que pudieran hacer en el campo de batalla. Su sumisión no los privó de las bendiciones, sino que los fortaleció y bendijo a muchas generaciones futuras.

El final del relato demuestra cómo la misericordia del Señor hace posible que “las cosas débiles sean fuertes”¹⁹. Esos padres fieles enviaron a sus hijos bajo el cuidado de Helamán y, a pesar





de que pelearon en fieras batallas donde todos resultaron heridos de alguna manera, ninguno pereció²⁰. Esos jóvenes fueron una fuente esencial de fortaleza para el debilitado ejército nefita y cuando regresaron eran más fieles y más fuertes espiritualmente. Sus familias fueron bendecidas, protegidas y fortalecidas²¹. En la actualidad, un sinnúmero de estudiantes del Libro de Mormón han sido fortalecidos gracias al ejemplo de esos hijos puros y justos.

Hay momentos en la vida de cada uno de nosotros en los que hemos tomado malas decisiones; todos necesitamos desesperadamente el poder redentor de la expiación de Jesucristo. Cada uno debe arrepentirse de cualquier rebelión, “porque yo, el Señor, no puedo considerar el pecado con el más mínimo grado de tolerancia”²². No puede hacerlo porque sabe lo que necesitamos para llegar a ser como Él.

Muchos de nosotros hemos permitido que las debilidades se arraiguen en nuestro carácter; pero mediante la expiación de Jesucristo podemos, como los ammonitas, edificar fortificaciones espirituales entre nosotros y cualquier error del pasado que Satanás trate de explotar. La protección espiritual que rodeaba a los padres ammonitas los bendijo y fortaleció a ellos, a sus familias, a su país y a las generaciones futuras. Lo mismo puede suceder con nosotros.

De modo que, ¿cómo podemos edificar esas fortificaciones eternas?

El primer paso debe ser el arrepentimiento sincero y completo. Mediante la expiación de Jesucristo, cada uno de nosotros puede ser purificado y aligerado del peso de nuestra rebelión. Recuerda, el arrepentimiento no es un castigo; es el sendero de esperanza que lleva a un glorioso futuro.

El Padre Celestial nos ha proporcionado el medio para edificar fortificaciones entre nuestra vulnerabilidad y nuestra fidelidad. Toma en cuenta lo siguiente:

- Efectúa convenios y recibe tus ordenanzas personales. Después, de forma estable y constante, efectúa las ordenanzas del templo por tus antepasados.
- Comparte el Evangelio con familiares y amigos que no sean miembros o que estén menos activos. El compartir esas verdades traerá más entusiasmo a tu vida.
- Sirve fielmente en todos tus llamamientos de la Iglesia, en especial las asignaciones de maestro orientador y maestra visitante. No te limites a una visita mensual de 15 minutos; más bien, acércate a cada miembro de la familia y conócelos personalmente. Sé un verdadero amigo. Mediante actos bondadosos demuéstrales cuánto te preocupas por ellos.
- Pero lo más importante es que prestes servicio a los miembros de tu familia. Haz que el desarrollo espiritual de tu esposa e hijos sea

de alta prioridad para ti. Mantente alerta para saber cómo puedes ayudarlos y bríndales liberalmente tu tiempo y atención.

En todas esas sugerencias hay un tema en común: llena tu vida con el servicio a los demás. Al perderte en el servicio a los hijos del Padre Celestial²³, las tentaciones de Satanás no tendrán poder sobre ti.

Debido a que el Padre Celestial te ama profundamente, la expiación de Jesucristo hace posible esa fortaleza. ¿No es maravilloso? Muchos de ustedes han sentido el peso de las malas decisiones y cada uno puede sentir el poder vivificante del perdón, la misericordia y la fortaleza del Señor. Yo la he sentido y testifico que está a disposición de cada uno de ustedes. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Alma 17:14; véase también Alma 17–27.
2. Véase Alma 23:4–7; 24:5–19.
3. Véase Alma 24:20–27.
4. Véase Alma 27.
5. Véase Alma 53:8–9; 56:10–17.
6. Véase “La Familia: Una Proclamación para el Mundo”, *Liahona*, noviembre de 2010, pág. 129.
7. Véase Alma 53:10–13.
8. Véase Alma 53:14–16.
9. Véase Alma 56:48.
10. Véase Alma 53:17–22; 56:3–10, 30–57.
11. Véase *Liahona*, noviembre de 2010, pág. 129.
12. Alma 53:15.
13. Doctrina y Convenios 58:42.
14. Alma 53:4.
15. Véase Éter 12:27.
16. Véase 1 Samuel 12:15; Isaías 1:20; 1 Nefi 2:23; Mosíah 15:26; Alma 9:24; Doctrina y Convenios 76:25; Moisés 4:3.
17. Véase Proverbios 28:13; 1 Corintios 2:3; 15:43; 2 Corintios 13:4; Santiago 3:17; 2 Nefi 3:13; Jacob 4:7; Alma 34:17; 3 Nefi 22:8; Éter 12:26–28; Doctrina y Convenios 24:11; 35:17; 38:14; 62:1.
18. 2 Nefi 28:21.
19. Éter 12:27.
20. Véase Alma 57:25; 58:39.
21. Véase Alma 58:40.
22. Doctrina y Convenios 1:31.
23. Véase Mateo 16:25; Doctrina y Convenios 88:125.



Por el presidente Thomas S. Monson

“No te dejaré, ni te desampararé”

Nuestro Padre Celestial ... sabe que aprendemos, crecemos y nos volvemos más fuertes al enfrentar y sobrellevar las pruebas por las que tenemos que pasar.

Esta noche escribiré en mi diario: “Esta ha sido una de las más inspiradoras sesiones de cualquier conferencia a la que haya asistido. Todo ha sido de la más grande y espiritual naturaleza”.

Hermanos y hermanas, hace seis meses cuando nos encontramos en nuestra conferencia general, mi dulce esposa, Frances, estaba en el hospital, porque había sufrido una devastadora caída tan sólo unos días antes. En mayo, después de seis semanas de lucha valiente para superar sus heridas, pasó dulcemente a la eternidad. La extraño profundamente. Ella y yo nos casamos en el Templo de Salt Lake el 7 de octubre de 1948. Mañana hubiéramos cumplido 65 años de casados. Ella fue el amor de mi vida, mi compañera leal y mi amiga más cercana. El decir que la extraño no llega a expresar lo profundo de mis sentimientos.

Esta conferencia marca 50 años desde que fui llamado al Quórum de los Doce Apóstoles, por el presidente David O. McKay. En todos estos años sólo tuve el total y completo apoyo de

mi dulce compañera. Son incontables los sacrificios que ella hizo para que yo pudiera cumplir con mi llamamiento. Nunca la escuché quejarse cuando por lo general se me requería pasar días, algunas veces semanas, lejos de ella y de nuestros hijos. Ciertamente, ella era un ángel.

Deseo expresar mi gratitud, además de agradecer a mi familia, por las extraordinarias expresiones de amor que hemos recibido desde el fallecimiento de Frances. Hemos recibido cientos de tarjetas y cartas de todo el mundo que expresan admiración por ella y condolencias para nuestra familia. Recibimos docenas de hermosos arreglos florales. Estamos agradecidos por las numerosas contribuciones que se han ofrecido en su nombre al Fondo misional general de la Iglesia. En nombre de nosotros, a quienes ella ha dejado atrás, expreso mi profunda gratitud por su gentileza y expresiones sinceras.

Lo que me ha dado la mayor fuente de consuelo en este momento de separación, ha sido mi testimonio del evangelio de Jesucristo y el

conocimiento que tengo de que mi querida Frances aún vive. Sé que nuestra separación es temporal. Fuimos sellados en la Casa del Señor por alguien que tenía la autoridad de atar en la tierra y en el cielo. Sé que un día nos reuniremos y nunca más nos separaremos. Éste es el conocimiento que me sostiene.

Hermanos y hermanas, podría asegurarse que nadie ha estado completamente libre de haber sufrido y padecido dolor; nunca ha habido un periodo en la historia de la humanidad en la que no haya habido confusión y tristeza.

Cuando el sendero de la vida da un giro cruel, existe la tentación de hacer la pregunta: “¿Por qué yo?”. En ocasiones parece no haber ninguna luz al final del túnel, no hay salida del sol para terminar con la obscuridad de la noche. Nos vemos rodeados por el desaliento de ver rotos nuestros sueños y ver esfumarse nuestras esperanzas. Nos sumamos a la súplica bíblica: “¿No hay bálsamo en Galaad?”¹. Nos sentimos abandonados, desconsolados y solos; nos sentimos inclinados a ver nuestras propias tragedias personales a través del distorsionado prisma del pesimismo; nos volvemos impacientes para encontrar la solución de nuestros problemas olvidando que con frecuencia la celestial virtud de la paciencia es necesaria.

Las dificultades que llegan presentan la verdadera prueba a nuestra capacidad de perseverar. Una pregunta fundamental permanece y cada uno de nosotros debe contestarla: ¿Me daré por vencido o terminaré? Algunos flaquean a medida que encuentran que no pueden superar sus desafíos. Terminar consiste en perseverar hasta el final de la vida.

Al meditar en los acontecimientos que le pueden pasar a cada uno de

nosotros, podemos decir como Job de antaño: "...el hombre nace para la aflicción"². Job fue un hombre perfecto y recto, un hombre "...temeroso de Dios y apartado del mal"³. Piadoso y de próspera fortuna, Job tuvo que afrontar una prueba que podría haber destruido a cualquiera. Privado de sus posesiones, escarnecido por sus amigos, afligido por sus sufrimientos, destrozado por la pérdida de su familia, se le instó a: "[Maldecir] a Dios y [morir]"⁴. Él resistió esa tentación y declaró desde lo profundo de su noble alma:

"Mas he aquí en los cielos está mi testigo, y mi testimonio está en las alturas"⁵.

"Yo sé que mi Redentor vive"⁶.

Job guardó la fe. ¿Haremos lo mismo al afrontar los desafíos que se nos presentarán?

Cada vez que nos sintamos abrumados con los golpes de la vida, recordemos que otros han pasado por lo mismo, pero perseveraron y salieron victoriosos.

La historia de la Iglesia en ésta, la dispensación del cumplimiento de los tiempos, está llena de experiencias de aquellos que lucharon y permanecieron firmes y de buen ánimo. ¿Por qué razón? Ellos hicieron del evangelio de Jesucristo el centro de su vida. Eso es lo que nos impulsa en nuestro camino a través de lo que se nos presente. Aun así, experimentaremos desafíos difíciles, pero seremos capaces de enfrentarlos, superarlos y emerger victoriosos.

Desde el lecho del dolor, desde la almohada mojada de lágrimas, somos elevados hacia el cielo por esa segura y divina promesa: "...no te dejaré, ni te desampararé"⁷. Ese consuelo es invaluable.

Al viajar a lo largo y ancho del mundo cumpliendo con mis



responsabilidades y mi llamamiento, he llegado a saber muchas cosas, entre ellas que la tristeza y el sufrimiento son universales. Ni siquiera puedo intentar medir todo el dolor y pesar del que he sido testigo al visitar a los que enfrentan el dolor, las enfermedades, el divorcio; a los que luchan con un hijo o hija descarriado, o sufren las consecuencias del pecado. La lista podría ser interminable; porque hay problemas innumerables que nos pueden suceder a todos. Poner un ejemplo sería difícil, pero cada vez que pienso en los desafíos, pienso en el hermano Brems, uno de mis maestros de la Escuela Dominical cuando yo era niño. Él fue un fiel miembro de la Iglesia, un hombre con corazón de oro. Él y su esposa, Sadie, tuvieron ocho hijos, muchos de los cuales eran de la misma edad que los nuestros.

Después de que Frances y yo nos casamos y nos fuimos del barrio, veíamos al hermano y la hermana Brems y a miembros de su familia cuando había bodas, funerales y reencuentros del barrio.

En 1968, la esposa del hermano Brems, Sadie, falleció. Con el pasar de los años, dos de sus ocho hijos también fallecieron.

Un día, hace casi 13 años, la nieta mayor del hermano Brems me llamó por teléfono. Me explicó que su abuelo ya tenía 105 años; me dijo:

"Vive en un pequeño hogar de ancianos pero se reúne con toda la familia cada domingo, y nos da una lección sobre el Evangelio". "Éste último domingo que pasó", continuó, "el abuelo nos anunció: 'Queridos, esta semana voy a morir. ¿Podrían llamar a Tommy Monson? Él sabrá qué hacer'".

Fui a verlo al día siguiente; no lo había visto por bastante tiempo. No podía hablarle porque ya no oía; no podía escribirle un mensaje porque ya no veía. Me habían dicho que la familia se comunicaba con él tomándole el dedo de la mano derecha y trazando sobre la palma de su mano izquierda el nombre de la persona que había ido a visitarlo. Cualquier mensaje tenía que comunicarse de ese modo. Seguí el procedimiento tomando su dedo y escribiendo en la palma: "TOMMY MONSON", el nombre por el cual me conocía. El hermano Brems se emocionó, y tomándome de las manos las puso sobre su cabeza. Supe que quería que le diese una bendición. El chofer que me había llevado al hogar de ancianos me acompañó y pusimos nuestras manos sobre la cabeza del hermano Brems para darle la bendición que él quería. Después de ello, sus ojos, que no veían, se llenaron de lágrimas, y nos apretó las manos en agradecimiento. Si bien no había oído la bendición que le habíamos dado, se sentía el Espíritu muy fuerte, y yo creo que supo por inspiración que le habíamos dado la bendición que necesitaba. Este dulce hombre ya no podía ver, ya no podía oír, estaba confinado día y noche a una pequeña habitación; sin embargo, su sonrisa y sus palabras me conmovieron: "Gracias", dijo, "mi Padre Celestial ha sido muy bueno conmigo".

En una semana, tal como lo había predicho el hermano Brems, él falleció. Nunca se preocupó por lo que

no tenía, más bien siempre estaba profundamente agradecido por sus muchas bendiciones.

Nuestro Padre Celestial, que nos da tanto en qué deleitarnos, también sabe que aprendemos, crecemos y nos volvemos más fuertes al enfrentar y sobrellevar las pruebas por las que tenemos que pasar. Sabemos que habrá ocasiones en que sentiremos un pesar desgarrador, que sufriremos y que seremos probados al máximo; no obstante, esas dificultades nos permiten cambiar para mejorar, reconstruir nuestra vida a la manera en que nuestro Padre Celestial nos enseña y llegar a ser diferentes de lo que éramos; mejor de lo que éramos, más comprensivos, más compasivos, con testimonios más fuertes de los que antes teníamos.

Ése debería ser nuestro objetivo: perseverar y resistir, sí; pero también llegar a ser más refinados espiritualmente al abrírnos camino por el sol y las tinieblas. Si nouviésemos desafíos que enfrentar ni problemas que resolver, permaneceríamos como somos, progresando poco o nada hacia nuestra meta de la vida eterna. El poeta expresó más o menos lo mismo en estas palabras:

*La buena madera no crece con
facilidad,
mientras más fuerte el viento,
más fuerte el árbol.
Mientras más lejano el cielo,
más grande será,
mientras más fuerte la tormenta,
más fuerte será.
Gracias al sol y al frío, a la lluvia
y la nieve,
en árboles y hombres la buena
madera crece⁸.*

Sólo el Maestro sabe la profundidad de nuestras pruebas, nuestro dolor y



nuestro sufrimiento. Sólo Él nos ofrece la paz eterna en tiempos de adversidad; Él, solo, llega a nuestra alma torturada con palabras de consuelo:

“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.

“Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas.

“Porque mi yugo es fácil y ligera mi carga”⁹.

Ya sea el mejor de los tiempos o el peor de los tiempos, Él está con nosotros. Él ha prometido que eso nunca cambiará.

Mis hermanos y hermanas, que nuestro compromiso hacia nuestro Padre Celestial sea uno que no decaiga ni varíe con los años o las crisis por las que pasemos. No deberíamos tener que pasar por dificultades para recordarlo; y no deberíamos tener que ser obligados a ser humildes antes de darle a Él nuestra fe y confianza.

Que siempre tratemos de estar cerca de nuestro Padre Celestial. Para hacerlo, tenemos que orarle a Él y escucharlo todos los días. Verdaderamente lo necesitamos en todo momento, sean momentos de sol o de lluvia. Que siempre recordemos Su promesa: “...no te dejaré, ni te desampararé”¹⁰.

Con toda la fuerza de mi alma, testifico que Dios vive y que nos ama, que Su Hijo Unigénito vivió y murió por nosotros, y que el evangelio de Jesucristo es esa luz penetrante que brilla en las tinieblas de nuestra vida. Que así sea siempre, lo ruego en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Jeremías 8:22.
2. Job 5:7.
3. Job 1:1.
4. Job 2:9.
5. Job 16:19.
6. Job 19:25.
7. Josué 1:5.
8. Véase “Los Presidentes de la Iglesia”, *Manual de Instituto, Manual del maestro*, pág. 68.
9. Mateo 11:28–30.
10. Josué 1:5.



Por el élder **Quentin L. Cook**
Del Quórum de los Doce Apóstoles

Lamentaciones de Jeremías: Cuidaos del cautiverio

Nuestro desafío es evitar el cautiverio en todas sus formas, ayudar al Señor a reunir a Sus escogidos y sacrificarnos por la nueva generación.

Al comienzo de nuestro matrimonio, mi esposa Mary y yo decidimos que, en la medida de lo posible, escogeríamos actividades a las que pudiéramos asistir juntos; también queríamos ser prudentes con el dinero. A Mary le encanta la música y sin duda le preocupaba que yo le diera demasiada importancia a los eventos deportivos, así que negoció que de todos los eventos de pago que eligiéramos habría dos obras musicales, óperas o actividades culturales por cada partido.

Al principio, me resistía a incluir óperas, pero con el tiempo cambié de idea; en especial, llegué a disfrutar de las óperas de Giuseppe Verdi¹; esta semana será el bicentenario de su nacimiento.

En su juventud, Verdi estaba intrigado con el profeta Jeremías, y en 1842, a los veintiocho años, logró la fama con la ópera *Nabucco*, una

forma italiana más corta del nombre Nabucodonosor, rey de Babilonia. Esta ópera contiene conceptos extraídos de los libros de Jeremías, Lamentaciones y Salmos, del Antiguo Testamento. La ópera incluye la conquista de Jerusalén y el cautiverio y la esclavitud de los judíos. El Salmo 137 es la inspiración para el inspirador y conmovedor “Coro de los esclavos hebreos” de Verdi. El encabezamiento de este Salmo en nuestras Escrituras es muy dramático: “Mientras estuvieron en cautiverio, los judíos lloraron junto a los ríos de Babilonia— A causa del dolor, no podían soportar cantar los cánticos de Sión”.

Mi propósito es analizar muchas formas de esclavitud y subyugación. Compararé algunas circunstancias de nuestra época con las de la época de Jeremías antes de la caída de Jerusalén. Al presentar esta voz de amonestación, me siento agradecido de

que la mayoría de los miembros de la Iglesia estén evitando con rectitud la conducta que era tan ofensiva para el Señor en la época de Jeremías.

Las profecías y lamentaciones de Jeremías son importantes para los Santos de los Últimos Días. Jeremías y la Jerusalén de su época son el telón de fondo de los primeros capítulos del Libro de Mormón. Jeremías fue contemporáneo del profeta Lehi². El Señor le informó a Jeremías en forma dramática sobre su preordenación: “Antes que te formase en el vientre te conocí; y antes que nacieses, te santifiqué; te di por profeta a las naciones”³.

Lehi recibió del Señor un llamamiento, una misión y una asignación diferentes. No fue llamado en su juventud, sino en su madurez. Al principio, su voz era una de amonestación, pero después de que declarara fielmente el mismo mensaje que Jeremías, el Señor mandó a Lehi llevar a su familia y huir al desierto⁴. Al hacerlo, Lehi bendijo no sólo a su familia, sino también a todas las personas.

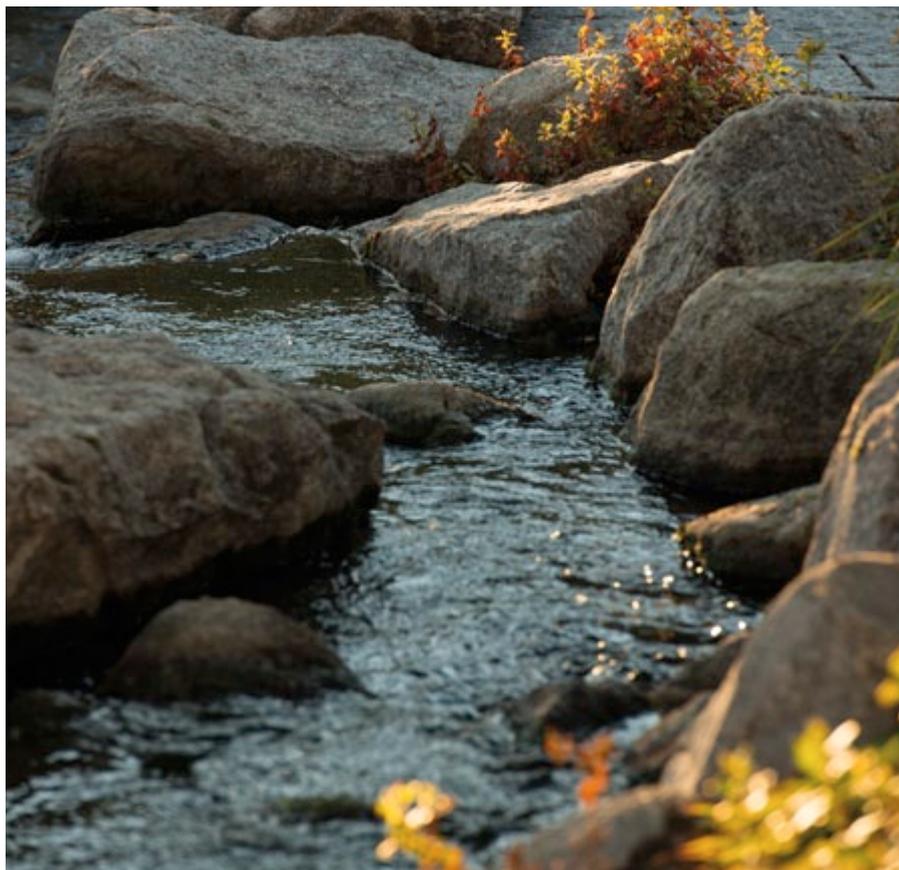
Durante los años antes de la destrucción de Jerusalén⁵, los mensajes que el Señor le dio a Jeremías son inquietantes. Él dijo:

“...mi pueblo ha cambiado su gloria por lo que no aprovecha.

“...me abandonaron a mí, fuente de aguas vivas, y cavaron... cisternas rotas que no retienen el agua”⁶.

Al hablar de las calamidades que sobrevendrían a los habitantes de Jerusalén, el Señor se lamentó: “Pasó la siega [para ellos], terminó el verano, y [ellos] no [han] sido salvos”⁷.

Dios quiso que los hombres y las mujeres fueran libres para elegir entre el bien y el mal. Cuando las malas decisiones vienen a ser la característica dominante de una cultura o de un país, hay graves consecuencias, tanto en esta vida como en la venidera. Las



personas pueden llegar a ser esclavas o a ponerse a sí mismas en cautiverio no sólo de sustancias perjudiciales y adictivas, sino también de las filosofías perjudiciales y adictivas que restan valor a una vida recta.

El apartarse de la adoración del Dios verdadero y viviente y adorar a dioses falsos, como la riqueza y la fama, y el participar en una conducta inmoral e injusta, ocasionan el cautiverio en todas sus manifestaciones insidiosas. Éstas consisten en el cautiverio espiritual, físico y mental, y a veces traen destrucción. Jeremías y Lehi también enseñaron que los que son justos deben ayudar al Señor a establecer Su iglesia y reino, y a reunir al Israel esparcido⁸.

Estos mensajes se han repetido y reafirmado a través de los siglos en todas las dispensaciones. Son la esencia de la restauración del evangelio de Jesucristo en ésta, la dispensación final.

El cautiverio de los judíos y la dispersión de las tribus de Israel, que incluye las diez tribus, son factores doctrinales importantes en la restauración

del Evangelio. Las diez tribus perdidas constituían el Reino del Norte de Israel; fueron llevadas cautivas a Asiria en el año 721 a.C. y fueron a los países del norte⁹. Nuestro décimo artículo de fe declara: “Creemos en la congregación literal del pueblo de Israel y en la restauración de las Diez Tribus”¹⁰. También creemos que como parte del convenio que el Señor hizo con Abraham, no sólo el linaje de Abraham sería bendecido sino que también serían bendecidas todas las personas de la tierra. Como el élder Russell M. Nelson ha dicho, el recogimiento “no es una cuestión de ubicación física; es un asunto de compromiso individual. Se puede traer a la gente al ‘conocimiento del Señor’ [3 Nefi 20:13] sin que dejen su tierra natal”¹¹.

Nuestra doctrina es clara: “El Señor esparció e hizo padecer a las doce tribus de Israel debido a su iniquidad y rebelión; no obstante, también se valió del esparcimiento de Su pueblo escogido entre las naciones del mundo para bendecir a esas naciones”¹².

Aprendemos valiosas lecciones

de este trágico período. Debemos hacer todo lo posible para evitar el pecado y la rebelión que conducen a la servidumbre¹³. Reconocemos también que la vida recta es un requisito previo para ayudar al Señor en el recogimiento de Sus escogidos y en la congregación literal de Israel.

El cautiverio, la subyugación, las adicciones y la servidumbre vienen de muchas formas. Pueden ser esclavitudes físicas, pero también puede ser la pérdida o el deterioro del albedrío moral lo que obstaculice nuestro progreso. Jeremías es claro en cuanto a que la falta de rectitud y la rebelión fueron las principales razones para la destrucción de Jerusalén y para el cautiverio en Babilonia¹⁴.

Otros tipos de esclavitud son igualmente destructivos para el espíritu humano. Se puede abusar del albedrío moral de muchas maneras¹⁵. Voy a mencionar cuatro que son particularmente perniciosas en la cultura de hoy.

En primer lugar, las adicciones que afectan el albedrío, contradicen las creencias morales y destruyen la buena salud ocasionan el cautiverio. El impacto de las drogas y el alcohol, la pornografía, los juegos de azar, la subyugación financiera y otras aflicciones, imponen en aquellas personas en cautiverio y en la sociedad una carga de tal magnitud que es casi imposible de cuantificar.

En segundo lugar, las adicciones o predilecciones que, aunque no sean intrínsecamente malas, pueden consumir el preciado tiempo que se nos ha brindado y que bien podría emplearse para lograr objetivos virtuosos. Éstas pueden incluir el uso excesivo de las redes sociales, los juegos de video y los digitales, los deportes, la recreación y muchas otras¹⁶.

Cómo preservar tiempo para la familia es uno de los problemas más

importantes que afrontamos en la mayoría de las culturas. En una época en la que yo era el único miembro de la Iglesia en nuestro bufete de abogados, una abogada me explicó que siempre se sentía como una malabarista tratando de mantener tres pelotas en el aire al mismo tiempo. Una pelota era el ejercicio de su profesión como abogada, otra era su matrimonio y la otra eran sus hijos. Casi había abandonado la idea de tener tiempo para sí misma. Estaba muy preocupada de que una de las pelotas siempre estaba en el piso. Sugerí que nos reuniéramos como grupo y analizáramos nuestras prioridades. Establecimos que la razón principal por la que trabajábamos era para mantener a nuestras familias. Acordamos en que ganar más dinero no era tan importante como nuestras familias, pero reconocimos que servir a nuestros clientes de la mejor manera posible era esencial. Entonces la conversación se tornó a lo que hacíamos en el trabajo que era innecesario e inconsistente con el dedicar tiempo a la familia. ¿Existía la presión de pasar tiempo que no era esencial en el lugar de trabajo?¹⁷ Decidimos que nuestra meta sería un entorno propicio para la familia, tanto para hombres como para mujeres. Estemos a la vanguardia en lo que respecta a proteger el tiempo para la familia.

En tercer lugar, la mayor subyugación universal en nuestros días, como lo ha sido a través de la historia, son la ideología o las creencias políticas que son incompatibles con el evangelio de Jesucristo. Sustituir la verdad del Evangelio por las filosofías de los hombres puede alejarnos de la sencillez del mensaje del Salvador. Cuando el apóstol Pablo visitó Atenas, trató de enseñar sobre la resurrección de Jesucristo. En Hechos, leemos sobre este esfuerzo: “Porque

todos los atenienses y los extranjeros residentes allí, de ninguna otra cosa se ocupaban, sino en decir o en oír algo nuevo”¹⁸. Cuando la multitud se dio cuenta de la naturaleza religiosa y sencilla del mensaje de Pablo, que no era algo nuevo, lo rechazaron.

Esto es representativo de nuestros días, donde las verdades del Evangelio son a menudo rechazadas o distorsionadas para hacerlas intelectualmente más atractivas o compatibles con las tendencias culturales y las filosofías intelectuales del momento. Si no tenemos cuidado, estas tendencias pueden atraparnos y colocarnos en el cautiverio intelectual. Ahora mismo hay muchas voces diciéndole a las mujeres cómo vivir¹⁹. Muchas veces se contradicen entre sí. De particular interés son las filosofías que critican o disminuyen el respeto por las mujeres que deciden hacer los sacrificios necesarios para ser madres, maestras, cuidadoras o amigas de los niños.

Hace unos meses, nuestras dos nietas menores nos visitaron, una cada semana. Yo estaba en casa y abrí la puerta. Mi esposa, Mary, estaba

en otra habitación. En ambos casos, después de un abrazo, ellas dijeron casi lo mismo. Miraron a su alrededor y dijeron: “Me encanta estar en casa de la abuela. ¿Dónde está la abuela?” No se lo dije a ellas, pero pensé: “¿No es ésta la casa del abuelo también?”. Sin embargo, me di cuenta de que cuando yo era niño, nuestra familia iba a la casa de la abuela. Me vino a la mente la letra de una canción conocida: “Cruzando el río y atravesando el bosque vamos a casa de la abuela”.

Ahora bien, permítanme decir, sin lugar a dudas, que estoy encantado con la educación y otras oportunidades que están disponibles para las mujeres. Valoro el hecho de que el trabajo agotador y las labores domésticas que se exigían a las mujeres se hayan reducido en gran parte del mundo gracias a las conveniencias modernas, y que las mujeres estén haciendo estas magníficas contribuciones en cada campo de acción. Pero, si permitimos que nuestra cultura disminuya la relación especial que tienen los niños con las madres, las abuelas y otras personas que los crían, lo lamentaremos.



En cuarto lugar, las fuerzas que quebranten los principios religiosos sinceros pueden ocasionar el cautiverio. Una de las formas más ingratas es cuando las personas justas que se sienten responsables ante Dios por su conducta, son forzadas a realizar actividades que perturban su conciencia. Por ejemplo: los profesionales de la salud a quienes se les obliga a elegir entre ayudar con los abortos, contra su conciencia, o perder su empleo.

Los miembros de Iglesia son relativamente una pequeña minoría, aun cuando están vinculados con personas que piensen en forma similar a nosotros. Será difícil cambiar la sociedad en general, pero debemos trabajar para mejorar la cultura moral que nos rodea. Los Santos de los Últimos Días en todos los países deben ser buenos ciudadanos, participar en asuntos cívicos, informarse sobre asuntos políticos y legales, y votar.

Sin embargo, nuestro énfasis primordial siempre debe ser hacer cualquier sacrificio necesario para proteger a nuestra propia familia y a la nueva generación²⁰. La gran mayoría de ellos todavía no son esclavos de las adicciones graves o de las falsas ideologías. Debemos ayudar a fortalecerlos contra un mundo que se parece mucho a la Jerusalén en la que Lehi y Jeremías vivieron. Además, debemos prepararlos para hacer y guardar convenios sagrados y para ser los emisarios principales, a fin de ayudar a Jehová a establecer Su iglesia, a recoger al Israel esparcido y a los escogidos del Señor en toda partes²¹. Como dice en Doctrina y Convenios de manera hermosa: “Y acontecerá que los justos serán recogidos de entre todas las naciones, y vendrán a Sión entonando canciones de gozo sempiterno”²².

Nuestro desafío es evitar el cautiverio en todas sus formas, ayudar

al Señor a reunir a Sus escogidos y sacrificarnos por la nueva generación. Siempre debemos recordar que no nos salvamos a nosotros mismos. Somos liberados mediante el amor, la gracia y el sacrificio expiatorio del Salvador. Cuando la familia de Lehi huyó, la luz del Señor los guió. Si somos fieles a Su luz, seguimos Sus mandamientos y confiamos en los méritos de Él, evitaremos el cautiverio espiritual, físico e intelectual, así como el lamento de andar errantes en nuestro propio desierto, porque Él es poderoso para salvar.

Evitemos la desesperación y el pesar de los que caen en el cautiverio y ya no pueden soportar cantar los cánticos de Sión. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Muchas óperas de Verdi como *Aida*, *La traviata*, y *Il trovatore*, se encuentran entre las más populares óperas que se presentan en todo el mundo hoy en día.
2. Véase 1 Nefi 5:13; 7:14.
3. Jeremías 1:5.
4. Véase 1 Nefi 2:2–3.
5. La destrucción del templo de Salomón, la caída de Jerusalén y la cautividad de la tribu de Judá ocurrieron aproximadamente en el año 586 a.C.
6. Jeremías 2:11, 13.
7. Jeremías 8:20. Jeremías previamente registró al Señor proclamando el arrepentimiento: “Me duelen las fibras de mi corazón” (Jeremías 4:19) y suplicando: “... [halla] un solo hombre... que haga justicia, que busque la verdad, y yo la perdonaré” (Jeremías 5:1).
8. Véanse Jeremías 31; 1 Nefi 10:14.
9. Véanse 2 Reyes 17:6; Doctrina y Convenios 110:11.
10. Artículos de Fe 1:10; véase también 2 Nefi 10:22.
11. Russell M. Nelson, “The Book of Mormon and the Gathering of Israel” (discurso pronunciado en el Seminario para nuevos presidentes de misión, 26 de junio de 2013).
12. Guía para el Estudio de las Escrituras, “Israel”, scriptures.lds.org/es.
13. El Señor, al hablar en nuestros días, dijo: “Y todo el mundo yace en el pecado, y gime bajo la obscuridad y la servidumbre del pecado... porque no vienen a mí.”

(Doctrina y Convenios 84:49–50).

14. Por supuesto, la gente inocente también puede ser esclava.
15. Los principios doctrinales no cambian, pero los métodos de servidumbre, de subyugación y de destrucción se han acelerado de una manera sin precedentes.
16. El año pasado (8 de abril de 2012), esto es lo que se observó acertadamente y con un poco de humor en la portada de la revista *New York Times Magazine* en referencia a la naturaleza adictiva de los juegos digitales. En ella se leía: “The Hyperaddictive, Time-Sucking, Relationship-Busting, Mind-Crushing Power and Allure of Silly Digital Games”. Y luego en letra pequeña: “(Lo que no quiere decir que a nosotros no nos encanta también)”. Esto, dicho con buen humor, hace hincapié en la necesidad de ejercer la prudencia en nuestro uso de los maravillosos avances tecnológicos de nuestra época.
17. El lema común en muchos entornos de trabajo es “Trabajamos mucho y nos divertimos mucho”. Aunque la relación entre los empleados es importante, cuando “el trabajo y la diversión” desplazan a la familia, resulta contraproducente.
18. Hechos 17:21; cursiva agregada.
19. Véase Keli Goff, “Female Ivy League Graduates Have a Duty to Stay in the Workforce,” *Guardian*, 21 de abril de 2013, www.theguardian.com/commentisfree/2013/apr/21/female-ivy-league-graduates-stay-home-moms; Sheryl Sandberg, *Lean In: Women, Work, and the Will to Lead*, 2013; Anne-Marie Slaughter, “Why Women Still Can’t Have It All,” *The Atlantic*, 13 de junio de 2012, www.theatlantic.com/magazine/print/2012/07/why-women-still-cant-have-it-all/309020; Lois M. Collins, “Can Women ‘Have It All’ When It Comes to Work and Family Life?” *Deseret News*, 28 de junio de 2012, pág. A3; Judith Warner, “The Mid-career Timeout (Is Over),” *New York Times Magazine*, 11 de agosto de 2013, págs. 24–29, 38; Scott Schieman, Markus Schafer y Mitchell McIvor, “When Leaning In Doesn’t Pay Off,” *New York Times*, 11 de agosto de 2013, pág. 12.
20. La Iglesia ha instado a los obispos a que ayuden a las familias pasando más tiempo con los hombres jóvenes, las mujeres jóvenes y los jóvenes adultos solteros. Se ha animado a los obispos a delegar más responsabilidades en el consejo de barrio a los quórumes del sacerdocio de Melquisedec, a las organizaciones auxiliares y a los miembros que tengan habilidades especiales a fin de que puedan ayudar a otras personas de forma apropiada.
21. Véase Doctrina y Convenios 29: 7.
22. Doctrina y Convenios 45:71.



Por el élder Neil L. Andersen
Del Quórum de los Doce Apóstoles

Poder en el sacerdocio

Un hombre podrá descorrer las cortinas para que la cálida luz del sol entre en el cuarto, pero él no es el dueño del sol ni de la luz ni del calor que brinda.

Las bendiciones del sacerdocio son para todos

Cuando los niños cantaron felices en la reunión sacramental la canción de la Primaria “Allí donde hay amor”, todos sonrieron en señal de aprobación. Una valiente madre que criaba a cinco hijos escuchó atentamente la segunda estrofa: “A toda hora hay en mi hogar de Dios bendiciones [del sacerdocio] sin cesar”¹. Con tristeza, ella pensó: “Mis hijos nunca han tenido un hogar como ese”².

Mi mensaje a esa hermana fiel, y a todos, es que “a toda hora podemos ser bendecidos por el poder del sacerdocio”, cualquiera sea nuestra situación.

En la Iglesia, a veces relacionamos excesivamente el poder del sacerdocio con los hombres. El sacerdocio es el poder y la autoridad de Dios que se dan para la salvación y la bendición de todos: hombres, mujeres y niños.

Un hombre podrá descorrer las cortinas para que la cálida luz del sol entre en el cuarto, pero él no es el dueño del sol ni de la luz ni del calor que brinda. Las bendiciones del sacerdocio son infinitamente mayores que aquél a quien se le pide que administre ese don.

Recibir las bendiciones, el poder y las promesas del sacerdocio en esta vida y en la vida venidera es una de las más grandes oportunidades y responsabilidades de la mortalidad. Al mantenernos dignos, las ordenanzas del sacerdocio enriquecen nuestra vida en la tierra y nos preparan para las sublimes promesas del mundo venidero. El Señor dijo: “...en [las] ordenanzas se manifiesta el poder de la divinidad”³.

Existen bendiciones especiales de Dios para cada persona digna que se bautiza, recibe el Espíritu Santo y participa regularmente de la Santa Cena. El templo nos brinda luz y fortaleza adicionales, además de la promesa de la vida eterna⁴.

Todas las ordenanzas nos invitan a aumentar nuestra fe en Jesucristo y hacer convenios con Dios y a guardarlos. Al guardar esos sagrados convenios, recibimos poder y bendiciones del sacerdocio.

¿No sentimos ese poder del sacerdocio en nuestra propia vida y lo vemos entre los miembros de la Iglesia que guardan los convenios? Lo vemos en los nuevos conversos cuando salen de las aguas del bautismo sintiendo que han sido perdonados y limpios; vemos a nuestros niños y jóvenes más

sensibles a los susurros y a la guía del Espíritu Santo; vemos que las ordenanzas del templo se convierten en un faro de fortaleza y de luz para los hombres y las mujeres justos de todo el mundo.

El mes pasado observé a un joven matrimonio que se sintió grandemente fortalecido por las promesas del sellamiento en el templo cuando nació su hermoso bebé que llegó a vivir sólo una semana. Mediante las ordenanzas del sacerdocio, esta joven pareja y todos nosotros, recibimos consuelo, fortaleza, protección, paz y promesas eternas⁵.

Lo que sabemos acerca del sacerdocio

Tal vez algunos se pregunten con sinceridad: “Si el poder y las bendiciones del sacerdocio están al alcance de todos, ¿por qué las ordenanzas del sacerdocio las administran los hombres?”.

Cuando un ángel le preguntó a Nefi: “¿Comprendes la condescendencia de Dios?”. Nefi contestó honestamente: “Sé que ama a sus hijos; sin embargo, no sé el significado de todas las cosas”⁶.

Cuando hablamos del sacerdocio, hay muchas cosas que sí sabemos.

Todos somos iguales

Sabemos que Dios ama a todos Sus hijos y que no hace acepción de personas. “...a nadie de los que a él vienen desecha... varones o mujeres... y todos son iguales ante Dios”⁷.

Así como sabemos con tanta seguridad que el amor de Dios es “igual” para Sus hijos e hijas, también sabemos que Él no creó a los hombres y a las mujeres exactamente iguales. Sabemos que el ser hombre o mujer es una característica esencial de nuestra identidad y nuestro propósito, tanto terrenal como eterno. Tanto el hombre

como la mujer reciben responsabilidades sagradas⁸.

Desde el principio

Sabemos que desde el principio el Señor estableció cómo se administraría Su sacerdocio. “El sacerdocio se dio primeramente a Adán”⁹. Noé, Abraham y Moisés, todos ellos administraron las ordenanzas del sacerdocio. Jesucristo fue y es el Gran Sumo Sacerdote. Él llamó apóstoles y dijo: “No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros”¹⁰. En nuestros días, mensajeros celestiales fueron enviados por Dios: Juan el Bautista, Pedro, Santiago y Juan restauraron el sacerdocio en la tierra mediante el profeta José Smith¹¹. Ésta es la manera en que nuestro Padre Celestial ha administrado Su sacerdocio¹².

Muchos dones de Dios

Sabemos que el poder del santo sacerdocio no funciona sin la ayuda de la fe, el Espíritu Santo y los dones espirituales. Las Escrituras advierten: “...no neguéis los dones de Dios, porque son muchos... Y hay diversas maneras de administrar estos dones, pero es el mismo Dios que obra todas las cosas en todo”¹³.

Dignidad

Sabemos que la dignidad siempre es fundamental para efectuar y recibir las ordenanzas del sacerdocio. La hermana Linda K. Burton, Presidenta General de la Sociedad de Socorro, ha dicho: “La rectitud es el requisito... para invitar el poder del sacerdocio a nuestra vida”¹⁴.

Por ejemplo, miren la plaga de pornografía que se extiende por todo el mundo. La norma de dignidad del Señor no tolera la pornografía entre aquellos que ofician en las ordenanzas

del sacerdocio. El Salvador dijo:

“...arrepentíos de vuestras... abominaciones secretas”¹⁵.

“La lámpara del cuerpo es el ojo... si tu ojo es malo, todo tu cuerpo será tenebroso”¹⁶.

“[Porque] cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón”¹⁷.

El preparar y repartir la Santa Cena, bendecir a los enfermos o participar en otras ordenanzas del sacerdocio indignamente es, tal como ha dicho el élder David A. Bednar, tomar el nombre de Dios en vano¹⁸. Si uno no es digno, se debe retirar y no oficiar en las ordenanzas del sacerdocio y, con espíritu de oración, acudir a su obispo como el primer paso para arrepentirse y volver a cumplir los mandamientos.

Humildad

Otra cosa que sabemos es que son abundantes las bendiciones del sacerdocio en las familias en las que la madre y el padre están unidos al guiar a sus hijos; pero también sabemos que Dios proporciona con entusiasmo esas mismas bendiciones a aquellos

que se encuentran en muchas otras situaciones¹⁹.

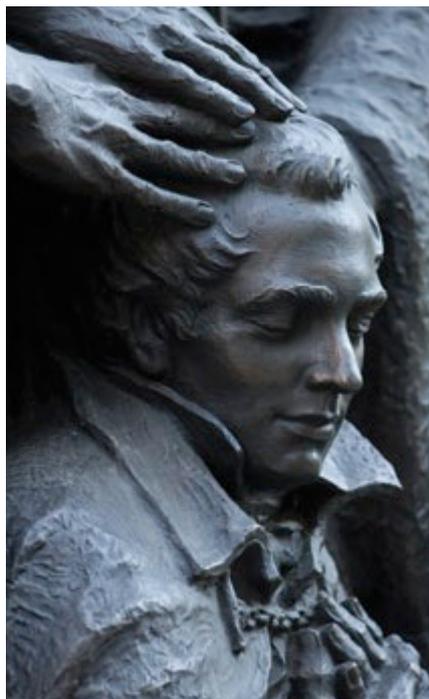
Una madre, que llevaba el peso de sostener a su familia tanto espiritual como temporalmente, explicó, con gran sentimiento, que ella tiene que tener humildad a fin de llamar a sus maestros orientadores para que le den una bendición a uno de sus hijos; no obstante, de manera perceptiva añadió que no requiere más humildad que la que sus maestros orientadores necesitan para prepararse para bendecir a su hijo²⁰.

Las llaves del sacerdocio

Sabemos que las llaves del sacerdocio que poseen los miembros de la Primera Presidencia y del Quórum de los Doce Apóstoles dirigen la obra del Señor sobre la tierra. A los presidentes de estaca y obispos se les confieren llaves específicas del sacerdocio para sus responsabilidades geográficas, y ellos llaman a hombres y mujeres por revelación, a quienes se sostienen y apartan para ejercitar la autoridad delegada para enseñar y administrar²¹.

Si bien es mucho lo que sabemos del sacerdocio, la perspectiva terrenal no siempre ofrece una completa comprensión de las obras de Dios; pero su amable recordatorio: “Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos”²² nos da la seguridad de que con el tiempo y la perspectiva eterna, veremos las cosas “como realmente son”²³ y comprenderemos más Su amor perfecto.

Todos servimos de buena voluntad. Algunas veces, sentimos que nuestro llamamiento es “poca cosa” y deseamos que nos pidieran hacer más. En otras ocasiones estamos agradecidos cuando se nos releva. Nosotros no determinamos los llamamientos que recibimos²⁴. Aprendí esta lección al poco tiempo de casarnos. Como recién casados, Kathy y yo vivíamos





en Florida. Un domingo, uno de los consejeros de la presidencia de estaca me explicó que habían sentido la impresión de llamar a Kathy como maestra de seminario matutino.

“¿Cómo lo vamos a hacer?”, pregunté. “Tenemos dos hijos pequeños; seminario empieza a las cinco de la mañana, y yo soy el presidente de los Hombres Jóvenes del barrio”.

El consejero sonrió y dijo: “Todo saldrá bien, hermano Andersen. La llamaremos a ella, y lo relevaremos a usted”.

Y eso fue lo que ocurrió.

La contribución de la mujer

El preguntar con sinceridad y escuchar las ideas y preocupaciones que expresan las mujeres es de vital importancia en la vida, en el matrimonio y en la edificación del reino de Dios.

Hace veinte años, en una conferencia general, el élder M. Russell Ballard relató una conversación que tuvo con la presidenta general de la Sociedad de Socorro. Surgió una pregunta sobre cómo fortalecer la dignidad de los jóvenes que se preparaban para servir en misiones. La hermana Elaine Jack respondió con una sonrisa: “Sabe, élder Ballard... si preguntáramos a las hermanas de la Iglesia... podrían tener algunas buenas sugerencias... Después de todo, ¡nosotras *somos* las madres de esos jóvenes!”²⁵.

El presidente Thomas S. Monson tiene un historial de toda una vida en cuanto a preguntar y responder a las preocupaciones de las hermanas. La mujer que más ha influido en él es la hermana Frances Monson. La extrañamos mucho. También, el jueves pasado, el presidente Monson nos recordó a las Autoridades Generales lo mucho que había aprendido de las 84 viudas de su barrio, quienes influyeron grandemente en su servicio como obispo y durante toda su vida.

No debe sorprendernos que, el presidente Monson, antes de tomar la decisión, con espíritu de oración, sobre el cambio en la edad para el servicio misional, haya llevado a cabo muchas conversaciones con las Presidencias Generales de la Sociedad de Socorro, de las Mujeres Jóvenes y de la Primaria.

Obispos, al seguir el ejemplo del presidente Monson, sentirán aún más abundantemente la mano guiadora del Señor bendiciendo la obra sagrada que realizan.



Vany Parrella

Mi familia y yo vivimos varios años en Brasil. Poco después de que llegamos, conocí a Adelson Parrella, que servía como Setenta, y a su hermano Adilson, que servía en la presidencia de nuestra estaca. Más tarde conocí a su hermano Adalton, que era presidente de estaca en Florianópolis, y a otro hermano, Adelmo, que era obispo. Me impresionó la fe de esos hermanos, y les pregunté acerca de sus padres.

La familia se bautizó en Santos, Brasil, hace 42 años. Adilson Parrella dijo: “Al principio papá pareció estar muy entusiasmado de unirse a la Iglesia; no obstante, [pronto] pasó a ser menos activo y le pidió a nuestra madre que no asistiera a la Iglesia”.

Adilson me contó que su madre cosía ropa para los vecinos a fin de pagar el pasaje del autobús para que los niños fueran a la Iglesia. Los cuatro niños caminaban juntos casi dos kilómetros a otro pueblo, donde tomaban el autobús por 45 minutos, y después caminaban otros 20 minutos para llegar a la capilla.

Aunque ella no podía asistir a la Iglesia con sus hijos, la hermana Parrella leía las Escrituras con sus hijos e hijas, les enseñaba el Evangelio y oraba con ellos. Su humilde hogar estaba lleno de las ricas bendiciones del poder del sacerdocio. Los niños crecieron, sirvieron en misiones, obtuvieron una educación y se casaron en

el templo. Las bendiciones del sacerdocio colmaron sus hogares.

Años más tarde, siendo una hermana sola, Vany Parrella entró en el templo para recibir su investidura y, luego, sirvió en tres misiones en Brasil. Ahora tiene 84 años, y su fe continúa bendiciendo a las generaciones futuras.

Testimonio y promesa

El poder del santo sacerdocio de Dios se encuentra en La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Testifico que a medida que participen dignamente en las ordenanzas del sacerdocio, el Señor les brindará mayor fortaleza, paz y perspectiva eterna. Cualquiera que sea su situación, su hogar será “bendecido por la fortaleza del poder del sacerdocio” y aquellos que estén allegados a ustedes tendrán un deseo más fuerte de tener esas bendiciones.

Como hombres y mujeres, hermanas y hermanos, hijos e hijas de Dios, avanzamos juntos. Ésta es nuestra oportunidad, nuestra responsabilidad y nuestra bendición. Éste es nuestro destino: preparar el reino de Dios para

el regreso del Salvador. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. “Allí donde hay amor”, *Canciones para los niños*, págs. 102.
2. Correo electrónico personal del 5 de agosto de 2013.
3. Doctrina y Convenios 84:20.
4. Véase Doctrina y Convenios 138:37, 51.
5. Véase Doctrina y Convenios 84:35; 109:22.
6. 1 Nefi 11:16–17.
7. 2 Nefi 26:33.
8. Véase “La Familia: Una Proclamación para el Mundo”, *Liahona*, noviembre de 2010, pág. 129.
9. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: José Smith*, 2007, pág. 109; véanse también Doctrina y Convenios 84:16; 107:40–53; 128:18, 21; Russell M. Nelson, “Lecciones que aprendemos de Eva”, *Liahona*, enero de 1988, pág. 86.
10. Juan 15:16.
11. Véase José Smith—Historia 1:72; véase también Doctrina y Convenios 13; 27.
12. Véase de M. Russell Ballard, “Let Us Think Straight”, devocional de la Semana de la educación en el campus de la Universidad Brigham Young, 20 de agosto de 2013; speeches.byu.edu. El élder Ballard declaró: “¿Por qué se ordena a los hombres a los oficios del sacerdocio y no a las mujeres? El presidente Gordon B. Hinckley explicó que fue el Señor, no el hombre, ‘quien determinó que los hombres de la Iglesia fueran poseedores del sacerdocio’, y que también fue el Señor quien les dio a las mujeres la ‘capacidad de complementar esta maravillosa organización, que es la Iglesia y el Reino de Dios’ (“Las mujeres de la Iglesia”,

Liahona, enero de 1997, pág. 78). A fin y al cabo, el Señor no ha revelado el porqué ha organizado Su iglesia de la forma en que lo ha hecho”.

13. Moroni 10:8.
14. Linda K. Burton, “Priesthood: ‘A Sacred Trust to Be Used for the Benefit of Men, Women, and Children’” (Discurso de la conferencia de mujeres de la Universidad Brigham Young, 3 de mayo de 2013); ce.byu.edu/cw/womensconference/pdf/archive/2013/lindaBurtonTalk.pdf.
15. 3 Nefi 30:2.
16. Mateo 6:22–23.
17. Mateo 5:28; véase también Alma 39:9. El presidente Thomas S. Monson dijo: “La pornografía es especialmente peligrosa y adictiva. La exploración de la pornografía por curiosidad puede convertirse en un hábito dominante que llevará al uso de material aún más obscuro y a la transgresión sexual. Eviten la pornografía a toda costa” (“La preparación trae bendiciones”, *Liahona*, mayo de 2010, pág. 65).
“...Muy alarmante...están las noticias de la cantidad de personas que están utilizando internet para propósitos inicuos y degradantes, siendo el ver pornografía uno de los más prevalentes. Mis hermanos y hermanas, el participar en ello literalmente destruirá el espíritu. Sean fuertes; sean limpios; eviten a toda costa este tipo de material degradante y destructivo, ¡no importa lo que sea! Hago esta advertencia a todos, dondequiera que estén” (“Hasta que nos volvamos a ver”, *Liahona*, mayo de 2009, pág. 113).
“Eviten cualquier cosa que se asemeje a la pornografía, ya que les insensibilizará el espíritu y les minará la conciencia. Se nos ha dicho en Doctrina y Convenios: ‘Y lo que no edifica no es de Dios, y es tinieblas’ [Doctrina y Convenios 50:23]” (“Leales a la fe”, *Liahona*, mayo de 2006, págs. 18–19).
18. Véase de David A. Bednar, *Act in Doctrine*, 2012, pág. 53.
19. Véase de Dallin H. Oaks, “La autoridad del sacerdocio en la familia y en la Iglesia”, *Liahona*, noviembre de 2005, págs. 24–27.
20. Correo electrónico personal, 5 de agosto de 2013; véase Santiago 5:14.
21. Véase Hebreos 5:4.
22. Isaías 55:8.
23. Jacob 4:13.
24. Véase Doctrina y Convenios 81:4–5. El presidente Gordon B. Hinckley dijo: “La obligación de ustedes es tan seria en su esfera de responsabilidad como lo es la mía en mi esfera de responsabilidad. En esta Iglesia no hay ningún llamamiento pequeño ni insignificante” (“La obra del Maestro”, *Liahona*, julio de 1975, pág. 80).
25. M. Russell Ballard, “Fortalezcamos los consejos”, *Liahona*, enero de 1994, págs. 89–90.





Por David M. McConkie

Primer Consejero de la Presidencia General
de la Escuela Dominical

Enseñar con poder y autoridad de Dios

El Señor ha proporcionado la manera para que todo Santo de los Últimos Días digno enseñe a la manera del Salvador.

Nos sentimos inmensamente agradecidos, más de lo que podemos expresar, por todos los maestros de la Iglesia. Los amamos y les tenemos gran confianza. Ustedes son uno de los milagros más grandes del Evangelio restaurado.

Ciertamente existe un secreto para llegar a ser un exitoso maestro del Evangelio, para enseñar con poder y autoridad de Dios. Utilizo la palabra *secreto* porque los principios en que se basa el éxito de un maestro sólo los entienden aquellos que tienen un testimonio de lo que aconteció en la mañana de un día hermoso y despedido, a comienzos de la primavera de 1820.

Los cielos se abrieron en respuesta a la humilde súplica de un jovencito de 14 años. Dios, el Padre Eterno, y Su Hijo, Jesucristo, aparecieron y hablaron al profeta José Smith. Se daba inicio a la largamente esperada restauración de todas las cosas y el principio de la revelación fue establecido perpetuamente en nuestra dispensación. El mensaje de José y nuestro mensaje al mundo pueden resumirse en dos palabras: “Dios habla”. Él habló en la antigüedad, Él habló a José y Él

les hablará a ustedes. Esto es lo que los distingue de todos los maestros del mundo; gracias a esto, ustedes no pueden fracasar.

Ustedes han sido llamados por el espíritu de profecía y revelación y han sido apartados mediante la autoridad del sacerdocio. ¿Qué significa esto?

Primero, significa que se hallan en la obra del Señor; son Sus agentes, y están autorizados y comisionados para representarlo y actuar en Su nombre. Como tales, tienen derecho a recibir Su ayuda. Deben preguntarse: “¿Qué diría el Salvador si Él estuviera

Roma, Italia



enseñando mi clase hoy, y cómo lo diría?”. Entonces deben hacer lo mismo.

Esta responsabilidad puede generar sentimientos de ineptitud o hasta un poco de temor en algunos, pero esta tarea no es difícil. El Señor ha proporcionado la manera para que todo Santo de los Últimos Días digno enseñe a la manera del Salvador.

Segundo, ustedes son llamados a predicar el evangelio de Jesucristo. No deben enseñar sus propias ideas ni filosofías, ni siquiera entremezcladas con las Escrituras. El Evangelio es “poder de Dios para salvación”¹ y es sólo mediante el Evangelio que somos salvos.

Tercero, se les manda enseñar los principios del Evangelio según se encuentran en los libros canónicos de la Iglesia, enseñar las palabras de los apóstoles y profetas modernos, y enseñar lo que el Espíritu Santo les enseñe.

¿Por dónde comenzamos?

Nuestra primera y principal responsabilidad es vivir de tal forma que el Espíritu Santo sea nuestro guía y compañero. Cuando Hyrum Smith deseó participar en esta obra de los últimos días, el Señor le dijo: “He aquí, ésta es tu obra: Guardar mis mandamientos, sí, con toda tu alma, mente y fuerza”². Éste es el punto de partida. El consejo que el Señor le dio a Hyrum es el mismo consejo que Él ha dado a los santos de todas las épocas.

En un mensaje a los maestros de hoy en día, la Primera Presidencia declaró: “La parte más importante del servicio que ustedes presten será su preparación espiritual diaria, que incluye la oración, el estudio de las Escrituras y la obediencia a los mandamientos. Los animamos a que se comprometan a vivir el Evangelio con mayor dedicación que nunca”³.



Arraiján, Panamá

Es significativo que la Primera Presidencia no dijera que la parte más importante del servicio que ustedes prestan sea preparar bien sus lecciones o dominar varias técnicas de enseñanza. Claro está que deben preparar diligentemente cada lección y esforzarse por aprender la manera de enseñar que facilite que sus alumnos ejerzan su albedrío y permitan que el Evangelio entre en sus corazones; pero lo primero y principal en el servicio que presta es su preparación personal y espiritual. Si ustedes siguen este consejo, la Primera Presidencia ha prometido: "...el Espíritu Santo le ayudará a saber qué hacer. Su testimonio crecerá, su conversión se profundizará y fortalecerá para afrontar los retos de la vida"⁴.

¿Qué mayor bendición podría desear un maestro?

A continuación, el Señor ha mandado que antes de que intentemos declarar Su palabra, debemos procurar

obtenerla⁵. Ustedes deben llegar a ser hombres y mujeres de sano entendimiento, escudriñando diligentemente las Escrituras y atesorándolas en sus corazones. Entonces, al pedir la ayuda del Señor, Él los bendicirá con Su Espíritu y Su palabra. Tendrán el poder de Dios para convencer a los hombres.

Pablo nos dice que el Evangelio llega a los hombres de dos maneras: en palabra y en poder⁶. La palabra del Evangelio está registrada en las Escrituras y la podemos obtener al escudriñar con diligencia. El poder del Evangelio llega a quienes viven de tal modo que el Espíritu Santo es su compañero, y a quienes siguen la inspiración que reciben. Algunos maestros centran su atención solamente en obtener la palabra y se vuelven expertos en transmitir información. Otros, descuidan su preparación y esperan que el Señor, en Su bondad, de alguna manera los ayude durante la clase.

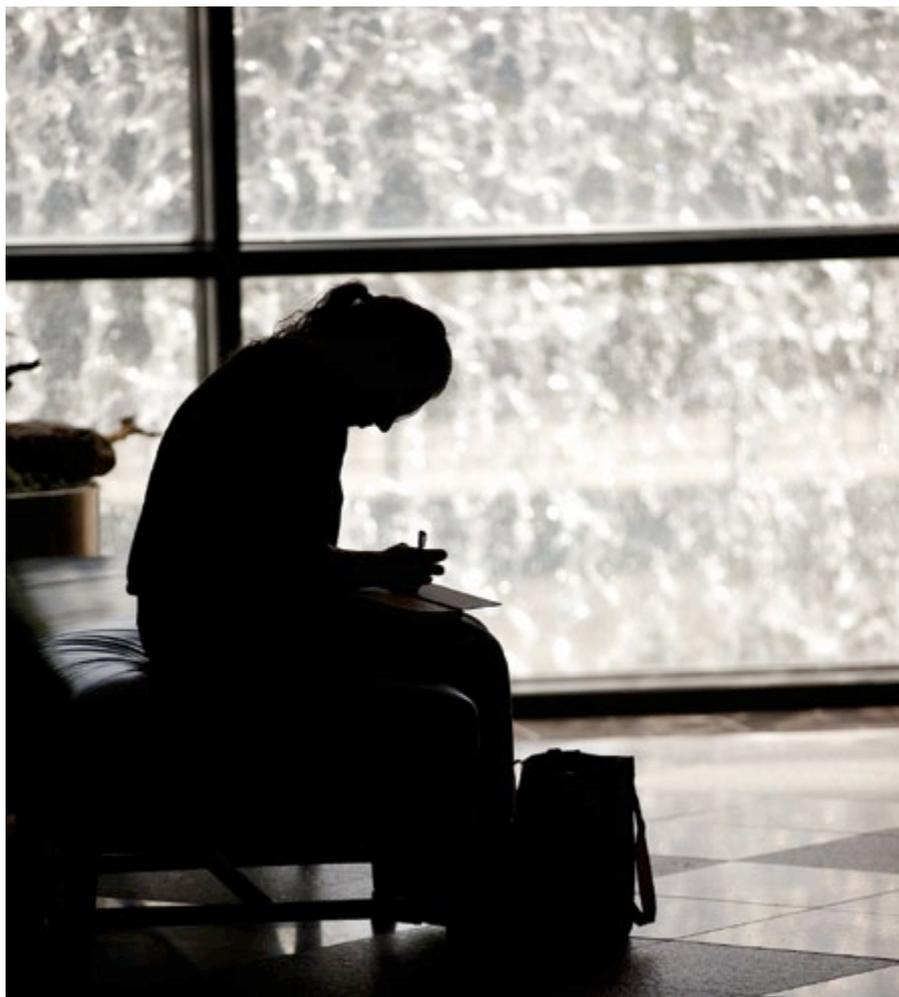
Ustedes no pueden esperar que el Espíritu les ayude a recordar pasajes de las Escrituras y principios que no hayan estudiado ni considerado. A fin de poder enseñar el Evangelio exitosamente, deben tener tanto la palabra como el poder del Evangelio en su vida.

Alma entendía estos principios cuando se regocijó por los hijos de Mosiah y la manera en que enseñaron con poder y autoridad de Dios; él dijo:

"Eran hombres de sano entendimiento, y habían escudriñado diligentemente las Escrituras para conocer la palabra de Dios.

"Mas esto no es todo; se habían dedicado a mucha oración y ayuno; por tanto, tenían el espíritu de revelación"⁷.

Luego, deben aprender a escuchar. El élder Jeffrey R. Holland enseñó este principio a los misioneros. Citaré las palabras del élder Holland, pero me



he tomado la libertad de cambiar los términos *misioneros e investigadores* por *maestros y alumnos*, respectivamente: “Después de la responsabilidad de escuchar al Espíritu, la segunda responsabilidad de los [maestros] es la de escuchar al [alumno]... ¡Si escuchamos con oídos espirituales... [nuestros alumnos] nos dirán las lecciones que ellos necesitan escuchar!”.

El élder Holland continuó: “El hecho es que los [maestros] siguen demasiado centrados en dar lecciones fáciles, repetitivas, en lugar de centrarse en sus [alumnos] como personas”⁸.

Una vez que se hayan preparado ustedes mismos y hayan preparado la lección lo mejor posible, deben estar dispuestos a dejarse guiar. Cuando lleguen las delicadas impresiones del Espíritu Santo, deben tener el valor de dejar de lado sus notas y esquemas, y seguir estas impresiones hacia donde

los dirijan. Al hacerlo, la lección que enseñen ya no es más su lección, sino que se convierte en la lección del Salvador.

Al dedicar su vida al Evangelio con mayor consagración que nunca y al escudriñar las Escrituras, atesorándolas en su corazón, el mismo Espíritu Santo que reveló esas palabras a los apóstoles y profetas de la antigüedad, les testificará de su veracidad. Básicamente, el Espíritu Santo las revelará de nuevo a ustedes. Cuando esto suceda, las palabras que lean ya no serán más sólo las palabras de Nefi, Pablo o Alma, sino que se convertirán en sus propias palabras; y cuando enseñen, el Espíritu Santo podrá traer todas las cosas a su memoria. De hecho, “[les] será dado en la hora, sí, en el momento preciso, lo que [han] de decir”⁹. Cuando esto suceda, se encontrarán diciendo algo que no planeaban decir. Entonces, si prestan atención,

aprenderán algo de lo que ustedes mismos dicen cuando enseñan. El presidente Marion G. Romney dijo: “Siempre sé cuando estoy hablando bajo la influencia del Espíritu Santo, porque siempre aprendo algo de lo que he dicho”¹⁰. Recuerden, un maestro también es un alumno.

Por último, deben ser testigos independientes de las cosas que enseñan y no ser simplemente el eco de las palabras de un manual o de los pensamientos de otras personas. Al deleitarse en las palabras de Cristo y esforzarse por vivir el Evangelio con mayor dedicación que nunca, el Espíritu Santo les manifestará que las cosas que enseñan son verdaderas. Éste es el espíritu de revelación; y este mismo espíritu llevará su mensaje al corazón de aquellos que desean y están dispuestos a recibirlo.

Terminemos ahora donde comenzamos, en la Arboleda Sagrada. Gracias a lo que ocurrió en aquella hermosa mañana de primavera, no hace mucho, tienen derecho a enseñar con el poder y la autoridad de Dios. De esto les doy mi testimonio solemne e independiente; en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Romanos 1:16.
2. Doctrinas y Convenios 11:20.
3. La Primera Presidencia, en *Enseñar el Evangelio a la manera del Señor* (Una guía para) *Ven, Sígueme: Recursos de aprendizaje para jóvenes*, 2012, pág. 2.
4. La Primera Presidencia, en *Enseñar el Evangelio a la manera del Señor*, pág. 2.
5. Véase Doctrina y Convenios 11:21.
6. Véase 1 Tesalonicenses 1:5.
7. Alma 17:2-3.
8. Jeffrey R. Holland, “The Divine Commission” (discurso dado en el Seminario para nuevos presidentes de misión, 26 de junio de 2009, págs. 7 y 8), Biblioteca de Historia Familiar, Salt Lake City; cursiva del original.
9. Doctrina y Convenios 100:6.
10. Marion G. Romney, citado en: *Matrimonio y relaciones familiares: Guía de estudio para el participante*, 2000, pág. 61.



Por el élder Kevin S. Hamilton
De los Setenta

Asidos constantemente

Ruego que continuamente podamos asirnos a la barra de hierro que conduce a la presencia de nuestro Padre Celestial.

Mi padre podía recordar el día, y hasta la hora, en que su familia (su padre, su madre y cuatro hijos) dejó la Iglesia, muchos de ellos para no regresar jamás en esta vida. Él tenía 13 años y era diácono. En aquel entonces, las familias asistían a la Escuela Dominical por la mañana y a la reunión sacramental por la tarde. En un bello día de primavera, tras regresar de los servicios dominicales matutinos de adoración y de comer juntos al mediodía, su madre se volvió a su padre y simplemente le preguntó: “Querido, ¿crees que debemos ir a la reunión sacramental esta tarde o deberíamos llevar a la familia de paseo por el campo?”

A mi padre nunca se le había ocurrido la idea de que hubiera otra opción que ir a la reunión sacramental, así que él y sus tres hermanos adolescentes se irguieron en sus asientos y prestaron mucha atención. Es probable que el paseo por el campo esa tarde de domingo haya sido una actividad familiar agradable, pero aquella pequeña decisión se convirtió en el comienzo de un nuevo rumbo que, en última instancia, alejó a su familia de la Iglesia y de su seguridad, protección y bendiciones, y la condujo por un sendero diferente.

A modo de lección para quienes en la actualidad puedan verse tentados a escoger un sendero diferente, Lehi, un profeta del Libro de Mormón, compartió con su familia una visión en la que “[vio] innumerables concursos de gentes, muchas de las cuales se estaban apremiando a fin de llegar al sendero que conducía al árbol al lado del cual [se] hallaba.

“Y... emprendieron la marcha por el sendero que conducía al árbol.

“Y... surgió un vapor de tinieblas... tanto así que los que habían entrado en el sendero se apartaron del camino, de manera que se desviaron y se perdieron”¹.

Luego Lehi vio un segundo grupo de personas que “se adelantaban, y llegaron y se asieron del extremo de la barra de hierro, y avanzaron a través del vapor de tinieblas, asidos a la barra de hierro, hasta que llegaron y participaron del fruto del árbol”. Lamentablemente, “después de haber comido del fruto del árbol, miraron en derredor de ellos, como si se hallasen avergonzados” a causa de los que estaban en el “edificio grande y espacioso” y que “se hallaban en actitud de estar burlándose y señalando con el dedo a los que habían llegado... y estaban comiendo [del fruto]”. Entonces, estas personas “cayeron en senderos

prohibidos y se perdieron”². Fueron incapaces, o quizás no quisieron, perseverar hasta el fin.

Sin embargo, hubo un tercer grupo que no sólo llegó hasta el árbol de la vida, sino que después no se perdió. De éstos, las Escrituras nos dicen que “siguieron hacia adelante, asidos constantemente a la barra de hierro, hasta que llegaron, y se postraron, y comieron del fruto del árbol”³. Para este grupo, la barra de hierro representaba la única seguridad y protección que podían hallar, y se asieron constantemente a ella, negándose a soltarla aun a cambio de algo tan sencillo como un paseo dominical por el campo.

El élder David A. Bednar enseñó acerca de este grupo: “La frase clave de este versículo es ‘asidos





constantemente' a la barra de hierro... Quizás [este tercer grupo de personas] haya leído y estudiado y escudriñado *constantemente* las palabras de Cristo... Ustedes y yo debemos esforzarnos por ser parte de ese grupo"⁴.

Aquellos que somos miembros de la Iglesia de Dios en la actualidad hemos hecho convenio de seguir a Jesucristo y obedecer los mandamientos de Dios. Al bautizarnos, hicimos convenio de ser testigos del Salvador⁵, de socorrer al débil y al necesitado⁶, de guardar los mandamientos de Dios y de arrepentirnos cuantas veces sea necesario, pues el apóstol Pablo enseñó: "Todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios"⁷.

Cada semana tenemos la oportunidad de asistir a la reunión sacramental, donde podemos renovar estos convenios participando del pan y del agua en la ordenanza de la Santa Cena. Este acto sencillo nos permite renovar una vez más nuestra promesa de seguir a Jesucristo y arrepentirnos cada vez que estemos destituidos. A cambio, Dios nos promete Su Espíritu a modo de guía y protección.

Nuestros misioneros se valen de *Predicad Mi Evangelio* para enseñar que la revelación y el testimonio se reciben cuando asistimos a las reuniones dominicales de la Iglesia: "Al asistir a los servicios de la Iglesia y

adorar juntos, nos fortalecemos unos a otros, somos renovados por nuestra asociación con amigos y familiares y nuestra fe se fortalece al estudiar las Escrituras y al aprender más acerca del Evangelio restaurado"⁸.

Uno podría preguntarse: ¿por qué tenemos tres reuniones independientes los domingos y cuál es la necesidad de cada una? Brevemente echémosle un vistazo a estas tres reuniones:

- La reunión sacramental nos brinda la oportunidad de participar en la ordenanza de la Santa Cena. Renovamos nuestros convenios, recibimos una mayor porción del Espíritu y tenemos la bendición adicional de ser instruidos y edificados por el Espíritu Santo.
- La Escuela Dominical nos permite "[enseñarnos] el uno al otro la doctrina del reino"⁹ para que podamos edificarnos y regocijarnos juntamente¹⁰. Entender las doctrinas del Evangelio restaurado brinda gran poder y paz personal.
- Las reuniones del sacerdocio son una ocasión para que los hombres y los jóvenes "[aprendan] su deber"¹¹ y sean "más perfectamente instruidos"¹². La reunión de la Sociedad de Socorro brinda a las mujeres de la Iglesia la oportunidad

de "aumentar su fe... fortalecer a [sus] familias y... hogares, y ayudar a los necesitados"¹³.

Del mismo modo, las jovencitas y los niños tienen sus propias reuniones y clases donde se les enseña el Evangelio y se les prepara para las responsabilidades importantes que tendrán. En cada una de estas reuniones únicas, y a la vez conectadas, aprendemos la doctrina, sentimos el Espíritu y nos servimos unos a otros. Aunque puede que haya excepciones por motivo de la distancia, el costo de los viajes o problemas de salud, deberíamos esforzarnos por asistir a todas nuestras reuniones dominicales. Les prometo que las tres horas de reuniones de adoración les traerán bendiciones de gran gozo y paz.

Nuestra familia se ha comprometido a asistir siempre a todas las reuniones dominicales. Hemos descubierto que el hacerlo fortalece nuestra fe y profundiza nuestro entendimiento del Evangelio. Hemos aprendido que nos sentimos bien con la decisión de asistir a las reuniones de la Iglesia, en especial cuando volvemos a casa y seguimos guardando el día de reposo; incluso asistimos a todas las reuniones dominicales cuando estamos de vacaciones o de viaje. Una de nuestras hijas nos escribió recientemente para

decirnos que había ido a las reuniones en una ciudad que estaba visitando, y añadió: “Sí, papá, asistí a las tres reuniones dominicales”. Sabemos que fue bendecida por su correcta decisión.

Cada uno de nosotros tenemos muchas decisiones que tomar en cuanto a cómo guardar el día de reposo. Siempre habrá alguna actividad “buena” que podamos y debamos sacrificar a favor de la mejor opción que es asistir a las reuniones de la Iglesia. De hecho, ésta es una de las maneras que el adversario emplea para [engañar nuestras] almas y [conducirnos] astutamente al infierno¹⁴. Él se vale de actividades “buenas” para reemplazar a otras que son “mejores” e incluso “excelentes”¹⁵.

Asirse constantemente a la barra de hierro implica asistir a todas las reuniones dominicales: la reunión sacramental, la Escuela Dominical y las reuniones del sacerdocio o de la Sociedad de Socorro. Los niños y los jóvenes asisten a sus respectivas reuniones de la Primaria, de los Hombres Jóvenes y de las Mujeres Jóvenes. Nunca debemos seleccionar ni escoger a qué reuniones asistir. Sencillamente, nos asimos a la palabra de Dios al adorar y asistir a todas las reuniones dominicales que se nos ofrecen.

Asirse constantemente a la barra implica esforzarse por guardar todos los mandamientos de Dios, tener a diario nuestra oración personal y familiar, y estudiar las Escrituras cada día.

Asirse constantemente forma parte de la doctrina de Cristo, tal y como se enseña en el Libro de Mormón. Ejercemos fe en Jesucristo, nos arrepentimos de nuestros pecados y cambiamos nuestro corazón; entonces Lo seguimos a las aguas del bautismo y recibimos el don del Espíritu Santo, el cual sirve de guía y consolador. Después, como enseñó Nefi, marchamos “adelante,



[deleitándonos] en la palabra de Cristo” hasta el fin de nuestra vida¹⁶.

Mis hermanos y hermanas, somos un pueblo de convenios; hacemos y observamos convenios voluntariamente, y la bendición que se nos promete es que recibiremos “todo lo que [el] Padre tiene”¹⁷. Al asirnos continuamente a la barra mediante la observancia de nuestros convenios, seremos fortalecidos para resistir la tentación y los peligros del mundo. Seremos capaces de navegar por esta vida mortal con todos sus retos hasta que, finalmente, lleguemos al árbol “cuyo fruto es el más precioso y el más apetecible de todos los frutos”¹⁸.

Mi padre fue afortunado por casarse con una buena mujer que lo alentó a regresar a la Iglesia de su juventud y comenzar de nuevo a progresar en el camino. Sus vidas fieles han bendecido a todos sus hijos, a toda una generación de nietos y a la generación actual de bisnietos.

Así como la sencilla decisión de asistir o no a una de las reuniones de adoración del día de reposo marcó una importantísima diferencia en la vida de la familia de mis abuelos, nuestras decisiones diarias afectarán nuestra vida de manera significativa. Una decisión aparentemente pequeña

como el asistir o no a la reunión sacramental puede tener consecuencias a muy largo plazo, incluso eternas.

Ruego que escojamos ser diligentes y obtengamos las grandes bendiciones y protecciones que se reciben al congregarnos juntos y observar los convenios. Ruego que continuamente podamos asirnos a la barra de hierro que conduce a la presencia de nuestro Padre Celestial; es mi oración, en el sagrado nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. 1 Nefi 8:21–23.
2. 1 Nefi 8:24–28.
3. 1 Nefi 8:30; cursiva agregada.
4. David A. Bednar, “Una reserva de agua viva” (Charla fogueira del Sistema Educativo de la Iglesia, 4 de febrero de 2007, pág. 7); speeches.byu.edu.
5. Véase Mosíah 18:9.
6. Véase Doctrina y Convenios 81:5.
7. Romanos 3:23.
8. *Predicad Mi Evangelio: Una guía para el servicio misional*, pág. 76.
9. Doctrina y Convenios 88:77.
10. Véase Doctrina y Convenios 50:22.
11. Doctrina y Convenios 107:99.
12. Doctrina y Convenios 88:78.
13. *Manual 2: Administración de la Iglesia*, 9.1.1.
14. 2 Nefi 28:21.
15. Véase Dallin H. Oaks, “Bueno, mejor, excelente”, *Liahona*, noviembre de 2007, págs. 104–108.
16. 2 Nefi 31:20.
17. Doctrina y Convenios 84:38.
18. 1 Nefi 15:36.



Por el élder Adrián Ochoa

De los Setenta

Miren hacia arriba

Éste es el momento de mirar hacia arriba, a la Fuente de verdad, y asegurarnos de que nuestro testimonio sea fuerte.

Tenía ocho años cuando dos primos y yo tuvimos que ir a un pueblo cercano a comprar provisiones para 15 días. Al pensar ahora en ello, me asombra la gran confianza que mi abuela, mi tía y mi tío tenían en nosotros. El cielo matutino era brillante y radiante mientras cabalgábamos en nuestra pequeña caravana de tres caballos.

En medio de la pradera, se nos ocurrió la brillante idea de desmontar y jugar a las canicas; así que lo hicimos, por un largo rato. Estábamos tan concentrados en el juego, que no vimos las “señales de los tiempos” sobre nuestras cabezas mientras unos nubarrones negros ocultaban el cielo. Para cuando nos dimos cuenta de lo que estaba sucediendo, ni siquiera tuvimos tiempo de montar en los caballos. La fuerte lluvia y el granizo nos golpeaban con tal fuerza que sólo pudimos pensar en desensillar los caballos y cubrirnos bajo las pequeñas mantas de las sillas de montar.

Proseguimos nuestro camino sin caballos, mojados y con frío, procurando avanzar lo más rápido posible. A medida que nos acercábamos a nuestro destino, vimos que la ancha calle que entraba en la ciudad se había inundado y se asemejaba a un río que venía en nuestra dirección.

Nuestra única opción consistió en despojarnos de las mantas con las que nos cubríamos y trepar por la cerca de alambre de púas que rodeaba el pueblo. Ya era tarde por la noche cuando, cansados, adoloridos y empapados, buscamos refugio en la primera casa que vimos al entrar en el poblado. Aquella buena y joven familia nos secó, nos alimentó con unos deliciosos burritos y luego nos ofreció un cuarto sólo para nosotros donde dormir. A los pocos minutos vimos que el piso del cuarto era de tierra, así que se nos ocurrió otra brillante idea. Dibujamos un círculo en el suelo y retomamos la partida de canicas hasta que quedamos dormidos en el suelo.

Éramos niños y sólo pensábamos en nosotros mismos. Nunca pensamos en nuestros seres queridos que nos buscaban desesperados allá en nuestro hogar. De haberlo hecho, jamás habríamos retrasado el viaje con una actividad tan banal. Y si hubiéramos sido más sabios, habríamos mirado al cielo, habríamos visto las nubes formándose y habríamos acelerado el paso para adelantarnos a la tormenta. Ahora que tengo algo más de experiencia, siempre me recuerdo a mí mismo: “No te olvides de mirar hacia arriba”.

Aquella experiencia con mis primos me enseñó a prestar atención a las

señales de nuestros tiempos. Vivimos en los días atribulados y peligrosos que describió Pablo: “Habrá hombres amadores de sí mismos... desobedientes a sus padres, ingratos, impíos... calumniadores, sin dominio propio... amadores de los deleites más que de Dios” (2 Timoteo 3:2-4).

Refiriéndose a estos tiempos, el élder Dallin H. Oaks declaró: “Tenemos que hacer preparativos tanto temporales como espirituales... y la preparación que es más probable que descuidemos es la menos visible y la más difícil: la espiritual” (“La preparación para la Segunda Venida”, *Liahona*, mayo de 2004, pág. 9). En otras palabras, no descuidemos el mirar hacia arriba.

Dada la urgente necesidad de preparación espiritual en una época tan peligrosa, deseo alzar la voz de amonestación acerca de una marcada “señal de los tiempos”. Mi vida profesional me puso en la primera línea de la tecnología, por lo que reconozco su valía, en especial en el ámbito de la comunicación. Tenemos muchísima información a nuestro alcance. No obstante, el internet también está lleno de cosas inmundas y engañosas. La tecnología ha acrecentado nuestra libertad de expresión, pero también concede a un bloguero poco preparado, cierta falsa credibilidad basada en el número de visitas de su publicación. Es por eso que, ahora más que nunca, debemos recordar este principio eterno: “Por sus frutos los conoceréis” (Mateo 7:20).

En particular, los insto a que no vean imágenes obscenas ni presten atención a los falsos acusadores de Cristo y del profeta José Smith. Ambos hechos crean el mismo efecto: perdemos el Espíritu Santo, así como Su poder protector y Su sostén, y el vicio y la infelicidad pasan a ocupar su lugar.



Brasilia, Brasil

Mis queridos hermanos y hermanas, si alguna vez se cruzan con algo que les haga dudar de su testimonio del Evangelio, les suplico que miren hacia arriba. Dirijan la vista a la Fuente de toda sabiduría y verdad. Nutran su fe y testimonio con la palabra de Dios. En el mundo hay quienes procuran minar la fe de ustedes mezclando mentiras con verdades a medias. Es por eso que es absolutamente vital que permanezcan dignos del Espíritu de manera constante. El compañerismo del Espíritu Santo no es una simple conveniencia grata: es esencial para su supervivencia espiritual. Si atesoran las palabras de Cristo y dan oído a las impresiones del Espíritu, no serán engañados (véase José Smith—Mateo 1:37). Debemos hacer estas cosas.

Jesucristo, que era perfecto, y José Smith, que admitió que no lo era, murieron a manos de falsos acusadores que no quisieron aceptar el testimonio de ellos. ¿Cómo podemos saber que su testimonio es verdadero, que Jesucristo es el Hijo de Dios y que José Smith es un profeta verdadero?

“Por sus frutos los conoceréis”.

¿Puede un fruto bueno crecer en un árbol malo? Sé por mí mismo que mi Redentor ha perdonado mis pecados y me ha liberado de mi propio yugo, llevándome a un estado de felicidad que no sabía que existiera. Sé por mí mismo que José Smith fue un profeta

porque he puesto en práctica la sencilla promesa del Libro de Mormón: “... preguntéis a Dios el Eterno Padre, en el nombre de Cristo... y si pedís con un corazón sincero, con verdadera intención, teniendo fe en Cristo, él os manifestará la verdad... por el poder del Espíritu Santo” (Moroni 10:4). O dicho con sencillez: miren hacia arriba.

Tal vez haya quienes sugieran que ustedes deben tener evidencia física a fin de creer en la resurrección de Cristo o en la veracidad de Su evangelio restaurado. A ellos les cito las palabras que Alma le declaró a Korihor, quien trataba de convencer a la gente de que no creyera: “Ya has tenido bastantes señales; ¿quieres tentar a tu Dios? ¿Dirás: Muéstrame una señal, cuando tienes el testimonio de todos estos tus hermanos, y también de todos los santos profetas? Las Escrituras están delante de ti” (Alma 30:44).

Ustedes y yo somos evidencia viviente de la redención del Salvador. Somos evidencia viviente del ministerio del Profeta José y de la fidelidad de los primeros santos que permanecieron fuertes en su testimonio. La Iglesia de Jesucristo se ha extendido por todo el mundo y está creciendo como nunca, recibida, como en la época de Cristo, por personas humildes que no necesitan ver ni tocar para creer.

Nadie sabe cuándo volverá el Señor, pero los tiempos peligrosos se

ciernen ya sobre nosotros. Éste es el momento de mirar hacia arriba, a la Fuente de verdad, y asegurarnos de que nuestro testimonio sea fuerte.

Volviendo a mi relato, mis primos y yo nos despertamos a una mañana con un sol radiante y un cielo hermoso. Un hombre tocó la puerta buscando a tres niños perdidos. Nos puso sobre los caballos y emprendimos el camino de regreso a casa por la misma pradera. Jamás olvidaré lo que vimos durante el trayecto de vuelta a casa: una multitud de personas que había estado buscándonos durante toda la noche con sus tractores y vehículos atorados en el lodo. Allí habían encontrado una silla de montar y uno de los caballos; y nada más vernos de regreso a casa pude percibir su alivio y su amor. En la entrada del pueblo, mucha gente nos estaba esperando, y delante de todos ellos estaban mi amorosa abuela, mi tío y mi tía. Nos abrazaron y lloraron, rebosantes de alegría por haber encontrado a sus niños perdidos. Qué gran recordatorio es para mí de que nuestro amoroso Padre Celestial está al tanto de nosotros y aguarda ansioso nuestro regreso a casa.

Hay señales de tormentas que se forman a nuestro alrededor. Miremos hacia arriba y preparémonos. La seguridad reside en un testimonio fuerte. Apreciemos y fortalezcamos nuestro testimonio a diario.

Sé que podemos vivir como familias por la eternidad, que nuestro amoroso Padre Celestial nos está esperando a nosotros, Sus hijos, con los brazos abiertos. Sé que Jesucristo, nuestro Rescatador, vive. Al igual que Pedro, ni carne ni sangre me lo ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos (véase Mateo 16:15–19). En el sagrado nombre de Jesucristo. Amén. ■



Por el élder Terence M. Vinson
De los Setenta

Acercarse más a Dios

Nuestro Salvador desea que realmente Lo amemos, al punto que deseemos alinear nuestra voluntad con la de Él.

Nuestro nieto de seis años, Oli, que cariñosamente me llama “Poppy”, tenía que buscar algo en el auto. Su padre, que estaba dentro de la casa, sin que Oli se diera cuenta, abrió la puerta del auto con el control remoto mientras Oli se acercaba al auto, y luego la cerró cuando Oli terminó. Oli entonces corrió al interior con una gran sonrisa.

Toda la familia le preguntó: “¿Cómo hiciste para que la puerta del auto se abriera y se cerrara?”. Él sólo sonrió.

Nuestra hija, su madre, dijo: “¡Tal vez es como cuando Poppy lo hace; tal vez tienes poderes mágicos como él!”.

Cuando sucedió una segunda vez, unos minutos más tarde, su respuesta a preguntas sobre su nueva capacidad fue: “¡Es sorprendente! ¡Creo que es porque Poppy me ama y es uno de mis mejores amigos, y él me cuida!”

He tenido la bendición de saber de cosas verdaderamente milagrosas que han ocurrido en la vida de los santos fieles a lo largo de África, Papúa Nueva Guinea, Australia, Nueva Zelanda y las Islas del Pacífico. Estoy de acuerdo con Oli; creo que eso es porque esas personas fieles sienten lo mismo por nuestro Padre Celestial y el Salvador que lo que Oli siente por mí. Ellos aman a Dios como un amigo cercano y Él cuida de ellos.

Los miembros de esta Iglesia tienen derecho a recibir, y muchos reciben, un testimonio del Espíritu y hacen convenios sagrados para seguir al Señor. Sin embargo, a pesar de ello, algunos se dirigen hacia Él mientras que otros no. ¿En qué categoría están ustedes?

Dios debe ser el centro de nuestro universo: literalmente nuestro punto central de enfoque. ¿Lo es? o ¿se encuentra Él a veces muy lejos de los pensamientos e intenciones de nuestro corazón? (véase Mosías 5:13). Observen que no son sólo los pensamientos de nuestro corazón que son importantes, sino también las “intenciones”. ¿Cómo reflejan nuestro comportamiento y nuestras acciones la integridad de nuestras intenciones?

Nuestro hijo Ben, cuando tenía 16 años y estaba discursando en una conferencia de estaca, hizo la pregunta: “¿Cómo te sentirías si alguien te prometiera algo cada semana y nunca cumpliera la promesa?”. Él continuó: “¿Tomamos seriamente la promesa que hacemos al tomar la Santa Cena y al hacer el convenio de guardar Sus mandamientos y recordarle siempre?”.

El Señor proporciona maneras para ayudarnos a recordarlo, a Él y a Sus poderes sustentadores. Una manera es

por medio de la adversidad, algo que todos experimentamos (véase Alma 32:6). Cuando pienso en las dificultades que he afrontado, es evidente que, como resultado, he crecido y obtenido comprensión y empatía; me han acercado más a mi Padre Celestial y a Su Hijo, y han grabado en mi corazón experiencia y refinamiento.

La guía e instrucción del Señor son esenciales. Él ayudó al fiel hermano de Jared a resolver uno de sus dos desafíos, cuando Él le dijo cómo obtener aire fresco en los barcos que con fidelidad habían sido construidos (véase Éter 2:20). Con toda intención, el Señor no sólo dejó provisionalmente sin resolver el desafío de cómo iluminar los barcos, sino que luego dejó claro que Él, el Señor, permitiría que ellos pasaran por las pruebas y dificultades necesarias para su resolución. Sería Él quien enviaría los vientos, las lluvias y las inundaciones (véase Éter 2:23–24).

¿Por qué lo haría? y ¿por qué nos advierte que nos alejemos de un peligro cuando simplemente podría impedir que el peligro sucediera? El presidente Wilford Woodruff contó el relato de cuando se le advirtió espiritualmente que moviera el carruaje



en el cual él, su esposa e hijo dormían, y poco después un remolino de viento arrancó un árbol grande que cayó exactamente donde había estado el carruaje (véase *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Wilford Woodruff*, 2004, pág. 48).

En ambos casos, se podría haber cambiado el clima para eliminar los peligros. Pero aquí está lo importante: en vez de resolver el problema Él mismo, el Señor quiere que desarrollemos la fe que nos ayudará a depender de Él para resolver nuestros problemas y confiar en Él. Entonces podremos sentir Su amor más constantemente, con más poder, más claramente y de manera más personal; llegaremos a estar unidos con Él, y podremos llegar a ser como Él. Su objetivo es que seamos como Él. De hecho, es Su gloria, así como Su obra (véase Moisés 1:39).

Un niño estaba tratando de alisar el área de tierra detrás de su casa para poder jugar con sus autos. Había una gran roca obstruyendo su trabajo. El niño empujó y tiró con todas sus fuerzas, pero sin importar cuánto lo intentó, la roca no se movió.

Su padre observó por un rato y luego se acercó a su hijo y dijo: “Tienes que usar todas tus fuerzas para mover una roca tan grande”.

El niño respondió: “¡He utilizado todas mis fuerzas!”.

Su padre lo corrigió: “No lo has hecho. ¡Yo todavía no te he ayudado!”.

Entonces se agacharon juntos y movieron la roca con facilidad.

Al padre de mi amigo Vaiba Roma, el primer presidente de la Estaca Papúa Nueva Guinea, también se le enseñó que podía acudir a su Padre Celestial en momentos de necesidad. Él y aquellos que vivían en la aldea sobrevivían sólo por medio de lo que cosechaban. Un día, encendió fuego



Colleyville, Texas

para limpiar su parte de las tierras de la aldea para el sembrado. Sin embargo, previo a ello habían pasado por un período de mucho calor y la vegetación estaba muy seca; el fuego que prendió se extendió hasta ser un incendio del tipo que el presidente Thomas S. Monson, nuestro profeta, describió en la última Conferencia General (véase “La obediencia trae bendiciones”, *Liahona*, mayo de 2013, págs. 89–90). Comenzó a extenderse a las praderas y arbustos y, en palabras de su hijo, produjo “un gran monstruo de fuego”. Él temía por las demás personas de la aldea y la posible pérdida de sus cosechas, porque si eso pasaba la justicia de la aldea lo condenaría. No siendo capaz de apagar el fuego, se acordó del Señor.

Ahora vuelvo a citar a su hijo, mi amigo: “Se arrodilló sobre la colina en los arbustos y comenzó a orar a nuestro Padre Celestial para que apagara el fuego. De repente, apareció una gran nube negra arriba, donde él estaba orando, y llovió muy fuerte, pero sólo donde ardía el fuego. Cuando miró a su alrededor el cielo estaba despejado en todas partes, excepto donde

ardían las llamas. Él no podía creer que el Señor contestara a un hombre tan sencillo como él, y nuevamente se arrodilló y lloró como un niño. Dijo que fue el más dulce de los sentimientos” (véase Alma 36:3).

Nuestro Salvador desea que realmente Lo amemos, al punto de que deseemos alinear nuestra voluntad con la de Él. Entonces podremos sentir Su amor y conocer Su gloria. Entonces Él puede bendecirnos como lo desee. Esto le sucedió a Nefi, hijo de Helamán, que llegó al punto en el cual el Señor confiaba en él completamente y, debido a eso, pudo bendecirlo con todo lo que pidió (véase Helamán 10:4–5).

En *La vida de Pi*, el libro de ficción de Yann Martel, el héroe expresa sus sentimientos acerca de Cristo: “No pude sacarlo de mi cabeza. Aún no he podido. Pasé tres días completos pensando en Él. Cuanto más me molestaba, menos podía olvidarlo; y cuanto más aprendí acerca de Él, menos quise dejarlo” (2001, pág. 57).

Eso es exactamente lo que siento acerca del Salvador. Él siempre está cerca, especialmente en lugares

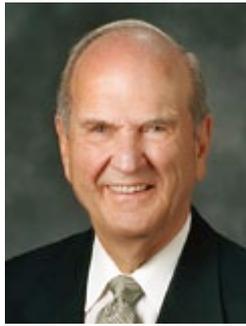
sagrados y en momentos de necesidad; y a veces, cuando menos lo espero, siento casi como si Él me tocara el hombro para hacerme saber que me ama. Puedo devolver ese amor a mi manera imperfecta al ofrecerle mi corazón (véase D. y C. 64:22, 34).

Hace sólo unos meses, me senté con el élder Jeffrey R. Holland mientras él asignaba a los misioneros a sus misiones. Al irnos, me esperó, y mientras caminábamos colocó su brazo sobre mi hombro. Le comenté que él también había hecho eso una vez en Australia. Él dijo: “Eso es porque te amo”; y supe que era verdad.

Creo que si tuviéramos el privilegio de caminar físicamente con el Salvador, sentiríamos Su brazo sobre nuestro hombro. Al igual que los discípulos que se dirigían hacia Emaús, nuestros corazones “[arderían] en nosotros” (Lucas 24:32). Éste es Su mensaje: “Venid y ved” (Juan 1:39). La invitación a caminar con Su brazo alrededor de nuestros hombros es personal, agradable y acogedora.

Que todos nos sintamos tan seguros como Enós, tal como se refleja en el último versículo de su breve pero profundo libro: “Y me regocijo en el día en que mi ser mortal se vestirá de inmortalidad, y estaré delante de él; entonces veré su faz con placer, y él me dirá: Ven a mí, tú, que bendito eres; hay un lugar preparado para ti en las mansiones de mi Padre” (Enós 1:27).

Debido a la gran cantidad de experiencias y el poder con que el Espíritu me ha testificado a mí, les testifico con absoluta certeza que Dios vive. Siento Su amor. Es el más dulce de los sentimientos. Que hagamos lo que sea necesario para alinear nuestra voluntad con la de Él y Lo amemos de verdad. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■



Por el élder Russell M. Nelson
Del Quórum de los Doce Apóstoles

Decisiones para la eternidad

El uso sabio de la libertad para tomar sus propias decisiones es crucial para su crecimiento espiritual, ahora y en la eternidad.

Mis queridos hermanos y hermanas, cada día es un día de decisiones. El presidente Thomas S. Monson nos ha enseñado que “las decisiones determinan el destino”¹. El uso sabio de la libertad para tomar sus propias decisiones es crucial para su crecimiento espiritual, ahora y en la eternidad. Nunca serán demasiado jóvenes para aprender, ni demasiado viejos para cambiar. El deseo que tienen de aprender y de cambiar proviene del anhelo divinamente infundido de progresar eternamente². Cada día brinda la oportunidad de tomar decisiones para la eternidad.

Somos seres eternos: hijos en espíritu de Padres Celestiales. La Biblia dice que “creó Dios al hombre a su imagen... varón y hembra los creó”³. Hace poco, escuché un coro de niños cantar la querida canción “Soy un hijo de Dios”⁴, y me pregunté: “¿Por qué no he escuchado a más madres y fieles padres cantar esa canción?”. ¿Acaso no somos *todos* hijos de Dios? En realidad, ¡ninguno de nosotros *jamás* dejará de ser hijo de Dios!

Como hijos de Dios, debemos amarlo con todo el corazón y toda el

alma, incluso más de lo que amamos a nuestros padres terrenales⁵. Debemos amar a nuestro prójimo como hermanos y hermanas. No hay ningún otro mandamiento que sea mayor que éstos⁶. Y siempre debemos venerar el valor de la vida humana, en todas sus muchas etapas.

En las Escrituras se nos enseña que el cuerpo y el espíritu constituyen el alma del hombre⁷. Como ser dual, cada uno de ustedes puede agradecer a Dios los dones invaluablemente de su cuerpo y de su espíritu, los cuales Él les ha dado.

El cuerpo humano

Mi vida profesional como médico me dio un profundo respeto por el cuerpo humano. Fue creado por Dios como un don para ustedes y ¡es absolutamente increíble! Piensen en los ojos que ven, los oídos que escuchan y los dedos que sienten todas las maravillosas cosas a su alrededor. Su cerebro les permite aprender, pensar y razonar. Su corazón bombea sin descanso día y noche, casi sin que ustedes se den cuenta⁸.

El cuerpo se protege a sí mismo.



- La forma en que decidan cuidar y utilizar su cuerpo
- Los atributos espirituales que decidan cultivar

El espíritu humano

Su espíritu es un ser eterno. El Señor le dijo a Su profeta Abraham: "...fuiste escogido antes de nacer"¹⁵. El Señor dijo algo similar en cuanto a Jeremías¹⁶ y muchas otras personas¹⁷. Incluso lo dijo de ustedes¹⁸.

Su Padre Celestial los ha conocido por mucho tiempo. Ustedes, como Sus hijos o hijas, fueron escogidos por Él para venir a la tierra precisamente en esta época, para ser líderes en Su gran obra sobre la tierra¹⁹. Se los escogió, *no* por sus características corporales, sino por sus atributos *espirituales*, tales como la valentía, la intrepidez, la integridad de corazón, la sed de la verdad, el hambre de sabiduría y el deseo de servir a los demás.

Ustedes cultivaron algunos de esos atributos en la vida premortal. Los demás los pueden cultivar aquí en la tierra²⁰ a medida que los procuren con persistencia²¹.

Un atributo espiritual fundamental es el del autodomínio: la fuerza para poner el razonamiento por encima del apetito. El autodomínio crea una conciencia fuerte, y su conciencia determina sus respuestas morales en situaciones difíciles, tentadoras y complicadas. El ayuno ayuda a su espíritu a cultivar el dominio sobre los apetitos físicos. El ayuno también aumenta su acceso a la ayuda divina, ya que intensifica sus oraciones. ¿Por qué hay necesidad de autodomínio? Dios implantó en nosotros fuertes apetitos de afecto y de amor, los cuales son vitales para que la familia humana se perpetúe²². Cuando dominamos nuestros apetitos dentro de los límites de las leyes de Dios, podemos disfrutar

El dolor viene como un aviso de que algo está mal y que requiere atención. Hay enfermedades infecciosas que atacan de vez en cuando y, cuando lo hacen, se forman anticuerpos que aumentan la resistencia a infecciones posteriores.

El cuerpo se repara solo; las heridas y los moretones sanan; los huesos rotos pueden llegar a recuperar su fuerza. He citado sólo una pequeña muestra de las muchas e increíbles cualidades del cuerpo que Dios les ha dado.

Aun así, parece que en toda familia, si no en toda persona, existen algunas condiciones físicas que requieren atención especial⁹. El Señor ha dado el modelo para enfrentar los desafíos de este tipo. Él dijo: "Doy a los hombres debilidad para que sean humildes... porque si se humillan... y tienen fe en mí, entonces haré que las cosas débiles sean fuertes para ellos"¹⁰.

Con frecuencia, hay espíritus estelares que se alojan en cuerpos imperfectos¹¹. El don de esa clase de cuerpo puede, en realidad, fortalecer a una familia cuando los padres y los hermanos, de su propia voluntad,

organizan su vida para acomodar a ese hijo o hija que nació con necesidades especiales.

El proceso de envejecimiento también es un don de Dios, lo mismo que la muerte. La muerte final del cuerpo terrenal es esencial en el gran plan de felicidad¹² de Dios. ¿Por qué? Porque la muerte permitirá que su espíritu regrese a casa, a Él¹³. Desde una perspectiva eterna, la muerte sólo es prematura para quienes no estén preparados para comparecer ante Dios.

Siendo que el cuerpo es una parte tan vital del plan eterno de Dios, no es de extrañar que el apóstol Pablo lo describiera como un "templo de Dios"¹⁴. Cada vez que se miran en el espejo, vean su cuerpo como un templo. Esa verdad —renovada con gratitud cada día— puede influir en forma positiva en sus decisiones sobre la forma en que cuidarán su cuerpo y la manera en que lo utilizarán; y esas decisiones determinarán su destino. ¿Por qué? Porque su cuerpo es el templo de su espíritu, y la manera en que utilizan su cuerpo afecta a su espíritu. Entre las decisiones que determinarán su destino eterno se encuentran las siguientes:



de una vida más larga, un amor más profundo y un gozo consumado²³.

No es de sorprenderse, entonces, que la mayoría de las tentaciones para que nos alejemos del plan de felicidad de Dios vengan a través del mal uso de esos apetitos esenciales que Dios nos dio. No siempre es fácil controlar nuestros apetitos. No hay ninguno de entre de nosotros que los domine a la perfección²⁴. Se cometen errores, equivocaciones y pecados. ¿Qué podemos hacer entonces? Podemos aprender de ellos, y podemos arrepentirnos sinceramente²⁵.

Podemos cambiar nuestra conducta; incluso nuestros deseos pueden cambiar ¿Cómo? Solamente hay una manera. El verdadero cambio, el cambio permanente, sólo viene mediante el poder sanador, limpiador y habilitador de la expiación de Jesucristo²⁶. Él los ama, ¡a cada uno de ustedes!²⁷. Él les permite tener acceso a Su poder conforme guarden Sus mandamientos con firmeza, sinceridad y exactitud. Es así de sencillo y de seguro. ¡El evangelio de Jesucristo es un Evangelio de cambio!²⁸.

Un espíritu humano fuerte, que tiene control de los apetitos de la carne, es dueño de sus emociones y pasiones, y no es esclavo de ellas. ¡Ese tipo de libertad es tan vital para el espíritu como lo es el oxígeno para el cuerpo! ¡La libertad de la esclavitud que uno se impone a sí mismo es la verdadera liberación!²⁹.

Somos “libres para escoger la libertad y la vida eterna... o escoger la cautividad, [la miseria] y la muerte”³⁰. Cuando elegimos el camino más

elevado hacia la libertad y la vida eterna, ese camino incluye el matrimonio³¹. Los Santos de los Últimos Días proclaman que “el matrimonio entre el hombre y la mujer es ordenado por Dios” y que “la familia es fundamental en el plan del Creador para el destino eterno de Sus hijos”. También sabemos que “el ser hombre o el ser mujer es una característica esencial de la identidad y del propósito premortales, mortales y eternos de la persona”³².

El matrimonio entre el hombre y la mujer es fundamental en la doctrina del Señor, y es crucial en el plan eterno de Dios. El matrimonio entre el hombre y la mujer es el modelo de Dios para tener una vida plena en la tierra y en el cielo. No se puede abusar, malentender ni malinterpretar el modelo de Dios en cuanto al matrimonio³³; si es que se desea el verdadero gozo. El modelo de Dios para el matrimonio protege el poder sagrado de la procreación y el gozo de la verdadera intimidad matrimonial³⁴. Sabemos que Dios unió en matrimonio a Adán y a Eva antes de que experimentaran el gozo de unirse como marido y mujer³⁵.

En nuestros días, los gobiernos civiles tienen interés particular en proteger el matrimonio porque las familias fuertes constituyen la mejor manera de proveer para la salud, la educación, el bienestar y la prosperidad de las nuevas generaciones³⁶. Sin embargo, los gobiernos civiles se ven muy influenciados por las tendencias sociales y las filosofías seculares cuando escriben, modifican y ejecutan las leyes. Independientemente de qué leyes civiles se aprueben, la doctrina

del Señor concerniente al matrimonio y la moralidad *no se puede cambiar*³⁷. Recuerden: el pecado, aunque el hombre lo legalice, ¡sigue siendo pecado a los ojos de Dios!

Aunque debemos emular la bondad y la compasión del Salvador, y aunque debemos valorar los derechos y los sentimientos de todos los hijos de Dios, no podemos cambiar Su doctrina. No es nuestra para cambiarla. Nuestra responsabilidad en cuanto a Su doctrina es estudiarla, entenderla y defenderla.

El modo de vida del Salvador es bueno. Su modo incluye la castidad antes del matrimonio y la fidelidad total dentro del matrimonio³⁸. El modo del Señor es la única forma de tener felicidad perdurable. Su modo brinda consuelo constante a nuestra alma y paz perpetua a nuestro hogar. Y lo mejor de todo, Su modo nos conduce a nuestro hogar junto a Él y a nuestro Padre Celestial, a la vida eterna y la exaltación³⁹. Ésta es la esencia misma de la obra y la gloria de Dios⁴⁰.

Mis queridos hermanos y hermanas, cada día es un día de decisión, y las decisiones que tomamos determinan nuestro destino. Algún día, cada uno de nosotros comparecerá ante el Señor para ser juzgados⁴¹ y tendremos una entrevista personal con Jesucristo⁴². Daremos cuenta de las decisiones que tomamos en cuanto a nuestro cuerpo, nuestros atributos espirituales y la forma en que honramos el modelo de Dios para el matrimonio y la familia. Ruego sinceramente que cada día tomemos decisiones sabias para la eternidad. Es mi oración, en el sagrado nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Thomas S. Monson, “Las decisiones determinan nuestro destino”, Charla fogonera del Sistema Educativo de la

- Iglesia, 6 de noviembre de 2005, pág. 3; speeches.byu.edu.
2. W. W. Phelps captó bien el concepto del progreso eterno en el texto del himno "If You Could Hie to Kolob" (*Hymns*, N° 284). La cuarta estrofa dice: "La virtud no tiene fin;/ El poder no tiene fin;/ La sabiduría no tiene fin;/ La luz no tiene fin;/ La unión no tiene fin;/ La juventud no tiene fin;/ El sacerdocio no tiene fin;/ La verdad no tiene fin". Y la quinta estrofa termina de esta manera: "La gloria no tiene fin;/ El amor no tiene fin;/ La existencia no tiene fin;/ En el cielo muerte no hay".
 3. Génesis 1:27; véanse también Colosenses 3:10; Alma 18:34; Éter 3:15; Moisés 6:9.
 4. "Soy un hijo de Dios", *Himnos*, N° 196.
 5. Véase Mateo 10:37.
 6. Véase Marcos 12:30-31.
 7. Véase Doctrina y Convenios 88:15.
 8. En el cuerpo también funcionan otros mecanismos que Dios nos dio. Elementos como el sodio, el potasio y el calcio, y compuestos como el agua, la glucosa y las proteínas son esenciales para la supervivencia. El cuerpo maneja gases como el oxígeno y el dióxido de carbono; produce hormonas como la insulina, la adrenalina y la tiroxina. Los niveles de éstos y muchos otros componentes se regulan automáticamente dentro de ciertos límites. La relación entre las glándulas del cuerpo se controla y regula automáticamente. Por ejemplo, la glándula pituitaria en la base del cerebro emite una hormona que estimula la corteza suprarrenal a fin de producir hormonas corticoadrenales. El aumento de los niveles de hormonas corticoadrenales a su vez suprime la producción de la hormona estimulante en la pituitaria, y viceversa. El cuerpo se mantiene a una temperatura normal de 98.6 °F o 37 °C, ya sea que uno esté en el ecuador o en el Polo Norte.
 9. Algunas condiciones son fáciles de ver; otras están latentes. Algunas son hereditarias, mientras que otras no. Algunas personas están predispuestas al cáncer, otras tienen alergias, etc. Todos podemos estar alertas a nuestras propias debilidades y humildemente aprender lo que el Señor desea enseñarnos, a fin de que la debilidad se convierta en fortaleza.
 10. Éter 12:27.
 11. Algunas condiciones no se corregirán completamente hasta la resurrección, cuando "todo será restablecido a su propia y perfecta forma" (Alma 40:23).
 12. Véase Alma 42:8.
 13. El salmista escribió: "Estimada ante los ojos de Jehová es la muerte de sus santos (Salmos 116:15). La muerte es preciada porque, para el santo, es una celebración al volver a casa junto al Señor.
 14. 1 Corintios 3:16; véase también 6:19.
 15. Abraham 3:23.
 16. Véase Jeremías 1:5.
 17. Véase Alma 13:2-3.
 18. Véase Doctrina y Convenios 138:55-56.
 19. Véase Alma 13:2-3; Doctrina y Convenios 138:38-57.
 20. Los atributos de "la fe, la virtud, el conocimiento, la templanza, la paciencia, la bondad fraternal, piedad, caridad, humildad [y] diligencia" (Doctrina y Convenios 4:6) están entre los dones espirituales que podemos cultivar y que se nos pueden otorgar. La gratitud es otro atributo espiritual que se puede cultivar. La gratitud influye en el estado de ánimo y en la productividad. Y cuando uno ha "nacido espiritualmente de Dios", puede recibir con gratitud Su imagen en el rostro (véase Alma 5:14).
 21. Véase 1 Corintios 12; 14:1-12; Moroni 10:8-19; Doctrina y Convenios 46:10-29.
 22. Algunos se ven tentados a comer demasiado. "La obesidad ha alcanzado proporciones epidémicas mundialmente; por lo menos 2,8 millones de personas mueren cada día como resultado del sobrepeso" (Organización Mundial de la Salud, "10 Facts on Obesity", marzo de 2013, www.who.int/features/factfiles/obesity/en). Otros se ven tentados a comer muy poco. La anorexia y la bulimia dejan destrozadas muchas vidas, matrimonios y familias. Y algunos se ven tentados por los apetitos sexuales prohibidos por nuestro Creador. En el *Manual 2: Administración de la Iglesia* dice: "La ley de castidad del Señor es la abstinencia de relaciones sexuales fuera del matrimonio lícito, así como la fidelidad dentro del matrimonio... El adulterio, la fornicación, las relaciones homosexuales y lesbianas, y cualquier otra práctica impia, antinatural o impura son pecaminosas". Citando todavía del manual: "La conducta homosexual viola los mandamientos de Dios, es contraria a los propósitos de la sexualidad humana y priva a las personas de las bendiciones que se pueden hallar en la vida familiar y en las ordenanzas salvadoras del Evangelio... Aunque se opone a la conducta homosexual, la Iglesia tiende una mano de entendimiento y respeto hacia las personas que se sienten atraídas hacia personas del mismo sexo" (2010, 21.4.5, 21.4.6).
 23. Véanse 1 Corintios 6:9-20; Santiago 1:25-27; Doctrina y Convenios 130:20-21. Y siempre debemos recordar que "existen los hombres para que tengan gozo" (2 Nefi 2:25).
 24. La vida mortal es un período de prueba, tal como se explica en las Escrituras: "...y con esto los probaremos, para ver si harán todas las cosas que el Señor su Dios les mandare" (Abraham 3:25).
 25. Véanse Mosiah 4:10; Alma 39:9; Helamán 15:7. El *Manual 2* incluye este mensaje: "La conducta homosexual puede perdonarse por medio de un arrepentimiento sincero" (21.4.6).
 26. Mediante la expiación de Jesucristo y la obediencia a los principios del Evangelio, todo el género humano puede salvarse (véase Doctrina y Convenios 138:4; Artículos de Fe 1:3).
 27. Véanse Éter 12:33-34; Moroni 8:17.
 28. Véanse Mosiah 5:2; Alma 5:12-14.
 29. Véanse Romanos 8:13-17; Gálatas 5:13-25; Doctrina y Convenios 88:86.
 30. 2 Nefi 2:27.
 31. Véase Doctrina y Convenios 131:1-4.
 32. "La familia: Una Proclamación para el Mundo", *Liahona*, noviembre de 2010, pág. 129.
 33. Véanse Mateo 19:4-6; Mosiah 29:26-27; Helamán 5:2.
 34. Toda persona nace con una identidad, cromosomas y ADN (ácido desoxirribonucleico) únicos. El ADN es una molécula que codifica instrucciones genéticas que se utilizan en el desarrollo y la función de las células vivientes. El ADN de cada persona se crea cuando el ADN del padre y el de la madre se combinan para crear el ADN de un cuerpo nuevo: una asociación entre el padre, la madre y el hijo.
 35. Véanse Génesis 2:24-25; 3:20-21; 4:1-2, 25.
 36. El Dr. Patrick F. Fagan escribió: "El elemento constitutivo indispensable sobre el que las fortunas de la economía depende es la familia de padres casados, especialmente la familia con hijos que rinde culto [a Dios] cada semana. Todo matrimonio crea una nueva familia, una unidad económica independiente que genera ingresos, que gasta, ahorra e invierte" (*The Family GDP: How Marriage and Fertility Drive the Economy*, *The Family in America*, tomo 24, N° 2, primavera de 2010, pág. 136).
 37. Véanse Éxodo 20:14; Levítico 18:22; 20:13; Deuteronomio 5:18; Mateo 5:27-28; Marcos 10:19; Lucas 18:20; Romanos 1:26-27; 13:9; Mosiah 13:22; 3 Nefi 12:27-28; Doctrina y Convenios 42:24; 59:6.
 38. Véase Gordon B. Hinckley, "...pues no se ha hecho esto en algún rincón", *Liahona*, enero de 1997, pág. 54.
 39. Véase Doctrina y Convenios 14:7.
 40. Véase Moisés 1:39.
 41. Véanse 2 Nefi 9:41, 46; Mosiah 16:10.
 42. Seremos juzgados de acuerdo con nuestras obras y los deseos de nuestro corazón (véase Doctrina y Convenios 137:9; véanse también Hebreos 4:12; Alma 18:32; Doctrina y Convenios 6:16; 88:109).



Por el presidente Thomas S. Monson

Hasta que nos volvamos a ver

Que mostremos más bondad los unos a los otros, y que siempre estemos embarcados en la obra del Señor.

Mis hermanos y hermanas, mi corazón está henchido al concluir esta maravillosa conferencia general de la Iglesia. Hemos sido alimentados espiritualmente al escuchar los consejos y testimonios de

las personas que han participado en cada sesión.

Hemos sido bendecidos al reunirnos aquí, en este magnífico Centro de Conferencias en paz y seguridad. La cobertura de esta conferencia ha sido

sin precedentes, cruzando continentes para llegar a toda persona en todo lugar. Aunque físicamente estemos lejos de muchos de ustedes, sentimos su espíritu.

A las Autoridades Generales que han sido relevadas en esta conferencia, les expreso un profundo agradecimiento de parte de toda la Iglesia por sus años de servicio devoto. Son innumerables las personas que han sido bendecidas gracias a sus contribuciones a la obra del Señor.

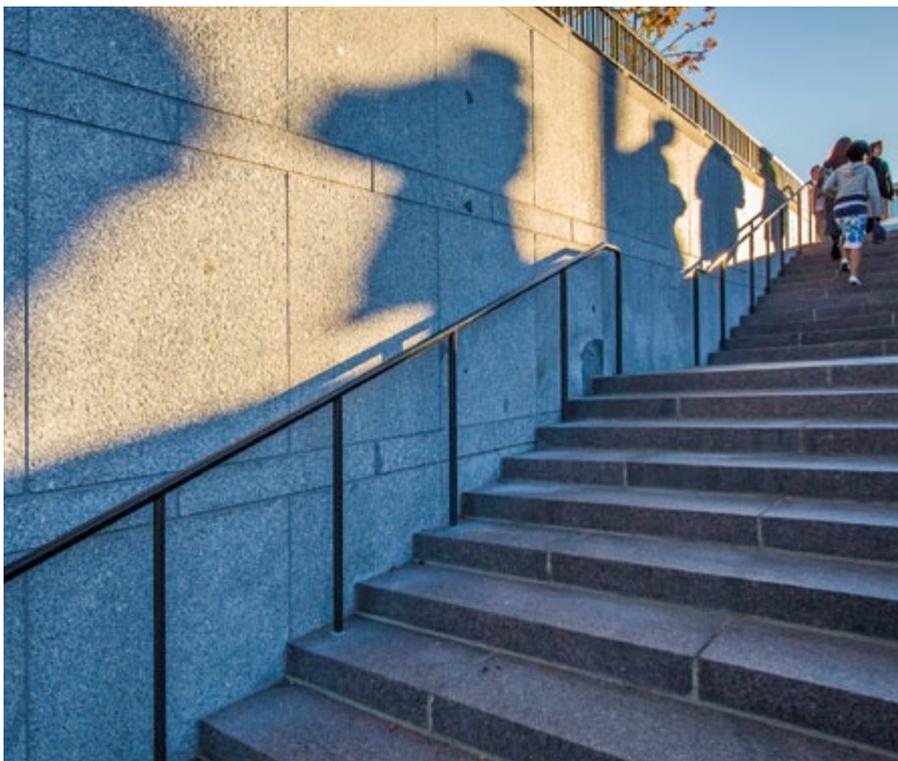
Expreso mi gratitud al Coro del Tabernáculo y a los otros coros que participaron en esta conferencia. La música ha sido maravillosa y ha contribuido grandemente al Espíritu que hemos sentido en cada sesión.

Les agradezco sus oraciones a mi favor y a favor de todas las Autoridades Generales y oficiales generales de la Iglesia; somos fortalecidos gracias a ellas.

Ruego que las bendiciones del cielo estén con ustedes; que sus hogares estén llenos de amor y cortesía y con el Espíritu del Señor; que constantemente nutran su testimonio del Evangelio a fin de que éste sea una protección en contra de los embates del adversario.

La conferencia ha concluido, al regresar a nuestro hogar, hagámoslo con cuidado. Ruego que el Espíritu que hemos sentido aquí esté presente y permanezca con nosotros mientras nos ocupamos de las cosas de todos los días. Que mostremos más bondad los unos a los otros y que siempre estemos embarcados en la obra del Señor.

Mis hermanos y hermanas, que Dios los bendiga. Que la paz que Él prometió esté con ustedes ahora y siempre. Me despido hasta que nos volvamos a ver en seis meses. En el nombre de nuestro Salvador, sí, Jesucristo el Señor. Amén. ■





Por Linda K. Burton
Presidenta General de la Sociedad de Socorro

El poder, gozo y amor que provienen de guardar convenios

Invito a cada una de nosotras a evaluar cuánto amamos al Salvador, utilizando como medida cuán alegremente guardamos nuestros convenios.

Para comenzar, me gustaría compartir un relato que me conmueve el corazón.

Una noche, un hombre llamó a sus cinco ovejas para que entraran al refugio donde pasarían la noche. Su familia observó con gran interés mientras él sencillamente les decía: “Vamos”, e inmediatamente las cinco cabezas se levantaron y se voltearon hacia él. Cuatro de ellas corrieron hacia donde él estaba. Con afecto y bondad las acarició en la cabeza. Las ovejas conocían su voz y lo amaban.

Pero la quinta oveja no corrió hacia él. Era una oveja grande que le habían regalado unas pocas semanas antes; el dueño dijo que era salvaje, desobediente y que siempre andaba descarriando a las otras ovejas. El nuevo dueño aceptó la oveja y la amarró a una estaca en su campo por algunos días para que aprendiera a quedarse allí. Con paciencia, le enseñó a amarlo

a él y a las otras ovejas hasta que, con el tiempo, sólo tenía una corta cuerda alrededor del cuello, pero no estaba amarrada a la estaca.

Esa noche, mientras su familia observaba, el hombre se acercó a la oveja, que estaba en la orilla del campo, y otra vez dijo suavemente: “Vamos. Ya no estás amarrada. Eres libre”. Entonces, con amor, estiró la mano, la puso sobre la cabeza de la oveja y caminó de regreso con ella y con las otras ovejas hacia el refugio¹.

Conforme al espíritu de ese relato, ruego que esta noche el Espíritu Santo nos ayude a aprender juntas en cuanto a guardar convenios. Hacer y guardar convenios significa tomar la decisión de establecer una obligación con nuestro Padre Celestial y con Jesucristo. Es comprometernos a seguir al Salvador. Es confiar en Él y desear demostrar nuestra gratitud por el precio que pagó para liberarnos mediante el

don infinito de la Expiación.

El élder Jeffrey R. Holland explicó que “un convenio es un contrato espiritual vinculante, una promesa solemne a Dios nuestro Padre de que viviremos, pensaremos y actuaremos de cierta manera: la manera de Su Hijo, el Señor Jesucristo. A cambio, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo nos prometen el pleno esplendor de la vida eterna”². En ese contrato vinculante, el Señor establece los términos y nosotros aceptamos cumplirlos. El hacer y el guardar convenios es una expresión de nuestro compromiso de llegar a ser como el Salvador³. Lo ideal es esforzarnos por lograr la actitud mejor expresada en algunas frases de un himno favorito: “a donde *me* mandes iré... lo que *me* mandes diré... lo que *me* [mandes], seré”⁴.

¿Por qué hacer y guardar convenios?

1. El guardar los convenios fortalece, habilita y protege.

Nefi vio en visión las bendiciones considerables que el Señor otorga a las personas que guardan sus convenios. “Y aconteció que yo, Nefi, vi que el poder del Cordero de Dios descendió... sobre el pueblo del convenio del Señor... y tenían por armas su rectitud y el poder de Dios en gran gloria”⁵.

Hace poco conocí a una querida amiga nueva. Ella testificó que, después de haber recibido su investidura en el templo, se sintió fortalecida con el poder para resistir las tentaciones con las que previamente había luchado.

Al guardar nuestros convenios, también recibimos valor y fortaleza para ayudarnos a llevar las cargas los unos de los otros. Una hermana afligida tenía un hijo que estaba pasando por un difícil desafío que podría causarle la muerte. Debido a su



fe en las hermanas de la Sociedad de Socorro que guardaban sus convenios, ella valientemente las invitó a ayunar y a orar por su hijo. Otra hermana manifestó lo mucho que deseaba haber pedido oraciones similares de sus hermanas. Años antes, su hijo había estado pasando por dificultades. Cuánto deseaba haberlas invitado a ayudar a su familia a llevar esa carga. El Salvador dijo: “En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos por los otros”⁶.

Hermanas, todas tenemos cargas que sobrellevar y cargas para compartir. La invitación de llevar las cargas los unos de los otros es una invitación a guardar nuestros convenios. El consejo de Lucy Mack Smith a las primeras hermanas de la Sociedad de Socorro es más relevante hoy que nunca antes: “Debemos atesorarnos unas a otras, velar unas por otras, consolarnos unas a otras y adquirir conocimiento a fin de que todas nos sentemos juntas en el cielo”⁷. ¡Ésa es la mejor forma de guardar nuestros convenios y de ser buenas maestras visitantes!

El Libro de Mormón nos recuerda que incluso el profeta Alma tuvo que soportar la carga de tener un hijo rebelde. Pero, Alma era afortunado, pues tenía la bendición de tener hermanos y hermanas en el Evangelio que guardaban sus convenios, que estaban profundamente convertidos al Señor y que habían aprendido lo que significaba llevar las cargas los unos de los otros. Conocemos el versículo

en Mosíah que habla de la gran fe de las oraciones de Alma a favor de su hijo; pero, el registro declara que “el Señor... [oyó] las oraciones *de su pueblo*, y también las oraciones de su siervo Alma”⁸.

Sabemos que el Señor siempre se regocija “por el alma que se arrepiente”⁹; pero, por encima de todo, deseamos que nuestros hijos sigan el consejo del presidente Henry B. Eyring de “[comenzar] con tiempo y [perseverar]” en hacer y guardar convenios¹⁰. No hace mucho tiempo, en un consejo de líderes del sacerdocio y de organizaciones auxiliares, se hizo una pregunta sincera que nos hizo reflexionar: “¿Realmente esperamos que niños de ocho años guarden sus convenios?”. Al deliberar juntos, se sugirió que una manera de preparar a los niños para hacer convenios bautismales sagrados y cumplirlos era ayudarles a aprender a hacer y cumplir una promesa sencilla.

Los padres fieles tienen derecho a saber la mejor manera de enseñar a fin de satisfacer las necesidades de sus hijos. A medida que los padres procuren revelación personal y actúen según ella, se consulten uno al otro, ministren y enseñen los principios sencillos del Evangelio, tendrán el poder para fortalecer y proteger a su familia. Otros miembros de la familia también pueden ayudar. Mi adorable abuelo nos enseñó la importancia de cumplir las promesas por medio de una simple canción que decía más

o menos así: “Antes de hacer una promesa, considera bien su importancia. Luego, cuando hecha, grábala en tu corazón; grábala en tu corazón”. Esa cancioncita se enseñó con amor, convicción y poder debido a que el abuelo había grabado sus propias promesas en su corazón.

Una madre sabia que conozco, intencionalmente incluye a sus hijos en sus esfuerzos por guardar sus convenios. Ella gozosamente lleva las cargas de vecinos, amigos y miembros del barrio, y consuela a los que necesitan consuelo. No fue sorprendente que hace poco su hija llegase pidiendo ayuda para saber la mejor manera de consolar a su amiguita cuyo padre acababa de fallecer. Ése fue el momento perfecto para enseñarle que sus deseos y acciones de consolar a su amiga eran una forma de guardar su convenio bautismal. ¿Cómo podemos esperar que los niños hagan y guarden los convenios del templo si no esperamos que guarden su primer convenio: su convenio bautismal?

El élder Richard G. Scott observó: “Una de las bendiciones más grandes que podemos ofrecer al mundo es el poder de un hogar centrado en Cristo, donde se enseña el Evangelio, se guardan los convenios, y abunda el amor”¹¹. ¿Cuáles son algunas formas en que podemos crear un hogar de ese tipo a fin de preparar a nuestros hijos para hacer y guardar los convenios del templo?

- Juntos podemos descubrir lo que significa ser dignos de una recomendación para el templo.
- Juntos podemos descubrir cómo escuchar al Espíritu Santo. Debido a que la investidura del templo se recibe por revelación, debemos aprender esa habilidad crucial.
- Juntos podemos descubrir cómo

aprender mediante el uso de símbolos, comenzando con los símbolos sagrados del bautismo y de la Santa Cena.

- Juntos podemos descubrir por qué el cuerpo es sagrado, por qué a veces se dice que es un templo, y cómo la modestia en el vestir y en el arreglo personal se relaciona con la naturaleza sagrada de la ropa del templo.
- Podemos descubrir el plan de felicidad en las Escrituras. Cuanto más familiarizados estemos con el plan de nuestro Padre Celestial y la Expiación en las Escrituras, más significativa será la adoración en el templo.
- Juntos podemos aprender los relatos de nuestros antepasados, investigar la historia familiar, indexar y llevar a cabo la obra vicaria del templo por seres queridos que han fallecido.
- Juntos podemos descubrir el significado de términos tales como *investidura*, *ordenanza*, *sellamiento*, *sacerdocio*, *llaves* y otras palabras relacionadas con la adoración en el templo.
- Podemos enseñar que vamos al templo para hacer convenios con nuestro Padre Celestial, y que regresamos a casa ¡para cumplirlos!¹².

Recordemos el concepto de “bueno, mejor, excelente” al enseñar¹³. Es bueno enseñar a nuestros hijos acerca del templo; es mejor prepararlos y esperar que hagan y guarden convenios; ¡y es excelente que les demos por medio del ejemplo que nos adherimos alegremente a nuestros propios convenios bautismales y del templo! Hermanas, ¿nos damos cuenta de la función vital que tenemos en la obra de salvación al nutrir, enseñar y preparar a los niños

a progresar en el sendero de los convenios? Tendremos el poder para hacerlo al honrar y guardar nuestros propios convenios.

2. Guardar los convenios es esencial para la verdadera felicidad.

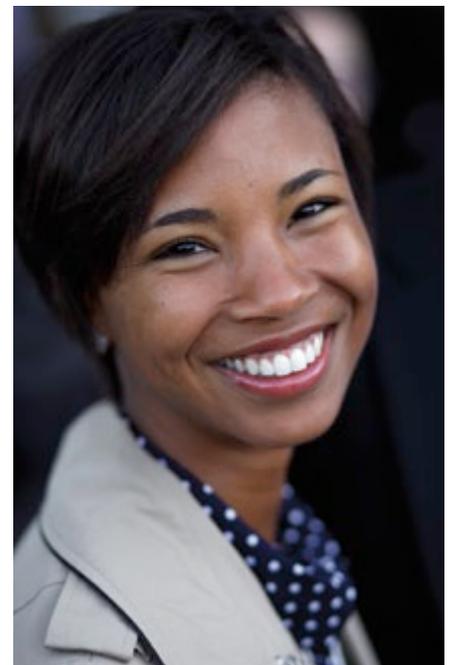
El presidente Thomas S. Monson enseñó: “...debemos venerar nuestros convenios sagrados, y la fidelidad a esos convenios es un requisito para lograr la felicidad”¹⁴. En Nefi, leemos: “Y aconteció que vivimos de una manera feliz”¹⁵. Anteriormente, en ese mismo capítulo, se nos dice que Nefi y su pueblo acababan de construir un templo. ¡Sin duda eran personas que guardaban alegremente sus convenios! Y en Alma leemos: “Pero he aquí, jamás hubo época más dichosa entre el pueblo de Nefi, desde el tiempo de Nefi, que en los días de Moroni”¹⁶. ¿Por qué? Una vez más, en un versículo anterior, vemos que “fueron fieles en guardar los mandamientos del Señor”¹⁷. ¡Las personas que guardan sus convenios son personas que guardan los mandamientos!

Me gusta mucho el pasaje de las Escrituras que dice: “Y ahora bien, cuando los del pueblo hubieron oído estas palabras [es decir, las palabras que describen el convenio bautismal], batieron sus manos de gozo y exclamaron: Ése es el deseo de nuestros corazones”¹⁸. Me encanta el deseo de sus corazones. ¡Con buen ánimo deseaban hacer y guardar sus convenios!

Un domingo, una hermana joven con alegría exclamó: “¡Hoy tengo el privilegio de participar de la Santa Cena!”. ¿Cuándo fue la última vez que nos regocijamos por ese privilegio? ¿Y cómo lo demostramos? Lo hacemos al recordar *siempre* al Salvador y *siempre* guardar Sus mandamientos, lo cual incluye santificar Su día de reposo. Lo hacemos recordándolo *siempre*

cuando hacemos nuestras oraciones personales y familiares *siempre*, estudiamos las Escrituras diariamente y llevamos a cabo la noche de hogar cada semana. Y cuando nos distraemos o empezamos a tomar livianamente estas cosas importantes, nos arrepentimos y empezamos de nuevo.

El hacer convenios y el guardarlos alegremente da validez y vida a las vitales y sagradas ordenanzas de salvación que tenemos que recibir a fin de obtener “todo lo que [el] Padre tiene”¹⁹. Las ordenanzas y los convenios son los “hitos espirituales” a los que el presidente Henry B. Eyring se refirió cuando enseñó: “Los Santos de los Últimos Días son un pueblo que hace convenios. Desde el momento del bautismo y en todos los acontecimientos espirituales más importantes de nuestra vida hacemos promesas con Dios y Él hace promesas con nosotros. Él *siempre* cumple las promesas que hace por medio de Sus siervos autorizados, pero la prueba



crucial de nuestra vida es ver si *nosotros* haremos convenios con Él y los cumpliremos”²⁰.

3. Cuando guardamos nuestros convenios demostramos el amor que tenemos por el Salvador y por nuestro Padre Celestial.

De todas las razones por las que deberíamos ser más diligentes en guardar nuestros convenios, esta razón es la más decisiva de todas: el amor. Un versículo del Antiguo Testamento me conmueve el corazón al considerar el principio del amor. ¿Quién de entre nosotros no se siente inspirado con la historia bíblica de amor de Jacob y Raquel? En cuanto a ella leemos: “Así sirvió Jacob por Raquel siete años; y le parecieron como pocos días, porque la amaba”²¹. Hermanas, ¿guardamos nuestros convenios con esa clase de amor profundo y devoto?

¿Por qué estaba dispuesto el Salvador a guardar Su convenio con el Padre y cumplir con Su misión divina de expiar los pecados del mundo? Fue debido a Su amor por Su Padre Celestial y Su amor por nosotros. ¿Por qué estuvo dispuesto el Padre a permitir que Su Hijo Unigénito y perfecto sufriera dolor indescriptible para llevar los pecados, las angustias y las enfermedades del mundo y todo lo que es injusto en esta vida? Hallamos la respuesta en estas palabras: “Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo Unigénito”²².

“Si apreciáramos cabalmente las muchas bendiciones que llegan a ser nuestras por medio de la Redención que se hizo por nosotros, no hay nada que el Señor pueda pedirnos que nosotros no haríamos deseosa y solícitamente”²³. De acuerdo con esta declaración del presidente Joseph Fielding Smith, el guardar convenios es una manera de expresar nuestro amor por la incomprendible e infinita



expiación de nuestro Salvador y Redentor y por el amor perfecto de nuestro Padre Celestial.

El élder Holland, con compasión sugirió: “...no sé exactamente cuál será nuestra experiencia el día del juicio, pero me sorprenderá mucho si en algún momento de la conversación Dios no nos pregunta exactamente lo mismo que Cristo le preguntó a Pedro: ‘¿Me amaste?’”²⁴. Esta noche invito a cada una de nosotras a evaluar cuánto amamos al Salvador, utilizando como medida cuán alegremente guardamos nuestros convenios. El Salvador dijo: “El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él”²⁵. ¿Cuánto necesitamos todos una manifestación regular del Salvador en nuestro diario vivir!

Recordemos que incluso aquellos que han sido desobedientes en el pasado o que tienen dificultades en la actualidad pueden sentir la caricia de la mano del Buen Pastor sobre la cabeza y escuchar Su voz decir: “Vamos. Ya no estás amarrado. Eres libre”. El Salvador dijo: “Yo soy el buen pastor; el buen pastor da su vida por las ovejas”²⁶. Él puede decir eso porque guardó Sus convenios con amor. Entonces, la pregunta es: ¿lo haremos nosotros? Ruego que sigamos

adelante con fe, con corazones alegres y con un gran deseo de ser personas que guardan sus convenios. Ésa es la forma en que demostramos nuestro amor por nuestro Padre Celestial y por nuestro Salvador, de quienes testifico con un gran amor; en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Véase D. Todd Christofferson, “Eres libre”, *Liahona*, marzo de 2013, págs. 16–19.
2. Jeffrey R. Holland, “Guardemos los convenios: Un mensaje para los que servirán en una misión”, *Liahona*, enero de 2012, pág. 49.
3. Véase “Entender nuestros convenios con Dios”, *Liahona*, julio de 2012, pág. 23.
4. “A donde me mandes iré”, *Himnos*, N° 175; cursiva agregada.
5. 1 Nefi 14:14.
6. Juan 13:35.
7. Lucy Mack Smith, en *Hijas en Mi reino: La historia y la obra de la Sociedad de Socorro*, 2011, pág. 29.
8. Mosíah 27:14; cursiva agregada.
9. Doctrina y Convenios 18:13.
10. Véase Henry B. Eyring, “La preparación espiritual: Comiencen con tiempo y perseveren”, *Liahona*, noviembre de 2005, págs. 37–40.
11. Richard G. Scott, “La paz en el hogar”, *Liahona*, mayo de 2013, pág. 31.
12. Véase D. Todd Christofferson, “El Evangelio da respuesta a los problemas y desafíos de la vida” (Reunión mundial de capacitación de líderes, febrero de 2012), LDS.org/broadcasts.
13. Véase Dallin H. Oaks, “Bueno, mejor, excelente”, *Liahona*, noviembre de 2007, pág. 104.
14. Thomas S. Monson, “La felicidad... la búsqueda universal”, *Liahona*, marzo de 1996, pág. 5.
15. 2 Nefi 5:27.
16. Alma 50:23.
17. Alma 50:22.
18. Mosíah 18:11.
19. Doctrina y Convenios 84:38.
20. Henry B. Eyring, “Testigos de Dios”, *Liahona*, enero de 1997, pág. 33; cursiva agregada.
21. Génesis 29:20.
22. Juan 3:16.
23. Joseph Fielding Smith, “Importance of the Sacrament Meeting”, *Relief Society Magazine*, octubre de 1943, pág. 592.
24. Jeffrey R. Holland, “El primer y grande mandamiento”, *Liahona*, noviembre de 2012, pág. 84.
25. Juan 14:21.
26. Juan 10:11.



Por Carole M. Stephens

Primera Consejera de la Presidencia General
de la Sociedad de Socorro

Tenemos gran motivo para regocijarnos

Cuando aman, cuidan y sirven a los demás de maneras pequeñas y sencillas, están participando activamente en la obra de salvación, la obra de Dios.

Cuando mi suegro falleció, nuestra familia se reunió para saludar a las personas que vinieron a brindarnos sus condolencias. A lo largo de la noche, al estar conversando con familiares y amigos, con frecuencia observé a Porter, nuestro nieto de diez años, parado junto a mi suegra: su “abuela”. A veces se paraba detrás de ella, como que la estaba cuidando. Una vez observé que tenía el brazo entrelazado con el de ella. Lo vi darle palmaditas en la mano,

darle abrazos y permanecer de pie junto a ella.

Varios días después de esa experiencia, la imagen persistía en mi mente. Tuve la impresión de mandarle una notita a Porter, diciéndole lo que había observado. Le mandé un correo electrónico y le dije lo que había visto y sentido. Le recordé los convenios que había hecho cuando se bautizó, para lo cual le cité las palabras de Alma que se encuentran en el capítulo 18 de Mosíah:



Porter (a la derecha) con su bisabuela.

“...y ya que deseáis entrar en el redil de Dios y ser llamados su pueblo, y estáis dispuestos a llevar las cargas los unos de los otros para que sean ligeras;

“sí, y estáis dispuestos a llorar con los que lloran; sí, y a consolar a los que necesitan de consuelo, y ser testigos de Dios en todo tiempo, y en todas las cosas y en todo lugar en que estuviereis, aun hasta la muerte... para que tengáis vida eterna;

“...Si éste es el deseo de vuestros corazones, ¿qué os impide ser bautizados en el nombre del Señor, como testimonio ante él de que habéis concertado un convenio con él de que lo serviréis y guardaréis sus mandamientos, para que él derrame su Espíritu más abundantemente sobre vosotros?”¹.

Le expliqué a Porter que Alma enseñó que los que desean ser bautizados deben estar dispuestos a servir al Señor mediante el servicio a los demás, ¡por toda la vida! Le dije: “No sé si te diste cuenta, pero de la forma en que demostraste amor y preocupación por la abuela es como guardas tus convenios. Guardamos nuestros convenios todos los días cuando somos amables, demostramos amor y nos cuidamos los unos a los otros. ¡Sólo quería decirte que estoy orgullosa de ti porque eres un niño que guarda sus convenios! Conforme guardes los convenios que hiciste al bautizarte, estarás preparado para ser ordenado al sacerdocio. Ese convenio adicional te dará más oportunidades de bendecir y servir a los demás y te ayudará a prepararte para los convenios que efectuarás en el templo. ¡Gracias por ser un gran ejemplo para mí! ¡Gracias por demostrarme cómo es una persona que guarda sus convenios!”.

Porter me respondió: “Abuela, gracias por tu mensaje. Cuando abrazaba

a la abuela, no sabía que estaba cumpliendo con mis convenios, pero tuve un sentimiento cálido en el corazón y me sentí muy bien. Sé que era el Espíritu Santo que estaba en mi corazón”.

Yo también tuve un sentimiento cálido en el corazón cuando me di cuenta de que Porter había relacionado el cumplimiento de sus convenios con la promesa de que “siempre [podemos] tener su Espíritu [con nosotros]”², una promesa que es posible cuando recibimos el don del Espíritu Santo.

Hermanas, al visitarlas en distintas parte del mundo, he observado que muchas de ustedes son como Porter. En forma silenciosa permanecen como testigos de Dios, lloran con los que lloran, consuelan a los que necesitan consuelo, sin darse cuenta de que están guardando sus convenios, los convenios que hicieron en las aguas del bautismo y en el templo. Cuando aman, cuidan y sirven a los demás de maneras pequeñas y sencillas, están participando activamente en la obra de salvación, la obra de Dios de “llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre”³.

Como “hijas en [el] reino [del Señor]”⁴, hemos hecho convenios sagrados. Caminamos en lo que Nefi llamó el “estrecho y angosto camino que conduce a la vida eterna”⁵. Todas estamos en diferentes lugares del camino, pero podemos trabajar juntas para ayudarnos unas a otras a “seguir adelante con firmeza en Cristo, teniendo un fulgor perfecto de esperanza y amor por Dios y por todos los hombres”⁶.

Jeanne presta servicio como asesora de las Mujeres Jóvenes. Hace varios meses supo que tendrían una actividad que tendrían para los jóvenes del barrio: iban a escalar hasta un lugar llamado “Malan’s Peak”. Se puso muy contenta, porque hacía poco se

había puesto la meta de escalar hasta ese lugar.

Cuando llegó al punto de partida, su buena amiga Ashley se le acercó, entrelazó su brazo con el de Jeanne y se ofreció a escalar con ella, diciendo: “Yo voy contigo”. Ashley, que tenía dieciséis años en ese tiempo, tenía algunos problemas físicos que hacían que se le dificultara escalar con rapidez, por lo que ella y Jeanne caminaron lentamente, observando las creaciones del Padre Celestial: las rocas de la cumbre de la montaña que veían a lo lejos y las flores que las rodeaban. Jeanne dijo más tarde: “No me tomó mucho tiempo olvidarme de mi meta de escalar hasta la cima, pues no tardó en convertirse en una aventura de otro tipo: la aventura de admirar las bellezas que había por el camino, muchas de las cuales no hubiera visto si hubiera escalado solamente para lograr la meta de llegar a la cima del ‘Malan’s Peak’”.

A medida que Jeanne y Ashley continuaban escalando, muy alejadas del resto del grupo, se les unió Emma, otra jovencita del barrio, que había decidido esperarlas y caminar con ellas. Emma contribuyó al sentimiento de placer que tenían. Les enseñó una canción y brindó apoyo y ánimo adicionales. Jeanne recordó: “Nos sentamos y descansamos, cantamos, hablamos y reímos. Pude llegar a conocer a Ashley y a Emma de una manera que no me hubiera sido posible de otra forma. Esa tarde no se trataba de la montaña, sino de mucho, mucho más. Se trataba de ayudarnos la una a la otra a lo largo del camino, un paso a la vez”.

Mientras Jeanne, Ashley y Emma escalaban, cantaban, descansaban y reían juntas, probablemente no estaban pensando: “En este momento estamos guardando nuestros convenios”; pero sí lo estaban haciendo. Se

estaban prestando servicio entre sí con amor, compasión y dedicación. Se estaban fortaleciendo mutuamente la fe conforme se animaban y ministraban unas a otras.

El élder Russell M. Nelson enseñó: “Al reconocer que somos hijos del convenio, sabemos quiénes somos y lo que Dios espera de nosotros; Su ley se escribe en nuestros corazones”⁷.

Maria Kuzina es una hija del convenio de Dios que sabe quién es y lo que Dios espera de ella. Cuando me recibió en su casa en Omsk, Rusia, pensé que yo le iba a prestar servicio a ella, pero pronto me di cuenta que estaba ahí para aprender de ella. Maria, que es conversa a la Iglesia, vive de conformidad con la instrucción que se encuentra en Lucas 22: “...y tú, una vez vuelto, fortalece a tus hermanos”⁸. Tiene fe en las palabras de nuestro profeta viviente, el presidente Thomas S. Monson, que dijo:

“Ahora es el momento de que los miembros y misioneros se unan, que trabajen juntos, que trabajen en la viña del Señor para traer almas a Él...”

“Cuando actuamos con fe, el Señor nos muestra cómo fortalecer a Su iglesia en los barrios y ramas a los que pertenecemos. Él estará con nosotros y se convertirá en un compañero activo en nuestros esfuerzos misionales.

“...Ejerzan la fe... cuando en oración consideren a quién de su familia, amigos, vecinos y conocidos les gustaría invitar a su hogar para que se reúnan con los misioneros, para que escuchen el mensaje de la Restauración”⁹.

Maria sigue este consejo al cuidar y ministrar a las hermanas a las que se le ha asignado como maestra visitante, y también va más allá de esa asignación. Tiene muchos amigos que son menos activos o que no han escuchado todavía el mensaje del

evangelio restaurado de Jesucristo. Todos los días ejercita su fe y ora para saber quién necesita su ayuda, y luego actúa basándose en la inspiración que recibe. Hace llamadas, expresa su amor y dice a sus amigos: “Te necesitamos”. Lleva a cabo la noche de hogar cada semana en su apartamento e invita a vecinos, miembros y misioneros a asistir, y les provee de alimentos. Los invita a ir a la Iglesia, los espera y se sienta con ellos cuando llegan.

María comprende el reciente recordatorio del élder Jeffrey R. Holland de que “una invitación que es el resultado de nuestro amor hacia los demás y hacia nuestro Señor Jesucristo... nunca se verá ofensiva ni prejuiciosa”¹⁰. Ella lleva una lista de las personas que dicen haberse ofendido y continúa ministrándoles. Debido a que los ama, ella puede decirles: “No te ofendas. ¡Eso es ridículo!”.

María es una discípula de Jesucristo que guarda sus convenios. Aun cuando no cuenta con un poseedor del sacerdocio en su hogar, siente el poder de Dios todos los días al cumplir con los convenios que hizo en el templo y seguir adelante por el camino, perseverando hasta el fin y ayudando a otros a participar en la obra de salvación a lo largo del camino.

Mientras compartía estas experiencias con ustedes, ¿se vieron ustedes mismas en la obra de salvación? Tomen un momento para pensar en otra hija de Dios que necesite ánimo para volver al camino del convenio o que necesite un poco de ayuda para mantenerse en él. Pregunten al Padre Celestial en cuanto a ella. Ella es Su hija; Él la conoce por nombre. También las conoce a ustedes y les dirá lo que ella necesita. Sean pacientes y continúen con fe y orando por ella, y actúen de acuerdo con los susurros del



Espíritu que reciban. Al seguir estos susurros, el Espíritu les confirmará que su ofrenda es aceptable ante Señor.

“La hermana Eliza R. Snow... reconoció con gratitud los esfuerzos de las hermanas para fortalecerse las unas a las otras. Ella les dijo que aunque la Iglesia no llevó un registro de cada donación que hicieron para ayudar a aquellos en necesidad, el Señor llevó un registro perfecto de su labor de ahorro:

“...El presidente José Smith dijo que esta sociedad se organizó para salvar almas. ¿Qué [estamos haciendo] ‘para activar a los que se han apartado del camino, para calentar el corazón de los que se han enfriado en el Evangelio? Hay otro libro que se lleva con un registro de su fe, bondad, buenas obras y las palabras. Se lleva otro registro. Ningún servicio queda en el olvido’”¹¹.

En el Libro de Mormón, Ammón habla del gran motivo que tenemos para regocijarnos. Él dice: “Y ahora os pregunto: ¿Qué bendiciones grandes nos ha concedido [Dios]? ¿Podéis decirlo?”.

En su entusiasmo, Ammón no esperó la respuesta; dijo: “He aquí, respondo por vosotros... ésta es la bendición que se ha conferido sobre nosotros, que hemos sido hechos instrumentos en las manos de Dios para realizar esta gran obra”¹².

Somos hijas del convenio en el reino del Señor, y tenemos la oportunidad de ser instrumentos en Sus manos. Al participar en la obra de salvación todos los días de maneras pequeñas y sencillas —velando las unas por las otras, fortaleciéndonos y enseñándonos— podremos decir, al igual que Ammón:

“...he aquí, mi gozo es completo; sí, mi corazón rebosa de gozo, y me regocijaré en mi Dios.

“Sí, yo sé que nada soy; en cuanto a mi fuerza, soy débil; por tanto, no me jactaré de mí mismo, sino que me gloriaré en mi Dios, porque con su fuerza puedo hacer todas las cosas”¹³.

De esto testifico, en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Mosíah 18:8–10.
2. Doctrina y Convenios 20:77.
3. Moisés 1:39.
4. Doctrina y Convenios 25:1.
5. 2 Nefi 31:18.
6. 2 Nefi 31:20.
7. Russell M. Nelson, “Convenios”, *Liahona*, noviembre de 2011, pág. 88.
8. Lucas 22:32.
9. Thomas S. Monson, “Fe en la obra de salvación” (transmisión de una capacitación mundial de líderes, junio de 2013), lds.org/broadcasts.
10. Jeffrey R. Holland, “La responsabilidad que tenemos de invitar” (transmisión de una capacitación mundial de líderes, junio de 2013), lds.org/broadcasts.
11. *Hijas en Mi reino: La historia y la obra de la Sociedad de Socorro*, 2011, pág. 93.
12. Alma 26:2–3.
13. Alma 26:11–12.



Por Linda S. Reeves

Segunda Consejera de la Presidencia General
de la Sociedad de Socorro

Reclamen las bendiciones de sus convenios

Al renovar y honrar nuestros convenios, nuestras cargas se aligerarán y seremos purificadas y fortalecidas continuamente.

Hermanas, qué maravilloso es estar con ustedes otra vez.

Hace poco conocí a una mujer que se estaba preparando para ser bautizada. Ese domingo en particular, llegó a la Iglesia después de haber caminado tres kilómetros (2 millas) en el lodo espeso. Inmediatamente entró en el baño, se quitó la ropa llena de lodo, se lavó y se puso ropa de domingo limpia. En la reunión de la Sociedad de Socorro, ella relató su conversión. Me conmovió su inmenso deseo de ser lavada y purificada mediante el arrepentimiento y el sacrificio expiatorio del Salvador y su deseo de abandonar su “vida anterior” a fin de hacer convenios sagrados con nuestro Padre Celestial. Se había separado de su novio, estaba superando adicciones para vivir la Palabra de Sabiduría, había renunciado a su trabajo del día domingo, y había perdido la amistad de sus seres queridos cuando anunció sus planes de bautizarse. Estaba ansiosa por abandonar todos sus

pecados para ser limpiada y poder sentir el amor redentor del Salvador. Me sentí inspirada esa mañana por su deseo de llegar a ser limpia, tanto física como espiritualmente.

Sabemos que muchas de ustedes han hecho sacrificios similares al haber sentido el testimonio del Espíritu Santo, y que han deseado arrepentirse, bautizarse y ser limpias.



Tal vez en ningún otro momento sentimos el amor divino del Salvador tan abundantemente como lo hacemos cuando nos arrepentimos y sentimos Sus amorosos brazos extendidos para abrazarnos y asegurarnos Su amor y aceptación.

Hace unos domingos, al escuchar la oración de la Santa Cena, me sentí conmovida por la manera en que el presbítero pronunció cada palabra con gran sentimiento. Más tarde, llamé a ese presbítero para darle las gracias por ayudar a que la Santa Cena fuera una experiencia profundamente espiritual para mí y para la congregación. Él no estaba en casa, pero su madre respondió: “¡Oh, él se pondrá muy contento de que haya llamado! Ésta es la primera vez que hace la oración de la Santa Cena, y nos hemos estado preparando juntos, hablando acerca de la importancia de la Santa Cena y de renovar con dignidad nuestros convenios bautismales con el Salvador”. Cuánto amo a esa querida madre por enseñar a su hijo acerca del poder de los convenios bautismales y de la oportunidad que él tiene de ayudar a los miembros del barrio a sentir ese poder.

Otra madre que conozco se ha sentido sola en la Iglesia durante varios años con sus cuatro hijos pequeños. Ya que muy pocas veces es capaz de concentrarse en el Salvador durante la Santa Cena, ideó un plan. Ahora trata de pasar tiempo cada sábado repasando su semana y pensando en sus convenios y en aquello de lo que necesita arrepentirse. “Entonces”, dice, “sin importar qué tipo de experiencia tenga con mis hijos el domingo, estoy lista para tomar la Santa Cena, renovar mis convenios y sentir el poder purificador de la Expiación”.

¿Por qué da el Salvador tanta importancia a la Santa Cena, queridas



hermanas? ¿Qué importancia tiene en nuestra vida esa renovación semanal de nuestros convenios bautismales? ¿Reconocemos la capacidad del Salvador de limpiarnos completamente cada semana al tomar la Santa Cena con dignidad y reflexión? El presidente Boyd K. Packer ha testificado: “Ésa es la promesa del evangelio de Jesucristo y de la Expiación:... que... al finalizar [nuestra] vida [podamos] atravesar el velo [habiéndonos] arrepentido de [nuestros] pecados y habiendo quedado [limpios] mediante la sangre de Cristo”¹.

Como presidencia, sentimos gran gozo cuando nuestras hermanas y sus familias hacen y guardan convenios; pero nuestro corazón sufre por aquellas de ustedes que están pasando por grandes adversidades en la vida a causa de la ruptura de convenios de sus seres queridos. El Señor mandó al profeta Jacob, hermano de Nefi, que hablara con sus hermanos en cuanto a las mujeres y los niños justos de su época. Les testifico que sus palabras han sido preservadas específicamente para nuestros días; él nos habla como si el Salvador mismo estuviera

hablando. A Jacob lo “[agobiaba] el peso de un... afán mayor”, como testificó a los esposos y padres:

“...me apena tener que ser tan audaz en mis palabras... delante de vuestras esposas e hijos, muchos de los cuales son de sentimientos sumamente tiernos, castos y delicados...

“...los sollozos de sus corazones ascienden a Dios... han perecido muchos corazones, traspasados de profundas heridas”².

A las mujeres y niños de su época y de la nuestra que guardan los convenios, Jacob promete:

“Confiad en Dios con mentes firmes, y orad a él con suma fe, y él os consolará en vuestras aflicciones...

“¡...levantad vuestra cabeza y recibid la placentera palabra de Dios, y deleitaos en su amor!”³.

Hermanas, testifico de la fuerza y el poder de la oración al expresar nuestros más profundos dolores y deseos a nuestro Padre Celestial, y de las respuestas que se reciben al “deleitarnos” en las Escrituras y las palabras de los profetas vivientes.

Hace casi tres años, un devastador incendio destruyó el interior del

amado e histórico tabernáculo de Provo, Utah, EE. UU. Su pérdida se consideró una gran tragedia para la comunidad y para los miembros de la Iglesia. Muchos se preguntaban: “¿Por qué permitió el Señor que esto sucediera? Ciertamente Él podría haber evitado el fuego o detenido su destrucción”.

Diez meses después, durante la conferencia general de octubre de 2011, hubo un suspiro audible cuando el presidente Thomas S. Monson anunció que el casi destruido tabernáculo se convertiría en un santo templo, ¡una casa del Señor! ¡De pronto pudimos ver lo que el Señor siempre había sabido! Él no provocó el incendio, pero permitió que el fuego destruyera el interior. Él vio el tabernáculo como un magnífico templo, un hogar permanente para hacer convenios sagrados y eternos⁴.

Mis queridas hermanas, el Señor permite que seamos probadas, a veces hasta nuestra máxima capacidad. Hemos visto la vida de seres queridos —y quizás la nuestra— quemarse por completo, en sentido figurado, y nos hemos preguntado por qué un Padre



Celestial amoroso y solícito permite que sucedan esas cosas. Pero Él no nos deja en las cenizas; Él extiende Sus brazos y con gran deseo nos invita a venir a Él. Él está edificándonos para que seamos magníficos templos donde su Espíritu pueda morar por la eternidad.

En Doctrina y Convenios 58:3–4, el Señor nos dice:

“Por lo pronto no podéis ver con vuestros ojos naturales el designio de vuestro Dios concerniente a las cosas que vendrán más adelante, ni la gloria que seguirá después de mucha tribulación.

“Porque tras mucha tribulación vienen las bendiciones. Por tanto, viene el día en que seréis coronados con mucha gloria; la hora no es aún, mas está cerca”.

Hermanas, testifico que el Señor tiene un plan para cada una de nosotras. Nada de lo que sucede es un desconcierto ni una sorpresa para Él. Él es omnisciente y amoroso. Él está ansioso por ayudarnos, consolarnos y aliviar nuestro dolor a medida que confiamos en el poder de la Expiación

y honramos nuestros convenios. Las pruebas y tribulaciones que experimentemos tal vez sean exactamente lo que nos conduzca a ir a Él y aferrarnos a nuestros convenios a fin de regresar a Su presencia y recibir todo lo que el Padre tiene.

Este año pasado he necesitado y deseado sentir el amor del Señor más profundamente, recibir revelación personal, entender mejor mis convenios del templo, y que se aligeraran mis cargas. Al pedir específicamente esas bendiciones, he sentido que el Espíritu me indicaba que fuese al templo y escuchara más atentamente cada palabra de las bendiciones pronunciadas sobre mí. Testifico que al escuchar con más atención y tratar de ejercer mi fe, el Señor ha sido misericordioso conmigo y ha aliviado mis cargas. Él me ha ayudado a sentir gran paz en cuanto a oraciones que aún no han sido contestadas. Cuando guardamos nuestros convenios y ejercemos nuestra fe, hacemos que el Señor esté obligado a cumplir Sus promesas⁵. ¡Vengan al templo, queridas hermanas, y reclamen sus bendiciones!

Me gustaría hablar sobre otra cosa que puede infundirnos confianza y fe. A veces, como mujeres, tenemos la tendencia a ser muy críticas de nosotras mismas. En esos momentos, debemos buscar la guía del Espíritu y preguntar: “¿Es esto lo que el Señor quiere que piense de mí misma o es Satanás que está tratando de desanimarme?”. Recuerden la naturaleza de nuestro Padre Celestial, cuyo amor es perfecto e infinito⁶. Él quiere edificar-nos, no derribarnos.

Como miembros de la Iglesia, a veces pensamos que tenemos que ser parte de una “familia SUD perfecta” para ser aceptadas por el Señor. Muchas veces nos sentimos disminuidas o que no merecemos ser parte del reino al sentir que no alcanzamos ese nivel. Queridas hermanas, al final, lo que tendrá importancia para nuestro Padre Celestial será cuán bien hayamos guardado nuestros convenios y cuánto nos hemos esforzado por seguir el ejemplo de nuestro Salvador Jesucristo.

Testifico que Jesucristo es nuestro Salvador y Redentor. Gracias a Su sacrificio expiatorio, podemos ser purificadas cada semana al participar dignamente de la Santa Cena. Al renovar y honrar nuestros convenios, nuestras cargas se aligerarán y podremos ser purificadas y fortalecidas continuamente para que al final de nuestra vida seamos consideradas dignas de recibir la exaltación y la vida eterna. Testifico de estas cosas; en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Boyd K. Packer, “La expiación”, *Liahona*, noviembre de 2012, pág. 77.
2. Jacob 2:3, 7, 35.
3. Jacob 3:1–2.
4. Véase Mosíah 23:21–22.
5. Véase Doctrina y Convenios 82:10.
6. Véase Russell M. Nelson, “Amor divino”, *Liahona*, febrero de 2003, pág. 12.



Por el presidente Thomas S. Monson

Nunca caminamos solos

Un día meditarán y considerarán sus tiempos difíciles y se darán cuenta de que Él siempre estuvo allí, a su lado.

Mis queridas hermanas, el espíritu que sentimos esta tarde es un reflejo de su fortaleza, devoción y bondad. Como dijo el Maestro: “Vosotros sois la sal de la tierra... Vosotros sois la luz del mundo”¹.

Al reflexionar en la oportunidad de dirigirme a ustedes, he recordado el amor que mi querida esposa, Frances, tenía por la Sociedad de Socorro. Durante su vida, desempeñó muchos cargos en la Sociedad de Socorro. Cuando ella y yo teníamos sólo 31 años, fui llamado como presidente de la Misión Canadiense. Durante los tres años de esa asignación, Frances presidió todas las Sociedades de Socorro en esa amplia región, que abarcaba las provincias de Ontario y Quebec. Estableció algunas de sus amistades más estrechas como resultado de esa asignación, así como también de los muchos llamamientos que más tarde desempeñó en la Sociedad de Socorro de nuestro propio barrio. Fue una hija fiel de nuestro Padre Celestial, mi amada compañera y mi amiga más querida; la extraño más de lo que puedo expresar.

Yo también amo la Sociedad de Socorro; les testifico que fue

organizada por inspiración y que es una parte fundamental de la Iglesia del Señor aquí sobre la tierra. Sería imposible calcular todo el bien que ha hecho esta organización y todas las vidas que ha bendecido.

La Sociedad de Socorro está compuesta por una variedad de mujeres; algunas de ustedes son solteras—quizás estudian, quizás trabajan—pero aun así llevan una vida cabal y rica; algunas son madres atareadas de hijos que van creciendo; y otras han perdido a sus maridos a causa del divorcio o la muerte y luchan por criar a sus hijos sin la ayuda de un marido y padre. Algunas ya han criado a sus hijos, pero se han dado cuenta de que la ayuda que necesitan de ustedes es constante. Muchas de ustedes tienen padres que han envejecido y que requieren el tierno cuidado que sólo ustedes pueden brindar.

Cualquiera sea nuestra situación en la vida, hay ocasiones en las que todos tenemos problemas y dificultades; y a pesar de que son de diferente índole, todos los tenemos.

Muchas de las dificultades que enfrentamos existen porque vivimos en este mundo mortal, habitado por toda

clase de personas. A veces nos preguntamos con desesperación: “¿Cómo puedo mantener la mira puesta en lo celestial al navegar por este mundo terrenal?”.

Habrán ocasiones en que caminarán por un sendero lleno de espinas marcado por las dificultades. Tal vez haya ocasiones en las que se sientan separadas, o incluso aisladas del Dador de toda buena dádiva; les preocupará que caminan solas, y el temor reemplazará la fe.

Quando se encuentren en esas circunstancias, les suplico que se acuerden de la oración. Me encantan las palabras del presidente Ezra Taft Benson en cuanto a la oración. Él dijo:

“En todo el curso de mi vida, el consejo de depender de la oración es el que he estimado más que cualquier otro que haya recibido. Se ha convertido en parte íntegra de mi ser, un ancla, una fuente constante de fuerza, y la base de mi conocimiento de las cosas divinas...”

“A pesar de las persecuciones o los fracasos, en la oración se puede hallar seguridad, porque Dios serenará nuestra alma. Esa paz, ese espíritu de serenidad, es la bendición más sublime de la vida”².

El apóstol Pablo exhortó:

“...sean dadas a conocer vuestras peticiones delante de Dios...”

“Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús”³.

¡Qué promesa tan gloriosa! La paz es lo que procuramos, aquello que añoramos.

No se nos puso en esta tierra para que caminásemos solos. ¡Qué fuente extraordinaria de poder, de fortaleza y de consuelo está al alcance de cada uno de nosotros! Aquél que nos conoce mejor que lo que nos

conocemos a nosotros mismos, Aquél que ve el panorama entero y que conoce el fin desde el principio nos ha asegurado que Él estará allí para brindarnos ayuda si tan sólo la pedimos. Tenemos la promesa: "...orad siempre, sed creyentes, y todas las cosas obrarán juntamente para vuestro bien"⁴.

A medida que nuestras oraciones ascienden hacia el cielo, no olvidemos las palabras que nos enseñó el Salvador. Al enfrentar la intensa agonía de Getsemaní y la cruz, Él oró al Padre: "...no se haga mi voluntad, sino la tuya"⁵. Por difícil que sea a veces, debemos también confiar en que nuestro Padre Celestial sabe mejor cómo, cuándo y de qué manera brindar la ayuda que buscamos.

Atesoro las palabras del poeta:

*No sé por cuáles métodos se logra,
mas la oración Dios siempre contesta,
lo sé.*

*Sé que Él una promesa nos ha dado,
que siempre oye la oración de fe.*

*Sé que Él la contestará, tarde o
temprano.*

*Así que oro y con calma espero,
aunque no sé si lo que he solicitado
vendrá de la manera que yo quiero.*

*En Sus manos mi oración he dejado
pues son más sabias sus sendas que
las mías.*

*Sé que El me concederá lo suplicado,
o me dará algo más hermoso todavía⁶.*

Naturalmente, la oración no es sólo para los tiempos de dificultad. En las Escrituras se nos dice repetidamente que oremos siempre⁷ y que llevemos una oración en el corazón⁸. La letra de un himno favorito y conocido plantea una pregunta que haríamos bien en hacernos a diario: "¿Pensaste orar?"⁹.

El estudio de las Escrituras, unido a la oración, nos ayuda a lidiar con nuestro mundo muchas veces difícil.



Las palabras de verdad e inspiración que se encuentran en nuestros cuatro libros canónicos son posesiones muy preciadas para mí. Me siento espiritualmente edificado cada vez que escudriño las Escrituras. Esas sagradas palabras de verdad y amor dan dirección a mi vida y señalan el camino a la perfección eterna.

Al leer y escudriñar las Escrituras, sentiremos los dulces susurros del Espíritu dirigidos a nuestra alma; podemos encontrar respuesta a nuestras preguntas; aprendemos en cuanto a las bendiciones que se reciben al guardar los mandamientos de Dios; obtenemos un testimonio seguro de nuestro Padre Celestial y de nuestro Salvador Jesucristo, y de Su amor por nosotros. Si combinamos el estudio de las Escrituras con la oración, podemos saber con certeza que el evangelio de Jesucristo es verdadero.

El presidente Gordon B. Hinckley dijo: "Ruego que el Señor nos bendiga para que nos deleitemos con Sus santas palabras y para extraer de ellas esa fortaleza, esa paz, ese conocimiento 'que sobrepasa todo entendimiento' (Filipenses 4:7)"¹⁰.

Si tenemos presente la oración y si tomamos el tiempo para acudir a las Escrituras, nuestra vida será infinitamente más bendecida y nuestras cargas se harán más ligeras.

Permítanme compartir con ustedes el relato de cómo nuestro Padre Celestial dio respuesta a las oraciones y súplicas de una mujer, y le proporcionó la paz y seguridad que buscaba tan desesperadamente.

Los problemas de Tiffany empezaron el año pasado cuando tuvo invitados en su hogar para el Día de Acción de Gracias y después para la Navidad. Su esposo había estudiado Medicina y estaba en el segundo año de su residencia médica. Debido a las largas horas de trabajo de él, no le fue posible ayudarla como ambos hubiesen querido, de modo que la mayor parte de las labores de esa época navideña, además del cuidado de los cuatro hijitos, recayeron en Tiffany. Ella se empezó a sentir terriblemente abrumada, y después se enteró de que a un ser querido le habían diagnosticado cáncer. El estrés y la preocupación empezaron a agobiarla tanto que se sumió en un periodo de desánimo y depresión. Recurrió a la ayuda médica, pero nada cambió; perdió el apetito y empezó a bajar de peso, lo que no ayudó a su pequeña constitución. Buscó paz en las Escrituras y oró para librarse de la melancolía que la abrumaba. Cuando parecía que no llegaba ni la paz ni la ayuda, empezó a sentir que Dios la había abandonado. Su familia y amigos oraron por ella e hicieron todo lo posible por ayudar. Le llevaban su comida favorita a fin de mantenerla físicamente saludable, pero sólo tomaba unos bocados y después no podía terminar de comer.

Un día particularmente difícil, una amiga trató en vano de tentarla con alimentos que siempre le habían

gustado. Cuando nada dio resultado, la amiga dijo: “Tiene que haber *algo* que quieras comer”.

Tiffany pensó por unos momentos y dijo: “Lo único que se me ocurre que sabría bien es pan casero”.

Pero en ese momento no tenían.

La tarde siguiente sonó el timbre de la casa de Tiffany; el esposo estaba en casa y fue a contestar. Cuando regresó, traía una hogaza de pan casero. Tiffany se asombró cuando él le dijo que se lo había traído una mujer que se llamaba Sherrie, a quien apenas conocían. Sherrie era amiga de Nicole, la hermana de Tiffany que vivía en Denver, Colorado. Unos meses antes, Tiffany y su esposo habían conocido brevemente a Sherrie cuando Nicole y su familia se habían quedado en casa de Tiffany para celebrar el Día de Acción de Gracias. Sherrie, que vivía en Omaha, había ido a casa de Tiffany a visitar a Nicole.

Ahora, meses más tarde, con el delicioso pan en la mano, Tiffany llamó a su hermana Nicole para darle las gracias por haber mandado a Sherrie en una misión de misericordia. Pero, se enteró de que Nicole no había planeado la visita y no sabía nada al respecto.

Se descubrió el resto de la historia cuando Nicole se comunicó con su amiga Sherrie para averiguar qué es lo que la había motivado a llevar esa hogaza de pan. Lo que descubrió fue una inspiración para ella, para Tiffany, para Sherrie... y es una inspiración para mí.

Esa mañana particular en que fue a llevar el pan, Sherrie había sentido la impresión de hacer dos hogazas de pan en vez de sólo una, como lo había planeado. Dijo que había sentido la impresión de llevar la segunda hogaza en el auto ese día, aunque no sabía por qué. Después de almorzar

en casa de una amiga, su niña de un año empezó a llorar y era necesario llevarla a casa para que tomara una siesta. Sherrie vaciló cuando sintió el inconfundible sentimiento de que necesitaba llevar esa hogaza extra de pan a Tiffany, la hermana de Nicole, quien vivía a 30 minutos de distancia en el otro lado de la ciudad, y a quien apenas conocía. Trató de no hacer caso a la impresión, deseando llevar a casa a su hijita sumamente cansada y sintiéndose un tanto avergonzada de llevar una hogaza de pan a personas que eran casi extrañas. Sin embargo, la impresión de ir a casa de Tiffany era muy fuerte, de modo que hizo caso.

Al llegar, el esposo de Tiffany fue a la puerta; Sherrie le recordó que era la amiga de Nicole y que la habían conocido brevemente en el Día de Acción de Gracias, le entregó la hogaza, y se fue.

Y así fue que el Señor envió a alguien que era casi una persona extraña, al otro lado de la ciudad, a entregar no sólo la hogaza de pan deseada, sino también un claro mensaje de amor para Tiffany. Lo que le ocurrió a ella no se puede explicar de ninguna otra manera. Tenía la urgente necesidad de sentir que no estaba sola, de que Dios estaba al tanto de ella y que no la había abandonado. Aquel pan —lo que ella expresamente deseaba— se lo había llevado alguien a quien apenas conocía, alguien que no sabía nada de su necesidad, pero que escuchó el susurro del Espíritu y lo siguió. Para Tiffany, fue una clara señal de que su Padre Celestial sabía de sus necesidades y la amaba lo suficiente para enviarle ayuda. Él había respondido a sus súplicas por alivio.

Mis queridas hermanas, su Padre Celestial las ama, a cada una de



ustedes. Ese amor nunca cambia, y en él no influye su apariencia, sus posesiones ni la cantidad de dinero que tengan en su cuenta bancaria. No lo cambian sus talentos y habilidades; simplemente está allí. Está allí para cuando se sientan tristes o felices, desanimadas o esperanzadas. El amor de Dios está allí ya sea que sientan que merezcan amor o no; simplemente siempre está allí.

A medida que busquemos a nuestro Padre Celestial mediante la oración ferviente y sincera y el estudio serio y dedicado de las Escrituras, nuestros testimonios se fortalecerán y se arraigarán firmemente. Conoceremos el amor que Dios tiene por nosotros; entenderemos que nunca caminamos solos. Les prometo que un día meditarán y considerarán sus tiempos difíciles y se darán cuenta de que Él siempre estuvo allí, a su lado. Sé que esto es cierto, sucedió con el fallecimiento de mi eterna compañera —Frances Beverly Johnson Monson.

Les dejo mi amor; les dejo mi bendición; les dejo mi gratitud por todo el bien que hacen y por la clase de vida que llevan. Ruego que sean bendecidas con toda buena dádiva; es mi oración; en el nombre de nuestro Salvador y Redentor, sí, Jesucristo el Señor. Amén. ■

NOTAS

1. Mateo 5:13, 14.
2. Ezra Taft Benson, "Orad siempre", junio de 1990, págs. 4, 6.
3. Filipenses 4:6-7.
4. Doctrina y Convenios 90:24.
5. Lucas 22:42.
6. Véase de Eliza M. Hickok, "Orad siempre", *Liahona*, junio de 1990, pág. 6.
7. Lucas 21:36; véanse también 2 Nefi 32:9; 3 Nefi 18:15; Doctrina y Convenios 10:5; 19:38; 20:33; 31:12; 61:39; 88:126; 93:49.
8. Véase 3 Nefi 20:1.
9. "¿Pensaste orar?", *Himnos*, N° 81.
10. Gordon B. Hinckley, "Deleitémonos en las Escrituras", *Liahona*, junio de 1986, pág. 4.

Presidencias Generales de las Organizaciones Auxiliares

SOCIEDAD DE SOCORRO



Carole M. Stephens
Primera Consejera



Linda K. Burton
Presidenta



Linda S. Reeves
Segunda Consejera

MUJERES JÓVENES



Carol F. McConkie
Primera Consejera



Bonnie L. Oscarson
Presidenta



Neill F. Marriott
Segunda Consejera

PRIMARIA



Jean A. Stevens
Primera Consejera



Rosemary M. Wixom
Presidenta



Cheryl A. Esplin
Segunda Consejera

HOMBRES JÓVENES



Larry M. Gibson
Primer Consejero



David L. Beck
Presidente



Randall L. Ridd
Segundo Consejero

ESCUELA DOMINICAL



David M. McConkie
Primer Consejero



Russell T. Ogusthorpe
Presidente



Matthew O. Richardson
Segundo Consejero

Índice de relatos de la conferencia

La siguiente lista de experiencias selectas de los discursos de la conferencia general se puede usar en el estudio personal, para la noche de hogar y para otra enseñanza. Los oradores se han colocado en orden alfabético y los números se refieren a la primera página del discurso.

| DISCURSANTE | RELATO |
|------------------------|--|
| Neil L. Andersen | (92) Una fiel madre de Brasil a quien el esposo le prohibió que asistiera a la Iglesia, envía a sus hijos a que asistan a las reuniones. |
| M. Russell Ballard | (43) Una familia tiene éxito en la obra misional después de tomar seriamente el desafío de apresurar la obra de salvación. |
| David A. Bednar | (17) La familia de Susan Bednar (cuando era jovencita) es bendecida al vivir la ley del diezmo. |
| Gérald Caussé | (49) A Gérald Caussé y a su familia les resultó más fácil vivir en una ciudad nueva gracias a la cálida acogida de los Santos de los Últimos Días. |
| D. Todd Christofferson | (29) Anna Daines se une a un grupo voluntario y ayuda a la comunidad a superar los prejuicios hacia los Santos de los Últimos Días. |
| Quentin L. Cook | (88) Quentin L. Cook y otros abogados de su bufete deciden crear un entorno de trabajo apto para la familia. |
| Edward Dube | (15) Mientras trabajan juntos en el campo, la madre del joven Edward Dube le dice que mire hacia adelante y no hacia atrás. |
| Timothy J. Dyches | (37) Corrie ten Boom perdona a un hombre que había sido un guardia Nazi en el campo de concentración donde ella estaba. |
| Henry B. Eyring | (58) Cuando era jovencito, Henry B. Eyring fue bendecido al acompañar al obispo a visitar a los miembros necesitados. (69) Mildred y Henry Eyring llegaron a ser uno en su decisión de regresar a Utah y estar cerca de la familia de ella. |
| Randy D. Funk | (52) Después de oír el relato de José Smith en un idioma que no entendía, una investigadora en la India pidió ser bautizada. |
| Kevin S. Hamilton | (99) Una familia empieza a alejarse de la Iglesia al decidir dar un paseo el día domingo en vez de asistir a la reunión sacramental. |
| Jeffrey R. Holland | (40) Una hermana encuentra propósito como madre después de resultar severamente lesionada en un accidente aéreo. |
| Richard J. Maynes | (79) El bisabuelo de Richard J. Maynes sufre un ataque fatal al corazón mientras presta servicio en una misión. |
| Thomas S. Monson | (61) Un maestro orientador fiel se llena de gratitud cuando alguien a quien visitó durante años se une a la Iglesia. (85) Thomas S. Monson da una bendición del sacerdocio a un hermano anciano que ya no puede ver ni oír. |
| S. Gifford Nielsen | (33) Un presidente de estaca hace recubrir de bronce los zapatos gastados de un misionero exitoso. |
| Adrián Ochoa | (102) Los miembros de una familia se alegran cuando el jovencito Adrián Ochoa y dos primos vuelven a casa después de una severa tormenta. |
| Bonnie L. Oscarson | (76) Agnes Hoggan se rehúsa a permitir que una familia que no era miembro de la Iglesia adopte a su hija de dieciséis años. |
| Boyd K. Packer | (26) A Boyd K. Packer se le aconseja exhortar a los miembros de una estaca en la que había problemas a que lean las Escrituras. |
| L. Tom Perry | (46) Cuando era niño, L. Tom Perry y otros niños de la Primaria escalan, junto con su maestra, hasta un lugar de su cañón favorito. |
| Linda S. Reeves | (118) Una mujer que se estaba preparando para ser bautizada, caminó tres kilómetros (2 millas) en el lodo para asistir a la Iglesia. |
| Ulisses Soares | (9) Moses Mahlangu y otras personas en Sudáfrica se sientan afuera de la capilla para escuchar las reuniones a través de una de las ventanas. |
| Carole M. Stephens | (12) Las hermanas fieles de Honduras reciben bendiciones del sacerdocio de sus líderes de la Iglesia. (115) Un niño de diez años guarda su convenio de llorar con los demás al consolar a su bisabuela viuda. |
| Dieter F. Uchtdorf | (21) Un hombre tiene un sueño en el que una pareja Santo de los Últimos Días explica las oportunidades de servicio en la Iglesia. (55) Dieter F. Uchtdorf se cae mientras esquía y no puede levantarse hasta que su nieto lo ayuda. |
| Arnulfo Valenzuela | (35) Una hermana menos activa regresa a la Iglesia después de sentir el Espíritu Santo mientras canta un himno con las maestras visitantes. |
| Terence M. Vinson | (104) La oración de un miembro fiel de Papúa Nueva Guinea es contestada cuando la lluvia apaga de repente un incendio que amenaza los cultivos de la aldea. |



Se anuncia el aumento del número de miembros y de misioneros en la conferencia general

El número de miembros de la Iglesia llegó a los 15 millones, anunció el presidente Thomas S. Monson, en la primera sesión de la Conferencia General del 5 de octubre de 2013. También anunció que desde que se redujo la edad para prestar servicio como misionero, en octubre de 2012, el número de misioneros de tiempo completo que prestan servicio alrededor del mundo ha aumentado de 58.500 a 80.333 en la actualidad.

“La Iglesia sigue creciendo ininterrumpidamente y cambiando la vida de más y más personas cada año”, dijo el presidente Monson. “Se está expandiendo a lo largo de la tierra a medida que nuestra fuerza misional encuentra a quienes están buscando la verdad”.

Invitó a los miembros y a los misioneros a trabajar juntos al compartir el Evangelio. “Ahora es el momento de que los miembros y los misioneros se unan y trabajen juntos, que trabajen en la viña del Señor para llevar almas a Él”, dijo el presidente Monson, quien ha prestado servicio como Apóstol durante cincuenta años.

En la sesión del sábado por la tarde, tres miembros del Primer Quórum de los Setenta, los élderes John B. Dickson, Paul E. Koelliker y F. Michael Watson, fueron relevados

honorablemente y se les concedió el estado de autoridad general emérita. El élder Kent D. Watson, del Segundo Quórum de los Setenta, también fue relevado honorablemente. Por otro lado, Julio A. Angulo, de 45 años, de Bogotá, Colombia; Peter F. Evans, de 54 años, de Salt Lake City, Utah, EE. UU. y Gennady N. Podvodov, de 47 años, de Donetsk, Ucrania, fueron sostenidos como Setentas de Área.

Se anunció que César H. Hooker y Craig T. Wright, habían sido relevados de su servicio como Setentas de Área.

Millones de personas en todo el mundo vieron o escucharon la conferencia a través de la televisión, internet, radio y emisiones vía satélite. Por primera vez, la sesión del sacerdocio del sábado por la noche se pudo ver por televisión y en tiempo real a través de internet. Más de 100.000 personas asistieron a las cinco sesiones en el Centro de Conferencias de Salt Lake City, Utah, el 5 y 6 de octubre. La conferencia también estuvo disponible a través de diversos medios de comunicación en noventa y cinco idiomas, y se transmitió a 197 países y territorios.

El presidente Monson concluyó la conferencia con un llamado a los miembros de la Iglesia a que mostraran mayor bondad hacia los demás y que “siempre [estuvieran] embarcados en la obra del Señor”. ■



EL PRESIDENTE MONSON, APÓSTOL DURANTE CINCUENTA AÑOS

La Conferencia General Semestral de octubre de 2013 marcó el aniversario de los 50 años como apóstol del presidente Thomas S. Monson en el Quórum de los Doce Apóstoles. Fue sostenido como Apóstol el 4 de octubre de 1963, cuando tenía 36 años. ■

Thomas S. Monson en el Tabernáculo de la Manzana del Templo en 1963, momentos antes de que lo sostuvieran como Autoridad General.

Se crean páginas de redes sociales para los líderes de la Iglesia

Por Eric Murdock

LDS.org - Noticias y eventos

La Iglesia ha creado páginas oficiales de redes sociales para los miembros de la Primera Presidencia y del Quórum de los Doce Apóstoles en Facebook y en Google Plus. Estas páginas representarán la presencia oficial en los medios sociales de cada una de las Autoridades Generales, quienes dirigirán las páginas que la Iglesia mantendrá a su nombre.

Las cuentas oficiales de Facebook y de Google Plus se pueden encontrar mediante la búsqueda en facebook.com/llds y plus.google.com. Para saber si una red social o página es oficial, busque el logotipo de la Iglesia.

Quienes sigan estas páginas recibirán actualizaciones frecuentes sobre el ministerio de cada una de las

Autoridades Generales. “La Iglesia publicará vínculos a discursos, artículos, videos y otro contenido relevante a nombre de ellos”, dijo Dale Jones, un portavoz de la Iglesia.

Estas páginas permitirán que las personas encuentren con más facilidad las palabras de los profetas vivos, y el hacer clic en “me gusta” hará que el contenido de las páginas esté en el Facebook de la persona a quien le gusta, donde puede ser fácilmente visto y compartido con los demás.

El crear páginas oficiales ayuda a los miembros a saber cuáles son las páginas que la Iglesia mantiene, y protege a las personas de las páginas falsas. ■



FOTOGRAFÍA POR NICOLÁS CARRASCO, CORTESÍA DE NOTICIAS DE LA IGLESIA



Noticias de templos

Se dio la palada inicial del primer templo en Connecticut

Comenzó la construcción del primer templo de los Santos de los Últimos Días en Connecticut, EE.UU., después de las ceremonias de la palada inicial encabezadas por el presidente Thomas S. Monson, en Hartford, el sábado 17 de agosto. El Templo de Hartford, Connecticut, será el segundo en Nueva Inglaterra (el otro está en Boston, Massachusetts) y uno de los 170 templos SUD en funcionamiento, construcción o planificación alrededor del mundo.

Segundo templo en Colorado

El sábado 24 de agosto, el élder Ronald A. Rasband, de la Presidencia de los Setenta, ofició en la ceremonia de la palada inicial para el segundo templo de Colorado, EE.UU.: el Templo de Fort Collins, Colorado. El otro templo se encuentra en Denver, a unos 95 km (59 millas) al sur de Fort Collins. ■

Se organizan estacas en Roma y en París

El élder Dallin H. Oaks y el élder M. Russell Ballard, del Quórum de los Doce Apóstoles, organizaron la segunda estaca en Roma, Italia, y la tercer estaca en la región de París, Francia, durante una visita en septiembre de 2013, que también incluyó reuniones en Leeds y Manchester, Inglaterra; y Madrid, España. Hay un templo en construcción en Roma, y pronto se construirá uno en París.

“La Iglesia está bien activa y progresando de manera extraordinaria en Europa”, dijo el élder Oaks. El élder Ballard les dijo a los miembros europeos que toda la Iglesia debe “reconocer que el Señor está apresurando Su obra de salvación y que todos tenemos que participar”. ■

Enseñanzas para nuestra época

Desde octubre de 2013 hasta marzo de 2014, las lecciones del Sacerdocio de Melquisedec y de la Sociedad de Socorro del cuarto domingo se prepararán basándose en uno o más discursos de la Conferencia General de octubre de 2013. En abril de 2014, los discursos se podrán seleccionar ya sea de la conferencia de octubre de 2013 o de la de abril de 2014. Los presidentes de estaca y de distrito elegirán los discursos que se utilizarán en sus localidades o podrán delegar esa responsabilidad a los obispos y a los presidentes de rama.

Para más información, lea el artículo “Enseñanzas para nuestra época”, de la *Liahona* de mayo de 2013. ■



Randall L. Ridd

Nuevo consejero en la Presidencia General de los Hombres Jóvenes

Como hijo de un constructor, Randall L. Ridd aprendió pronto la importancia de hacer un trabajo de la manera correcta. En varias ocasiones, el joven Randall terminaba una tarea, sólo para escuchar a su padre, Leon Ridd, declarar: “Todavía no has terminado”.

Esa exactitud ha dejado una impresión duradera en el hombre que ahora presta servicio como segundo consejero de la Presidencia General de los Hombres Jóvenes. Hasta el día de hoy, a veces escucha las firmes palabras de su padre, pero llenas de amor, cuando lleva a cabo las tareas de su vida profesional, familiar y sus deberes eclesiásticos: “Todavía no has terminado; hazlo bien”.

El hermano Ridd dijo que la ética de trabajo de su familia ha sido una bendición en su vida. También lo han sido los mentores y los líderes del sacerdocio que lo han guiado a lo largo del sendero del Evangelio. Mientras que muchos de sus compañeros de clase aceptaron servir misiones de tiempo completo a los 19 años, Randall optó por matricularse en la universidad y enlistarse en el ejército. Más tarde tomó un trabajo como técnico de rayos X mientras continuaba sus estudios en la universidad de Utah. Algunos hombres sabios tuvieron la valentía de decirle que su lugar estaba en el campo misional. Siguió ese consejo y mandó su solicitud para prestar servicio. Poco después estaba compartiendo el Evangelio en la Misión México Norte. “No puedo imaginarme lo que sería mi vida si no hubiera servido en una misión”, dijo él.

El hermano Ridd regresó a casa, continuó sus estudios y en 1975 se casó con Tamina Roark en el Templo de Salt Lake. Los hermanos Ridd criaron a cuatro hijos mientras el hermano Ridd establecía su carrera profesional en bienes raíces comerciales y otras iniciativas de negocios.

Su amor por la obra misional continúa. Presidió la Misión Guayaquil Ecuador Norte desde el 2005 hasta el 2008, y nuevamente fue testigo del cambio que una misión de tiempo completo puede tener en la vida de un joven o una jovencita.

El hermano Ridd se desempeñaba como miembro de la mesa directiva general de los Hombres Jóvenes, cuando fue llamado a la Presidencia General de los Hombres Jóvenes en mayo de 2013. ■



© MICHAEL T. MALM, CORTESÍA DE ILLUME GALLERY OF FINE ART, PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN.

Un corazón tranquilo, por Michael T. Malm.

“Y el Espíritu da luz a todo hombre [y mujer] que viene al mundo; y el Espíritu ilumina a todo hombre [y mujer] en el mundo que escucha la voz del Espíritu” (D. y C. 84:46).



“Que siempre tratemos de estar cerca de nuestro Padre Celestial”, dijo el presidente Thomas S. Monson durante la sesión del domingo por la mañana de la conferencia general semestral número 183. “Para hacerlo, tenemos que orar a Él y escucharlo todos los días. Verdaderamente lo necesitamos en todo momento, sean momentos de sol o de lluvia. Que siempre recordemos Su promesa: ‘...no te dejaré, ni te desampararé’”.

LA IGLESIA DE
JESUCRISTO
DE LOS SANTOS
DE LOS ÚLTIMOS DÍAS

SPANISH



4

0210791002

0

10791 Nov 13